

Carlos Ímaz Gispert

GITANO

SOMBRA DE LA MEMORIA VIVA

© Carlos Ímaz Gispert. Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra sin fines de lucro.

Primera edición, agosto de 2017
Cantidad de ejemplares: 1.000

ISBN: 978-607-29-0712-6

Diseño: Gráfica Nahuel

Impreso: Comercial Nahuel
Amunátegui N° 31, Of. 40
Santiago de Chile
Fono: 226330234
Email: ventas@comercialnahuel.cl

*Como la sombra de la memoria viva
vuelve al combate frontal Manuel Rodríguez;
alto y duro como un rayo interminable
en contra del mismo tirano inmemorial.*

*Vuelve encendiendo la guerra necesaria,
trae en las manos el fuego que castiga,
viene y va con sus milicias invisibles
para señalar que un hombre nuevo crecerá...*

*Fragmento del Himno del Frente
Patriótico Manuel Rodríguez
Autor: Patricio Manns*

Prólogo

La historia sobre la resistencia que dio el pueblo chileno contra la dictadura, aún mantiene períodos de absoluta oscuridad. Bajo un serio y acucioso análisis, podría incluso llevar a la conclusión que responde a una estrategia cuidadosamente diseñada para ocultar los verdaderos episodios ocurridos antes, durante y después del golpe de Estado al gobierno de Salvador Allende, mismo gobierno que por primera vez dio un realce y alto protagonismo al movimiento popular. Develar este manto permitiría en el presente, tal vez, explicar la defensa al sometimiento neoliberal que hacen respetables políticos de diversas tendencias.

Las enseñanzas, las experiencias, los errores y aciertos de un enfrentamiento que comenzó el mismo 11 de septiembre de 1973 debieran ser parte importante del capital cultural de esta sociedad. Los testimonios y las fuentes de este pasado reciente están ausentes del gran relato histórico y bibliográfico, y ello también podría explicar, bajo este prisma resquebrajado, el sentido que se ha dado al camino y al discurso oficial posdictatorial.

En este contexto, una vez más la asertiva pluma de Carlos Ímaz Gispert, licenciado y maestro en sociología de la Universidad Autónoma de México (UNAM), quien se ha dedicado al rescate del testimonio íntimo de los protagonistas de diversas luchas armadas en América Latina, nos trae la necesaria mirada de uno de esos tantos hombres y mujeres rebeldes que ha parido el pueblo chileno.

Carlos Ímaz Gisper, invisible en su voz mexicana, nos lleva por este relato en primera persona, desde los ojos de un joven de origen humilde, popular, sureño, sin pausas y sin respiro, nos introduce cronológicamente al proceso paulatino de la resistencia armada durante la dictadura en general, y al nacimiento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) en particular. Nos guía por los aromas del embra-

vecido mar del sur; nos traslada a la vereda caliente de la capital; logra situarnos en la piel herida de este héroe irreverente y nos hace sentir el incesante dolor de la tortura, para luego saltar a la alegría de vivir, siempre bajo la férrea disciplina consciente que lleva Miguel.

Actualmente Miguel Montecino, leal a sus convicciones, enfrenta una nueva batalla en su injusto encarcelamiento en México; sin duda hombres corajudos, con su visión y experiencia hacen falta en este país, y debiera ser también un deber moral de los y las chilenas, sumarse a la campaña por su libertad, porque tener a estos combatientes en Chile es parte de la reparación que aún sigue pendiente.

Miguel Montecino, el “Gitano” para sus compañeros y compañeras de tantas batallas, nació con la marca de la explotación en las minas del carbón en el sur de Chile. Este sino, fue su motor impulsor. La pobreza, su convicción de luchar por cambiar el mundo. Inquebrantable en su moral y principios, nos hace transitar por sinuosos e incipientes senderos organizativos, nos hace mirar el triunfo de Allende desde sus ojos de niño, logra transmitir la alegría y la esperanza que significó para los más pobres del país, desde uno de los lugares más segregados.

Con el proyecto tumbado por una sangrienta dictadura, el niño se vuelve adolescente y sabe que debe hacer algo contra la ignominia. Su preparación autodidacta se va a multiplicar por cientos en el resto del país. De su mano, y a través de sus ojos se retrata una realidad devastadora que no solo es acompañada de explotación, hambre, miseria, sino también del terror, de una política sistemática de violación a los derechos humanos más fundamentales.

La contingencia política marca al país y produce una evolución en el partido político en el que decidió entrar a militar, el Partido Comunista de Chile (PCCH).

No hay pudores en señalar los errores, en marcar los aprendizajes, detenerse a mostrar en detalle cómo se forja un combatiente. Simón Rodríguez, maestro de libertadores estará sin duda orgulloso

que su máxima “O inventamos o erramos” haya sido la impronta de jóvenes mujeres y hombres que se dieron a la tarea de reconstruir la organización, de apuntalar la movilización, de crecer en las acciones audaces diarias y sobre todo y ante todo, tener el coraje y la valentía de aceptar los errores como parte del aprendizaje.

La historia de Miguel Montecino podría ser la de cualquier otro hijo o hija de esta tierra que ha visto su patria asolada por las injusticias, por el terror y la intervención de las fuerzas armadas en contra de un pueblo siempre desarmado, podría ser, pero hay que decir que el Gitano, es también uno de esos hijos excepcionales que además mira las últimas décadas con rigor de combatiente experimentado. Jefe militar del FPMR, respetado por sus compañeros y compañeras, fue también el jefe militar de una de las operaciones más bellas que ocurrieron a finales de la dictadura, la fuga de 49 prisioneros políticos de la Cárcel Pública de Santiago.

Su historia, como la de tantos o tantas otras que siguen en el anonimato, es vital para comprender que la resistencia armada contra la dictadura de Pinochet fue de más a menos, que se dio en un contexto histórico determinado y fue empujado desde abajo, incluso mucho antes que el PCCH decidiera dar un giro en su política y consolidar la Rebelión Popular de Masas (RPM).

La autodefensa, nos grafica el Gitano, fue una necesidad que surge desde las bases, se perfecciona en la tarea cotidiana desde las células, desde las Unidades de Combate (UC), desde los Grupos Operativos, hasta fortalecer el aparato militar del Partido.

Puestas así las cosas, el nacimiento del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) es solo la culminación de una decisión política que había sido antecedida como una necesidad en los territorios. Contar esta historia es un deber con el pueblo.

El FPMR, hijo no reconocido del PCCH, está lleno de cuentos de coraje, resistencia, pero también de mucha lucidez, por ello su posterior fraccionamiento y desmantelamiento no solo causa dolor

en las memorias de los y las combatientes, sino que aún tiene a los responsables políticos ocultos en las sombras, bajo el manto de “la transición”. Miguel Montecino, nos ilustra sobre el papel del Partido Comunista y declara abiertamente su decepción política, no con los militantes de ese partido, sino con sus dirigentes a los que señala como los principales estrategias en invisibilizar el rol libertador que tuvo el FPMR.

Este libro no es solo un relato de época, es además un manual para las nuevas generaciones. Riguroso en el detalle, constante en la autocrítica y necesario en la reflexión que alecciona un aprendizaje para este presente futuro.

Este libro que hoy ve la luz nos hace tocar vidas, expone en forma descarnada cómo se vivió la resistencia armada, con dignidad, con astucia, el desarrollo de habilidades, la luminosidad del ingenio, la fortaleza de sobreponerse al dolor, y pese a todo, la alegría de seguir vivo, con el peso de muertos queridos que siguen cargados en el hombro izquierdo, pero también nos hace un urgente llamado a reflexionar sobre estos gobiernos posdictatoriales que continuaron bajo el dominio neoliberal utilizando las mismas prácticas represivas, entre ellas la tortura, para someter a sus enemigos políticos.

Este libro debiera ser el principio de cientos de historias que reconstruyan la gran historia de la resistencia armada, en que hombres y mujeres tomaron la decisión política de enfrentarse, sin dudar, a una de las dictaduras más terribles, cargados de convicción de que en la lucha se suma y sigue...

Sandra Trafilaf Yañez

En un día de imposible memoria para mí, nací chileno en una pequeña ciudad costera llamada Coronel. Lugar donde habitan algunas de las personas más pobres de mi país y que tienen como su principal fuente de empleo las minas de carbón. Desde entonces, recién empezada la segunda mitad del año 1959 y hasta mi adolescencia, viví ahí, en el cerro Merquín, pegadito al cementerio, en el callejón 6 de un lugar al que no sé quién ni por qué nombró Villa Alegre.

Nunca conocí a mi padre biológico; mientras que a mi madre, que trabajaba como empleada doméstica de planta en Chiguayante, la veía poco. Por lo tanto, mis padres fueron mis abuelos maternos y sus hijos, o sea mis tíos, fueron mis hermanos, su casa era mi casa y su vida la mía. Eran originarios de Hueñivales, una pequeña localidad chilena precordillerana, mayoritariamente poblada por campesinos y perteneciente a la comuna de Curacautín, ubicada en la región de la Araucanía, a un costado de los volcanes Tolguaca y Lonquimay y cerca de la frontera con Argentina.

Mi padre¹ era campesino, mis hermanos eran mineros y mis hermanas estudiaban por la mañana y luego laboraban de empleadas domésticas. De pequeño, yo vendía flores, frutas, agua o lo que se pudiera para poder sacar algún dinero. A veces también me iba a la playa y me embarcaba con los pescadores para traer algún pescado a la casa, pues allá hasta los hijos pequeños colaboraban con el sustento familiar. Mi mamá era bastante religiosa, pero mi papá no, si bien tuvo formación religiosa de niño en realidad no le daba importancia. Ella se declaraba católica, apostólica y romana, pero se asumía como cristiana congruente y siempre andaba ayudando a todo el mundo. Los dos eran mestizos, pero ella era blanca con rasgos europeos y se ocupaba de la casa y de los hijos, mientras que mi padre era moreno, con fuertes rasgos mapuches, hablaba mapudungun² y laboraba la tierra, cultivando trigo, papas y verduras para el auto consumo. También criaba animales y arriaba ganado a Argentina, donde se llevaba a vender unas cuantas vaquitas y se regresaba con unos terneros, los cuales criaba para luego regresar a venderlos y comprar otros. Normalmente compraba unos cinco, pero llegaba como con diez, pues, como tenía que sostener a tantísimas bocas, se iba robando otras en el camino. Se demoraba tres meses en ir y otro tanto en regresar, por lo que prácticamente vivía la mitad del año estilo vaquero, pero pobre y jodido.

Ahí, en Hueñivales, nacieron todos mis hermanos, o sea mis tíos, menos yo. En total fuimos once, en esos tiempos la generación de mis abuelos pensaba en tener «los hijos que dios te mande» Los tres primeros fueron hombres, luego siete mujeres y al final llegué yo. Para cuando nací, mi familia había emigrado a Coronel, principalmente porque mis hermanos mayores, Miguel, Raúl y Ramón, habían decidido irse a trabajar a la mina. Según me contaron, ellos dijeron: «Esto no da para más». Primero se fueron ellos tres, pero después de la muerte de Miguel, el mayor de todos, mi madre decidió trasladar a la familia a Coronel para cuidar a sus otros dos hijos. Miguel murió a los veintiún años de edad, unos dicen que «lo mataron» y otros que «fue un accidente», lo cierto es que nunca se pudo aclarar qué fue lo que pasó, pero su muerte se debió a un golpe brutal que recibió en la cabeza. Al nacer, a mí me pusieron el nombre de mi hermano ya muerto.

Aun cuando mis dos hermanos, Raúl y Ramón, trabajaban en la mina de carbón y mi padre encontró empleo de velador, la plata apenas nos alcanzaba. Por ejemplo, la huelga minera del año 1960, la más larga de la historia de Chile y que duró poco más de tres meses, fue por un peso chileno³, lo que era una mierda. El minero del carbón ha sido el más jodido de los trabajadores chilenos y con las peores condiciones, además de que, tanto en Coronel como en Lota, los piques de las minas están a tres mil metros debajo del nivel del mar. El minero entra al socavón y no sabe sí va a salir, los accidentes son muy comunes y para aquél entonces lo eran aún más. Como escribió el poeta y cantante Patricio Manns:

*En Lota la noche es brava
para el que a la mina baja.*

*En Lota la noche acaba
con sangre en el mineral.*

*El mar y el grisú están cerca
y es de vida o muerte el pan:
para quién será esta noche
la muerte bajo el mar.*

En esa huelga, mi hermano mayor, Raúl, fue nombrado dirigente sindical e ingresó al Partido Comunista de Chile. Si bien había el antecedente que mi papá y mi mamá eran simpatizantes del Partido Comunista (PC) y lo fueron hasta su muerte, fue mi hermano Raúl el primero en militar en las filas del Partido Comunista y quien precisó y arraigó el ideal comunista en la familia. Recuerdo que a mi viejo, pese a ser un autodidacta que sólo pasó por la escuela desde fuera, mirándola cuando iba al trabajo, le gustaba leernos en voz alta y de tarde en tarde hacía que nos sentáramos a su alrededor mientras nos leía *El Siglo*, el periódico de los comunistas. Por cierto que fue él quien me enseñó a leer y muchas tardes me ponía a leerle algo en voz alta, por lo que cuando entré a la escuela yo ya leía bastante bien. De cualquier manera, para cuando mi otro hermano, Ramón, también entró al PC, en casa se hablaba de «El Partido», como si no hubiera otro y lo cierto es que nunca participé en ningún otro.

La simpatía e identificación de mi padre con los comunistas venía de que a él, en Hueñivales, por ser crítico constante e implacable de los hacendados y por hablar con los demás campesinos para convencerlos de formar cooperativas e impulsar su unión para luchar contra la pobreza, le decían «comunista». Como él no se dejaba abusar por nadie y era bueno para pelear, daba duro y aguantaba igual, contaba con una cierta autoridad adicional por su fama de aguerrido, además de que, como se creía el Robin Hood de la zona, les quitaba borregas y becerros a los hacendados para darle de comer a su prole y a otras familias jodidas. Siempre trabajó mucho, pues desde niño tuvo que hacerse cargo de sus hermanos y después ayudó a alimentar a los hermanos de su esposa al mismo tiempo que a sus propios hijos. En pocas palabras, tenía que darle de comer a muchas bocas.

Era un hombre con una aguda capacidad de observación y aunque a veces hacía como que no se enteraba de nada, fue el primero en la familia en darse cuenta de que yo, años después, andaba metido en la lucha armada. Recuerdo muy bien que me dijo: «Connmigo no te hagas el weón⁴, yo sé en lo que andas...». Me reí, pero confirmé que él siempre sabía más de lo que aparentaba. Sin embargo, también debo decir que no fue nada suavecito para disciplinarnos y de niños nos castigaba con mucha dureza. Yo me le escapaba, me iba de la

casa para que no me diera con una penca⁵ que tenía para pegarle al caballo y que con un fuetazo te hacía cagada. Mi padre no me perseguía ni se ponía a buscarme, pero se levantaba a las tres o cuatro de la mañana a tratar de cazarme. Yo dormía con mi hermana en una típica cama caliente: como salían unos entraban otros y nunca se enfriaba. Nos acomodábamos uno para los pies y otro para la cabecera, a veces hasta tres o cuatro por cama. Yo me dormía vestido y cuando sentía pasos o escuchaba el abrir de una puerta: «¡Vámonos, que hay viene mi papá!» y me lanzaba por la ventana. Desde entonces tengo el sueño muy liviano.

Los castigos corporales de mi padre provocaban una eterna lucha con mi madre, porque a ella no le gustaba que nos pegara y se enojaba con él. Para ella estaba bien que nos castigara, pero sin golpes. Mi madre era toda dulzura y curiosamente, mi padre, que era un hombre duro, con ella siempre fue sumamente considerado, nunca le faltó el respeto delante de nosotros ni le levantó la voz y menos aún una mano, cuando más le soltaba un: «¡Ya, déjame tranquilo!» o algo parecido. Con mi mamá se aflojaba pero en serio. Por eso, para evitar encarar a mi papá, yo la buscaba a ella y si lo lograba antes de toparme con él, normalmente ella me decía: «Ya, tranquilo, ya hablé con tu papá».

Vivíamos en una casa de madera construida por mi padre en un terrenito que compraron mis hermanos mayores, como ya te dije, en Villa Alegre, Coronel. Recuerdo que para conseguir la madera para los postes y las traveses de la casa, lo acompañé varias veces a la montaña para bajarnos algunos troncos. La imagen que tengo de mi padre entonces, es la de un hombre muy fuerte, quien luego de tumbar tres árboles de eucalipto, como de ocho metros de largo y un diámetro de veinticinco centímetros, verificaba que no hubiera guardabosques en nuestro camino de regreso y se cargaba los troncos de uno en uno cerca de dos o tres kilómetros, lo dejaba y regresaba por otro hasta volver a juntar los tres y repetir varias veces el mismo procedimiento hasta llegar a nuestro terreno. Mi contribución, en realidad, sólo consistía en acompañarlo. Sin embargo, uno de esos días y a pesar de nuestra cautela, los guardabosques nos sorprendieron infraganti. Mi papá tiró el tronco que llevaba a cuestas, sacó el machete y los encaró. Yo no sabía qué hacer, pero al ver a mi padre tan decidido y con una expresión tan feroz, sólo atiné a imitarlo agarrando un palo.

El incidente no pasó a mayores, pues los guardias percibieron que mi papá estaba dispuesto a matar antes que ser detenido y despojado de los troncos para su casa y sin decir más se dieron la media vuelta. Mi padre siguió juntando la madera hasta terminar la casa, que llegó a tener cuatro piezas: un comedor, una cocina, dos cuartos para dormir y un baño, que era una fosa séptica ubicada como a quince metros de la casa.

En uno de los cuartos dormían mis padres con algunos de mis hermanos y en el otro el resto de la parvada, pero cuando se peleaba alguna tía con su marido venían a parar a nuestra casa con todos mis primos y entonces terminábamos siendo como treinta weones ahí durmiendo, pero ya no tres o cuatro por cama, sino hasta ocho, uno cabeza acá y otro cabeza allá. ¡Era espantoso!, pero no por el amontonamiento, de por sí jodido, sino porque mis primos pequeños se meaban dormidos y terminábamos todos batidos, mojados de orín ajeno y congelándonos. Recuerdo que muy enojado yo les decía: «No vayas hasta el baño, weón, pero al menos salte a la puerta ¡conchaetumadre!».

Lo cierto es que ir al baño en el invierno era toda una audacia y un riesgo enorme para la salud y también es indudable que la pobreza se hace más brutal donde hace un frío de la mierda. La casa la calentábamos con una estufa de fierro que alimentábamos con leña y carbón, la cual se usaba también para cocinar y mientras estuviera encendida se estaba bien, pero en las madrugadas se sentía como si durmieras dentro de un congelador industrial de carne. Casi todo el carbón que consumíamos lo proporcionaba la mina, a través de una tarjeta que entregaba a los mineros para recibir mensualmente unos 500 kilos, pero además nosotros íbamos con una carreta a buscar madera y carbón a un tiradero de la mina, ubicado como a unos siete kilómetros.

* * * * *

Durante esa época, mi papá y otros vecinos formaron el Comité Poblacional y empezaron a arreglar las calles con puro trabajo voluntario, había tremendos hoyos y no entraban los micros, así que las emparejaron y les echaron tosca⁶ encima. Años después terminaron pavimentándola, pero fue el resultado de un esfuerzo de mucho

tiempo y de muchos compañeros, entre ellos don Raúl Molina y mi papá. También entonces lograron que se construyera una escuela de educación básica y se metieran la electricidad y el agua entubada. En nuestra calle se colocaron tres pilones⁷ y como uno de ellos quedó al frente de la casa, acarrear el agua en baldes ya fue menos pesado.

De ese entonces conservo también muy vívidamente el recuerdo de cuando descubrí asombrado la existencia de la televisión. Tendría yo unos seis o siete años y ya estaba en la escuela cuando llegó la primera tele a nuestro barrio. Un tipo puso una televisión frente a unas bancas dentro de un galpón que tenía en su casa y cobraba por entrar. Al lugar le decíamos «chincuenta», ¿por qué? no lo recuerdo, tal vez serían cincuenta centavos lo que cobraba y de ahí vendría el nombre, no sé... pero para nosotros, piojentos, era mucha plata. De cualquier manera, el lugar se llenaba y el tipo vendía de todo, sándwiches, galletas, cigarros, refrescos y hasta vino. Unos años después, con el mundial de futbol de 1970 realizado en México, en ese galpón hacían la América; imagínate que hasta había que reservar para ver los partidos. No tener el dinero o encontrar el lugar lleno era muy frustrante, pero por fortuna tuvimos entonces una alternativa en la casa de los Pérez, quienes vivían mejorcito que la mayoría, pues el señor, creo, era contador y pudieron darse el lujo de comprarse una televisión y como el weón era buena gente nos abría la ventana para que desde la calle pudiéramos verla.

Imposible olvidar también cuando conocí el cine, gracias a que en la escuela nos dieron unas entradas y fui con mi hermanito Luchito, que era hijo de uno de mis hermanos, pero como nos criamos juntos para mí era mi hermano menor. Yo tendría unos seis y él unos cuatro años y muy emocionados nos acomodamos para ver por primera vez en nuestras vidas una película en pantalla grande. Sin embargo, al poco tiempo de empezar la película la ilusión se transformó en miedo: Tarzán, luego de lanzar un cuchillo que se ensartó en un animal se vino contra nosotros, agrandándose su figura en la pantalla y pensé: «¡Putita, ese weón me va a meter un cuchillazo!». ¡Claro que salimos corriendo despavoridos y no paramos hasta llegar a la casa!

—¿Y qué pasó? —nos preguntó mi hermana.

—No, no, en el cine matan a la gente, la apuñalan —le respondí aún agitado.

—Eso no es verdad— dijo mi hermano, cagándose de la risa—, el cine es lo mismo que la televisión.

—¡Nooo, qué va ser igual! —le repliqué—, la televisión no es así, yo prefiero la tele.

Otro recuerdo grabado en mi memoria para siempre fue el triunfo de la Unidad Popular y su candidato presidencial Salvador Allende, en 1970. Entonces llamó mucho mi atención la felicidad de todo el mundo en nuestro barrio la tarde de aquel 4 de septiembre y recuerdo la voz de mi hermano mayor diciendo emocionado: «¡Ganamos y hay que ir a celebrar al centro, el Partido está llamando a celebrar el triunfo allá!».

Por cierto que mis hermanos mayores estaban en casa porque habían venido desde Santiago, donde trabajaban en una mina de cobre a la que ingresaron tres o cuatro años antes y a raíz de que mi hermano mayor se puso muy enfermo de los pulmones y lo tuvieron que trasladar al Hospital del Tórax en Santiago, donde estuvo ingresado más de un año. Entonces mi hermano Ramón se fue para allá y se enroló como minero del cobre, gracias a que se tropezó con un ingeniero que había sido su jefe en la mina de carbón en Coronel y estaba trabajando como supervisor en la mina de cobre Disputada de Las Condes. Al salir del hospital, Raúl también se enroló como minero del cobre y ambos vivían allá.

Como yo sabía del apoyo en mi casa a Salvador Allende, me resultaba muy natural que todos ellos estuvieran felices, pero me asombró descubrir que todos mis vecinos andaban igual de eufóricos, abrazándose y gritando vivas a Allende, y se disponían a marchar hacia el centro de Coronel. Como en una fiesta de carnaval nos fuimos en desordenada marcha gritando felices y muertos de risa: «¡Al uno, al dos, Allende los cagó⁸!». Sin embargo, después de recorrer el trayecto de unos tres kilómetros, cuán grande fue mi sorpresa al encontrarnos a tantísima gente afuera de sus casas abiertas, ofreciendo trago y comida y por miles llenando las calles de una alegría inmensa, abrazándose, bailando, cantando y gritando: «¡Ganamos! ¡Ganamos!». Para mí fue muy impresionante y

conmover, pues aún cuando yo entonces no entendía del todo qué estábamos viviendo, sí pude sentir aquel poderoso y contagioso sentimiento de alegría colectiva y la sensación de que las cosas iban a cambiar para bien.

* * * * *

Desafortunadamente no todos compartían la felicidad del pueblo. Como Allende no ganó con mayoría absoluta y de acuerdo a la legislación electoral le correspondía al Congreso ratificar, o no, su triunfo en las urnas, se abrió un angustiante compás de espera durante el cual la derecha chilena y el gobierno de Estados Unidos maniobraron para impedir su ratificación e inclusive, en lo que fue considerado como un conato de golpe de estado, asesinaron al Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider. Un general constitucionalista e institucional cuya postura frente al eventual triunfo de Allende había sido: «El ejército es garantía de una elección normal, de que asuma la presidencia de la República quien sea elegido por el pueblo... Nuestra doctrina y misión es de respaldo y respeto a la Constitución Política del Estado». Su posición, más tarde conocida como la doctrina Schneider, lo colocó en la mira de la CIA⁹ y de la derecha chilena, pues para ellos constituía un importante obstáculo en su pretensión de impedir el arribo de Allende a la presidencia de la República.

En ese contexto, la Unidad Popular y su candidato negociaron con el sector más progresista de la Democracia Cristiana, identificado como los «chascones», quienes dieron en el parlamento su voto por Salvador Allende, lográndose la ratificación de su triunfo electoral. El 14 de octubre, el pleno del Congreso proclamó: «...al ciudadano Salvador Allende Gossens, presidente de la República de Chile por el período comprendido entre el 3 de noviembre de 1970 y el 3 de noviembre de 1976...»

* * * * *

Recuerdo también que un poco antes de la victoria electoral de la Unidad Popular, con varios de mis compañeritos de la primaria ha-

bíamos formado un grupo cuya actividad principal y legítima era jugar fútbol, pero también solíamos robar en una tienda que era como un pequeño supermercado, al que nosotros desde nuestra pobreza decíamos que era de los ricos, aunque no fuera, ni por mucho, verdad. No sólo sacábamos fruta, queso, galletas o dulces, sino también cigarros que siempre consumíamos juntos, mientras que el resto lo llevábamos a nuestras casas.

Como vivíamos pegadito al cementerio, de ahí también sacábamos cosas que podíamos vender, como las escobas que dejaban adentro de las criptas o las flores que depositaban en las tumbas, las cuales, antes que se pusieran marchitas, las vendíamos a la entrada del cementerio, donde de paso, a cambio de alguna moneda, cuidábamos los carros de los visitantes. Así lográbamos sacar algún dinero, sobre todo para comprar balones de fútbol y eventualmente llevar algo más a la casa. Lo que sí era tradición era andar a pies pelados y no solamente por falta de plata, sino porque como todo el mundo andaba así, para qué comprarse zapatos. Incluso, cuando por primera vez me puse unos zapatos de fútbol que me prestaron, al medio tiempo me los tuve que quitar, pues tenía los pies llenos de ampollas y le dije a quien me los había prestado: «Gracias, pero esta mierda no sirve, weón». En realidad anduve descalzo como hasta los seis años de edad, cuando empecé a ir a la escuela y al principio eran un verdadero suplicio para mí.

Si bien a muchas personas el cementerio les genera miedo, sobre todo de noche, a nosotros no nos atemorizaba. Incluso, para mí era como una extensión de mi casa, pues cuando mi papá me quería pegar, al huir, nomás tenía que saltarme la cerca del cementerio para saberme a salvo y como hice bastantes veces quedarme a dormir uno o dos días dentro de una cripta, donde, poniendo cartón en el suelo y tapándome con periódico, dormía calentito.

Además, como en mi casa criábamos chanchos, tanto para nuestro consumo como para venderlos y a los dichosos animales les encantaba comer flores, a cada rato se arrancaban para el cementerio para darse un atracón. Sus constantes escapadas, casi siempre de madrugada, significaba que mi papá nos mandara a la oscura necrópolis a buscar a los putos chanchos. Sin embargo, más allá de la desvelada, como conocía muy bien el lugar y los recorridos que solían hacer

los chanchos, me era fácil localizarlos, sin descontar que su captura, en mi caso, significaba detener su dispendiosa competencia desleal.

Yo había aprendido a no tenerle miedo al cementerio casi de manera natural, por el simple hecho de habitarlo, de igual manera que, por ejemplo, cuando en 1969 o 1970 hubo una explosión en la mina y varias decenas de mineros murieron, llevamos a unos primos que eran de Santiago para que pudieran ver, por unos orificios en la pared del recinto, cómo les hacían la autopsia y mientras que para nosotros no era algo extraño de ver, ellos se desmayaron. No sé cómo lo hacen ahora, pero en aquellos tiempos le pegaban un hachazo en la cabeza para partir el cráneo y comenzaban a salir los sesos, era horrendo y si lo ves por primera vez te impacta muchísimo, pero si lo ves una segunda, una tercera y una cuarta, ya a la quinta te da lo mismo, lo asumes como algo normal. Así fue mi relación con el cementerio, mi lugar de juego y guarida desde muy pequeño.

Una de las tantas veces que me fui a dormir al cementerio, fue debido a que me encontraron unos cigarros y un par de balones de fútbol nuevos, que según yo tenía bien escondidos y la pregunta obvia fue que de dónde había sacado el dinero para comprarlos. Además de que justamente en esos mismos días, un vecino, que era papá de uno de nuestra pandilla infantil, había ido con mi padre a decirle: «Yo creo que estos weones andan haciendo cagadas». Mi padre decidió ponerme un alto y determinaron sacarme de la escuela 66 y mandarme a una escuela de curas agustinos, los cuales -de acuerdo a mi propia experiencia y lo que he leído después- fueron de los peores curas que llegaron a América Latina, siendo en general unos recalitrantes reaccionarios y para acabar pronto, unos auténticos hijos de puta.

Ya para entonces, en 1971, yo tendría unos 12 años y había terminado los seis primeros grados de la educación básica y me faltaba hacer séptimo y octavo. En Chile la enseñanza básica es de ocho años y la enseñanza media superior, el liceo, son cuatro más, lo que en total terminan siendo igual que en otros países: doce años previos a la educación universitaria. Así, los últimos dos años de la básica los hice en San Agustín, la escuela de los curas, un internado en el que para mi buena suerte yo sólo estaba medio-internado, es decir que iba de las 8 de la mañana hasta las cuatro de la tarde, aunque de las 8 a las 8:30 era misa diaria ¡y puta, cómo me cagaba!

Lo que me encantaba de ir a la escuela de San Agustín era el viaje. La escuela estaba en Concepción, a treinta kilómetros de Coronel y tenía que trasladarme diario hasta allá, pero como casi todo el gremio de los camioneros estaban con la derecha, se la vivían en paros, así que tomaba el tren a las 6 de la mañana. Por cierto que sólo los primeros en subir pagaban pasaje, pues iba tan lleno que era imposible cobrarle a los demás y ante la falta de transporte todo el mundo se trepaba en el *tren del pueblo*. Era realmente una fiesta popular, donde, a pesar de ser un desorden completo, la gente lo hacía sin empujar y ayudando a los demás. En verdad tengo un recuerdo muy bonito de esos viajes en tren.

* * * * *

Con mis dos hermanos trabajando en la mina de cobre nos mejoró un poco la situación económica, pero con el gobierno de Allende el cambio fue muy significativo. Para empezar nos llegó el primer televisor, gracias a que el gobierno sacó unos televisores, baratos y chiquitos llamados ANTU. Cuando llegué a mi casa y vi la tele, casi me desmayo, era una chiquita así, como de unas 12 pulgadas y en blanco y negro, fue algo maravilloso.

Entonces, también muchos de mis vecinos compraron su tele, pero el mayor cambio se sintió con la llegada de los desayunos para los niños en las escuelas, con su medio litro de leche diaria. Además, en casa empezaron a aparecer la carne y la mantequilla, ensalada en la comida y hasta postre. Entonces empecé a entender por qué la gente se alegró tanto con el triunfo de la Unidad Popular. Si bien había que ir a la junta de abastecimiento, pues ahí llegaba de todo a precio accesible y se tenía que hacer cola, cuando estás jodido eso es lo de menos y sólo les da flojera hacer fila a los que están acostumbrados a llegar y pagar.

Después supe que aquello fue resultado de un extenso programa de abasto popular. Entonces lo que yo veía era algo muy concreto, los pobres comíamos mejor y el cambio se sintió muy rápido y en la panza. Otra cosa que recuerdo es que la palabra organización se volvió como un nuevo mandamiento: «Estarás organizado». La gente lo hacía para arreglar su población, para el abasto, para los

desayunos escolares, para el transporte, en fin, para todo se organizaban trabajos voluntarios. A mí me llamó mucho la atención porque desde la televisión, en el canal del gobierno, TVN, se organizaban muchísimas cosas, pero en particular porque uno de esos organizadores era Jorge Guerra, quien era conocido como el muñeco *Pin Pon*. ¿Cuántos niños habrán cantado o disfrutado de las canciones de Pin Pon desde entonces? Hizo decenas de canciones, pero para mí es imposible olvidar la que llevaba su nombre, quizá la más famosa y que terminaba así: «Pin Pon dame la mano, con un fuerte apretón, que quiero ser tú amigo, Pin Pon, Pin Pon, Pin Pon».

Jorge Guerra, Víctor Jara, Rolando Alarcón, etcétera, organizaban muchos de esos trabajos voluntarios y se transmitían por televisión, junto con programas culturales e históricos. Por ejemplo, a las siete de la noche, en el barrio todo el mundo corría a ver la serie sobre la historia de Manuel Rodríguez, protagonizada por Jorge Yáñez. A mí sin duda que me marcó aquel programa, no me perdía ningún episodio y al viejo Yáñez, quien años después sería encarcelado por la dictadura junto con su hijo, lo veíamos siempre porque era además un gran cantautor.

Ya entrada la noche, como a las diez, pasaban un programa en el que también casi todo el mundo estaba metido. Se llamaba *Sombras Tenebrosas*, un programa de vampiros, doblado al español y que tuvo un pegue impresionante. Era bien gil¹⁰, pero yo me cagaba de miedo con el puto vampiro y lo cierto es que todos íbamos a ver qué pasaba con el chupasangre: «Que si ya mordió a la mina... que si no la mordió...» y wea¹¹ y media. Recuerdo que entre programas, aparecía un perrito, en caricatura, llamado Tevito, que te enseñaba y te incitaba a hacer algo y cuando iban a dar Sombras Tenebrosas, Tevito salía con una capa negra y con unos colmillos, era muy simpático.

En la televisión había sólo dos opciones. Por un lado, la televisión estatal, TVN, que era muy progresista y por el otro el canal 13, el de los curas, que era una mierda y en el cual salía un cura llamado Raúl Hasbún, quien en ese tiempo estuvo involucrado en la muerte de un trabajador de ese canal, pero la derecha lo sacó del problema y en los años ochenta fue como la voz oficial de la reacción más contumaz. Obviamente, en mi casa se veía el primero, el otro además era aburridísimo, de doctrina religiosa y adoctrinamiento político.

El canal público tenía montones de programas culturales de gran variedad y calidad, imagínate, Víctor Jara, Violeta Parra, quien recién había muerto, pero había estado participando y empujando todo el proceso, sus hijos Ángel e Isabel junto con toda la pléyade de artistas de los Parra, los Inti Illimani, los Quilapayún, Rolando Alarcón, Jorge Guerra, Jorge Yáñez, Patricio Manns, etcétera, artistas de mucha calidad, creatividad que eran parte de la voz popular.

Durante esa fermentación social, en la escuela de los curas, junto con varios niños formamos el Comité de Unidad Popular Infantil, el cual no lo hicimos en secreto, pero debíamos cuidarnos de los curitas, pues sabíamos que no les haría ninguna gracia. Nuestra tarea principal era ayudar con dinero, porque qué iba a hacer un niño, sobre todo comparado con la actividad febril de los cabros de la de enseñanza media y los de la universidad, pero nosotros juntábamos periódicos y botellas para venderlos y entregar el dinero a la central de estudiantes. También recolectábamos ropa que los mineros entregaban a los mapuches y hacíamos nuestros primeros ensayos de propaganda, sobre todo para agrandar nuestro Comité, con volantes que decían: «¡Únete al Comité Infantil!... se junta en... ¡Asiste a los trabajos voluntarios! ». Nosotros no teníamos orientación concreta de ningún adulto, nada más lo que veíamos en la casa y en la televisión, por lo que preguntándonos qué podíamos hacer para colaborar, decidimos hacer nuestro Comité y empezar a participar.

Los reaccionarios curitas no tardaron mucho en ubicarnos y empezar a hostigarnos para que desistiéramos, aunque debo decir que con el rector Farías se podía dialogar y no era facho. Sin embargo, con el cura Martínez, que era el vicerrector, era muy distinto. El weón tenía un programa diario de radio, a la una y media de la tarde, en donde le tiraba mierda a carretadas llenas al gobierno de Allende. Como profesor jefe de grupo me tocó uno de los curas más hijoeputa de la escuela, creo que se llamaba Rubén Márquez Sabando, miembro de la familia Sabando que era una de las más ricas de Coronel y que ¡puta, cómo me hizo sufrir, el weón!

Dentro de la escuela, hacíamos diarios murales que hablaban de actividades de la propia escuela, por ejemplo: «La fiesta que organiza el 7º C será en el salón X o habrá función de teatro en el salón

Y... ». Pero obviamente lo combinábamos con la promoción de las políticas juveniles e infantiles de la Unidad Popular, o sea, le poníamos de todo, seguramente muy desordenado, pero así informábamos a nuestros compañeritos. Sin embargo, como la orientación y abierta amenaza del cura Martínez era «los comunistas aquí no entran», se puso furioso al enterarse que ya los tenía adentro, aunque ninguno de nosotros tenía en verdad afiliación política, no éramos comunistas ni socialistas, sólo éramos unos niños sacudidos por el entusiasmo social que se vivía en nuestros barrios y en nuestras casas. Sin embargo, el cura Martínez sistemáticamente arrancaba de nuestros periódicos murales todo aquello que no fueran los anuncios de actividades escolares y por lo cual siempre estaban mutilados. Incluso varias veces nos llevaron castigados a la rectoría y nos suspendieron de clases por algunos días, pero a nosotros eso no nos intimidaba, yo creo que al contrario, entre más se enojara el cura Martínez, lo interpretábamos como que le había dolido más. Contábamos, además, con varias ventajas que nos permitían acercarnos a nuestros compañeros de otras maneras. Algunos de nosotros no jugábamos tan mal al fútbol y estábamos en la selección de la escuela y Gerardo tocaba la guitarra y cantaba bastante bien. En Chile, el individuo que juega bien fútbol tiene su fama especial, pero el que toca la guitarra y canta es campeón en cualquier parte.

Así, nos divertíamos y socializábamos con muchos compañeros que no eran de nuestros salones de clases y de paso organizábamos festivales musicales dentro de la escuela, con Gerardo cantando canciones de Víctor Jara. Obviamente a los curitas no les gustaban ni un poquito y trataban de pararlos, pero como se juntaban muchos a oír y a cantar, mejor se hacían tontos y luego nos llamaban a cuentas, pero nuestra explicación era siempre la misma: «Nosotros nomás empezamos a tocar y los demás empezaron a pedir y así se fue juntando...».

También aprovechábamos que la escuela tenía una casa de descanso en el campo, con unas cabañas muy bonitas, en un lugar que se llama Santa Juana y que está como a unos treinta kilómetros de Concepción, hacia la cordillera, donde los fines de semana llevaban a los mejores estudiantes, seleccionados en cada curso por haber participado más en clase o por tener las calificaciones más altas. Como nosotros teníamos regularmente buenas calificaciones, a cada

rato íbamos para allá y de noche hacíamos fogatas al lado del río, guitarreábamos y platicábamos mucho, a veces hasta muy entrada la madrugada. Eso sí, al día siguiente había que levantarse a las siete de la mañana para asistir a misa: ¡era el costo que había que pagar! Lo de aplicarnos en la escuela nos venía de la casa, así como lo importante que era aprender para salir de jodidos, pero además nosotros sabíamos que si fallábamos en la escuela les dábamos razones a los curas para fastidiarnos sin podernos defender, podrían decir que éramos flojos y malos estudiantes.

Nuestro Comité lo empezamos tres, Daniel Torres, Gerardo Vivanco y yo, pero muy pronto fuimos ocho, luego veinte, luego cuarenta, luego sesenta y para 1973 ya éramos más de cien, pero sólo en nuestra escuela, pues también nos juntábamos con los de la San Pedro Nolasco, el liceo uno y con los estudiantes de la universidad, éramos muchísimos y muy activos.

Sin embargo, sin avisar nos llegó el brutal golpe por la espalda ese trágico 11 de septiembre de 1973. Estábamos jugando fútbol, cuando de pronto me llamó la atención que empezaron a pasar helicópteros y aviones militares volando muy bajo y vi pasar tanquetas y camiones llenos de soldados.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—¡Hay Golpe de Estado contra Allende! —respondió Daniel.

Nos llamaron a las aulas y el imbécil del profesor Márquez Sabando, nuestro profesor jefe de grupo, en vez de decir «niños váyanse a su casa, hay problemas políticos», o lo que sea, dejó que nos informara un compañero del curso que era parte de un grupito armado por el profesor, una bolita de lameculos que comandaba un conchaesumadre, creo se apellidaba Ormazábal, al que habían corrido de varias escuelas por burro y que ya tenía como 18 años. Imagínate, nosotros andábamos entre los 13 y los 15 y nos reíamos de él diciendo que su papá necesitaría contratar un abogado para poder sacarlo de la escuela. Fue ese gil de Ormazábal, quien, con la anuencia del profesor, nos informó así: «Les vamos a informar que Allende ya cagó», motivando la sonrisa del profesor y la carcajada de los tres o cuatro que le hacían coro. En esa clase éramos mayoría los del Comité, ya que de un total de veinte alumnos, nueve pertenecíamos al Comité de la UP, cinco al grupo del profesor y el resto no se metía en nada. Si bien

yo no alcanzaba a entender lo que significaba Golpe de Estado, me fui con la idea de que había una guerra y me apresuré a llegar a casa para averiguar qué se iba a hacer, lo que sí tenía claro eran las muchas patrullas de militares, la gente corriendo en la calle, unos llorando, como si hubiera ocurrido un devastador terremoto. En el tren nos encontramos cuatro de los compas que íbamos para Coronel, de los cuales tres éramos de la Unidad Popular, todos hijos de comunistas.

—Dicen que mataron a Allende —le comentó Manuel a Raúl.

Afirmación que hizo brotar como un borbotón de agua hirviendo un montón de preguntas sin respuesta. Quedamos de vernos al día siguiente, si bien sabíamos que algo muy grave estaba pasando, suponíamos que al otro día sería normal y nos veríamos en la escuela. Bajamos del tren sin hacernos cargo de la dimensión de lo que estaba pasando, pero cuando vimos a decenas de personas en la plaza llorando, sentí un dolor y una desolación como sólo he sentido tres veces en mi vida: cuando hubo un derrumbe grave en la mina y afuera todo mundo lloraba porque sabía que alguno de sus familiares había muerto; ese 11 de septiembre y cuando murió mi madre. Camino a mi casa, intenté averiguar qué estaba sucediendo.

—¿Qué pasó? —le pregunté a un viejito que estaba parado a un costado del mercado.

—Hijo, los conchaesumadre mataron a Allende —me dijo con voz cortada.

—¿Por qué lo mataron? —pregunté impermeable a su emoción.

El viejo me dijo algo acerca de los militares y de la derecha que no alcancé a comprender y salí corriendo para mi casa. Se me hizo larguísimo, pero nomás meterme a la población fue aún peor. Todo el mundo afuera de sus casas llorando, abrazándose y preguntando qué se va a hacer. Mi casa era un funeral. Vi a mi mamá y a mi papá llorando y él, al verme, dijo muy bajito: «Mataron a Allende». Yo sentí como si me hubiera dicho que llegó Barnabas Collins a Chile, el vampiro de Sombras Tenebrosas que se culeaba a todo el mundo. Entonces le hice a mi padre la pregunta que me venía comiendo por dentro.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada po, hay que esperar —me dijo él.

—¿Pero esperar qué? —volví a preguntar.

—Eso lo tiene que ver el Partido —me respondió mi padre.

Para él y su experiencia, era necesaria una respuesta organizada, no debíamos irnos por la libre, pero para mí no era una respuesta satisfactoria, por lo que le insistí.

—¿Por qué tenemos que esperar al partido?

—Para saber qué vamos a hacer, el Partido es el que tiene que decir qué es lo que vamos a hacer, hay que esperar aquí en la casa, atentos a cualquier noticia.

Mi mamá estaba muy preocupada por mis hermanos. Raúl había sido designado gerente de la mina Disputada de Las Condes, nombramiento hecho por Allende a propuesta del Partido Comunista y ella sabía lo que seguiría: «Con Golpe de Estado, van a ir por ellos». Yo no lo sabía entonces, pero mis padres ya habían vivido la histeria anticomunista de 1947, con la persecución y el despido de miles de obreros, docentes y oficinistas por su filiación comunista, así como la detención, en condiciones inhumanas, de cientos de sus dirigentes en el campo de prisioneros de Pisagua y la posterior ilegalización del Partido Comunista con la tristemente célebre Ley de Defensa de la Democracia», conocida también como la «Ley Maldita».

Durante cinco días no fui a la escuela, prácticamente nadie salió y para mí, fueron días tediosos y de angustia, tanto porque siempre he sido muy inquieto, como porque todos los días veía a los milicos pasar por nuestro callejón, subiendo y bajando con una tanqueta al frente y a los barcos de guerra en la bahía: ¡por todos lados había militares y marinos!

Al regresar a la escuela empecé a darme a cuenta de cuánto empezaban a cambiar las cosas. En mi caso, incluso querían deshacerse de mí y de plano me iban a expulsar. Me enteré gracias a una hermana de Gerardo, Silvana, una morena preciosa, de la cual la mitad de los cabros de la escuela estábamos enamorados y de la que varios de los curas y profesores querían abusar, porque déjame decirte que en esa escuela de mierda había hasta pederastia y los conchaesumadre de los curas eran tan miserables que se robaban el dinero de las ofrendas.

Tanto Silvana como Brenda, eran de nuestro Comité y las dos eran unas cabras¹² muy lindas, por lo que nosotros las defendíamos de ese acoso -bueno, también porque nosotros teníamos cierto interés-; pero el caso es que les daban un trato especial, las invitaban a todo y les compartían información. Ellas nos decían: «Participé en

tal actividad y me enteré que los curas van a hacer tal cosa...» Silvana además de guapa era muy lista y para ser tan jovencita era muy hábil, entonces nosotros no lo sabíamos, pero en realidad hacía lo que después llamaríamos trabajo de Inteligencia. Circunstancia que se dio sin buscarla, pues éramos unos niños, pero ella nos avisaba cuándo los curas iban a revisar las bolsas, ya que no lo hacían todos los días, sino que de pronto se ponían a registrarnos para quitarnos los volantes que hacíamos, sencillos, escritos a mano y con plumones, que tratábamos de hacer con una letra muy bonita y normalmente decían: «¡Muera la dictadura! ¡Viva Salvador Allende!». Los volantes los tirábamos dentro de la escuela y en verdad lo hacíamos con miedo de ser descubiertos. También nos metíamos al baño y poníamos «¡Allende!» y puta, ya con eso, que para nosotros era como una operación de gran envergadura y audacia.

Gracias a Silvana me enteré de la decisión de expulsarme de la escuela, por lo que pude anticiparme diciéndoles a mis papás y hermanos, quienes decidieron que el esposo de mi hermana, Horacio, fuera a hablar en mi defensa. Él era profesor de otro liceo y ahí había conocido al inspector general de la escuela San Agustín, por lo que fue a pedirle que me dejara terminar el año, ya que sólo me faltaban escasos tres meses para el fin de cursos en diciembre y simultáneamente el ciclo de enseñanza básica. Para mi fortuna, mi cuñado logró convencerlo y éste a su vez se lo solicitó al rector de la escuela, el padre Farías, quien aceptó, pero el que no quería acceder era el maestro jefe de mi grupo, el tal Márquez Sabando. No me expulsaron, pero Márquez Sabando, forzado a aceptarme, me hizo la vida imposible. Nunca en mi vida había tenido malas notas, pero el cura de mierda orquestó en mi contra desde el profesor de castellano hasta el de educación física y eso que era uno de los mejores en deportes. Jamás tuve peores calificaciones que en ese año y estoy convencido que no me reprobaron sólo porque querían que me fuera de ahí. Incluso, al final de curso, los de octavo íbamos a ir a un lugar muy bonito, al sur de Chile, que se llama Valdivia, pero por los güevos del puto cura, todos fueron menos Daniel y yo. Gerardo sí pudo ir, era el que hablaba menos, aunque se expresaba cantando con la guitarra, pero, sobre todo se salvó porque los curas eran muy clasistas y él era quien tenía el mejor nivel económico de nosotros, era

hijo de un médico y lo llevaban en coche a la escuela. Creo que para ellos, un weón pobre, era un seguro comunista sin retorno. Todavía recuerdo a mi mamá diciéndome: «Hijo, no importa, ya acabaste y ya no los tendrás que volver a ver».

Entonces el ambiente en casa era de velorio. Se confirmó la muerte de Allende, se supo que mataron a Víctor Jara, que murió Neruda y que estaban deteniendo y desapareciendo a mucha gente. Incluso mi papá nos dijo: «No, no, cuidado, todo el mundo tranquilo...». En la escuela la situación no era mejor, se elogiaba y se premiaba al que chivateaba a sus compañeros y a sus maestros; mientras se denigraba y acosaba a quienes no estaban dispuestos a ello. Vivimos en su máximo esplendor la siniestra pedagogía de educar a los niños como chivatos y obsecuentes. Además despidieron a los tres o cuatro profesores que simpatizaban con la Unidad Popular y nosotros quedamos aún más desprotegidos frente a unos adultos cobardes y abusivos, tanto de su autoridad, de su diferencia de edad y hasta de su tamaño, quienes impunemente se ensañaban contra unos cuantos niños confundidos y asustados. Lo más grave fue que nuestro profesor de Ciencias Naturales, quien para nosotros era el mejor maestro de la escuela, simplemente desapareció. Él no era cura y era de los pocos profesores que nos defendían, era partidario de la UP y afiliado al Partido, se llamaba Arturo, un hombre bueno que irradiaba alegría, siempre contento y ayudando a los niños. Al verlo dando clase, yo pensaba: «Cuando crezca voy a ser un maestro como él» Tú notabas que le gustaba enseñar, que se preocupaba porque aprendiéramos y no era de los que hablaba y hablaba sin importarle si alguien siquiera le estaba prestando atención. Por el contrario, percibíamos su atención hacia nosotros y que enseñaba con pasión y cariño por los cabros. Supimos que su ausencia se debió a que había sido detenido y desaparecido; nos dio mucho miedo y en verdad que lo único que yo quería es que se terminara la escuela para irme de ahí.

* * * * *

Al concluir mi enseñanza básica entré al liceo industrial, un bachillerato tecnológico donde van los prospectos de obreros. Sin embargo, nomás al entrar, me quebré un pie jugando fútbol, me pasé

tres meses inmovilizado y tuve que renunciar a seguir estudiando ese año. Mi mamá fue a hablar con los maestros y le dijeron que lo mejor era darme de baja: «Mejor retírelo y que empiece el próximo año, así no aparece en su currículum como que reprobó». Fue una buena decisión, tenía dos fracturas, de tibia y peroné, y a pesar de la terapia me llevó seis meses recuperarme, iba tan lento que pensé que me iba a quedar cojo, pero quedé bien. Lo que pasó es que un weón me empujó y como siempre fui flaquito y el otro era pesado, al empujarme me lanzó pa' la mierda y terminé pisando dentro de un hoyo, donde, mi pie, atorado, hizo palanca contra el impulso. Aquel gordo cumplió lo que le decían a los defensas: «Si pasa el balón, no pasa el jugador».

Durante ese año, 1974, a mi hermano Raúl lo desaparecieron. «Ya lo mataron», pensaba yo, pues se sabía de muchas desapariciones y asesinatos de opositores a la dictadura. A mi madre le produjo una angustia tan intensa que le dio un ataque cardíaco, se salvó, pero mi hermano no aparecía y su atormentado cuerpo no resistió un segundo ataque y en julio de ese año murió. Aún ahora, cuando pienso en ella, vuelvo a sentir esa agobiante opresión en el pecho que sentí cuando murió y el dolor se me vuelve a desbordar por los ojos... Era una mujer extraordinaria, atenta, cariñosa, dulce, solidaria y generosa, que desbordaba amor por los demás. La quise muchísimo y aún la extraño.

Ella se fue convencida de que habían matado a su hijo, pero por fortuna no fue así y luego de varios meses finalmente él apareció. Raúl pasó por no sé por cuántas cárceles hasta ser presentado, como reo, en un campo de prisioneros en Santiago conocido como Tres Álamos. Una cárcel horrorosa, tristemente célebre porque ahí se practicaban diferentes tipos de tortura y otras violaciones a los derechos humanos de los detenidos, como en las de Cuatro Álamos, Ritoque, Puchuncaví, Villa Grimaldi, Estadio Nacional, Estadio Chile, etcétera. Todavía ahora, si platicas con gente que estuvo ahí, el recuerdo los descompone. Por esas cárceles pasaron muchas personas y a muchos los mataron ahí, pero felizmente Raúl se salvó, no le pasó nada, digo, en el sentido que sobrevivió, aunque lo torturaron despiadadamente.

Para poder estar cerca de él, la familia decidió trasladarse a Santiago y nos fuimos a vivir a la comuna La Cisterna. Al poco tiempo,

mi hermano decidió fugarse y le ofreció plata a uno de los guardias de la cárcel para que lo dejara escapar. Para eso se juntaron los sueldos de mi hermana, mi otro hermano y mi cuñada, no sé cuánto sería, pero para nosotros era un platal. Se le entregó al guardia, quien efectivamente habilitó la salida de Raúl, que ya fugado, quedó con proceso judicial abierto, perseguido y sin más alternativa que irse a la clandestinidad.

Por ello a Raúl lo veíamos poco, nomás cuando aparecía de repente. En una de esas visitas me pidió que lo acompañara y acepté loco de contento. Me dijo: «Te voy a presentar un amigo y te vas a poner de acuerdo con él, porque me va estar mandando algunas cosas...». A partir de ese día, yo iba al cementerio metropolitano y me encontraba con su amigo, a quien yo llamé *El hombre del Rifle*, por un programa de televisión protagonizado por Chuck Connors, un actor norteamericano que se parecía mucho al amigo de mi hermano, fuerte, alto y rubio. El gringo aquel me pasaba un paquete que yo le entregaba luego a mi hermano y lo cierto es que la primera vez logré contener mi curiosidad, pero la segunda ya no y miré dentro del paquete. Era dinero que, después supe, mi hermano le llevaba a gente del Partido en el sur.

Muy pronto me hice amigo del Hombre del Rifle. Era sencillo, bondadoso e inteligente y siempre me llevaba algo de regalo, regularmente caramelos, pero cuando le conté de mi afición futbolera, me llevó un balón de fútbol. Además, nunca rehuía mis preguntas y me platicaba cosas que para mí eran muy interesantes. Sin embargo, ese vínculo terminó de pronto, producto de lo que en el PC se conoció como «El golpe del 76», porque ese año la dictadura desapareció a más de 100 dirigentes y militantes del Partido Comunista. La cacería se desató en marzo y a finales de abril desaparecieron a cuatro integrantes de la familia Recabarren y a otros tantos miembros de la familia Ramos Vivanco. En los primeros días del mes de mayo detuvieron y desaparecieron a varios miembros del Comité Central y a diversos dirigentes, entre ellos a Mario Zamorano, Jorge Muñoz, Uldárico Donaire, Jaime Donato, Elisa del Carmen Escobar y a Víctor Díaz, quien fungía en la clandestinidad como Secretario General del Partido en funciones, el Secretario General, Luis Corvalán, estaba detenido. Al Hombre del

Rifle también lo desaparecieron y nunca más supe de él, mientras mi hermano tuvo que andar otra vez a las de arrancas pa'llá y pa'cá, por lo que dejé de verlo por tan largos periodos que hasta pensamos que lo habían desaparecido de nuevo. La cacería continuó hasta diciembre, incluyendo a otros dirigentes del Partido y también de la Juventud Comunista.

Para entonces, como ya te conté, yo ya vivía en Santiago y entré a estudiar en el Liceo Industrial Galvarino, un bachillerato politécnico en el que pronto empecé a participar en actividades estudiantiles y por la vía de un sistema semidemocrático fui elegido presidente del Centro de Alumnos. Los estudiantes elegían a los presidentes de curso, quienes, a su vez, en una reunión general elegían al presidente del Centro, mecanismo que entonces pudimos lograr, aunque nosotros queríamos la elección directa y por voto secreto de todos los estudiantes, pero la dueña de la escuela, una conchaesumadre de nombre Filomena Narváez, se puso necia y después de mucho jaloneo sólo aceptó ese mecanismo. Para entonces gran parte de la educación había sido privatizada por Pinochet y la jodida vieja mocha, que se sentía muy poderosa porque era pinochetista y dueña de más escuelas, pensó que así iba a controlar la elección. Aun así, salí electo y unos días después un compa de la Juventud Comunista del PC, que era conocida como la Jota, me buscó. No les costó ni un poquito que yo me decidiera a participar con ellos, pues yo me sentía miembro de la Jota y de inmediato me hice militante.

Sin embargo, el golpe contra el Partido Comunista del 76 alcanzó también a la Juventud Comunista, la cual prácticamente desapareció y me quedé aislado, por lo que durante 1976 y 1977 tuve una militancia partidaria efímera y sólo algunas veces, cuando aparecía mi hermano, podía leer el periódico *El Siglo*, que más o menos planteaba las posiciones del Partido y yo me orientaba con eso y con las esporádicas pláticas con él.

Nuestra escuela tenía una población estudiantil muy grande, andaría por los dos mil alumnos, que en su gran mayoría éramos hijos de familias de escasos recursos económicos, hijos de obreros que vivían en zonas populares como la de San Gregorio, la Bandera, la José María Caro, la Santa Olga, etcétera, por eso, nosotros, desde el Centro de Alumnos empezamos a desarrollar actividades

de solidaridad con nuestros compañeros. Por ejemplo, como el ciclo de educación media era de 4 años, durante el primer año organizamos que los compañeros de segundo ayudaran a los de tercero a ofrecerles la fiesta de despedida a los que terminaban el cuarto año. Hicimos rifas y recolectamos periódicos, botellas, entre otras cosas y de esa manera juntamos dinero y les dijimos: «Compañeros, esto es para su fiesta». Al año siguiente les dije a mis compañeros: «Saben qué, la mayoría no tiene plata, entonces también comprémosles la ropa para su graduación o sea la camisa, el pantalón y sus zapatos, todos iguales y que les sirva de ropa para aquellos que ya se van a trabajar». Entonces les preguntamos a los de cuarto: «¿De qué color quieren la camisa?... ¿blanca o azul?... ¿Y el pantalón?... ¿café o gris?... ¿Y los zapatos?... ¿café o negro?...» y así, según ellos decidían, se uniformaba a toda la generación por salir, que era como de unos trescientos muchachos.

Para juntar el dinero necesario hacíamos festivales, kermeses, fiestas y recolección de periódicos y botellas. También organizábamos guitarreos, y campeonatos de futbol. Por ejemplo, cada año organizábamos uno por curso, desde los de primero hasta los de cuarto, luego, con esos equipos hacíamos el campeonato de la escuela y luego armábamos una selección de la escuela y competíamos con otras escuelas. Cuando yo estaba en tercer año, la industrial salió campeona en un nacional, lo que nos generó mucha simpatía entre los cabros, pues el futbol en Chile es como una religión y generó mucho entusiasmo e hizo crecer el espíritu de comunidad que se venía desarrollando con las actividades de solidaridad. Si bien nuestra visión no alcanzaba a reconocer estos rasgos y las actividades las habíamos hecho, no como un medio para construir espíritu de cuerpo, sino para cubrir necesidades muy concretas, sí sentíamos un mayor nivel de compañerismo, de solidaridad y de integración entre los alumnos de todos los grados, que cuando habíamos entrado.

Fue desde esa percepción, que en 1977 decidimos dar la pelea para elegir al presidente del Centro de Alumnos de la Industrial por voto universal, directo y secreto. La dueña nuevamente se negó, pero ahora nosotros llamamos a un paro de actividades y, por primera vez en la dictadura, un Liceo de la enseñanza media hizo un paro. Duró

sólo tres días, pero fue un récord, porque ni en las universidades habían conseguido hacer algo así. Cuando nos fuimos al paro, el liceo de niñas nos apoyó y luego otro liceo. La escuela se hizo famosa, pero nosotros, que encabezábamos el paro, también nos hicimos conocidos, visibles y públicos y empezamos a sentir que a pesar del miedo existente, nuestra fuerza crecía y sin tener ningún lazo orgánico con alguna organización política. Así, estrechamos lazos con el liceo de niñas, lo que también significó una gran victoria, pues hasta noviecitas empezamos a tener. Cómo olvidar a Lucy, una niña guapísima, güera de ojos azules; imagínate el contraste conmigo con cara de indio acomplejado. Por cierto que con ella mantuvimos un pololeo¹³ de algunos años, etapa linda de la que nunca me voy a olvidar y menos aún de aquella visita que hicimos a nuestras respectivas pololas, con mi hermano Luis Alberto, *Lucho*, quien era unos años menor que yo y como ya te conté era más bien mi primo, pero nos habíamos criado juntos. Nos bañamos, perfumamos, nos pusimos nuestras mejores pilchas¹⁴ y nos fuimos cada uno en una bicicleta, pero ya casi llegando, al tiempo que miraba a Lucy saludándome a lo lejos, no sé por qué motivo Lucho frenó bruscamente y la rueda de mi bicicleta se incrustó en la trasera de él... ¡volé sobre su cabeza y caímos juntos! Fue un desastre, se nos rompió la ropa, quedamos todos sucios y con las bicicletas para la historia. Recogimos lo que quedó de nuestra maltrecha dignidad y nos devolvimos a la casa cojeando y dejando a las pololas desconcertadas. Ni te digo la descarga que le eché al pobre Lucho: «¡Putas que la cagaste, aweonao de mierda, bonita la hicimos ahora, quedamos como chaleco de mono!».

Mientras tanto, en nuestra escuela, desde que planteamos la democratización de la representación estudiantil y aún sin poder creer lo que estaba sucediendo, la dueña llamó a la policía, que no sólo entró a la escuela, sino que además nos empezó a buscar en nuestras casas. En mi caso, llegó primero la policía uniformada, mejor conocidos en Chile como *pacos*, pero por suerte yo no estaba en mi casa, así que ahí todo el mundo se hizo el weón: «No, no, él ya no vive aquí...». No pasó a más y ni siquiera me enteré, hasta que, ya en el paro, fueron los de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), que era la policía secreta de la dictadura y mi papá

me avisó: «Te andan buscando y dicen que eres un transgresor de la ley, ten cuidado...». Fue la primera vez que escuché la expresión esa de «transgresor de la ley» y angustiado pensé: «Conchaesumadre, en que lío me metí...». Lo mismo le sucedió a otro compa, llamado Fidel Ernesto y aún me acuerdo muy bien de la conversación que tuvimos.

—Oye, los pacos fueron a preguntar a mí a la casa — me dijo él.

—Pero cómo no, si te llamas Fidel Ernesto, weón —le respondí riendo— ¡Con ese nombre cualquiera sospecharía que eres comunista!

Durante el primer día del paro, a la escuela llegó un inspector general de nombre, Daniel Ortega, un individuo vacío, frío y cabrón que se hacía acompañar de otros *inspectores escolares*, que después nos enteramos eran todos agentes de la DINA y quien nos dijo: «Sabemos que son otros los intereses del paro, están haciendo actividades ilegales. Hacer paro está penado». ¡Imagínate!, 1977, cuarto año de la dictadura, el amedrentamiento fue inmediato y desproporcionado, nuestro miedo también. Sabíamos que esos tipos no estaban jugando, pero nosotros tampoco y creo que más por inconsciencia, pero igual nos mantuvimos firmes. Le dijimos que las cosas no eran así y que en cuanto se aceptara la elección directa de nuestros representantes nosotros levantábamos el paro.

Tras tres días de paro, la dueña de la escuela aceptó la forma de elección democrática directa. Yo creo que desde el Ministerio del Interior le llamaron a la señora y le dijeron algo así como: «Arregle eso, mire que se está extendiendo, si no, piense en dedicarse a otro negocio» y como la tal Filomena Narváez, que era una comerciante de la educación, dueña de varios liceos y lo que le interesaba era la plata, es decir, que no se hablara mal del lugar para poder seguir ganando dinero, tuvo que aceptar. Incluso me enteré que luego rebautizó nuestra escuela, Industrial Galvarino, con el nombre de Saint Trinity, ya que le encantaba ponerles nombres en inglés a sus escuelas. También supe que en el año 2012, sus colegios, universidades y propiedades agrícolas estaban valorados en más de 10 millones de dólares, participando a manos llenas del jugoso negocio en que la dictadura convirtió a la educación y que les genera a sus dueños ingresos millonarios. Por eso los estudiantes chilenos de ahora han estado protestando masivamente y sencillamente han dicho: ¡Basta!

En fin, creo que fue por eso que ella accedió a negociar con nosotros y no porque compartiera nuestras razones.

—¿Si acepto, levantan el paro? —nos preguntó con su estilo aristocrático y mojigato tan característico.

—Sí, pero que antes salga la policía de la escuela —le respondimos.

En cuanto la policía se fue, victoriosos y festivos levantamos el paro, pero a los pocos días la señora empresaria empezó a hablar de expulsiones y a amenazar por separado a varios de nosotros, diciendo: «¡O te alineas o te vas!». Nuestra respuesta no fue individual, decidimos ir en grupo y le dijimos: «No señora, nada de venganzas, si hay una expulsión, regresamos al paro». Entonces la vieja hipócrita nos dijo que se trataba de un mal entendido y que todo iba a seguir igual, que no había problema, que tararán-tarán y se la tuvo que tragar.

* * * * *

Para todos nosotros fue una experiencia inolvidable, incluso, estoy convencido de que en mi caso, me marcó definitivamente. Yo tenía muy metido el rollo de la necesidad de ser parte de «El Partido», de la «vanguardia organizada» que tomaba las decisiones con visión de conjunto y de que la disciplina partidaria es indispensable para avanzar, o sea como se decía entonces: «Primero está el Partido luego el hombre». Por cierto que sobre esto último, en el Partido yo ponía como ejemplo el golpe recibido en 1976, cuando si bien descabezaron la dirección nacional y varias dirigencias medias sacando de su trabajo a un montón de militantes mineros sustituyéndolos por indios pobres, a los tres meses la organización volvió a regenerarse. Lo cual también ocurrirá con el descabezamiento y desarticulación de la Jota, que pronto volvió a resurgir y a ganar representaciones estudiantiles a pesar de que la dictadura, con rectores militares y policías, nombraba a los presidentes en numerosos centros de alumnos, pero que, ya para 1979, se empezaron a ir a la mierda y para 1982 muchos eran dirigidos por militantes de la Jota. Con todo su aparato represivo, esos weones apenas lograron dirigir a los estudiantes por cinco años.

Sin embargo, lo cierto era que completamente aislado de las es-

estructuras partidarias y con sólo tres o cuatro compañeros-tan inexpertos como yo- a los que se unieron más estudiantes de nuestra escuela y de otras, habíamos construido un movimiento y de esa vivencia interioricé varias cosas que haría conscientes poco después: que hay que estar siempre creando junto con la gente e impulsando su capacidad de auto organizarse y de actuar; que El Partido somos nosotros, los militantes y no se debe depender de alguien que decida por nosotros el quehacer.

Esa fue también mi experiencia en el barrio donde vivía en Santiago, mientras hacía el liceo en La Industrial, donde, junto con mi amigo Marco Astudillo —vecino y compañero de escuela— organizamos un club de fútbol al que bautizamos Juventud Victoria. Primero organizamos a niños entre 4 y 12 años e hicimos una campaña para comprarles los zapatos de fútbol, los uniformes y los balones. A cambio recibimos el cariño de muchos de los pobladores y su entusiasta colaboración. Llevamos a los niños a jugar en torneos en otros lugares y luego hicimos lo mismo con los cabros de 13 a 15 años. Participaban las mamás, las hermanas, los hermanos, los papás y hasta unos curas, quienes me dijeron: «Oye en nuestra escuela hay canchas de fútbol y de básquet, si quieres las puedes usar, nosotros no te cobramos, sólo si haces campeonatos sí nos pagan por las canchas». También papás y pobladores que tenían dinero nos apoyaron con plata o en especie. Por ejemplo, Gerardo, un señor que tenía como diez micros, un día me llamó y me preguntó: «¿Cuánta plata necesitas?» y ante mi asombro nos regaló una buena cantidad de dinero. O como el dueño de una tienda, quien un día nos dijo: «Tengo varias cajas de refresco, vayan por ellas». En un ambiente en que ya estaban fuertes la droga y el alcohol entre los jóvenes, era apreciado por todo el mundo que los cabros —sobre todo los adolescentes— anduvieran en los deportes en lugar de meterse a eso. Incluso, cuando tiempo después caí preso, más de seiscientos pobladores de ahí firmaron una carta diciendo que ellos no estaban de acuerdo con que yo estuviera preso, afirmando que para ellos yo era «el hombre más sano del mundo, un gran vecino, un joven estudiante ejemplar». Carta que me fue a entregar a la cárcel una comisión de vecinos, informándome que ya la habían llevado a los periódicos. Más de la mitad de los que fueron habían participado como niños o adolescen-

tes en nuestros torneos y para entonces ya eran unos hombres hechos y derechos, varios estudiaban en la universidad y siete de los veinte que componían la comisión, me dijeron: «Somos de la Jota y te lo debemos a ti». En verdad que me emocioné hasta las lágrimas.

* * * * *

Al terminar el liceo entré a la universidad. Corría ya el año 1979 y yo estaba por cumplir los 20 años de edad. Por esos días fue que supimos que mi hermano Raúl estaba vivo, apareció como dirigente sindical en el norte de Chile. Fue una muy agradable sorpresa abrir el periódico y encontrarme con una nota acerca de la elección sindical de una mina y descubrir que su nombre estaba entre los nuevos miembros de la dirección sindical y me dije con un suspiro de alivio: «Este weón ya se salvó otra vez». Resulta que, cuando se tuvo que ir a la clandestinidad, lo mandaron al norte de Chile, como secretario regional del Partido, tarea en la que estuvo como hasta 1978 y le permitió hacer contacto con algunos compas que tenían presencia en una mina, donde entró a trabajar en 1979, tres meses antes de la elección en la que el weón quedó como Secretario de algo en el sindicato. No sólo se reinsertó en la vida pública, sino que lo hizo vinculado a una base social concreta, lo que para él significaba, en el caso que lo volvieran a detener, que al menos tendría algún costo político para la dictadura. Ya no sería como cuando andaba clandestino, que si lo desaparecían nadie se enteraría y no habría respuesta social posible.

Yo fui aceptado en la universidad en Antofagasta, en ingeniería, pero como quedaba al norte del país e irme para allá significaba que mi familia me tuviera que ayudar con una mesada, deseché esa posibilidad. Opté por irme a otra carrera, a Concepción, porque ahí vivía una de mis hermanas y podía quedarme con ella, aunque tuviera que cambiar de ciudad y buscar trabajo. Entré a la Universidad Técnica del Estado (UTE), una universidad para hijos de trabajadores, en la carrera de Diseño Industrial y desde la cual se podía acceder a la carrera de ingeniería. Ahí, me encontré con el *Perro*, alias de Raúl Molina Mardones, un tipazo maravilloso que era unos cuatro años mayor que yo y vecino mío del callejón 6 en

Coronel. Me contó que sus papás se habían ido a Temuco, pero que él se había quedado en Coronel a estudiar y ahí se había metido a la Juventud Comunista.

—¿Estás en la Jota? — me preguntó de pronto el Perrito.

—Estuve en Santiago, pero me dejaron botado —respondí.

—Bueno, si querí yo te doy un vínculo aquí en Conce¹⁵ en la U o si no en Coronel en la poblacional ¿qué preferí?

—Me da lo mismo donde sea, lo que yo quiero es militar -respondí contento.

Al poco tiempo empecé a militar políticamente en Coronel, ya que, como mi hermana Ester vivía ahí, me quedaba con ella y todos los días viajaba a la universidad en Concepción. Eso fue así hasta que ella me encontró unos volantes en la casa y puso el grito en el cielo, porque en esos momentos ella estaba cagada de miedo y armó todo un lío, habló con mi hermana Juana, ésta a su vez con Rosa a quien le pidieron que hablará con su esposo Manuel, con quién éramos bien yuntas.

—Por favor habla con Miguel, se metió al Partido en Concepción y lo más seguro es que caiga preso —le dijo Rosa a Manuel.

—¿Y yo que tengo que andar metiéndome en weadas o decirle nada a nadie? —le respondió Manuel— Miguel es mayor de edad y él sabe lo que hace, ustedes déjense de molestarlo.

Lo que no sabían Juana, Ester ni la mismísima Rosa es que Manuel era militante del Partido. Desde joven había entrado a militar en la Jota y cuando Rosa le pidió el favor tenía su bolso de obrero lleno de panfletos del Partido. Manuel era obrero ferroviario, muy cercano a mí. Tiempo después fue un muy buen ayudista del Frente y luego pasó a participar activamente en tareas de mayor responsabilidad.

Por mi parte, para no darle problemas a mi hermana Ester ni a mi cuñado, ni que se hicieran lío por mi participación y anduvieran con angustia, decidí que lo mejor era irme de ahí y me puse a buscar trabajo. Un par de meses después lo conseguí como revelador de fotografías, dejé su casa y me fui a vivir a Concepción, donde, para ganarme la vida, aprendí ese oficio. Para conseguir el trabajo, empecé preguntándole a mis amigos, pero no sé concretó nada hasta que un compa de la Jota, a quien yo le decía el Gringo, me dijo: «Tengo un amigo que tiene un centro fotográfico y necesita un revelador»

pero como yo no sabía nada acerca de eso, se lo confesé pensando que se me había ido la primera oportunidad de conseguir trabajo. Sin embargo, él, con mucho entusiasmo, me dijo: «¡Pero yo sí sé, weón, yo te enseño! Con tres tardes que nos metamos aprendes, además, yo quiero dejar esa pega y mejor te la paso a ti, en la Jota siempre estamos revelando cosas y así tú sigues ayudando».

Se trataba de un pequeño local donde sólo se revelaban y vendían rollos de fotografía en blanco y negro, pero gracias a ese trabajo, no sólo me enamoré de las fotos en blanco y negro, sino que aprendí a revelar y recibí mi primer salario, lo que me permitía pagar renta y tener algo para echarle a la tripa, aunque la mayoría de los días tenía que dormir con el estómago vacío. El Perro supo que me había peleado con mi hermana, cuando ella le fue a reclamar por mi participación política, diciéndole: «¿En qué andai metiendo a mi hermano?». Por lo que él me aventó la aplanadora encima y a su vez me dijo: «¡Eres un estúpido, weón!, estamos en la clandestinidad y no puedes ni esconder unos volantes en tu casa» Asumí la cagada sin chistar, así como la sanción que me impusieron de dejarme tres meses fuera de la organización. Era una sanción moral y yo me sentía mal: «Soy un estúpido, nunca voy a llegar a ser un comunista». Además, como entonces empecé a leer al Ché, me entró el hambre guevariana por la acción y me acuerdo que también pensé: «Estoy muy weón, nunca voy a llegar a ser guerrillero...».

De cualquier manera, durante esos meses de sanción, como yo conocía a varios compas del MIR¹⁶, empecé a trabajar con ellos en acciones de propaganda. Como había decidido no quedarme sin hacer nada, esperando el término de mi sanción, hice algunos volantes y me fui a tirarlos yo solo. Entonces un compa del MIR se dio cuenta y me preguntó: «¿Qué estás haciendo?» Yo me hice el weón y le repliqué: «Nada». El compa, sabiendo que le mentía, me dijo: «Ven con nosotros a tirar volantes». Empecé a trabajar con ellos y siempre recuerdo que ese compa fue quien me pasó una entrevista del Ché, en donde él hacía un análisis del socialismo de la Unión Soviética que me llamó mucho la atención, ahí el Ché señalaba su preocupación por una tendencia que observa hacia el «sociolismo», es decir, hacia el amiguismo o el nepotismo, a la simulación y corrupción que conllevan. Me pareció que el Ché, más allá de la necesidad de apoyo

que Cuba requería entonces frente a los Estados Unidos, hacía una crítica abierta, serena y severa a lo que ocurría en la URSS. Como yo estaba siendo formado dentro de las filas del Partido Comunista, donde no se hacían ejercicios críticos hacia la URSS, me impactó muchísimo la actitud vigilante y reflexiva del Ché.

De cualquier manera, luego de los tres meses de sanción, el Perro me dijo: «Oye, te voy a llevar con un compa de la Jota para que ya te reintegren». Yo me puse feliz y me acuerdo que cuando fue a buscarme para presentarme con el *Chico de Lota*, alias de Armando Suazo y quien me reintegraría a la Jota, yo estaba en la universidad jugando un partido de fútbol con la selección de mi carrera. Como entonces yo me vestía más estrafalario que un payaso de circo, aunque no porque me gustara sino porque vivía jodidísimo de plata, los compas del equipo de fútbol me habían apodado Gitano. Todo porque uno de ellos, un día me dijo: «Pareces gitano, weón» y a partir de ahí los demás me empezaron a llamar así.

Para que te hagas una idea de cómo me vestía, te cuento que, por ejemplo, mi papá me dijo un día: «Oye, doña Olga dejó estos pantalones» y yo, sin hacerle el feo a nada, los agarré -aun cuando eran unos pantalones color rojo y varias tallas más grandes que la mía-. Otro día, mi hermana Rosa me dijo: «No tienes zapatos, mira escoge unos». Y yo elegí los más baratos, pero eran amarillos. Entonces, imagínate, con unos zapatos amarillos, unos pantalones rojos que me quedaban grandes y un viejo suéter verde que tenía, ¡yo era el tipo más estrafalario de la universidad, de la ciudad y de la región, parecía semáforo!

Cuando el Perro me vinculó con el Chico de Lota, yo estaba jugando muy a gusto al fútbol y mis compas me gritaban: «¡Gitanooo, crúúúzala!» y Gitano pa'llá y Gitano pa'cá. Entonces, al terminar el partido, el Perro me presentó al Chico de Lota y éste me preguntó que cómo me iba a llamar en la Jota.

—Pedro —le respondí.

—No, weón, si todos acá te conocen por el Gitano —me dijo él.

—Así me dicen en el fútbol, pero en la Jota me voy a llamar Pedro —respondí muy serio.

Sin embargo no me sirvió de nada, porque el Chico de Lota empezó también a llamarme *Gitano* y el apodo se regó dentro de la

Jota y en la universidad. De cualquier manera, así fue como entré a la Juventud Comunista en la universidad. El Chico de Lota era ahí el secretario de la Jota y en ese mismo momento dio el sí a mi incorporación.

— Ya po, compadre, cuando tú me digas ya estás adentro — me dijo.

— Si quieres -respondí aún sudoroso por el partido de fútbol — me baño, no tardo más de 15 minutos y quedo listo, porque ya terminé clases.

Un rato después, platicando con calma me dijo: «Aquí somos pocos pero buenos». Lo cierto es que el Chico de Lota era un weón muy místico, solidario, sano y un excelente ingeniero. Durante la carrera, el Perro y él se disputaban quién era el mejor estudiante de ingeniería, ambos eran tipos muy inteligentes y estudiosos.

En mi primera junta de la Jota en la universidad, éramos sólo cinco y me llamó la atención un weón al que le decían *Calula*, alias de Luis Lachapa, quien iba vestido con saco y se notaba que no era de nuestra clase, pues el Chico de Lota era tanto o más piojento que yo. En la reunión, el Calula tomó la palabra y además de hablar precioso, el weón se pegó un discurso incendiario buenísimo que me dejó más prendido que un faro de niebla.

* * * * *

El año de 1980 será de mucha agitación política, en mi caso, sobre todo por dos sucesos que nos movilizaron de diferente manera, pero en paralelo. Por un lado, la dirección del Partido decidió asumir la consigna de desarrollar todas las formas de lucha contra la dictadura, lo que en concreto significaba incluir la lucha armada como una variante más. Y por el otro, Pinochet llamó a un referéndum para legitimar una nueva Constitución Política, lo que nos motivó a trabajar en función de movilizar y catalizar fuerzas en contra del plebiscito con el que pretendía legitimar su nueva Constitución, ya que para nosotros era muy claro que con la dictadura no podía haber una consulta libre y aprovecharíamos el momento para desenmascararla y denunciar sus atrocidades.

Desarrollamos un sinfín de actividades de propaganda, desde pintar mensajes en paredes hasta distribuir volantes, pero me

desencanté del Calula, porque hablaba muy bonito, pero a la hora de panfletear, el weón nunca llegaba, se le arrugaba el culo y desaparecía. Cuando lo comenté con los compas, el Chico se rió y me dijo: «Tranquilo weón, que te vas a dar cuenta que en la Jota no todos van pa' delante, así que tranquilo, porque tú eres medio acelerado». Lo cierto es que en la universidad terminábamos panfleteando tres compas, el Chico de Lota, el *Flaco* Palma que era de Talcahuano y yo. Nuestro método de reparto de panfletos era más o menos el siguiente, por ejemplo, el edificio principal de la universidad tenía cuatro pisos, entonces, cuando se juntaban los estudiantes abajo, desde la azotea los aventábamos: «¡No a la Constitución Política de Pinochet! ¡No a la perpetuidad de la dictadura! ¡Muera Pinochet!». Era una cosa espectacular. Decenas de estudiantes iban a levantar los papelitos, mientras nosotros tres nos echábamos a correr.

La presencia de la Jota volvió a sentirse en la universidad y fue llegando más gente, en unos cuantos días ya no seríamos cuatro o cinco, sino que nos duplicamos y formamos dos células. Quedé como encargado de una de ellas y empecé a participar en el Centro de Alumnos de mi facultad, donde se elegían como representantes a los pocos que participaban y con una asistencia muy escasa, pero así fue como tres de la Jota fuimos elegidos como delegados. De todas formas, en el Centro de Alumnos había muchos jóvenes cooptados por la dictadura a través de la Secretaría de la Juventud, una estructura estatal que manejaba cuantiosas cantidades de dinero y les daba un sueldo, así como algunas otras cosas para la gente, pero nosotros empezamos a cambiar eso.

Aunque hoy pueda parecer increíble, empezamos por cambiar la música —¡sí, la música!— e iniciamos introduciendo a Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, que para los milicos y la derecha eran de lo más subversivo. Los cabros empezaron a conocer sus letras, su música y les gustó mucho. Recuerdo que lo que hizo la dictadura en respuesta fue realmente inverosímil: montaron un show corriendo el rumor que Silvio Rodríguez era chileno y lo encarnaron en un weón de la juventud pinochetista que andaba por todos lados en moto y con una guitarra que nunca tocaba. Entonces, con más razón metimos a Silvio y a Pablo, apoyados por el sello Alerce, que

era la marca de Ricardo García, un viejo comunista muy talentoso que creó el festival de Viña del Mar y al que todavía no se le hace el homenaje que se merece.

Además, en la universidad, la Jota levantó en aquella época, con Patricia Torres, Vicente Atencio, Carlos Contreras, entre otros, la bandera de una universidad libre, con incipientes movilizaciones en Santiago, Concepción y Valparaíso, al tiempo que los trabajadores que estaban agrupados en la Coordinadora Nacional Sindical, creada en junio de 1978 y que venían saliendo de años de durísima represión, empezaron a movilizarse y a perder el miedo. No era nada fácil, ya que la violencia de la dictadura, con asesinatos, desapariciones y despidos se concentró en los sindicalistas más que en otros sectores.

En esa situación, de renaciente, aunque aún incipiente movilización, es que a finales de 1979 y durante casi todo 1980, con el plebiscito en el centro de nuestra atención, en la Jota empezamos a hacer acciones un poco más audaces de propaganda. Por ejemplo, nos subíamos a un bus y poníamos los panfletos en un respiradero que tenían en el techo, así, cuando partía el bus, levantábamos esa tapa y salían volando para todos lados. O por ejemplo, íbamos al centro de la ciudad, donde está la gobernación y entonces uno ponía un montón de volantes en el piso y venía otro atrás que los pateaba y a correr todos, porque salían los servicios de seguridad o la policía por nosotros. Había que estar muy atentos, pues a los pacos los distinguías por el uniforme, pero a los otros policías no y cuando ibas corriendo te podían agarrar sin que los vieras venir.

En esos días, los compas de la Jota que estábamos en la Universidad Técnica y en la Universidad de Concepción, hicimos un acuerdo para trabajar en un sólo comité local, para sumar fuerzas y apoyarnos mutuamente y ahí se dio una cosa que a mí me pareció maravillosa: se fusionaron dos maneras de ver las cosas. Los de la Técnica tendíamos más al clandestinaje y empezábamos a pensar, incluso, en la necesidad de acciones militares contra la dictadura, mientras que los de la Universidad de Concepción tendían mucho más a disputar abiertamente la representación estudiantil. Varios de nosotros estábamos convencidos que a la dictadura no se le podía combatir con flores, cuando nos estaban echando balas. Por eso

éramos más cautelosos e incluso les decíamos: «El peligro mayor no está en la cuestión militar, está en ser público» y siempre estábamos dándole con: «¡Tengan cuidado con esto! ¡Ten cuidado con lo otro! ¡No te llesves documentos internos a tu casa porque si te agarran te van a meter!». Creo que tenía que ver con que, por nuestra experiencia de vida, éramos un poco más conscientes de los peligros de la represión que los compas de clase media, quienes tenían muchas ganas y entusiasmo, pero en ese sentido eran más inocentes, los de la Universidad Técnica éramos más piojentos y teníamos más calle.

Pero la fusión resultó muy positiva y logramos avanzar mejor en la disputa de la representación estudiantil. Por ejemplo, *Crico*, quien era el compa nuestro más visible, fue el primero en ganar una facultad y después la Federación. Se llamaba Christian Cornejo, era un loco ese weón, un agitador natural y un maravilloso muchacho, además de alto y guapo, lo que sin duda ayudó para arrasar con el voto femenino. Ganó por mucho la elección esa, en la que nosotros nos movimos bien para hacer una buena campaña y por primera vez, durante la dictadura, la Facultad de Química y Biología fue ganada por un joven comunista. Fue una cosa maravillosa.

Sin embargo, cuando les planteamos a los compas de la Universidad de Concepción la necesidad de prepararnos para hacer cosas de tipo militar, encontramos mucha resistencia, por lo que decidimos avanzar por nuestro lado en la Técnica. Nosotros, ya desde 1979, habíamos decidido formar un grupo militar y nos íbamos a la Cordillera de Nahuelbuta a hacer condición física y a prepararnos contra las inclemencias del clima y de la eventual tortura. Caminábamos unos seis kilómetros hacia la cordillera y ahí nos quedábamos unos tres días, a merced del frío y del hambre, la idea era endurecerse para soportar las condiciones de una guerrilla y para resistir las torturas que vendrían si caíamos en las manos de la dictadura. Para ello, los pendejos de nosotros no encontramos nada mejor que torturarnos unos a otros: «Porque si nos agarran eso nos va a pasar, así que tenemos que aprender a resistir». Y entre los cinco que fuimos la primera vez nos sacamos la conchaesumadre, pero como, obviamente, el jefe debía poner el ejemplo, entonces me sacaron la chucha a mí primero. Me desnudaron y me colgaron

de las patas y ¡estuve como dos horas así, boca abajo, mientras me pegaban con un látigo! Una cosa horrorosa, porque se me acalambró todo el cuerpo y en serio pensé que me iba a morir, pero de cualquier forma todos pasamos por la misma salvajada.

* * * * *

Fue en esos días que decidimos realizar nuestra primera acción, dirigida en contra de los pinochetitos de la Secretaría de la Juventud, quienes la máxima cosa que hacían eran fiestas, bailes y rifas para irse a pasear a Río de Janeiro o a Estados Unidos, por lo que con el *Burro* Ramón Pérez decidimos echarles a perder la fiesta a los fachos. Para entonces ya habían entrado al grupo Carlitos Pino, el *Chino* Olivares, Luis Jiménez, Raúl Calfulen y Roxana, con quien me casaría en un futuro cercano. La fiesta que habían organizado era como para mil weones, todos hijos de papá que llegaban en moto o carro del año y tenían un equipo de música enorme y carísimo para ambientar la fiesta, por lo que nuestra idea era vaciarle un jarro con vino al amplificador, para que, en vez de ganar plata, los conchaesumadre tuvieran que pagar el equipo que habían rentado. No fue fácil, primero tuvimos que juntar el dinero para pagar las carísimas entradas y luego comprarlas sin levantar sospechas. Fue todo un lío, pero lo logramos, entramos y le vacié la jarra de vino al sonido, hasta ahí todo muy bien, nomás que los pendejos de nosotros, no habíamos estudiado el lugar, o sea, no realizamos ni el más elemental trabajo de inteligencia y resultó que tenían un montón de weones de seguridad adentro, pero nosotros nos dimos cuenta de eso después de la acción, es decir, ¡cuando nos sacaron la chucha¹⁷ a golpes! Al principio sillas y mesas empezaron a volar para todos lados, iban y venían, pero a los pocos segundos nada más venían y venían. Después alcancé a tirar un par de golpes, pero lo único que me quedó fue enconcharme y cubrirme mientras me daban, entre más de diez gorilas, una golpiza fenomenal... hasta que se cansaron de patearme. Recuerdo que lo que más me enojaba era que el sabotaje había sido un fracaso. El sonido tenía una cosa que lo cubriría y lo protegió del vino, ¡no había dejado de funcionar! y

nosotros no sólo terminamos como unos saboteadores fracasados, sino además golpeados. ¡En vez de atentado fue atontado!

Sin embargo, como a mí fue al que vieron queriendo joder el sonido, se vinieron sobre mí como moscas a la mierda, mientras que mis demás compas alcanzaron a arrancar. No me dejaron nada bueno, yo era una cosa amoratada completa, realmente me hicieron cagada. Después de lanzarme, no muy amablemente del lugar, sólo me acuerdo que empecé a caminar y que como a los dos kilómetros me encontré a uno de mis compañeros.

—¿Cómo estás Gitano? —me preguntó.

—¡Conchaetumadre! —le dije desde el fondo de mi alma y al verlo bien sanito agregué— ¿Y tú qué?

—Al ver la mansa cagaita¹⁸ yo arranqué -me respondió.

—¡Muy bien maricón de mierda, te felicito, ¿entonces el weón soy yo?! —le solté con rencor.

Al otro día no me podía ni mover, sin embargo, haciendo un gran esfuerzo me logré bañar, pero como no podía caminar me volví a acostar, me dolía todo. Además, al salir de la ducha me miré en el espejo, pensando en esa tontera machista de haberse defendido y no haber sido tocado en la cara, pero ¡oh, sorpresa!, tenía la cara amoratada y más hinchada que un sapo dipsómano: «No puedo salir así», pensé.

* * * * *

Para entonces yo rentaba una pieza en casa de doña Toyita, una señora muy buena que me adoraba y quien rentaba cuartos para vivir y cuidar de su marido enfermo. Ahí me llamaron por teléfono el Burro y el Chico de Lota para saber de mí y cuando fui a contestar, Toyita me vio y puso cara de susto.

—¡Ay! ¿Qué le paso mijito? —me preguntó.

—Anoche me asaltaron y me pegaron, Doña Toyita —le dije.

—Aaah, pobrecito, hay que denunciarlo —dijo ella con enfado y determinación.

—No, no se preocupe, Doña Toyita —respondí restándole importancia.

Después supe que para entonces, al hijo de Toyita, militante del MIR, lo habían desaparecido, pero por suerte para él lo presentaron

preso y terminó exiliado en Europa y tiempo después regresó su hija de Argentina, quien también era mirista.

Como a las diez de la mañana llegó el Burro a verme y le dije que no quería hablar con él, pero como para taparme un poco la cara me había puesto unos lentes oscuros con armazones rojos, el Burro empezó a joderme.

—Ahora sí pareces gitano, weón — me dijo sonriendo y logrando que me cagara de la risa y me relajara.

—¿Qué pasó? — me preguntó ya serio y provocando que yo me soltara como ametralladora.

—Nada, sólo que el grupo vale callampa, con esos culiaos¹⁹ no voy nunca más a una weada de esas, me dejaron botado los hijos de la gran puta. Esos weones son una mierda, unos cobardes. ¡Si los conchaesumadre corrieron cuando me estaban dando como bombo en fiesta ¿qué será cuando suenen los balazos?!

Por cierto que ni el Burro ni el Chico, habían ido. El Burro fungía en nuestra estructura como Secretario Político y el Chico como el Secretario Orgánico, por lo que quien había ido era yo, quien, debido a nuestra disposición, era el flamante encargado militar y jefe del grupo.

—Estai cagao²⁰, pero concéntrate en recuperarte — me dijo el Burro — ¿Qué piensas hacer?

—Ni cuando voy a ir a la universidad así — le dije —, yo creo que ni hoy ni mañana ni pasado; será hasta que se baje la hinchazón y lo morado de la cara, porque me van a identificar.

—Tení razón — me dijo él —, entonces mejor vete para mi casa, para que estés tranquilo, weón.

Me fui con el Burro y estuve diez días en su casa, sin poder ir a la universidad ni a trabajar; aunque me ponía y ponía hielo en la cara, seguía con la huellas de la golpiza. En esos días, el Burro citó a una reunión de la Jota, a la que yo llegué con mis lentes rojos y en la que él, enojadísimo, les dijo a los demás del grupo operativo: «La determinación de su sanción la vamos a tomar en dos semanas, pero tú, tú y tú no sirven pa' ni mierda». Después de la reunión, el Burro me pidió que le dijera con quiénes del grupo operativo inicial me quedaría.

—El único que se salva es Carlos Pino, fue el que cortó la luz, pero de los demás ninguno, nada más corrieron, me quedo con Carlos... ¿Pero sabes qué? te propongo que busquemos gente en la poblacional, los jodidos tienen más bravura y más disposición, con esos sí podemos hacer el ejército del pueblo. Conozco a varios compas que...

—¿A quiénes conoces? —me interrumpió.

—A los Fuenzalida... —dije.

—¡Yo también los conozco! —volvió a interrumpirme entusiasmado el Burro-, muy buenos los dos compas y van pa' delante.

Así, unos días después, fui a buscar a Manuel y a Gonzalo Fuenzalida y sin rodeos les planteé el asunto.

—Miren, estamos convencidos que a un fusil no lo vamos a frenar con un clavel, nosotros estamos haciendo un grupo militar para pelear con armas similares.

—¡Listo compadrito! ¡Eso mismo es lo que pensamos nosotros! Sólo dínos qué tenemos que hacer —dijo interrumpiéndome y entusiasmado Gonzalo.

Gonzalo era el más joven de los dos hermanos Fuenzalida y el más loco, ¡pero un loco maravilloso! que siempre andaba con dichos y era pura alegría, puro goce. Manuel, el mayor de ellos y mejor conocido como *Lito*, era un weón más tranquilo pero muy valiente.

—Tenemos otro compadre, que está en el ejército —me dijo Lito.

—¿Qué hace ahí? —respondí.

—Está haciendo el servicio militar —dijo él.

—¿Y cómo se llama ese weón? —pregunté.

—Belmar —dijo él.

—Está bien, vamos por él —dije yo.

Por esos días me cambié de domicilio, al lado de una línea férrea renté una casa viejísima que se estaba cayendo sola. Era del papá de un amigo de la universidad, quien le dijo a su viejo que yo era un buen estudiante, pero tenía poco dinero y no me alcanzaba para comer y pagar donde estaba viviendo. Su padre tenía otras tres casas por las que cobraba mil pesos mensuales por cada una y mi amigo me llevó con él.

—¿Por qué no le arriendas la casa esa que nadie quiere? —le dijo a su papá.

—Pero es que está revieja, abandonada y vacía —dijo el señor mirándome.

—No importa, con que me haga de una cama y una mesita con eso me basta —le dije ansioso.

—¿Cuánto me vas a pagar? —me preguntó.

—Chuta, mejor dígame usted cuánto me va a cobrar —le reviré.

—Dame dos gambas²¹ mensuales —me dijo el señor.

Para mí era perfecto, con doña Toyita pagaba 400 por una pieza y aquí era una casa completa, claro que no tenía nada, ni colchón, ni mesa, ni refrigerador, ni nada, pero eso era lo de menos para mí, ¡tenía casa! Me cambié de inmediato y con unas tablas hice una mesa, unas bancas y un catre más pesado que la conchaesumadre, pero capaz de aguantar a un elefante. Sin gran elaboración ya tenía comedor y cama, donde como por dos meses dormí sobre las tablas, hasta que el Burro fue a visitarme.

—¡Chucha! vete de aquí —me dijo al ver mi cama—, vente a mí casa weón, aquí no tienes ni colchón. No puedes estar durmiendo así.

Le agradecí, pero le dije que no. Él, sencillamente se fue y al rato regreso con un colchón: ¡Era como mi madre, el weón!

A los pocos días de haberme cambiado de casa, decidí que era hora de conseguirme una pistola, ¡cómo íbamos a tener un ejército sin armas! y siendo yo el jefe tenía que empezar por armarme. Esa misma noche salí buscando a quién le podría robar su arma, hasta que un par de horas después, no lejos de mi casa, pasó caminando un marino que traía pistola y lo empecé a seguir. Se metió a un callejón oscuro y lo seguí hasta que dos tres cuadras más adelante miró para atrás, entonces yo me hice el weón y me regresé. Así estuve como dos semanas, siguiéndolo hasta el mismo callejón, hasta que un viernes detecté que iba borracho: «¡Ah! a este weón le gusta tomar copete²²», pensé.

El viernes siguiente, lo mismo: «¡Ah! este weón los viernes se pone los pencazos». Entonces me fui al cerro, corté una rama gruesa de eucalipto y le puse un mango de cuerda: «Ya está, nomás le tengo que dar un buen garrotazo, porque si fallo, me lo quita y me saca la chucha a palos, seguro que el maricón es karateca». Sin embargo me dio miedo, así que tardé en decidirme a hacerlo, hasta que por fin un viernes decreté: «Hoy día le quito la pistola», me

puse pantalones negros, suéter negro y cargué con un pasamontañas negro. Me sentía como comando especial y que los ninjas eran unos tontos al lado mío y así me fui al encuentro del marino, quien como era costumbre venía borracho y se metió al mismo callejón obscuro de siempre, donde yo lo esperaba escondido entre las sombras. Entonces lo vi pasar y... ¡me cagué de miedo y me fui sin hacer nada! Había perdido casi un mes de vigilancia y preparativos: «¡No sirves pa' esto! ¡Eres un maricón!», me dije y me fui a dormir todo deprimido por mi cobardía. Sin embargo, no lo logré y después de dar como mil vueltas en la cama, pensé: «¡No, no soy un maricón, el otro viernes voy!».

El viernes siguiente me pasó lo mismo, pero, como coartada de mi cobardía, me dije: «No parecía que estuviera borracho», por lo que decidí posponerlo al siguiente viernes. Ese día lo esperé pacientemente y como a las 11 de la noche lo vi venir, me metí aún más entre las sombras y esperé a que pasara. Entonces me envalentoné, me le acerqué corriendo por detrás y ¡paff!, le pegué en la cabeza con el palo, con la suerte mía que iba borracho el weón, pues sólo se cayó y quedó aturdido. Le saqué el revólver 38 de la funda y salí corriendo. ¡Putá, el corazón se me quería salir por la boca y creo que nunca he corrido tan rápido en mi vida! Llegué a mi casa más espantado que la conchaesumadre e hice puras weadas, empezando porque no entré por la puerta y me salté la cerca y luego me saqué la ropa y la quemé. Estaba totalmente paranoico y me perseguía solo: «¡La pistola!, ¿qué hago con la pistola?, ¿dónde la escondo?». Me entró un miedo que no me dejaba pensar y no sabía qué hacer, entonces sentí que se acercaba un auto y pensé: «¡Chucha, la policía!, ¡ya vienen por mí!».

Esa noche no dormí nada decidiendo dónde esconder la pistola. Primero la metí en una alcantarilla, pero sentí un frenazo en la calle y... «No, mejor ahí no, es muy obvio». Como había un montón de piedras en la parte de atrás del patio, alcé una y metí la pistola, pero al rato, otra vez: «No ese lugar no sirve, cualquiera puede mover las piedras...» y la volví a cambiar de lugar, la metí en una bolsa de plástico, la enterré, le puse piedras encima y ahí la dejé. Como a las cinco de la mañana, más cansado que satisfecho, me quedé dormido. Por cierto que en un periódico salió que

habían asaltado a un marino y que le habían quitado la pistola y el dinero. ¡Mentiras! sólo tomé la pistola, yo no iba por dinero.

A la mañana siguiente, como a las siete, me desperté de un brinco al escuchar que alguien estaba tocando a la puerta, era el Burrito.

—¿Qué pasó?, ¿cómo estás?, ¿desayunamos? —me preguntó alegre.

—Sí, cómo no —respondí aún con el corazón acelerado.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—Tengo clase a las diez, como a las nueve y media que me vaya alcanzo a llegar —le respondí.

No le dije nada de la pistola y me fui a la universidad, pero en el bus sentía que todo el mundo me miraba y al bajar que todo el mundo me seguía... así anduve como dos semanas. No le dije a nadie, imagínate que apenas recién hace unos años le conté al Burro. De cualquier manera, cuando por fin se me pasó aquella paranoia, con mi primera recuperación de armamento a cuestas y siendo poseedor de una pistola, yo ya me sentía comandante guerrillero, por lo que empecé a pensar en nuevas acciones y como comandante que era, decidí que debíamos realizar acciones de sabotaje contra la dictadura: «Pegarle en lo económico, para debilitarla». Así que empecé a dar órdenes.

—Lo primero que vamos a hacer es cortar la luz —le dije a mis inexpertos compañeros.

—¿Y cómo la vamos a cortar? —me preguntó uno de los hermanos Fuenzalida.

—Con cadenas —dije con aplomo de veterano.

—¿Y cómo le vamos a hacer? —me preguntó el otro Fuenzalida.

—Yo tampoco sé po, pero hay que buscar cómo le vamos a hacer —respondí con la soltura de un jefe audaz y decidido.

Entonces inventamos nuestro primer tronador de cables eléctricos, que hicimos con una caña de pescar y a la que en la punta del hilo de nilón le amarramos un metro de cadena de metal. La idea era poder aventarla para que pasara del otro lado de los cables y luego recoger el hilo hasta que la cadena tocara dos de los cables e hiciera corto circuito, apagando la luz. Con nuestro maravilloso invento, los hermanos Fuenzalida y yo nos fuimos a un cerro, poquito afuera de la ciudad y ya que vimos que estábamos solos nos acercamos a un poste, de esos de línea secundaria, no

era una torre de alta tensión pero sí era más grande que los postes que llevan la electricidad en las calles. Hicimos el lanzamiento con la caña y como verdaderos campeones logramos que la cadena pasara el cable, colgara hacia abajo y tal como habíamos calculado, al recoger el hilo, la cadena subió e hizo contacto con dos de los cables. Sin embargo, lo que pasó a continuación no nos lo esperábamos, pensábamos que habría un pequeño chispazo y ya, ¡pero no que nos caería un rayo encima! Hubo un trueno tan brutalmente estridente y luminoso, que nos dejó sordos, ciegos y mudos y por si fuera poco, por el susto que me llevé, salté instintivamente hacia atrás, caí adentro de un hoyo y me rajé profundamente la pierna. Fue una cagazón, pero eso sí, más de la mitad de la ciudad se quedó sin luz.

Después de nuestro primer cadenazo fui con mi jefe político, el Burro, para informarle lo que habíamos hecho, cómo lo habíamos realizado y el impacto de nuestra acción. La conclusión no podía ser otra: hay que seguir haciendo cadenazos. Así empezamos la onda de cortar la luz que después se haría tan importante y masiva.

En nuestra segunda acción estuvieron también Belmar y Carlos Pino. Pensamos en sabotear un tren que venía con la celulosa de Arauco, la intención era descarrilarlo y que la mercancía se botara.

—¿Y eso cómo lo vamos a hacer? —volvió a preguntar neciamente uno de los hermanos Fuenzalida.

—No sé, pero vamos a estudiarlo y algo se nos ocurrirá —respondí impaciente de que no entendiera eso que dijera el poeta Machado de que se hace camino al andar.

En verdad que resultó muy sencillo y ahora no nos llevamos ninguna sorpresa. Con un compa ferrocarrilero averiguamos que con sólo quitarle los pernos que sujetan las vías a los durmientes, cada 30 metros y en unos 100 metros, por el puro movimiento se abren los rieles y el tren se sale. Así lo hicimos y descarrilamos un tren, aunque no fue el de la celulosa, sino un convoy con carbón que se fue pa' la mierda.

Entonces pensamos en incendiar los árboles de la forestación, pero nos planteaba el peligro del descontrol del fuego y también pensamos que al triunfar la revolución íbamos a necesitar esos árboles,

por lo que desechamos en parte la idea, pero concluimos diciendo: «Los bosques no, pero la madera sí, porque está lista pa' venderse y así no van a ganar dinero, ese sí es un golpe a la economía». Probablemente no significaba ni mierda para la economía chilena, pero para nosotros significaba mucho hacer cosas e irnos preparando. Así, decidimos ir a quemar la más grande maderera de Concepción, que creo se llamaba Masisa. Entramos los cinco con garrafas de vino llenas de gasolina y taponadas con estopa, las encendimos, las arro- jamos y se quemó toda la madera.

No asumimos públicamente la responsabilidad de ninguno de estos sabotajes y sólo le informábamos al Burro, por ser nuestro jefe político en la Jota. Lo cierto es que simultáneamente el Perro estaba haciendo lo mismo en Coronel y Lota, nada más que a él le estaba costando encontrar gente que le entrara. Entonces, el Perro, como era secretario regional de la Jota allá, pidió que me mandaran con él, pero yo me negué.

—Oye Gitano —me dijo el Perro en tono de reclamo en cuanto me vio-, ¿no te interesa irte para allá, a la zona del carbón? ¡Tú eres minero weón!

—No puedo, Perro, estoy en la universidad —le respondí.

—¿Pero qué estás haciendo ahí?, estás como un simple militante -me reviró.

-Sí, como un simple militante, pero estamos haciendo cosas -le respondí.

—¡Ya lo sé, weón, por eso quiero que te vengas conmigo! —insistió.

El Burro estaba también en la Universidad Técnica, inscrito en ingeniería eléctrica, pero él ya había estudiado ingeniería comercial en la Universidad de Concepción, nomás que no lo dejaron recibirse, cacharon que era de la Jota y lo expulsaron. Entonces se inscribió en la Técnica, pero sobre todo lo que le interesaba era impulsar a la Jota y con nosotros se entusiasmó. Él ya andaba en la idea de la respuesta armada a la dictadura. En realidad nos encontramos dos o tres locos que estábamos pensando en lo mismo y la duda era sólo de dónde íbamos a sacar los fierros. La respuesta que nos dimos fue: «Necesitamos hacer algo para tener recursos».

* * * * *

Para entonces ya éramos un grupo como de doce compas y en esos días se había decidido hacer un mitin unitario junto con los socialistas, los miristas y los de la Jota, en la idea de juntar gente suficiente para hacer una marcha por el hambre y nosotros nos juntamos para ver cómo colaborar.

—Oye Gitano, ¿cómo le hacemos, le entras en la defensa? —me preguntó el Burro.

—Como querai —le dije—, pero creo que nosotros podemos hacer una acción para desviar la presión pa' otro lado y ayudar a que dure algo el mitin.

—Muy bien, pero qué vas a hacer —preguntó el Burro.

—Aún no lo sé -respondí pensativo.

Normalmente, lo que se lograba juntar en un mitin de esos era, a lo mucho, a unas treinta personas quienes en medio de la calle gritaban: «¡Muera Pinochet!». Cuando todavía no llevaban cinco minutos, se comenzaban a disgregar y luego «sálvese quien pueda» pues la policía arremetía con violencia y con la intención de detener al que pudieran. Quien era muy bueno para esos mítines era el Chino Juan Olivares, uno de los que fue conmigo al sabotaje de la fiesta de los fachos de la universidad y que se mariconeo, pero mira como es la vida, el weón era un excelente orador e incluso llegó a ser presidente de la representación estudiantil de la Universidad Católica en Talcahuano, una cosa preciosa desde el punto de vista político, porque, imagínate, un comunista ganando la presidencia estudiantil de la Católica. El Chino Olivares, fue nuestro orador en el mitin y arrancó hablándoles a veinte personas asustadas, pero claro, por algún lado se empieza y hacerlo entonces, en verdad que requería de mucho valor.

Mientras tanto, nosotros decidimos que la acción de distracción de la policía sería un incendio en una enorme agencia de ventas de autos, camionetas y camiones de Toyota, que estaba a una calle de la Policía de Investigaciones y a cuatro de la Central Nacional de Informaciones (CNI)²³. Como ya nos creíamos químicos expertos en explosivos, hicimos nuestras primeras bombas molotov, echán-

dole a cuatro garrafas de vino de un galón, aceite quemado, azúcar y parafina líquida, lo mismo hicimos con otras diez botellas de vidrio pequeñas, pero a éstas las tapamos con estopa. Como el mitin estaba programado para las cinco de la tarde, nosotros entramos cinco minutos antes a la Toyota y aventamos las garrafas que se estrellaron contra el piso, regando la parafina por todo el lugar y luego aventamos varias molotov con la estopa encendida y ¡Puum!, aquello se prendió como papel. Por cierto que a las molotov le habíamos puesto un sistema muy sencillo de encendido, con un fósforo y una lija para cerillos, para con sólo rasparlo, prender el trapo y listo. Los policías y todo el mundo que estaba en el lugar se quedaron estupefactos, los cuatro que entramos, salimos en menos de 15 segundos sin que nadie reaccionara.

Nuestro objetivo era sólo que alguno de ellos llamara a la policía y ésta se fuera para allá, dándole tiempo al Chino y algún otro a echar su discurso y tirar algunos volantes, pero un policía de la agencia se vino corriendo detrás de nosotros, pero le arrojé la última molotov y el tipo se regresó volando, lo que nos dio tiempo para llegar a la esquina y doblar. Entonces les dije a mis compas: «Ya, tranquilos, ustedes crucen la calle, caminando tranquilos». Al llegar a la otra esquina volvimos a doblar y enseguida pasó un micro y nos fuimos. Por las noticias supimos que se quemaron nueve carros y cuatro camionetas y calificaron el hecho como: «Violento sabotaje ejecutado por un comando especial pagado por el comunismo internacional...». Nosotros nos morimos de la risa, habíamos sido cuatro weones cagados de miedo que tiraron unas garrafas de vino con parafina.

Me acuerdo que al día siguiente hubo una marcha en Hualpencillo —una pequeña población de la comuna de Talcahuano— y que el loco de Gonzalo Fuenzalida se fue para allá. El weón se auto nombró «Comandante Nicolás» y mientras avanzaba la marcha, junto con unos veinte muchachos, se dedicó a enseñarle a hacer molotovs a todo el que quisiera aprender. Pero claro, la policía llegó, arremetió contra la marcha y todo mundo a correr. Gonzalo se tuvo que esconder y por supuesto que fue sancionado duramente en la Jota.

Cuando lo volví a ver, venía comiéndose una manzana enorme y jugosa, por lo que a partir de ahí mepecé a llamarlo *Manzanita*.

—¿Cómo estás, Manzanita? —le pregunté.

—Todo bacán²⁴, todo tranquilo —me respondió con su goce divertido de siempre y ofreciendo compartir su manzana.

—No te hagai el weón —le dije— ¿Por qué te metiste de exhibicionista en la marcha de Hualpencillo?

—No, no, ¿quién te dijo eso?... yo no era... —respondió sin perder su tono y estilo.

—No te hagai el weón, si yo sé —le dije con sonrisa socarrona.

—Sí, bueno —respondió sin perder su jovialidad—, la cagué, pero le enseñamos ahí a la gente a hacer molotovs, además se va a saber en lugares de todo el mundo que eso es lo que ahora necesitamos aquí, po.

—No —le dije muy serio—, así no, expones a la gente y además ahora te conocen y se supone que tú eri clandestino, weón, nos pones en peligro a todos, bien sabes que estamos pensando en otras cosas.

—No, sí la cagué, perdóname, weón —dijo serio, pero remató riéndose y con ese tono divertido tan característico de él— ¿Pero sabes qué, Gitano?... ¡Te quiero!

El weón me desarmó por completo. Gonzalo Fuenzalida era sencillamente un personaje excepcional.

* * * * *

Unas semanas después hicimos otro intento de movilización para protestar contra el hambre, convocamos con panfletos y ahora llegaron como cien personas que se metieron a una tienda de autoservicio a robarse comida y luego todo mundo a correr. Al otro mes volvimos a llamar a una marcha por el hambre, la cual estaba sumamente vigilada y en cada esquina había agentes vestidos de civil, además de mucha policía uniformada. Era obvio que estaban tratando de intimidar para evitar se juntara la gente de la marcha, pero también, si arrancaba, estaban listos para cagarnos a palos. Sin embargo, los convocados se hicieron de valor e iniciaron la marcha, que ahora llegó a juntar a unas doscientas personas. «Van a reprimir, tenemos que hacer algo», le dije al compa que venía conmigo, mientras caminábamos por detrás de los policías, vigilando sus movimientos. Entonces vi al jefe del operativo acompañado de tres weones que lo

escoltaban y transmitían sus órdenes, estaban cubiertos por un puesto de revistas y detrás de un piquete de policías con cascos y toletes que se preparaban a cerrarle el paso a la marcha y se me ocurrió que si poníamos fuera de combate al jefe del operativo, los pacos se descontrolarían y le daríamos un poco más de tiempo a la marcha. Yo llevaba un fierro escondido dentro de la chaqueta, pues no estaba dispuesto a que me pegaran sin responder y traía también mi pistola. Así que en cuanto vi que los policías del piquete se movían para cortar la marcha, apuré el paso y al pasar a un lado del jefe del operativo... ¡Zas!... que le doy un fierrazo en la cabeza. Fue tanta la impresión de los escoltas que ni reaccionaron, mientras que nosotros a correr y al llegar a la esquina doblamos, con tal suerte que justo pudimos montarnos en un micro que iba partiendo. Mientras tanto, los que custodiaban al jefe policiaco empezaron a gritar señalando a su jefe sangrando en el piso, sin que nadie entendiera qué había pasado, como pasmados, al tiempo que los policías que iban en el piquete contra la marcha se empezaron a regresar. Eso permitió que la marcha pasara y se disolviera sola un poco más adelante. Ya no reprimieron porque no supieron qué hacer, sin mando simplemente se acalabraron. El comandante del operativo se fue al hospital, donde le tuvieron que dar como cincuenta puntos de sutura en la cabeza y la noticia salió en la prensa, diciendo que malhechores habían golpeado a un policía.

En la noche fui a ver al Burrito y luego de contarme lo que pasó después que nos fuimos, me dijo: «La acción estuvo del uno; la marcha salió limpia y ese weón se fue al hospital». Me quedé pensando y entendí que ése era nuestro papel: la acción militar para posibilitar y defender el movimiento de masas. Incluso en la Jota dimos un curso de autodefensa y de elaboración de molotvs, con un planteamiento muy concreto: «Si los pacos atacan hay que defenderse y eso lo tiene que hacer uno mismo, nadie lo va a hacer por nosotros, hay que aprender a defendernos de estos conchaesumadre. Tenemos el derecho y la obligación de defendernos».

En esos momentos había una cierta alianza con el MIR y aquellas movilizaciones las convocamos juntos, pero hasta entonces, ellos siempre nos molestaban con que nosotros éramos unos maricones y que los de las armas y los cojonudos eran ellos, pero a partir

de ese día eso empezó a cambiar. Recuerdo que fui con el Chico de Lota a unas tres reuniones con ellos y siempre le decían, a modo de saludo y en tono burlón: «¿Qué dice la voz del Kremlin?». El Chico se enojaba, pero no les respondía, hasta que ese día le dijo al irónico guatón: «¿Qué pasó, complejo de Miguel Enríquez, viste a unos maricones actuar?» y ahí terminaron las burlas.

* * * * *

Entonces llegó septiembre de 1980, el tercer día del mes para ser preciso, cuando, aún en el exilio y en el marco de la convocatoria del plebiscito de Pinochet para aprobar su nueva Constitución, el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, no sólo lo descalificó por no tener «validez jurídica ni moral», sino que, además, reivindicó: «El derecho del pueblo a la rebelión, a recurrir a todas las formas de combate, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida en contra de la dictadura fascista...». Era lo mismo que habíamos platicado nosotros, el plebiscito era una farsa para perpetuar a Pinochet en el poder e imponer su Constitución fascista, por lo que la rebelión popular era legítima. Es decir, que el pueblo tenía el derecho a rebelarse contra la tiranía incluso con la violencia y en eso estábamos nosotros. A la falta de legitimidad de origen de la dictadura para convocar a un plebiscito, se agregaba la ausencia total de libertades políticas, al menos para difundir opiniones contrarias a la dictadura y votar libremente, pero, por si fuera poco, el día de la votación, miles de agentes de seguridad y funcionarios se dedicaron a votar tantas veces como pudieron.

Unas horas antes del amanecer del día del fraudulento plebiscito de Pinochet, del 11 de septiembre de 1980, nos metimos a la universidad y en su altísima antena de radio pusimos una bandera de la Jota. No fui con mi grupo operativo, sino que me llevé a un par de compañeros de la universidad con la idea de ir formando ahí otro grupo con las mismas características. Iba con el *Negro* Palacios, un compa recién integrado y con el *Flaco* Moena, un compa que había estado preso y con quien había hecho una linda amistad, que era como de dos metros de alto y campeón sudamericano de los 800

metros planos, por lo que para mí era un auténtico gigante, pues yo era flaquito y bajito. Entramos a la universidad como a la una de la mañana, llevábamos la bandera, unos trapos y brea para hacer unas rayadas en las paredes y una supuesta bomba, que no era otra cosa que una caja con unas pilas conectadas con unos cables a un trozo de plastilina y que adentro tenía una nota escrita a mano que decía: «¡Pum! ¡Concha de tu madre!».

Me subí hasta la punta de la antena y puse la bandera, que era grandísima, como de cinco metros de largo por dos y medio de ancho y la bomba falsa la dejé sujeta al asta, para que cuando subieran a quitarla se toparan con la bomba, se bajaran corriendo y llamaran a los expertos en explosivos. Entonces agarramos los trapos y la brea y nos pusimos a rayar en los edificios más grandes de la universidad. Con unas letras enormes pusimos: «¡No a la constitución fascista! ¡Muera Pinochet!». Por cierto que utilizábamos la brea aunque quedáramos hechos una mierda y luego fuera una lata quitársela de las manos y más de la ropa, pero ni hablar, era la manera más barata de pintar, además que cuando la tapaban con pintura de agua, ésta no agarraba sobre la brea y nuestra pinta volvía a salir. En fin, cuando llevábamos como dos horas de estar rayando, de pronto el Flaco Moena paró de pintar y se me acercó.

—Oye —me dijo—, el Negro Palacios se arrancó.

—¿Cómo y quién nos está cuidando? —le pregunté intranquilo y mirando alrededor nuestro.

—No, nadie, se fue el maricón —me respondió.

—Vámonos entonces, Flaco, pero caminando tranquilos —le dije.

Echamos a caminar y como a las seis de la mañana nos separamos, no sin antes decirle: «Anda para la casa a lavarte y cambiarte que a las ocho nos juntamos en la universidad, no dejes de venir para que no sospechen de nosotros». Yo llegué a mi casa e hice lo mismo, pero no logré sacarme la brea de las manos, así que bien bañadito y con ropa limpia, me puse un sombrero y unos guantes y me fui a la universidad. Ahí me encontré con los compas.

—¿Qué te pasó, vas a un show o hay un carnaval? —se burló el Perro en cuanto me vio.

—¿Qué, dónde se metieron? —me preguntó muy sonriente el Negro Palacios.

El Flaco Moena de inmediato me sujetó de un brazo y el Perro, que no sabía nada, se nos quedó viendo inquisitivamente.

—¿Están bien? —preguntó el Perro.

—Amigos así queremos en esta mierda —dije mirando fijamente al *Negro* Palacios—, por qué no mejor le preguntas a la puta que te parió.

Para fortuna de mi integridad física, el *Negro* Palacios asumió que la había cagado y se retiró sin decir nada más. Pero más allá de eso, toda la universidad vio la bandera ondeando durante dos días. Como esperábamos, los conchaesumadre no se animaron a subir hasta que llegaron los policías antiexplosivos. Además, nuestra acción se vio coronada con la tremenda apabullada que recibió el entonces abogado de la Intendencia de Concepción, un weón que era sobrino de Pinochet y fue a hablar de la nueva Constitución al paraninfo de la universidad. Para confrontarlo, se habían preparado el Chico de Lota, el Perro y el Calula, quien estuvo especialmente brillante, quienes, junto con otros cabros del MIR y ante varios cientos de estudiantes, dejaron en ridículo al abogadito sobrino del dictador. Fue tal la arrastrada que le pusieron, que el estúpido al final dijo: «Bueno, bueno, ¿pero acaso otras constituciones no son malas también?» provocando la carcajada general y los gritos de cientos de estudiantes diciéndole que mejor se arrancara para su casa.

Fue un triunfo rotundo y nosotros estábamos como pavorreales por una victoria tan visible y ganada a pulso, pero más allá de nuestro festín de vanidades, produjo un salto en el crecimiento de la Jota en la universidad, si para octubre éramos cincuenta militantes, para diciembre ya éramos ciento cincuenta. Muchos querían ser de la Jota, habíamos mostrado audacia, capacidad de organización y claridad en nuestras posiciones.

* * * * *

En esos días, el Burro me presentó a la hermana del Flaco Palma, la *Negra* Palma, de quien me hice amiguísimo e incluso me fui a vivir con ella compartiendo renta. Recuerdo muy bien que el día que llegué a su departamento, ella me dijo: «Tú tus cosas y yo las mías, ni tú te metes conmigo ni yo contigo». Sin embargo siempre fue muy

solidaria conmigo, empezando porque muy poco después me quedé sin ingreso y ella pagaba toda la renta. Con ese proceso de agitación empecé a faltar mucho a mi trabajo en las fotografías y la verdad que me habían aguantado bastante, pero al final el patrón estaba furioso conmigo y me quedé sin trabajo.

Así llegó el fin de año y realizamos otra marcha contra el hambre que creció muchísimo y nos plantearon ser parte de la dirección regional, dijimos que sí, además ya el Burrito participaba ahí. Entonces el Burro me informó que el Regional se había planteado la necesidad de hacer alguna acción de propaganda que fuera muy visible, para acompañar la efervescencia política. Le propuse tomar Radio Femenina y emitir un mensaje.

—¿Estai chalo?²⁵ No, weón, nos van a sacar la mierda a balazos — me dijo riendo.

—Piénselo bien, Burro -le respondí-, el treinta y uno de diciembre quién va estar cuidando, todos los weones van a estar curaos²⁶.

—Está complicado — me dijo ahora más serio—, para eso necesitamos armamento.

—Bueno —le dije—, yo tengo una pistola y puedo conseguir otra más, así tendríamos dos y Gabino anda con una metralleta y un fusil.

—Bueno po, analicémoslo —dijo sonriendo de nuevo.

Al inicio de diciembre, la dirección regional del Partido en Concepción planteó, como la gran acción de propaganda, poner una bandera del Partido y fue el Burro quien me contó del audaz acuerdo.

—Cágate de la risa, weón -me dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Sabes lo que dijeron que se va a hacer?, poner una bandera en Laguna Redonda -me dijo riéndose, pero como vio que me puse muy serio, agregó—. Ya, no te enojas, mejor ríete, weón.

—¡Pero es que no puede ser -le reviré enojado—, cuándo vamos a cagar a esos weones si el Partido anda con esa mierda! ¡Eso es pura mariconería!

—Sí, pero nosotros vamos a plantear lo de la toma de la Radio ¿o no? — me reviró él.

Cuando lo planteamos en la siguiente reunión, el Secretario Regional del Partido dijo: «No es mala idea, pero lo que pasa es que,

bueno, nosotros estábamos pensando en poner una bandera». Mientras que el jefe militar regional, quien resultó ser la pareja de La Negra Palma, la compañera con la que yo compartía casa, se fue en contra de nuestra propuesta. El Burro, conteniendo la risa, lo ignoró y respecto a la propuesta del Secretario Regional, dijo: «Eso lo podemos hacer sin problema, nosotros tenemos dos armas y ustedes tienen otras dos, así que juntamos esfuerzos y lo hacemos respetando las directrices que nos dé el jefe militar del Partido».

Yo me enojé, pero como bien supuso el astuto Burro, no pasó ni una semana para que el jefe militar empezara a buscar excusas para siquiera poner la bandera, era el típico weón que no quería hacer ni una mierda. Primero arguyó que no teníamos auto, a lo cual le dijimos que eso no era problema, que nosotros robaríamos uno, entonces dijo que eso era muy riesgoso y que era mejor comprarlo. Nosotros, sabiendo que inventaría cualquier otra cosa para no hacer ni la cagana acción de colocar la bandera, decidimos hacernos de los recursos económicos suficientes para solventar cualquier inconveniente y para comprar armas, porque con las dos pistolas que teníamos éramos un chiste de célula armada. Así, decidimos asaltar una panadería, que al andar de los años supimos que era de la familia de Luciano Cruz, fundador del MIR. Claro, eso no lo sabíamos entonces y nuestro asalto resultó algo así como un episodio de Los Tres Chiflados.

Primero nos robamos el auto, un taxi, un Chevette recién llegado de china. Me subí al taxi y encañoné al chofer.

—Tranquilo —le dije al chofer en cuanto me subí al taxi y lo encañoné—, obedece y nada te va a pasar, salte que vas a la maletera.

—No, no, tranquilo, yo les manejo —me respondió el chofer.

Como no parecía querer bajarse, Lito le abrió la puerta y le dijo: «Métete a la maletera si no querí que te matemos, chuchetumare». El tipo obedeció y arrancamos con el taxi. Ese día aprendimos una buena lección, llevábamos cinco litros extras de gasolina, para no tener que ir a cargar, pero la cagamos porque requeríamos al menos veinte, pero aprendimos que lo mejor es siempre llenar el tanque para tener un rango de autonomía suficiente. En fin, nos fuimos a la panadería, dejamos el taxi en la esquina y nos bajamos los cinco. Ahí, como siempre he sido muy místico para todo, ya desde enton-

ces ponía la mano al centro y los demás juntaban una de sus manos encima de la mía y yo decía: «¡Patria o muerte!». Después del ritual, uno se quedó en el taxi de chofer y los demás nos fuimos caminado, dos adelante y dos atrás. Dentro de la panadería, los dos últimos cerraron la cortina de fierro que protegía por las noches el lugar y sacamos las pistolas: «¡Esto es un asalto, todos al suelo!» Las seis personas que había ahí obedecieron sin chistar y pudimos sacar todo el dinero de las dos cajas que había. Todo iba muy bien, pero a uno de nuestros compas, que estaba muy nervioso, se le salió un tiro e hirió a un hombre que estaba en el suelo. ¡Chucha!, tremendo condoro²⁷ y sin saber qué hacer apuramos la salida por la puerta lateral que ya teníamos vista. La retirada fue un total desorden, uno salió con el dinero, otro se fue con las pistolas, tirando un revólver y una pistola en su huida y ninguno de los dos llegó al punto acordado, pero de casualidad se encontraron y se fueron juntos. Al no ubicar a los compas nos fuimos en el taxi, equivocamos las calles y nos quedamos sin gasolina, entonces dejamos el auto con el chofer en la maletera y nos fuimos caminando hasta que tomamos un bus. Hicimos puras tonteras y sólo por suerte no pasó algo más.

Al día siguiente, le conté al Burro nuestra cagazón y él fue a buscar a los demás. Todos estaban bien y el dinero y las armas a buen recaudo. El botín fue como de cien mil pesos de aquella época, no sé cuánto sería hoy, pero era mucha plata. Le compramos a unos delincuentes comunes una sub-ametralladora, que fue nuestra primera arma de guerra con capacidad de defensa efectiva, más siete pistolas y por otro lado conseguimos casi doscientos kilos de explosivos, los cuales escondimos en nuestro primer barretín²⁸, que si bien era de lo más elemental, también nos dejó una nueva experiencia.

* * * * *

Sin embargo, la cagazón no terminó ahí, uno de los compas le contó a su papá, que era dirigente del Partido en Talcahuano y éste fue con la dirección del Partido y nos denunció: «Miembros de la Jota en Concepción están haciendo asaltos y yo pido la expulsión del tal Gitano, está induciendo a buenos militantes a caer en una grave desviación ideológica».

Yo decidí ir a hablar con el viejo, pero éste, sin darme oportunidad de nada, me echó tremenda bronca acusándome de inducir a su hijo. Yo lo dejé hablar y luego lo encaré.

—¿Cuántos años tengo yo? —le pregunté cuando terminó su andanada.

—No sé, pero veinte años a lo mucho —respondió el viejo.

—¿Y cuántos tiene su hijo? —le pregunté.

—Ya va terminar su carrera, va a cumplir veinticinco años —dijo orgulloso el viejo.

—¿Entonces, quién induce a quién?! —le solté alzando la voz; ¡Salvo que su hijo sea un retardado mental, si no cada quien asume su responsabilidad como combatiente! No se olvidé usted que en septiembre el Secretario General del Partido dijo que contra la Constitución fascista de Pinochet impulsáramos la rebelión popular con todos los medios de combate a nuestro alcance. ¿Usted no se dice comunista?, esto es rebelión popular y hay que hacerla con coraje, señor, discúlpeme, pero así es esto.

Sin darle oportunidad a que me respondiera, enojadísimo me fui a buscar a su hijo.

—Dame las pistolas —le dije, extendiendo la mano y sabiendo que él tenía una de nosotros y otra que él se había conseguido.

—No, espérate... —dijo con intención de seguir hablando.

—Pásame las pistolas —lo interrumpí.

—No, tranquilo, mira... -intentó continuar.

—Dámelas, que no te voy a matar con alguna de ellas, sapo de mierda -volví a interrumpirlo.

—No me digas sapo, si mi papá anda militando desde... —respondió enojado, pero lo volví a interrumpir.

—Será, conchaetumadre, pero tú andas cantando como canario, así que dame las pistolas, que no las vas usar ni para jugar tiro al blanco —rematé cerrando y abriendo los dedos de mi mano extendida, en señal que me las entregara, lo cual, sin decir más, finalmente hizo.

Dando por concluido el asunto, resolvimos entonces hacer nuestra primera acción con explosivos y la decisión fue volar una torre eléctrica de alta tensión en las afueras de Concepción. Llevábamos la dinamita que le habíamos comprado a un minero y escogimos una torre, que, por la inclinación del terreno, calculamos

que al volar una de sus patas se caería cortando el tendido eléctrico. Eran como las doce de la noche cuando llegamos a la torre, juntamos troncos y ramas secas, le pusimos encima los cartuchos amarrados con un lazo que nos había dado el minero, le prendimos fuego a la madera y salimos corriendo. Nos atrincheramos como a unos doscientos metros, desde donde se veía el fuego y esperamos la explosión. Una hora después no había ocurrido nada y el fuego ya no se veía, de cualquier manera esperamos como otra hora, no fuera a ser que explotara cuando nos acercáramos. Cuando finalmente regresamos a la torre, nos encontramos con que la madera y el lazo con que amarramos la dinamita estaban consumidos, pero los cartuchos estaban como derretidos. Me enojé muchísimo y pensando que el minero nos había engañado y robado, nos fuimos a buscarlo.

Todavía era de madrugada cuando llegamos a casa del minero, quien nos abrió con cara de dormido. No le di oportunidad de nada, le puse la pistola frente a la cara y lo empujé para adentro de su casa.

—¿Qué pasa...? ¿Por qué...? —preguntó aturdido.

—¡Nos robaste, la mierda esa no explotó, has traicionado a la patria! —le grité.

—Pero cómo que no, si les di todo lo necesario... —respondió el minero.

—No fue así, weón, no explotó —insistí interrumpiéndolo.

—A ver, díganme qué hicieron —preguntó el minero un poco más despierto.

—Mira, pusimos la dinamita en una fogata y la mierda no explotó —le informé.

—¿Pero le pusieron los detonadores y las mechas a cada cartucho? —preguntó él.

—¿Cuáles detonadores y cuál mecha? —pregunté mirando a mi compadre Lito Fuenzalida.

—Son los tubitos que les di y el cable de mecha —dijo el minero.

—¿Éstos? —preguntó Lito sacando los detonadores de la bolsa de su chaqueta y sabiendo ambos que habíamos utilizado la mecha para amarrar los cartuchos de dinamita.

El minero se rió de buena gana, entonces nosotros le ofrecimos una disculpa y le pedimos que nos explicara cómo debían ponerse.

Completamente relajado, el minero nos enseñó cómo usarlas correctamente. Nosotros hicimos el ridículo completo, pero aprendimos a usar la dinamita.

* * * * *

La noche siguiente regresamos a la torre eléctrica y le volamos dos patas, lo cual hizo que la torre cayera y al hacerlo jaló otra torre, que también se vino abajo. Bien atrincherados y a una distancia suficiente para evitar ser lastimados, oímos las explosiones y eufóricos contemplamos el resultado. Nuestra acción dejó sin luz a casi toda la ciudad de Concepción y significó un avance significativo en nuestra pretensión de sabotear a la dictadura.

Desgraciadamente, el asunto del asalto a la panadería no había quedado ahí. Vinieron de Santiago dos dirigentes de la Jota que me regañaron y cambiaron al Secretario Regional del Partido. En su lugar quedó el viejo Víctor Hugo Huerta Beiza, quien entonces tendría como 50 años, pero que, bueno, para mí ya era un viejo. Yo no lo conocía y como había llegado en sustitución del otro compa por el caso nuestro, pensé que no saldría nada bueno de ese cambio. Huerta me citó, pero antes de ir a verlo hablé con el Burro, quien me dijo: «Cuéntale la verdad, weón, ya he hablado mucho con este viejo, es un weón derecho que realmente está por la posición de izquierda revolucionaria y yo creo que ya amerita que le digamos la verdad al Partido». Fue entonces que decidimos contarle al viejo. Hasta entonces todo el mundo creía, incluyendo a nuestra dirección partidaria, que las acciones nuestras eran de gente del MIR. Primero el Burro le contó dos o tres cosas y luego fui yo a hablar con él. Estuvimos platicando como cinco horas y para mí, fue amor a primera vista; ¡me enamoré del viejo! Al principio, muy cautamente le conté lo que él ya sabía por el Burro y el viejo miraba para todos lados menos a mí, por lo que pensé: «Esto se jodió». Sin embargo, le fui contando un poco más hasta llegar a la voladura de la torre, con lo que capté su atención.

—No me digas que ustedes también tienen explosivos — me dijo el viejo sonriendo.

—La verdad que sí — dije, pensando que me había ido de la boca.

—Nosotros creíamos que habían sido los del MIR —dijo el viejo sin dejar de sonreír.

—No fue el MIR, fuimos nosotros —dije orgulloso, pero aún a la defensiva agregué—. No informamos al Partido porque veíamos cierta aprehensión de parte de algunos de los miembros de la dirección e incluso tomaron medidas contra nosotros, entonces decidimos mejor cerrarnos y hacer por nuestro lado las cosas. Estamos convencidos de impulsar la rebelión popular planteada en el 78 y ratificada en el 80, aunque no todo el mundo está convencido de eso.

—¡Ah!, por eso te querían sancionar estos weones —dijo jovial el viejo—, pero no te preocupes, yo voy a hablar con la dirección de la Jota y con la dirección del Partido en Santiago para que te pases conmigo, pero de ahora en adelante me vas a decir todo lo que piensen hacer, ya no por la libre las cosas, vamos a darle un carácter más político y más orgánico a la vez, porque sus acciones son políticas, obviamente, pero las hacen fuera de la organización. Así que desde ahora usted se viene conmigo, que el Partido necesita cuadros como usted.

Entonces me preguntó por el número y tipo de armas que teníamos y la cantidad de recursos económicos. Le conté que con la plata habíamos comprado algunas armas y explosivos y que el sobrante se lo habíamos dado al comité de la Jota en la universidad y en el poblacional para que hicieran propaganda. También le expliqué que sólo el Burro y yo teníamos acceso al dinero y que por regla estricta jamás utilizábamos ese dinero en nosotros y que cada uno debía solventarse sus gastos personales, para nosotros ese era dinero de la Revolución.

Lo cual, por cierto, siempre cumplimos, a pesar de tener muchos problemas económicos personales. En mi caso, después que me echaron de revelar fotos, a través de un compa que conocía de la universidad y quien subcontractaba el servicio de limpieza, me enganché para hacer el aseo en la universidad. Pagaban una mierda, pero lo bueno para mí era que trabajaba de las diez de la noche a las dos de la madrugada, pudiendo ir a clases en la mañana y hacer mis actividades en la Jota. Además, gracias a ese trabajo, me conocí la universidad al revés y al derecho e incluso estuve varias veces en la oficina del rector, de donde me llevé todos los sellos oficiales,

pues pensé que de algo me podrían servir en algún momento. Sin embargo, al conocer mi situación, el viejo Huerta me insistió en que me fuera con él: «Como funcionario del Partido, para que recibas apoyo económico. Tú ya le has servido mucho al Partido, entonces te vamos a apoyar económicamente, que no es mucho, pero bueno, te va a ayudar».

Resultó que, como pensaba el Burro y en lugar de lo que yo me temía, Víctor Hugo Huerta nos apoyó en todo. Incluso, frente a la presión de un sector del Partido que pedía mi expulsión, el viejo lindo les dijo: «Si quieren expulsar a alguien busquen a otro, a éste lo necesitamos en el Partido». Así, la expulsión no sólo no prosperó, sino que por decisión de él, que era el nuevo Secretario en Concepción y por ello era a su vez miembro de la Comisión Política del Partido, yo pasé a ser miembro de la dirección Regional del Partido y a recibir un pequeño, pero para mí indispensable, apoyo económico.

* * * * *

En ese entonces participamos en varios cursos organizados por la Jota, ya que no queríamos clandestinizarnos dentro de ella, en el sentido de que no tuviéramos una actividad normal en su interior, de lo contrario sería obvio quiénes estaban haciendo las operaciones. Por ello, en muchas ocasiones compartimos con el resto de la militancia de la Juventud Comunista los cursos exclusivamente políticos que se realizaban en Dichato y en otras playas, como Playa Blanca en Coronel. Ya para ese momento éramos unos quince militantes que estábamos completamente dedicados a la cuestión militar y hacíamos, aparte del resto, nuestros propios cursos de instrucción militar. Por esas fechas fue que invitamos a un amigo del Perro a darnos uno de esos cursos. El compa *Mangacho*, alias de Emilio Gavilán, venía regresando de la Unión Soviética y nos ayudó muchísimo, ya que había tomado un curso formal de formación militar, mientras que nuestra instrucción alcanzaba apenas algo de lo que habíamos leído en algún manual de guerra de guerrillas y de la experiencia del compa que había hecho su servicio militar, que, como es obvio sabía muy poco o nada y lo más que habíamos hecho era echar un par de tiritos en el monte con fusiles Máuser.

Sin embargo, nosotros hicimos una weada que estuvo a punto de privarnos de los conocimientos de Mangacho y de su amistad. Como estábamos acostumbrados a torturarnos entre nosotros, un día lo agarramos y le sacamos la conchaesumadre, ¡puta que se asustó!, pero estuvo a punto de mandarnos a la mierda porque se enojó muchísimo. En especial nos la tiró muy dura al Burro y a mí, diciéndonos que éramos unos irresponsables y que eso no se hacía, pero además nos dijo una cosa que para nosotros fue un quiebre importante en nuestra forma de adiestrarnos y nos caló muy hondo: «Torturar no está bien, los revolucionarios no hacen eso». Si bien nosotros lo hacíamos con la idea de prepararnos para una captura del enemigo, a partir de entonces dejamos de hacerlo. Además, como pudimos comprobar después, todos nosotros y en carne propia, era una tontera, porque la verdad es que nadie puede entrenarte para aguantar la tortura, lo que hagas es un chiste al lado de lo que te van a hacer. Con la experiencia de haber pasado por las manos de los sicópatas de los organismos de seguridad de la dictadura, te puedo asegurar que resultó de risa lo que nosotros nos hacíamos frente a lo que te hacen esos conchaesumadre. Pero, bueno, lo cierto es que entonces se enojó mucho el *Manga*, pero a pesar de ello nos siguió ayudando. Nos empezó hablar del trabajo combativo militar, de las estructuras militares, de la compartimentación interna, etcétera y nos dio cursos que implicaban ya una cierta especialización: de inteligencia, de métodos conspirativos, de explosivos y de tiro. La realidad es que nosotros habíamos hecho nuestro grupo militar asimilando las formas de las bandas delincuenciales, no teníamos más formación que la que íbamos adquiriendo al correr de las acciones y la experiencia de algunos malandrines de nuestros barrios. Con una idea política, sí, pero lejos de ser una estructura militar en forma y mucho menos una que pudiera crecer mucho más sin ser despedazada por el enemigo. En verdad que nosotros nos quedábamos mudos, aprendiendo y reconociendo nuestras burdas improvisaciones, pero además dándonos cuenta de nuestra irresponsable locura; por ejemplo, hacíamos bombas, las activábamos y luego las desactivábamos. ¿Cómo no nos matamos?, no tengo idea. También aprendimos, contrario a lo que nosotros habíamos empezado hacer al volar torres eléctricas

con sistemas de relojería, que es elemental no usar ahí sistemas eléctricos de detonación, sino sistemas de mecha lenta, porque el campo magnético que tienen las torres de alta tensión, altera el sistema, cierra el circuito y detona. Sin embargo, lo que a mí me llamó mucho la atención y hasta me espantó, fue cuando en la primera lección sobre explosivos el Mangacho nos dijo: «La conexión no debe llevar sistema eléctrico de inicio, de lo contrario se van a volar en pedazos». Yo le comenté que así lo habíamos estado haciendo y que nos funcionaba bien, pero su respuesta fue categórica: «puede ser, pero no sé cómo no se han volado».

El Manga tenía razón y seguramente que no habíamos explotado sólo gracias a la extraña e insigne suerte del principiante, pues con esa técnica ya habíamos volado un buen número de torres eléctricas. Quizá sencillamente nos salvamos porque, como atinadamente señala un original dicho mexicano: «Dios ayuda al cura y a los pendejos». De cualquier manera, a partir de entonces, siempre me negué a aceptar que las bombas se fueran conectadas o que llegaran conectadas. Al principio, como yo era quien las armaba, dejaba separadas la carga y el detonante del sistema de iniciación, para que siempre se conectaran al momento de su colocación. No sólo porque me daba un miedo terrible volar a un compañero, sino también porque trataba de ser congruente hacia los demás con algo que yo me decía: «Si me vuelo, que sea por una weada mía». A partir de entonces, a nuestro grupo de logística invariablemente les decía: «Recuerden: ¡siempre hay que mandar las cargas sin conectar!».

Trágica confirmación de lo que puede provocar ese error, ocurrió en 1982 en Santiago y le costó la vida a Camilo, el mayor de los hermanos Martín Martínez. Por no seguir esa regla de seguridad, logística le mandó armada la carga y le explotó. Murió, no por un error de él, sino porque los compas de Santiago tenían menos experiencia y hacían las locuras que nosotros hacíamos antes de aquel curso de Mangacho. Siempre duele muchísimo perder a un compañero, pero más si es por una idiotez.

Al Manguita lo quisimos mucho y no sólo porque con sus enseñanzas seguramente salvó la vida de más de uno de nosotros, sino además porque nos ayudó a pesar de lo que le hicimos y de lo que él mismo decía: «Soy un irresponsable porque les estoy enseñan-

do a ustedes y no tengo permiso de la dirección, lo hago nada más porque son mis amigos y los quiero, pero nadie puede saber que yo vine a darles estos cursos». El Manga resultó uno de los compas que más veces se salvó de caer en manos de la dictadura, impresionantemente, lo buscaban desde 1973, pero ese weón tenía siete vidas, era como un gato y se salvó. Claro que no sólo fue cuestión de suerte, sino porque donde él vivía, en una población bien proletaria, contaba con la protección de sus vecinos y un sistema de comunicación muy bueno y apenas aparecía la policía o la CNI le avisaban de inmediato. Tiempo después, ya andando yo en la clandestinidad, como Jefe del mando zonal del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), me lo encontré como jefe del Partido en Valparaíso y me invitó a su casa, a la que llegué preguntando por Mangacho, pero para mi asombro, el compa que me abrió, con mucha naturalidad, gritó: «¡Emilio te buscan!». Me sorprendió mucho, pues ese era su nombre verdadero y lo usaba como si fuera chapa. Entonces le pregunté por qué usaba su nombre verdadero y él me contestó: «Esa es la forma más clandestina de trabajar, si el enemigo sabe que hay un Emilio no pensará que su chapa es su nombre».

* * * * *

Para entonces, ya como miembro de la dirección regional del Partido y con una idea más clara de cómo podíamos ir avanzando en lo militar, tuve posibilidad de dedicarme de tiempo completo a la formación de brigadas de autodefensa de las movilizaciones y de comandos que realizaran acciones de sabotaje, replicando a nivel regional la experiencia que teníamos en nuestro grupo en Concepción. Así, fuimos formando nuevos grupos en Concepción, Talcahuano, Lota, Coronel y en casi todas las comunas desde la octava hasta la novena región, mientras la protesta social se extendía con mucha dignidad y valentía de la gente, porque los horrores de la dictadura eran visibles y quienes se le oponían públicamente sabían a qué se atenían al levantar la cara y la voz. La dictadura había logrado infundir mucho miedo, pero a pesar de ello, el pueblo combatiente empezó a salir a la calle. Poco a poco, se fue perdiendo el miedo y se fue

adquiriendo la capacidad de aguantar el chaparrón de la represión. Todo contaba: la incansable lucha de los familiares de los desaparecidos; las primera marchitas contra el hambre que fueron creciendo en participantes; la lucha de los estudiantes; la de los pobladores sin casa y la de los trabajadores con su creciente reorganización, primero, a nivel de centro de trabajo y luego con los esfuerzos de coordinación con otros trabajadores en federaciones y confederaciones nacionales. También las acciones militares del MIR y nuestros constantes sabotajes, que, aunque de menor envergadura, eran parte de la resistencia armada a la dictadura.

En nuestro caso, no sólo porque la constancia y coincidencia de los apagones con las protestas sociales así lo indicaban, sino también porque se había empezado a saber que los bombazos y cortes de luz eran reivindicados por un grupo que se hacía llamar «Comando Manuel Rodríguez». Entonces en alguno que otro periódico mencionaron algo, pero en la gran mayoría no salía nada, con lo que la dictadura logró mantenernos fuera de la opinión pública, ya que éramos nosotros quienes habíamos decidido firmar las acciones dejando hojas de papel que sólo decían: «Comando Manuel Rodríguez».

Conforme fuimos consolidando nuestro accionar, con el Burro, el Chico de Lota, el Perro y con otro amigo del MIR hablamos de darle un mayor sentido político a nuestras acciones, con la intención de generar la idea de que un ejército diferente había nacido y, en su momento, significaría combatir de igual a igual con el ejército dictatorial y enfrentar a Pinochet también en su terreno. Estoy convencido de que el Burrito, con gran fuerza mística, era quien siempre ponía el kilo en el análisis político. El Perrito era también muy bueno en el análisis, pero el Burro tenía una agudeza impresionante y era, de lejos, quien contaba con un nivel cultural y político que sobresalía sobre todos nosotros. No es casual que fuera él quien dijera: «Este grupo tiene que tener alguna relación con el coronel Manuel Rodríguez Erdoíza».

Tenía razón, Manuel Rodríguez era por antonomasia el líder popular de la independencia. Manuel Rodríguez era el roto chileno; el que hizo una guerra irregular contra los colonialistas; el que armó

las montoneras, sus Húsares de la Muerte, cuyo estandarte eran dos tibias y una calavera, como bandera pirata; el que con una guerra de guerrillas demostró que el mismo pueblo podía combatir y ganarle al ejército realista. Manuel Rodríguez había sido un individuo osado, valiente y además simpático. Por ejemplo, a Marcó del Pont, que era el virrey español de entonces y quien fuera el último gobernador de Chile enviado por el rey y quien solía bajar del palacio y repartir monedas a los andrajosos que se juntaban en las puertas, Manuel Rodríguez, quien era su enemigo declarado, no sólo le mostró su vulnerabilidad, sino que además se burló de él al parársele frente a su nariz sin ser reconocido. Vestido de pordiosero, Manuel Rodríguez se presentó a las puertas del palacio donde recibió de manos del propio Marcó del Pont unas monedas de plata, pronto se comentaría la nueva hazaña del guerrillero. La burguesía criolla lo odiaba tanto, que a casi un mes de haber sido firmada el acta de independencia de Chile, en febrero de 1818, en la comuna de Til Til, en un pueblo llamado Cancha de Gato, Manuel Rodríguez fue trasladado a la cárcel de Valparaíso por órdenes de Bernardo O'Higgins²⁹ y asesinado por la espalda, simulando un intento de fuga.

Tanto a la derecha como al ejército chileno, siempre le había molestado la imagen del audaz guerrillero Manuel Rodríguez, lo escondían y le temían, mientras que por el otro lado, la izquierda y el pueblo chileno en general, siempre lo habían reivindicado. Entonces dijimos: «¿Qué mejor que Comando Manuel Rodríguez?». Así, con la idea de «Manuel Rodríguez cabalga de nuevo», desde 1980 empezamos a firmar las voladuras de torres eléctricas dejando hojas de papel que con letras hechas a mano decían: «Comando Manuel Rodríguez».

Desde que empezamos a reivindicar a Manuel Rodríguez, nos dimos cuenta que otros compas de Santiago andaban en la misma onda, aunque no había logrado el desarrollo militar y logístico que nosotros, quizás porque estaban más cerca de la dirección nacional del Partido y los tenían más controlados, pero también porque ahí estaban los mandos centrales de la represión pinochetista. Lo cierto es que a partir de entonces, en los grupos operativos de la Jota y del Partido empezamos a usar el nombre Manuel Rodríguez y después el Frente se llamará así casi como una cosa natural.

* * * * *

Recién empezado 1981, el 18 de enero, en Santiago fue asesinado nuestro compañero Leandro Arratia, quien iba a ser el nuevo Secretario General de la Jota y había regresado a Chile de manera legal dos meses atrás. Cuatro días antes de su asesinato, agentes de la CNI allanaron su casa y luego de informarle que conocían su filiación comunista y sus actividades políticas, le propusieron convertirse en su colaborador. Se supo de su muerte por un comunicado oficial de la dictadura en el que se afirmaba que, al resistirse al arresto en su domicilio, había sido abatido en un enfrentamiento con agentes de la CNI. Lo cierto es que, ante su negativa a colaborar con la dictadura, Leandro Arratia fue secuestrado en la calle dos días después del allanamiento a su casa y murió a causa de disparos que recibió por la espalda.

En marzo entró en vigor la Constitución de Pinochet y unos cuantos días después el periódico El Mercurio publicó las declaraciones de Luis Corvalán reivindicando la lucha armada contra la dictadura. Durante todo el año, nosotros continuamos con el trabajo de organización y formación de nuevos militantes juveniles, tanto en la universidad como en los barrios, así como con las acciones de sabotaje y de asaltos para allegarnos de recursos para armas y explosivos. También ese año realizamos muy diversas acciones de solidaridad con los mineros del carbón y con otros trabajadores que empezaban a reactivarse.

En junio, la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), nacida en mayo de 1978, presentó un Pliego Nacional de los Trabajadores, firmado por cerca de dos mil dirigentes sindicales de confederaciones, federaciones y sindicatos de todo el país, que sumaban más de 500 organizaciones y la dictadura respondió acusando a la organización de asociación ilícita e inició la persecución y encarcelamiento de los dirigentes sindicales. Sin embargo, no lograron detener el proceso de reconstrucción y rescate de sus organizaciones por parte de los trabajadores, quienes con directivas combativas empezaban a desafiar a la dictadura. Hacia fin de año, en una de las más grandes minas de cobre del país, ubicada en la comuna de Machalí, como a 120 ki-

lómetros al sur de Santiago y conocida como El Teniente, se realizó una de las huelgas más largas del periodo. Los mineros pararon por más de mes y medio sus labores y, en nuestra zona, los mineros del carbón de Lota, Schwager, Colico, Trongol y Lebu se movilizaron por una negociación colectiva y formaron una nueva organización que los agrupaba y que llamaron Consejo Regional del Carbón.

Por su parte, los estudiantes universitarios, por primera vez desde el golpe militar de 1973 y más allá de sus propias identidades políticas, se agruparon en Concepción para dar solidaridad a los mineros del carbón. La lucha de los mineros ayudó a los estudiantes para juntarse en un conglomerado unitario, conocido como el CAU (Comité de Apoyo Universitario) y que abrió un camino nuevo, sobre todo para volver a reunirse y a sentir confianza en el otro. Era una agrupación que impulsaba la alianza obrero-estudiantil y que llevó a unos cuatrocientos estudiantes a solidarizarse organizadamente con los mineros del carbón y a marchar y a pelear junto a ellos para que sus reivindicaciones se hicieran realidad. En aquellas condiciones, ese pequeño número de estudiantes representaba un mundo de muchachos.

* * * * *

En septiembre de ese mismo año y después de largas deliberaciones, decidimos que la mejor manera de acortar la vida de la dictadura y detener el sufrimiento de nuestro pueblo, era ajusticiar al dictador. El grupo participante estaba integrado por Roxana, el Chino Juan Olivares, el *Indio* Raúl Calfulen, Carlos Pino, Luis Jiménez, el encargado militar del Partido en Concepción y yo. Excepto el encargado militar del Partido, que era obrero, el resto éramos todos estudiantes y miembros de la Jota. Supimos que Pinochet visitaría la zona el día 11 de septiembre por la mañana y que seguramente lo haría viajando por la nueva carretera que iba de Concepción a Talcahuano. Así, con la idea de matar a Pinochet, exploramos el terreno y escogimos un lugar muy cerca de la Feria de Bio-Bio (Ferbio), donde se exponían y comerciaban productos de todo tipo de la región. El aeropuerto Carriel Sur nos quedaba a dos kilómetros al Norte; al Sur había una laguna que terminaba en pantano; hacia el mar quedaba

Talcahuano y hacia el otro lado la cordillera. La carretera, típicamente suburbana, estaba rodeada de maleza, arbustos y árboles, sobre todo pinos y eucaliptos y nosotros escogimos una pequeña loma que contaba con árboles muy frondosos y de gran altura, además que aquel tramo de la carretera estaba poco poblado.

El día 10 de septiembre, a las 20 horas, siete avezados combatientes iniciamos, cada uno por su lado, nuestro camino de acercamiento al punto de reunión acordado, que era el árbol de eucalipto más grande que encontramos pegado al corte de cerro que bordeaba la carretera y en las coordenadas ya referidas. Todos llegamos abrigados hasta los ojos, como ameritaba el clima en tiempos de invierno en el cono sur latinoamericano, que con su frío húmedo hace titiritar hasta los osos polares. Te traspasa la ropa con una humedad que es palpable en la densa neblina que sube desde el mar, típica de allá y que los viejos la llaman *camanchaca*³⁰, que es tan tupida que uno no se ve ni las manos y nuestra labor, en esas condiciones, podía ser mejor descrita como una peregrinación de ciegos. Sin embargo, como nuestra convicción y objetivo eran más grandes que nuestro frío y nuestra húmeda ceguera, una vez agrupados, cada quien se dispuso en el lugar y tarea que le correspondía, es decir, unos al trabajo duro y necesario para ajusticiar al tirano y otros a vigilar.

Lo primero que hicimos fue montar en su arco nuestra mortífera arma, una sierra de leñador de un metro y medio de largo, tres centímetros de ancho y 2 milímetros de grosor. El plan era cortar aquel enorme árbol para que cayera sobre la carretera justo antes que pasara la comitiva del dictador y colisionaran contra el árbol y entre sí, de tal forma que muriera el hijoeputa. El corte lo iniciamos a un metro del suelo y sentir cómo entraba la sierra en la madera nos produjo una inmensa alegría, misma que nos duró muy poco, pues se nos comenzó a atascar, producto que estaba verde el árbol y que el corte lo estábamos haciendo horizontal, haciendo que el peso del mismo mordiera la sierra. Después de un análisis en el que fue fundamental la opinión de Luis Jiménez estudiante de ingeniería en madera, decidimos que era mejor, primero, cortar en diagonal, de arriba abajo, para luego hacerlo horizontalmente. Decisión que resultó acertada, aunque, de cualquier manera, el trabajo no dejó de ser muy pesado y lento para unos jóvenes estudiantes que un su vida había aserrado

un tronco de esas magnitudes ni en esas condiciones. Sin embargo, luego de seis horas de agotador esfuerzo, logramos dejar el árbol a punto de caerse, lo cual, de acuerdo a nuestro ingeniero forestal, ocurriría: «Con sólo empujarlo».

De acuerdo a nuestro trabajo de inteligencia, que se limitó a escuchar noticias y calcular por nuestra parte el trayecto y la hora aproximada de su llegada, habíamos concluido que Pinochet pasaría por ahí alrededor de las 7:30 de la mañana de ese amanecer del 11 de septiembre de 1981, día en que se cumplían exactamente 8 años del golpe militar. Habíamos terminado a tiempo y sólo había que esperar la hora marcada, lo cual hicimos con la serenidad que otorga la seguridad del deber cumplido, misma que perdimos cuando nuestro árbol libertario empezó a crujir y a moverse peligrosamente. Entonces sucedió lo que no debía suceder, que se cayera antes de tener a la vista la comitiva del dictador. Por fortuna para los automovilistas, pero no para nosotros, el árbol no cayó en la dirección calculada, sino hacia el lado contrario. Es decir, hacia donde estábamos nosotros, lo que ocasionó que cada uno de los avezados combatientes que ahí estábamos utilizáramos nuestra mejor y única arma frente a tan descomunal ataque: ¡las patas!, para correr lo más rápido posible.

En fin, que unas cuatro horas después de vivir diferentes odiseas y experimentar cada uno su novelesca retirada, nos encontramos en la casa de uno de los compas que estaba a unos 8 kilómetros. Al menos eso hicimos bien, logramos reagruparnos en el punto de reencuentro previamente definido y sin ninguna baja que lamentar. Como malos combatientes, pero buenos analistas que éramos, unos días después realizamos un intenso, crítico y prolongado examen de nuestro fracaso, durante el cual, en resumen, aceptamos que parecíamos payasos más que combatientes, que el atentado terminó en «atontado» y que a Pinochet sólo lo matamos de risa. Sin embargo, también llegamos a la conclusión que la decisión de ajusticiar al tirano era correcta y más allá de nuestra torpeza e impericia, había valido la pena la decisión de enfrentarlo en el terreno militar y debíamos seguir insistiendo sin dejar de aprender de cada experiencia, pero enfrentado urgentemente la tarea de prepararnos militarmente.

Después de flagelarnos y consolarnos con nuestro destino manifiesto y con una tarea inmediata que cumplir, nos dedicamos a bro-

mear entre nosotros. Satisfechos y relajados en nuestra fraternidad, a todos nos tomó por sorpresa cuando a uno de los compas se le ocurrió plantear un problema adicional y que no habíamos contemplado en nuestra sesuda evaluación: «¿A quién se avisa en caso que alguno de nosotros caiga preso, herido o muerto?». Fue como meterse al mar en invierno, se nos fue el aliento, la voz y nos quedamos mirando unos a otros hasta que alguien alcanzó a decir: «¡Chucha, sí que puede ser!... y si es así qué mierdas hacemos». El miedo empezó a cundir a la velocidad de la luz, pero el Chino Olivares, sonriendo, empezó a cantar la Canción de Cualquier Soldado de Silvio Rodríguez: «Si caigo en el camino, hagan cantar mi fusil y ensánchele su destino porque no debe morir... Si caigo en el camino, como puede suceder, que siga el canto mi amigo, cumpliendo con su deber...». Lo cual nos permitió a todos hacernos los weones para no continuar con un tema que nos llenaba de espanto, que sabíamos era real y concreto, pero que exorcizábamos dándole la espalda y dejando la interrogante sin respuesta.

* * * * *

La creciente inconformidad de los trabajadores y sus procesos de unificación recibieron como respuesta de la dictadura la intensificación de la represión, incluyendo desapariciones, asesinatos, encarcelamientos, despidos y expulsiones del país. Incluso, a principios de 1982, el 25 de febrero, fue asesinado Tucapel Jiménez, uno de los dirigentes sindicales más importantes del momento y quien tenía mucha visibilidad. Era el dirigente de la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) y vicepresidente de la recién creada Unión Democrática de los Trabajadores (UDT), desde donde insistía en la urgencia de la unidad de acción con la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) y daba pasos para alcanzarla. Tucapel Jiménez, miembro del Partido Radical, no sólo había ido tomando distancia de la dictadura, sino que, desde una postura socialdemócrata había endurecido su discurso en contra de sus políticas laborales y sólo ocho días antes de su asesinato había hecho un llamado para realizar un paro nacional de los trabajadores.

Su muerte fue cruel, la dictadura optó por degollarlo, pero su brutal asesinato le significó un muy alto costo político a la dictadura, al generar mucha indignación y solidaridad para con la familia y los demás dirigentes del movimiento sindical. El régimen, primero inventó que había sido la izquierda quien lo había asesinado, luego que había sido por un problema de faldas y, como siempre, con su propaganda negra, intentó enlodar a Jiménez y encubrir su propio crimen. Sin embargo, muy pronto se empezó a saber la verdad que mucha gente sospechaba: Tucapel Jiménez fue asesinado por los servicios de seguridad de la dictadura³¹.

Pocos días después, el 8 de marzo, día de la mujer, empezaron protestas un poco más fuertes, con marchas en Santiago, Concepción, Valparaíso, etcétera, que ya no eran de diez o veinte personas, como hasta hacía muy poco, sino de un par de decenas y para el 1º de mayo llegó mucha más gente al mitin de los trabajadores convocado por la Coordinadora Sindical y por diferentes partidos, principalmente por el Partido Comunista, el MIR, el Partido Socialista y algunos sectores de la Democracia Cristiana y de la Izquierda Cristiana. En ese acto se convocó a una marcha unitaria para el 10 de agosto por Pan, Trabajo, Justicia y Libertad. En Concepción la marcha fue, para la época, multitudinaria, se movilizaron cerca de dos mil personas, en Santiago fueron más de tres mil, en Valparaíso fueron menos, pero de todas maneras marcharon y en otras regiones también hubo movilizaciones. En respuesta, el ejército y la policía realizaron allanamientos masivos en diversos barrios populares de Santiago y en Concepción la policía también reprimió, pero ahí, destacamentos de la Jota defendieron la movilización enfrentándose a la policía con molotovs e incluso varios de ellos fueron detenidos. Se vio una actitud diferente. Ya no fue que nos caían a palos y dispersaban la movilización, ahora había autodefensa y eso de defendernos despertó mucha simpatía popular, en medio de un agravado desempleo y de un proceso de privatización de las pensiones transformadas en AFP (Administradora del Fondos de Pensiones). El cual se trató de lo mismo que hicieron décadas después en casi todos los países de América Latina y en el que, también como en otros lados, abundó el robo de esos fondos. Por ejemplo, los dueños de la administradora de pensiones con más afiliados, llamada La Familia, a tan sólo seis

meses de aparecer se dieron a la fuga llevándose toda la plata. Y mucha gente se dijo: «¡Putá, me cagaron con 40 años de mi trabajo, no tengo nada, me voy para adelante a lo que pase!».

Entonces se le pegaron más bombazos que nunca a bancos y asociaciones financieras en el país, sin que, en su mayoría, fueran parte de una iniciativa organizada. Algunos fueron de nosotros y del MIR, pero la mayoría fueron de gente enojada que le pegó bombazos a lo que pudo. Eso sucedió desde septiembre de ese año y continuó durante 1983 y estoy convencido que fue en este periodo cuando el miedo cedió un mayor terreno y comenzó el principio del fin de la dictadura. A nosotros nos entusiasmó mucho porque entendíamos que más gente estaba resuelta a pelear y lo percibíamos como signo claro de que 1983 sería un año de repunte de la movilización popular contra la dictadura. Creo que fue el Burro quien dijo: «Viene una agitación muy fuerte para el próximo año» y nosotros estábamos mucho mejor preparados para contribuir a ese ascenso de la lucha popular. Hasta ese momento los únicos que no se habían rearticulado eran los socialistas, quienes a pesar de que tenían algún tipo de estructura militar no habían actuado. Los que más habían estado operando y aún lo hacían en condiciones muy difíciles, eran los miristas, quienes incluso hicieron varios intentos de conformar una guerrilla rural y desarrollaron diversas y significativas acciones urbanas armadas, como por ejemplo, en el 80, en una operación muy importante, secuestraron y ejecutaron al director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, el teniente coronel Roger Vergara y en el año 83 ejecutaron al gobernador de Santiago, el general Carol Urzúa. Lamentablemente, la dictadura les dio golpe tras golpe, por ser los miristas quienes habían mantenido hasta entonces y prácticamente solos, la resistencia armada contra la dictadura. Decenas de ellos fueron asesinados en falsos enfrentamientos, simulados por los agentes de la dictadura para dar la impresión que se avanzaba en la «guerra contra el terrorismo» y para encubrir sus cobardes asesinatos. A nosotros nos dolían y preocupaban los reveses en su contra, en primer lugar porque eran hermanos de lucha, pero también porque al descalabrar al MIR, la dictadura tendría más tiempo y personal para apuntar su metralla contra nosotros.

Internamente, en el Partido Comunista, se formaron los Estados Mayores y la estructura de la Jota pasó a ser parte de ellos. Es decir que ya no sería como venía sucediendo, que los militantes jóvenes pasaran al Partido, sino que la estructura militar de la Jota pasó a conformar un Estado Mayor en el Partido. Hasta entonces, nosotros habíamos funcionado con una estructura impulsada por iniciativa propia y funcionábamos básicamente por la libre. Aunque yo ya era funcionario del Partido y le reportábamos al Secretario de Concepción, el querido Víctor Hugo Huerta, lo cierto era que hasta entonces nuestra estructura clandestina no tenía cabida orgánica ni en el Partido ni en la Jota.

* * * * *

Así llegamos a 1983, el cual, efectivamente, será el año del despegue de la movilización popular, ocurrido en medio de una ya innegable crisis económica: con devaluación del peso de casi 90%³²; desempleo cercano al 30%; inflación creciente; caída del salario real en más del 50%; alza de las tasas de interés; récord de la deuda externa, la cual pasó de 3,500 millones de dólares en 1973 a 17,000 millones en 1981; y caída del Producto Interno Bruto con quiebra de importantes empresas productivas. Lo que luego se conocería como el proyecto neoliberal, asomaba su perverso rostro en Chile. La economía chilena era en realidad dirigida por los llamados *Chicago boys* y su proyecto, que, asumido por la derecha chilena, estaba siendo impuesto a sangre y fuego por la dictadura militar, desmantelando las instituciones sociales del Estado y privatizando todos los bienes y servicios públicos. El costo social era evidente y muy doloroso.

En ese contexto, nomás empezar el año y desafiando el marco legal de la dictadura, los cerca de 1,500 trabajadores de la central hidroeléctrica Colbún Machicura realizaron una huelga de seis días y en Santiago se iniciaron diversas tomas masivas de terrenos de pobladores sin casa. En febrero, el Congreso de la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC), eligió como su presidente a Rodolfo Seguel, quien hizo un llamado a la unificación de las centrales obreras anti-dictatoriales y encabezado por el propio Rodolfo Seguel se constituyó el Comando Nacional de Trabajadores

(CNT), conformado por las más importantes organizaciones de trabajadores (CNS, la CTC, la CEPCH, el FUT y la UDT). En marzo, varios miles de personas participaron en marchas por el hambre en diversas ciudades, siendo reprimidos con lujo de violencia por carabineros y grupos paramilitares vestidos de civil, conocidos como los Gurkas.

En ese ambiente, a finales de ese mismo mes, a mi querido Burrito se le ocurrió la idea de poner una manta bien grande en el puente del Bio-Bio con la leyenda de «¡Viva la rebelión popular!». Fuimos a colocarla de madrugada, junto con una falsa bomba para retrasar su desmantelamiento. Sin embargo, cuando íbamos llegando al parque Ecuador nos vio la policía y aun cuando nosotros nos hicimos los locos y seguimos caminando, los pacos le hablaron a los de la Central Nacional de Informaciones (CNI). Lo bueno fue que los detectamos, se movían en autos particulares llenos de weones armados, imposibles de disimular, además de que generalmente iban con gafas oscuras, bigote y corte militar de cabello. Al verlos, nos arrancamos a correr por el parque, mientras los agentes se bajaban y echaban a correr tras de nosotros, al tiempo que llegaba otro auto y una camioneta de la que sacaron unos perros. Corrimos por el parque hacia el cerro, pero con el problema de que el Burrito tenía que cargar con una barriga de luchador de sumo, además de que no hacía deporte y fumaba como chiva loca. Rápido se cansó y le costaba mucho moverse, entonces le dije: «Weón, ¿no te das cuenta que los chanchos de mierda nos están disparando?, si no te pegan, yo te voy a matar después de ésta, por pajero».

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, el Burro siguió corriendo, pero casi no avanzábamos. Se detuvo y le disparó un par de tiros a uno de los coches y otros al weón que estaba más cerca, lo vimos caer y volvimos a arrancarnos. Escondí la manta en unos matorrales y salí detrás del Burro hasta que llegamos a un pequeño río que yo conocía y le dije: «Para perder a los perros hay que cruzar esta weá, porque si no nos van a alcanzar. Mira, los chanchos son guatones³³, no creas que tú eres el único que no puede correr, además esos weones están borrachos y están más cagados que nosotros, entonces tranquilo weón, vamos a cruzar el río y los vamos a perder, entonces ya no tendremos que correr y podemos seguir caminando». Así

lo hicimos y anduvimos como conejos por el monte hasta cerca de las tres de la tarde, cuando por fin pudimos detenernos a descansar habíamos recorrido más de 12 kilómetros.

—¿Qué vamos a hacer? — me preguntó el Burro cuando nos detuvimos.

—No sé weón, pero tenemos que salir de aquí —respondí.

—¿Dónde estamos? — me preguntó.

—Tampoco sé, weón, primero hay que ubicarnos —respondí mirando a nuestro alrededor y señalando hacia abajo del monte.

Al bajar del cerro nos dimos cuenta que habíamos salido a un lugar muy alejado de donde habíamos arrancado, en algún punto de la carretera que va desde Quillón a Concepción. Felizmente el Burro siempre andaba con dinero y tomamos un bus de regresó a Concepción. Nos fuimos derecho en busca de su mujer, quien trabajaba en un hospital, asumimos que estaría asustada por su ausencia y podría reportarla a la policía, lo cual sólo serviría para delatar nuestros nombres. Sin embargo, Queta, que si bien estaba nerviosa, nos tranquilizó: «No, yo no he hecho nada ni le he dicho a nadie».

* * * * *

A mediados de abril, la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC) reunida en un congreso extraordinario, planteó que los problemas no eran sólo económicos sino también políticos. Por primera vez, desde una confederación de trabajadores se hablaba de tumbar a la dictadura y se convocaba a un paro nacional para el 11 de mayo, el cual, para minimizar la represión laboral, decidieron transformarlo en la convocatoria a una Protesta Nacional Pacífica.

La Protesta Nacional tuvo como columna vertebral a la CTC y el tamaño de la participación sorprendió a la dictadura tanto como a nosotros. La represión de las movilizaciones, como la constante que fue durante toda la dictadura, en esa ocasión dejó como saldo varios muertos, decenas de heridos, copamiento militar de barrios populares y allanamiento de millares de casas, centenas de detenidos, requerimientos judiciales contra los dirigentes mineros del cobre e incluso un par de meses después la sede de la CTC fue asaltada por agentes de la Central Nacional de Informaciones (CNI). Sin embar-

go, para entonces, en cientos de paredes de Chile se podía leer: «Los chilenos hemos perdido todo, incluso el miedo...». Y efectivamente, 1983 fue un año de gran movilización social y la segunda Protesta Nacional se realizó en junio, la tercera en julio, la cuarta en agosto y a pesar de que la dictadura decretó el Estado de Sitio se realizaron dos más, la quinta en septiembre y la sexta en octubre.

La movilización social también tuvo un impacto positivo en la construcción de espacios políticos de unidad y en septiembre se creó el Movimiento Democrático Popular (MDP), conformado principalmente por el Partido Comunista, la corriente almeydista del Partido Socialista, el MIR y un sector de la izquierda cristiana, con el objetivo declarado de impulsar la rebelión popular para el pronto final de la dictadura militar. Poco antes, en agosto, se había conformado la Alianza Democrática (AD), integrada por fuerzas políticas de centro derecha, con los partidos Demócrata Cristiano, Derecha Democrática Republicana, Radical, Social Demócrata, Liberal, la Unión Socialista Popular y el Socialista encabezado por Ricardo Lagos, con el objetivo de acordar con la dictadura una transición pactada a la democracia. Realizaron varias reuniones con el Ministro de Interior y tan se creyeron el cuento que, para mostrarse como la oposición y por lo tanto como la alternativa en la buscada transición, solicitaron y obtuvieron de Pinochet el permiso para realizar el 18 de noviembre un acto político en el parque O'Higgins, al cual se sumaron el MDP y las demás organizaciones sociales opositoras a Pinochet. El resultado fue el acto más grande de oposición a la dictadura hasta entonces, miles de personas asistieron y se unieron en un clamor unitario muy claro: «¡Fuera Pinochet!».

Creo que los de la Alianza Democrática (AD) pudieron empezar a hablar con Pinochet porque, lo que me gustaba llamar el triunvirato satánico, el pentágono, la iglesia y la casta militar, le dijeron al dictador que la situación se le estaba saliendo de las manos, que estaba perdiendo el control y que la rebelión popular se podría desbordar, por lo que le plantearon abrir un espacio de negociación con la centro derecha para bajarle presión a la respuesta popular. Incluso la iglesia católica sacó varios comunicados y hubo varias declaraciones del cardenal Juan Francisco Fresno apoyando esa idea. Por cierto que el cardenal Fresno fue el personaje que utilizó el papa

Juan Pablo II para debilitar al ala más progresista de la iglesia y a quien había nombrado como Arzobispo de Santiago en sustitución del respetado monseñor Raúl Silva Henríquez, a quien la dictadura despectivamente llamaba: «El cura comunista».

Debo decirte que Silva Henríquez era un hombre de gran humildad, decente, honesto y quien denunció incansablemente las violaciones a los derechos humanos en Chile. Primero fundó el Comité Pro Paz para dar refugio a los perseguidos políticos de la dictadura y después de que ese organismo fuera cerrado por las presiones de la Junta Militar y del Vaticano, creó la Vicaría de la Solidaridad, que se convirtió en el principal organismo de defensa de los derechos humanos durante la dictadura. Cuando el viejo murió, en abril de 1999, a su entierro fue una impresionante multitud.

De cualquier manera, Pinochet mandó entonces a su Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, un viejo de derecha, militante y muy leal al dictador, a que les metiera el dedo en la boca a los de Alianza Democrática, fintando una negociación con la centro derecha y desatando una violenta represión, que incrementó a partir de la cuarta protesta nacional del 11 y 12 agosto, donde más de 15 mil soldados ocuparon Santiago, Concepción y Valparaíso con un saldo de decenas de muertos y más de 100 heridos de bala. Por su parte el MIR sufrió un durísimo golpe, cuando, unos días después de la ejecución del general Carol Urzúa, realizada por un comando mirista a finales de agosto, fuera asesinado el jefe militar del MIR, Arturo Villavela Araujo, junto con dos compas miristas y cuya ejecución fuera presentada públicamente como un enfrentamiento con la CNI y la policía.

Después se fueron contra nosotros y también nos dieron duro, sobre todo ahí donde activábamos militarmente con mayor consistencia: Santiago, Valparaíso y Concepción. El 3 de noviembre, agentes de la CNI secuestraron, torturaron y asesinaron a nuestro querido viejo, Víctor Hugo Huerta Beiza, entonces Secretario del PC en Concepción, cuyo cadáver apareció con visibles quemaduras en brazos y espalda por descargas eléctricas, con doce balazos en el cuerpo y un tiro de gracia en la frente y aún así fue presentado como muerto en un enfrentamiento. También pudo acreditarse que entre los asesinos se encontraba el tristemente célebre capitán Álvaro Corbalán

Castilla, jefe de brigada de la CNI, quién ordenó la ejecución. En los días siguientes, secuestraron a treinta y ocho compañeros más, entre ellos al Burro, al Perro y a dos hermanos del Chico de Lota. Sin embargo ocurrió algo que nadie esperaba, con la reacción decidida de don Sebastián Acevedo, un viejo como de 50 años, hombre valiente, comunista, obrero de la construcción, vecino de mi ciudad natal y papá de dos compañeros nuestros de la Jota que habían sido detenidos y desaparecidos. Don Sebastián sabía que sus hijos habían sido secuestrados por agentes de la CNI, porque a María Candelaria se la llevaron de su casa y a Galo de su trabajo en la construcción y después de estarlos buscando durante dos días y no obtener ninguna respuesta acerca de su paradero, el 11 de noviembre se dirigió a la Plaza de Armas de Concepción y se roció el cuerpo con gasolina, al tiempo que gritaba a voz en cuello: «*¡Que la CNI no torture a mis hijos! ¡Que la CNI devuelva a mis hijos!*».

Cuando la policía pretendió detenerlo para silenciarlo, con un valor indescriptible don Sebastián Acevedo se inmoló prendiéndose fuego frente a la Intendencia de Concepción. Murió a las pocas horas a consecuencia de las quemaduras, pero no sin antes saber que había logrado la liberación de sus hijos. Sin embargo, lo que Sebastián Acevedo no alcanzó a saber es que su inmolación fue además un duro golpe contra la dictadura, su imagen agonizante y su grito desesperado recorrieron el mundo entero y acicateó la movilización por la defensa de los derechos humanos. De hecho, un par de meses después, una organización muy fuerte llamada Movimiento Contra la Tortura, tomó el nombre de Sebastián Acevedo. Tampoco supo que su acto heroico también les salvó la vida a muchos más, pues a unos se les devolvió la libertad y a otros los pasaron al tribunal militar.

Yo me salvé de aquella ofensiva gracias al viejo Víctor Hugo Huerta, quien me había mandado a tomar un curso en Cuba un par de meses atrás y siempre pensé que me mandó fuera porque sabía que se venían sobre nosotros. Fue justo después de que le pusimos un bombazo a un cuartel de la CNI y del que te contaré un poco más adelante, cuando Huerta me dijo: «Quiero que vayas fuera a hacer un curso de comandos». Entonces me fui a Santiago y de ahí salí del país para tomar el curso, por lo que no estaba en Chile cuando la dictadura asesinó a Huerta y detuvo a los demás compas. ¡Imagínate, yo

afuera sin poder hacer nada!, además de que habían secuestrado a mi hermano del alma, el Burrito, a quien -como a los demás- torturaron cruelmente. De cualquier manera, si bien él era uno de los pocos que conocía mi nombre, yo le tenía tanta confianza que estaba seguro que primero lo mataban antes que el weón me fuera a entregar.

Por cierto que tiempo después regresé a Cuba en un par de ocasiones, en visitas muy cortas, pero en una de ellas, tuve la oportunidad de conocer a Fidel y nunca se me va a olvidar, pues ese recuerdo está muy bien guardado en mi egoteca, que, al verme, el Comandante riendo me dijo: «¿Así que tú eres el Gitano?... ¡Coño, Gitanito!, mira que tú eres más cojones que cuerpo».

* * * * *

Desde que los mineros del cobre propusieron la realización de un paro nacional a inicios de 1983, empezó una agitación social enorme y obviamente que nosotros nos sumamos. El salto cualitativo y cuantitativo en nuestra operación clandestina fue impresionante e incluyó desde sabotajes a líneas férreas, cortes de luz y de teléfonos, con cadenas a postes y derrumbe de torres eléctricas, hasta asaltos y bombazos a bancos y a la CNI. Todas las acciones las firmamos como Comando Manuel Rodríguez y era cada vez más difícil para la dictadura ocultar nuestro accionar.

El día de la primera Protesta Nacional, como a las 8 de la noche y con la mayor parte de la ciudad a oscuras por los cortes de luz, miles salieron a la calle contra Pinochet, haciendo fogatas y golpeando cacerolas, fue una noche impresionante. Por nuestra parte pegamos como veinte bombazos, aparte de cortar la luz con distintos equipos. Yo me fui con el grupo menos avezado, compuesto por tres compas de Talcahuano, mientras que nuestro grupo especial se fue a tumbar unas torres para cortar la luz a Concepción y a casi la mitad de Chile. El objetivo de mi grupo era volar una torre de electricidad hacia el lado de Hualqui, a un costado del río Bío Bío y regresar a la carretera que bordea el río para ser recogidos a la 22:30 por un auto. Tal y como fue programado, pusimos 4 cargas en la torre y volamos toda la mierda, dejando unas hojas de papel que decían: Comando Manuel Rodríguez. Sin embargo hubo varios problemas, el primero

fue que nos retrasamos en el tiempo acordado porque el sistema de detonación eléctrico que nos dieron no servía, por lo que tuve que modificarlo, acortar los cables y detonar de cerca. Lo hice aún sabiendo que detonar las cargas bajo las torres con cápsula detonante eléctrica, era muy peligroso, ya que siempre tenía presente lo que Mangacho, alarmado, me había dicho: «¡Weón, estai loco, se van a volar todos! Las torres de alta tensión generan un campo magnético que puede detonar la cápsula eléctrica, deben usar cápsulas pirotécnicas con mecha».

Además, si bien les dije a los compas que cruzaran la carretera y me esperaran al lado del río, mientras yo agarraba la batería y me cubría detrás de una pequeña roca a esperar la detonación, resultó tan corta la distancia que quedé ciego, sordo, mudo, cagado y vomitado. Me empecé a arrastrar hacia la carretera, pero con algún fierro me rajé una pierna, entonces esperé un par de minutos para recuperarme de los efectos de la onda expansiva, hasta que me pude levantar y llegué hasta donde estaban mis compañeros. La voladura la realizamos a las 22:50 -veinte minutos después de que nos debían recoger en la carretera- y nuestro transporte ya no estaba ahí. El compa había llegado a la hora acordada, pero luego de dar varias pasadas sin encontrarnos se fue pensando que no habíamos realizado la acción. Decidí no esperar y nos arrancamos caminando por el borde del Bío Bío rumbo al Norte, hacia Concepción. Apenas llevábamos unos cuantos metros recorridos y yo iba pensando que aquel río había sido por un tiempo, durante la guerra de conquista, la frontera con la zona liberada por los irredentos mapuches, cuando nos empezaron a llover balazos. Resulta que no nos habíamos dado cuenta que a menos de dos kilómetros estaba una subestación eléctrica custodiada por el ejército. ¡Qué de tonteras hicimos!, porque de haberlo sabido el lugar escogido podría haber estado un kilómetro más retirado, pero no fue así y los militares, que oyeron la explosión, llegaron en un camión disparándonos. Nosotros nos arrancamos a correr y a mí las heridas de la explosión se me olvidaron al escuchar el primer disparo. Los militares se bajaron del camión, soltaron dos perros pastor alemán y nos empezaron a perseguir. Nosotros cargábamos con dos pisto- litas y mientras corría saqué la que yo traía y le dije al compa que

traía la otra: «Oye, ¿y el revólver? hay que disparar para que se retrasen», pero el compa me contestó: «¿Quiere usted el revólver?». ¡Y se puso a buscarlo ahí, imagínate, mientras nos pasaban las balas silbando!

Tiré unos cuantos tiros hacia los soldados y seguimos corriendo, no sé cuánto, pero los perros nos estaban alcanzando, así que me paré y le pegué un tiro al perro que estaba más cerca y creo que deben haber llamado al otro porque ya no lo volví a ver. Corrimos como unos tres kilómetros más, hasta que vi, como a unos quince metros de la orilla, un bote amarrado a un arbolito en un pequeño montículo de tierra en medio del río y pensé que esa sería nuestra salvación. En ese momento se nos vino el cielo encima y nos cayó una tormenta del tipo Arca de Noé, lo cual no era nada agradable, pero nos cubría, haciendo más difícil nuestra localización. Señalando el bote les dije a los compas: «¡A nadar al bote, vámonos!», pero uno de ellos, apenado me dijo: «No sé nadar». Sin pensarlo más me lancé al agua, llegué al bote remé hasta la orilla, subí a mi gente y ordené: «¡A remar, weones!».

Sin embargo, si bien para alejarnos de los soldados teníamos que seguir hacia el Norte e íbamos a favor de la corriente, el río tenía corrientes circulares que hacían que constantemente tuviéramos que remar a contra corriente. De cualquier manera no teníamos alternativa, mientras más nos metiéramos en el río menos probabilidades había que nos vieran los chanchos. En esas estábamos cuando disminuyó la lluvia, pero para nuestra fortuna nos cubrió una espesa neblina, lo cual nos tranquilizó tan sólo temporalmente, pues nos impedía ver y no había manera de saber si avanzábamos o no en la dirección deseada. Para entonces yo llevaba las dos pistolas y me quedé al estilo Billy the Kid con las dos armas en la mano y pidiéndole a los compas que no pararan de remar, pero se empezaron a cansar. Primero les eché un discurso diciéndoles que hay weones que siempre hablan y hablan del Che, pero nunca están dispuestos a asumir su conducta, por lo que rematé diciéndoles: «¡Ahí está el Che, en el remo, weón! A remar porque aquí no hay de otra». Lo cual ayudó por un rato, pero en cuanto el cansancio empezó a doblegarlos, arrancaron de nuevo a protestar y a ponerse testarudos, por lo que los tuve que empistolar para que no pararan. De cualquier ma-

nera, el bote se fue llenando de agua, así que mientras unos remaban los otros sacábamos agua.

Como a las 5 de la mañana, agotados y ateridos de frío, vimos unas luces en la otra orilla y traté de tocar con el pie el fondo del río. Sabía de los muchos bancos de arena que tenía y por suerte estábamos sobre uno y le dije a los compas: «Nos bajamos aquí y vamos caminando para la orilla». Así, jalando el bote y con el agua casi a la cintura, pudimos llegar a la orilla, donde antes de salir lo hundimos. Sin embargo, con la mala suerte que traíamos, resultó que las luces eran de otra subestación eléctrica y ¡chucha!, en la entrada había dos milicos fumando. Como íbamos pasando como a unos treinta metros de ellos y como en el Sur todo mundo se saluda, intenté sonar lo más natural del mundo.

—Buenos días —les dije a los soldados.

—Buenos días, ¿trabajadores? —respondió uno de ellos.

—Sí, trabajadores, con Cristo Juan Pérez —respondí.

—Ah, buenos días Juan Pérez ¿cómo estás? —replicó el mismo soldado.

—Bien, gracias, buenos días —respondí sin dejar de caminar.

Pasamos sin contratiempos y entonces fue que reconocí donde estábamos y un poco más adelante toqué en una casa, donde nos dejaron pasar. Era de una tía mía que vivía en Chiguayante, pero como íbamos empapados y yo además con el pantalón roto y lleno de sangre, desperté su curiosidad.

—¿Qué pasó mijito, anda curao³⁴? —me preguntó.

—No, no hemos tomado nada —respondí—, lo que pasó es que nos agarró la lluvia y además con el apagón, me caí y me corté.

—Sí po, hubieron unos bombazos por aquí —dijo ella maliciosa.

Era claro que la vieja había cachado en lo que andábamos, pero no dijo más, prendieron fuego para secarnos, nos dieron un cafecito para calentarnos y a las seis y media de la mañana nos fuimos. Mientras caminábamos a tomar el bus hacia Concepción me detuve en un puesto de periódicos y sin darme cuenta, al sacar las monedas para pagar, saqué también un par de balas y el señor del puesto me dijo sonriendo: «Estamos preparando bien el paro ¿eh?». Yo solté la carcajada y le dije: «Sí, pero nada más un poquito».

No sé cuánto tiempo demoramos en tomar el micro, ya sea que

se sumaban a la protesta o por miedo, pero muchos transportistas prefirieron no salir. Lo cierto es que fue como hasta las doce del día que llegamos a Concepción y en mi casa ya me estaba esperando el Burro, quien estaba desesperado porque el único que no aparecía era yo y en las noticias se dijo que hubo enfrentamientos entre militares y extremistas cerca de Hualqui. Nomás me vio, dijo: «¿Qué te pasó? Como andabas por allá con dos pistolitas de mierda, yo pensé “ya se echaron al Gitano”».

Le conté con bastante detalle nuestra comedia, pero el maricón, en vez de decir «¡Puta, qué bueno que saliste!», me dijo: «¡Cristóbal Colón descubrió Chiguayante!». Y se la pasó jodiéndome con eso no sé por cuánto tiempo, hasta que se regó la historia, que incluso la contaron en radio Moscú y de ahí me jodía diciéndome: «¡Cristóbal Colón, más conocido como El Gitano!».

* * * * *

La Protesta Nacional fue algo sensacional e incluyó a decenas de miles de personas, cambiando la situación política del país. Los que protestaban y no querían más dictadura eran cada vez más y la creencia que era posible tumbarla se acrecentaba. Ante la represión de la dictadura, nosotros respondimos dando también un salto cualitativo importante, hasta ese momento la Central Nacional de Informaciones (CNI) había sido intocable, nadie había hecho una acción contra ella y a uno le temblaban las cañuelas nomás de pensarlo. Sin embargo, decidimos ponerle un bombazo al cuartel central de la CNI en Concepción, que estaba en la calle Pedro de Valdivia. Primero checamos el lugar y como el edificio de la CNI hacía esquina con otra calle, por donde había una puerta lateral sin guardia, decidimos poner la bomba justo en esa esquina del edificio, pensamos que ahí tendría un mayor efecto la detonación y no en la puerta principal como inicialmente pensamos, pues ahí había dos agentes de guardia permanente.

Con el Lito y Gonzalo Fuenzalida, llegamos caminando por la calle lateral. Lito se adelantó, cruzó la calle de Pedro de Valdivia y se quedó en la esquina, donde tenía una mejor visual para protegernos, mientras que Gonzalo y yo pasamos la puerta lateral y en la

esquina del edificio de la CNI pusimos la carga. La activé dándole 30 segundos de tiempo, cruzamos a paso rápido y ya junto con Lito nos seguimos por la calle lateral en la que veníamos y que se hacía más angosta al cruzar. Una vez ahí nos echamos a correr, pero en cuanto detonó la bomba los dos guardias que estaban en la puerta principal arrancaron hacia nosotros, nos vieron cruzar con prisa y dedujeron que éramos los responsables y nomás llegaron a la boca del callejón nos empezaron a disparar, mientras que nosotros bajábamos volando por una escalera y lográbamos doblar la siguiente esquina y luego la siguiente, moviéndonos en diagonal al punto inicial y perdiendo de vista a nuestros perseguidores, quienes no nos siguieron más allá de ese punto. Tomamos un bus y nos fuimos conteniendo el gozo y la enorme satisfacción por lo realizado. Para nosotros era una declaración muy rodriguista en el sentido de hacerlo en sus narices y mostrar su vulnerabilidad, así como que nuestra lucha era en serio y la represión no nos amedrentaba, sino que nos volvía más audaces.

Para nosotros fue un parteaguas, en el que, gracias al Burro nos quedaba claro que nosotros no éramos parte de un ejército en una guerra de posiciones como los ejércitos populares de Centroamérica, sino de un pequeño ejército que estaba en función de la movilización de masas, para defenderla y avanzar junto a ella, nunca por fuera. El Burro, quien es unos tres años mayor que yo, en el año 1983 tendría unos 27 años, pero el weón tenía una capacidad y una madurez impresionante, lo que no sólo le permitía ir aglutinando fuerzas, sino que también tenía la claridad para plantearnos constantemente: «Hay que dar un nuevo salto, hay que ir pa' delante».

El Burro no sólo tenía una visión general, sino que además poseía un gran olfato para reaccionar frente a lo imprevisto y tenía muy claro que no debíamos actuar en una lógica vanguardista, volviendo el camino de las armas militarista y aislándolo políticamente, privilegiando siempre, en el análisis político, la movilización popular. En esa escuela me formé, ¡la escuela del Burro!, quien se enfermaba si no podía leer dos o tres periódicos diarios o si no se leía todas las revistas políticas de la semana. Incluso un día le dije: «¡Chucha!, es que tú en vez de un pan prefieres comprar el periódico». Y él, con su sencillez típica, me respondió: «Es que es más importante».

Así era y así sigue siendo ese maravilloso weón, siempre con avidéz por estar informado y aprender, inalcanzable en la lectura, ni dormía por leer. Eso nos ayudó mucho al Chico de Lota y a mí porque éramos los más cercanos a él. Con ese weón aprendimos muchísimo y nos queremos como hermanos. Además, el Burrito siempre me estaba dando cosas para leer, por ejemplo me pasó *El hombre y el arma*, de Giap, el cual me pareció tremendo libro; el dramático *Diario del Che en Bolivia*, en que se reconoce al Che con esa agudeza y esa heroicidad tan suyas; y la historia de Nguyen Van Troi, el jefe del comando vietnamita que intentó ajusticiar al entonces Secretario de Defensa norteamericano, Robert McNamara, pero que fue detenido, torturado y asesinado. Una historia formidable que, para no variar, terminó con una nueva traición de los gringos, pues resulta que las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela secuestraron al segundo jefe de la misión norteamericana en ese país, el coronel Michael Smolen y pidieron como rescate la liberación de Nguyen Van Troi, detenido en Vietnam del Sur. El gobierno norteamericano aceptó hacer el canje y las FALN liberaron al coronel Smolen, sin embargo, los putos gringos incumplieron su palabra y en octubre de 1964 ejecutaron a Nguyen Van Troi, quien antes de morir gritó: «¡Larga vida a Ho Chi Minh!».

Sin lugar a dudas que historias como esas nos inspiraron muchísimo y contribuyeron a crear en nosotros una mística muy fuerte de disposición a la lucha y sus sacrificios.

* * * * *

Para entonces nosotros ya éramos, o mejor dicho, nos sentíamos avezados asaltantes. Después de la cagada de la panadería, le pegamos limpiamente a Soprole, una de las compañías lecheras más grandes de Chile, que movían muchísimo dinero en efectivo y de donde obtuvimos varias decenas de bolsas de dinero. De la misma manera asaltamos la Coca-Cola, siempre sobre la base de información específica, normalmente de militantes de la Jota o del Partido que trabajaban en esos lugares y que nos comunicaban los movimientos internos. Era tal la cantidad de información que nos llegaba que hasta me dio miedo, porque ya demasiada gente estaba sabiendo

de nuestro accionar, era como traer una bandera y eso sin contar que algunos amigos que se iban de la boca.

Por ejemplo, eso me pasó con un compañero muy querido, muy solidario y muy comprometido, pero que era un hombre cándido: Juanito Zuchel. Él era miembro del partido, médico y defensor de los pobres, pero además era tan bueno en su trabajo, que durante la dictadura participó en un concurso para ser director del Servicio Médico Legal de Concepción y el weón lo ganó, o sea, era un buenazo como médico, muy querido y respetado por todo el mundo, desde los más pobres hasta la alta sociedad. Como yo había tenido la enorme fortuna de conocer a Juanito, le planteé en lo que andábamos y que eventualmente necesitaríamos tener acceso a un médico de confianza para curar algún herido. La respuesta de él fue directa y sin sombra de duda: «¡Cuenta conmigo!».

Sin embargo, resulta que unos cuantos días después, la que era entonces mi suegra, madre de mi compañera Roxana y que estaba en una campaña de finanzas para el Partido, me encaró y me refirió a Juanito como la fuente de su información.

—Ustedes están mal ¿eh? —me dijo ella a boca de jarro.

—¿Por qué? —pregunté sorprendido.

—Mira, te voy a contar lo que me pasó... —continuó ella muy seria.

—¿Qué le pasó mi querida señora? —la interrumpí en tono jovial.

—Me encontré a Juanito Zuchel y le dije: «Coopérame, mira estamos vendiendo unos bonos para las finanzas del partido...», y Juanito me dijo: «Mari, pero para qué andas haciendo eso si los cabros de la Jota juntan y más. Acaban de asaltar Soprole y se llevaron todos los millones del mundo». «¿Qué, quiénes?» le pregunté a Juanito, y él me confirmó diciendo: «Sí, los cabros de la Jota son los del Comando Manuel Rodríguez y andan asaltando a todo ritmo». Entonces le pregunté que cómo sabía eso y él me respondió: «¡Ay, Mari, todos en el Partido lo saben!».

Ante mi sorpresa y mientras yo pensaba en el conchaesumadre de Juanito, ella agregó: «Ustedes están mal, no pueden hacer eso, cómo que andar haciendo asaltos, eso es de ladrones no de comunistas». Por fin reaccioné y tontamente le dije: «No, no, señora, el Secretario General del Partido viene hablando desde hace años de rebelión popular y eso es toda forma de lucha, la organización nece-

sita dinero así que no me venga con esas tonteras, nosotros estamos en esto y en esto vamos a morir». Obviamente que la vieja se asustó, porque además yo me había ganado a todos sus hijos para eso y ya uno de ellos estaba preso.

Imagínate que ya llevábamos varios asaltos y un montón de sabotajes y fue apenas por aquellos días que volvimos a caer en la cuenta que, si algo le pasaba a alguno de nosotros, no teníamos a quién avisar. Planificando un nuevo asalto en casa del Burro, el Chico de Lota dijo algo sobre que si lo mataban o lo agarraban preso debíamos decirle a su familia y de manera muy natural le pregunté: «¿Y a quién le voy a avisar en tu familia, weón, si al único que conozco de tu familia es a ti?». Se hizo un silencio como de cementerio abandonado, pues la pregunta era válida para cualquiera de nosotros. ¡Chucha!, toda esa noche nos estuvimos calentando la cabeza pensando en esa mierda, pero ya no le dimos la espalda y nos quedamos resolviendo cómo podríamos avisarle a nuestras familias y al Partido.

En mi caso, sólo Roxana sabía, ella fue la primera compañera en entrar a nuestro grupo armado y poco después decidimos irnos a vivir juntos, pero como había cierta oposición de sus padres optamos por casarnos. Por cierto que ella decía riéndose que se había casado con ella misma, ya que el día que fuimos a firmar el papel un padrino suyo organizó una comida de festejo, pero yo no pude asistir debido a un operativo. Pero, bueno, el caso es que ni mis hermanos sabían de mi participación militar, ni Raúl que era del Comité Central e incluso, cuando me iba a ir al curso de comandos, a mi hermano le dije que me iba a desaparecer por un tiempo para tomar un curso del Partido. Él me preguntó si estaba en la cuestión militar y le dije que no, que me tenían en propaganda, pero como no me creyó le preguntó al encargado militar del Partido, pero éste también le dijo que no. El que sí sabía era mi padre, pero sólo por la gran intuición que tenía, pues yo no le había dicho nada.

De cualquier manera, cada quien definió un vínculo al que se le pudiera avisar, el Chico de Lota, que se había casado, dijo: «Mira, cualquier cosa con mi mujer». Y como yo también estaba casado, lo mismo: «Le avisan a Roxana». El asunto era avisarle a nuestras compañeras, quienes le avisarían a la familia y al Partido.

Para mí entonces era más sencillo todo, siendo Roxana parte de nuestro grupo, habíamos desarrollado una gran complicidad, bajo el entendido que ella no preguntaba ni yo tenía que dar explicaciones de qué hacía en concreto. Por ejemplo, cuando le pusimos el bombazo a la CNI, llegué a mi casa, me hice el bueno, me bañé y me fui a tirar a la cama a descansar y me quedé dormido. Lo cual no era excepcional, porque después de alguna acción yo llegaba cansadísimo, creo que la contención de la adrenalina me agotaba. Con el tiempo me di cuenta que hay compañeros que se ponen más nerviosos antes, otros que se ponen más nerviosos durante y otros, como me pasaba a mí, que se ponen más nerviosos después. Entonces me daba un baño para relajarme, me encerraba para no hablar con nadie y a veces hasta me dormía un par de horas. Creo que esa rutina me ayudaba a espantar el miedo, en particular esa paranoia en la que te persigues solo al saber lo que hiciste, pues después me levantaba como nuevo. Lo cierto y así lo empecé a asumir desde entonces, es que tampoco era prudente renunciar del todo al delirio de persecución para mantenerme alerta, con la guardia alta, muy al aguaité³⁵.

Lo cierto es que con la experiencia logras controlar mejor tus miedos, sobre todo cuando tienes la impresión que todos te miran y que han descubierto tus intenciones, lo cual es una gran mentira, nadie te mira ni se imagina en qué andas, el único que puede saber que vas a hacer eres tú. Sin embargo, la calma que adquieres, la serenidad que aparentas, no significa que te enamores de la mierda esa ni, como me dijo un fanfarrón, que extrañes la adrenalina. No sé si algún weón vive el miedo como algo divertido, pero yo no, andar a salto de mata y mirando a tu espalda no es agradable, ni sentir el miedo que se revive en cada acción. Incluso, ya con mucha experiencia, cada vez que operaba, era tal mi tensión que te puedo asegurar que no me podrían haber metido una aguja en el culo, pues sabes que en cualquier segundo se te puede cruzar una bala y te cargó la calaca³⁶ flaca. El miedo te seca la boca, te acelera el corazón y te frunce el pote³⁷ hasta sellarlo. O sea, andando en las armas sabes que te puedes morir en cualquier momento, pero no te quieres morir, a menos que estés loco.

La experiencia y mayores recursos logísticos te ayudan a disminuir contingencias, pero nunca a eliminarlas por completo. Por ejemplo, aprendes que un arma hay que probarla antes de usarla, si

tiras tres tiros y el arma funciona bien, la probabilidad que luego se encasquille o que la bala no salga por alguna otra razón, disminuye significativamente. Sin embargo, aún sabiendo eso, cuando iniciamos no podíamos gastar un par de balas para probar un arma de la que sólo teníamos cinco tiros, era un crimen de lesa humanidad de altísimo costo. Es decir, a veces, aún cuando la experiencia te indique algo, las condiciones logísticas no te lo permiten y te la juegas. Por ejemplo, la ocasión en que le planteé al Burro ir a desactivar tres cargas que habíamos puesto y que no detonaríamos, pero él, muy sensatamente, me dijo: «¿Estai loco? Deja que se vayan a la mierda». Yo sabía que él tenía razón, pero después de pensarlo un momento, le dije: «¡Putá!, es que son dos kilos de explosivos». Por lo que, aun sabiendo el riesgo que significaba, fui, desactivé las cargas y recuperé el explosivo. No podíamos darnos ese lujo.

En fin, estoy convencido que con el tiempo fui desarrollando una especie de sexto sentido para el fracaso, bueno, no sé cómo llamarlo, pero creo que se puede mejor reconocer como experiencia acumulada y que en ocasiones se expresa sólo en sensaciones, no como algo tangible y concreto, pero que te avisa que algo no va bien y que va a pasar algo malo.

* * * * *

Así llegamos a diciembre de 1983, cuando hizo su aparición el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Para entonces, se había acordado dentro del Partido que el brazo armado funcionara, orgánicamente hablando, con una estructura independiente del Partido, pero bajo la dirección política de éste. Tan fue así que la dirección del Partido nombró a los tres compañeros que serían la primera Dirección Nacional del Frente.

Como comandante en jefe fue designado Raúl Pellegrin, *José Miguel*, quien escogió su seudónimo por José Miguel Carrera³⁸. Como jefe de logística quedó el *Caballo* y como jefe de exploración el *Popeye*, quienes nunca pudieron ser identificados por la dictadura. Ellos, a su vez, nombraron a los mandos zonales de Santiago, Concepción y Valparaíso. El Jefe zonal de Santiago era *Manuel*, el único de todos ellos que no era oficial formado en Cuba y que, a pesar

de que lo tuvieron preso, la dictadura no supo que él era el jefe en Santiago y nunca lo pudieron identificar. El jefe de Concepción era el *Mago*, a quien tampoco ubicaron nunca, al igual que al compa de Valparaíso, de quién no me acuerdo como se hacía llamar y que también era oficial. Así nació el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, con no más de catorce compas en sus filas.

Aunque se reconoce su nacimiento el 14 de diciembre de 1983, anunciado con la voladura de torres eléctricas que produjo un apagón nacional y los primeros panfletos firmados como Frente Patriótico Manuel Rodríguez que ahí se dejaron, la acción se realizó en conjunto con el Partido. Para esa fecha podemos decir que orgánicamente el Frente aún no existía y que realmente empezó a existir y a crecer a partir de 1984. En enero de ese año no había más de quince compañeros en Santiago, diez en Concepción y otros diez en Valparaíso, por lo que se determinó entonces que ese sería el mes de la instrucción militar y se empezó a hablar de «rodriguismo», que sería la base de una nueva mística para la acción libertaria, audaz, solidaria, inteligente, decidida y que conformaría la identidad del naciente Frente.

En marzo, el Frente tomó la agencia de prensa italiana ANSA (Agenzia Nazionale Stampa Associata), que salió mal pero se hizo como Frente, así como unos sabotajes para interrumpir el servicio del Metro en Santiago. Fue en esos días que regresé a Chile, de donde, en principio, me había ido por dos años, sin embargo mi regreso se aceleró porque desde adentro solicitaron mi retorno y yo, luego del asesinato de Víctor Huerta, lo único que quería era regresar a Chile a responderles a esos cobardes de la CNI. Se armó todo un lío, la dirección del Partido, desde Moscú, dijo que no debía ir a Chile, pero los que estaban adentro dijeron lo contrario. Galvarino Apablaza, conocido como *Salvador* y quien estaba en la Habana, me dijo: «No, tú ya tienes que entrar weón, tienes que entrar». Y los cubanos, sabiendo que yo me quería regresar a Chile, me dieron el soplo: «A ti te quieren mandar a Moscú, ponte listo».

Yo no estaba dispuesto a irme a Moscú, pues pensé: «Qué mierda me voy a hacer a Moscú, además en enero, sólo a congelarme como pingüino». Así que, con ayuda de los cubanos, en lugar de viajar en vuelo directo de la Habana a Moscú, viajé a Praga y ahí,

ante mi negativa de irme a Moscú y repitiendo como perico: «Yo me quiero ir al Frente», finalmente aceptaron que me regresara a Chile. Me quedé como un mes en Praga hasta que pude irme a España y de ahí volé a Argentina, desde donde finalmente entré a Chile. Apenas tres días después de mi regreso, estando yo en casa de mi hermana, llegaron a buscarme unos compas del Partido en Concepción que ya estaban en el Frente.

— ¡Qué bueno que estás acá!, pero tú estabas en Cuba ¿no? — me preguntó uno de ellos.

— Sí, estuve ahí hasta hace un par de meses — le respondí.

— ¿Y estás listo para reincorporarte? — me preguntó otro.

— ¿Cómo me preguntas eso, weón? — respondí sonriendo con pedería —, si yo soy uno de los tantos que le puso las iniciales al Frente.

— Lo sabemos, por eso te venimos a buscar — atajó el primero.

De inmediato me incorporé al Frente como responsable de operaciones del mando zonal de Concepción, el cual estaba compuesto por un jefe general del mando y debajo de él estábamos los jefes de operaciones, exploración y logística. La primera acción que definimos fue asaltar el Hospital Regional de Concepción. Teníamos la información confirmada de que, al menos, habría el equivalente a cerca de trescientos mil dólares en efectivo, ya que desde ahí le pagaban a todos los hospitales de la región. Junto con los demás miembros del mando zonal, determinamos enviar un verificador para que realizara una exploración lo más minuciosa posible del lugar y entregara un informe. Además, el mismo compañero debía revisar, momentos antes de la acción, cómo estaba la situación, confirmar si había llegado el dinero y de ser el caso señalarlos la ubicación de guardias armados.

Era tan importante la operación que el jefe del Frente, José Miguel, fue a Concepción para revisar personalmente el plan operativo y la logística. Nosotros teníamos unas 20 pistolas, como 10 revólveres, una subametralladora y un fusil máuser del año de la cocoa, el cual yo había decidido llevar aunque estaba viejo, pero cuando llegó José Miguel nos entregó cuatro subametralladoras. Hasta ese momento, prácticamente todo lo habíamos hecho con pistolas, por lo que al recibir el arsenal, pensé: «No, Rambo es una alpargata al lado de nosotros».

El Hospital Regional de Concepción abarcaba toda una cuadra, era gigantesco y se encontraba enfrente de la Universidad de Concepción. Nosotros fuimos siete en total, incluido el chofer y nos paramos a un par de calles del hospital, a un costado de un parque. Como era inicio de clases, había muchos estudiantes en la calle que estaban por realizar una fiesta mechona³⁹ y nosotros íbamos vestidos como estudiantes de medicina, o sea, con bata blanca y estetoscopio colgado al cuello, lo cual nos permitió esperar desde las dos de la tarde hasta unos minutos después de las tres, sin llamar demasiado la atención. Incluso, mientras estábamos esperando, pasó la policía civil y se acercó a nosotros, por lo que me bajé de la camioneta y sin mirarlos, pero riéndome, le mostré un mechón cortado de cabello mío al compañero que estaba abajo, aparentando que se lo había cortado a un alumno de primer año. Entonces uno de los policías sonrió y le dijo a su compañero: «Ya va a empezar la fiesta». Y continuaron con su rondín.

Sin ningún problema pudimos esperar tranquilos hasta que nuestro verificador nos dijo: «Ya llegó el dinero». Nos bajamos con las armas ocultas y avanzamos a pie hasta el hospital. La operación debía durar 40 segundos, sin embargo estuvimos ocho minutos y nos tuvimos que ir sin un centavo, pues resultó que el dinero no había llegado. La decisión de alargar la estancia dentro del hospital fue mía, confiaba en la información de nuestro verificador y no creía lo que me decían los asustados empleados que juraban que la plata no había llegado. Por fortuna salimos sin problema, aunque nos cruzamos con la policía que ya venía llegando, pero se hicieron los weones y no pasó a más. Sé que nos vieron, crucé la mirada con ellos y para mí fue evidente que se dieron cuenta, pero que decidieron mirar para otro lado y seguir viviendo. Por cierto que de ese tipo de comportamiento por parte de la policía fui testigo muchas veces más. Por ejemplo, cuando ya les escuchábamos la frecuencia de radio, si un jefe le ordenaba a alguna patrulla cortarnos el paso o perseguirnos, estos respondían: «No, no están acá, perdimos visual, los extremistas se dirigen por la avenida hacia al norte». Decían eso cuando nos estaban viendo y sabían que nosotros íbamos hacia el sur y por una calle lateral. ¡Los weones mentían porque sabían que les podía tocar!

De cualquier manera, ese día yo iba muy enojado, la información falsa que nos dio el verificador nos había puesto en altísimo riesgo y habíamos perdido la oportunidad de conseguir trescientos mil dólares. Iba pensando en eso cuando llegamos al lugar donde debíamos cambiar de vehículo y ahí llegó también el verificador. Me bajé, saqué la pistola, lo encañoné y le pregunté: «¿Eres un traidor o un sapo infiltrado?, la verdad que me da igual cuál de los dos, porque estuviste a punto de lograr que nos mataran a todos, reculiao». El compa que iba de chofer se bajó detrás de mí y me agarró.

—Tranquilo, es un compañero —me dijo sin soltarme—. Sí, la cagó el weón, pero es compañero.

—¿Entonces por qué no dice que le da miedo, en lugar de inventar tamaña mierda para que nos maten? —dije mirando a los ojos a nuestro verificador.

El compa aquel no dijo nada y yo lo dejé estar, ordené la disolución del grupo y como a las seis de la tarde llegué con el jefe zonal.

—¿Y qué pasó? —me preguntó al verme.

—Pregúntale a tu verificador, ese maricón... —empecé a responder.

—Sí, ya me contó que lo ibas a matar —me interrumpió el jefe.

—¡Ah, mira! ¿Y no te dijo el weón que nomás porque los pacos se hicieron los weones, nosotros no terminamos ahí? —le repliqué muy enojado.

—Sí me contó, pero ya cálmate. Voy a hablar con el jefe y que él lo sancione —me dijo intentando tranquilizarme.

—Está bien, pero nada más te voy a decir una cosa, yo a ese maricón no lo quiero volver a ver ni en pintura —le dije con voz calmada.

—Oye, Gitano no seas así, estoy de acuerdo contigo, pero trata de entender —insistió el jefe de zona.

—Lo que tú digas, pero al menos que asuma su cagada —respondí.

Por cierto que la noticia difundida por la radio informaba lo contrario: «Un comando soviético fuertemente armado asaltó el Hospital Regional de Concepción y se llevó multimillonario botín». Lo cual significó que el fracasado asalto se convirtiera públicamente en una operación exitosa y limpia, permitiéndome, de paso, asumir que realidad y percepción no son lo mismo y que los medios de comunicación jugaban un papel muy importante en ampliar la diferencia.

También aprendí que la cobardía se vuelve política, los cagones tienden a esconder sus miedos responsabilizando a alguna circunstancia o a otros. La única vacuna contra la cobardía está en asumir tus miedos, para —en su caso— reconocer que te cagaste y ya, no más eso. Esconderlos en jodidos discursos auto exculpatorios o peor aún, cargarle a otro tu responsabilidad, sólo genera desconfianza y descomposición. Sin embargo, lo cierto es que no todo era responsabilidad exclusiva del cagón, pues yo había cometido un grave error al prolongar tanto nuestra estancia dentro del hospital. Al retrasar la orden de retirada puse en grave peligro a mis compañeros, sabiendo que en la guerrilla urbana la coordinación, la sorpresa y la velocidad son determinantes, aunque sólo te den treinta segundos de delantera, pues el guerrillero urbano siempre está en el campo del enemigo, en desventaja numérica y logística. En esas condiciones, perder esa ventaja es casi siempre mortal.

En nuestro caso era muy importante no olvidarlo nunca, además de que llegaron a ser cerca de mil los agentes de la CNI, más de 50 mil efectivos de las fuerzas armadas y un aproximado de 17 mil carabineros y 4 mil policías civiles, es decir más de 72 mil weones dispuestos a matarnos, eso sin contar los chivatos profesionales y los de ocasión, en un país de 12 millones de habitantes.

* * * * *

Hasta ese momento, en Concepción teníamos apenas tres grupos, pero aprovechando que en la Jota me conocía todo el mundo, empecé a captar gente y en el transcurso de un mes ya tenía seis grupos organizados. Para ello la autoridad política y moral, la confianza en la persona que te invita a integrarte, es muy importante, si no la reacción natural es: «¿Y quién es este weón, de dónde viene, no será sapo?».

El exitoso asalto que no fue, incrementó nuestra autoridad entre los cabros de la Jota, los cuales ya sabían de la creación del Frente y estaban muy dispuestos a ser parte de él. Así, rápidamente incorporé a un buen número de compas de la Jota que yo conocía y con ellos formamos el primer Grupo Especial, pensado para operaciones más riesgosas y de mayor dificultad e integrado con los compas de mayor experiencia y con las mejores armas.

Entonces le planteé al mando zonal un plan para realizar diversas operaciones de sabotaje a la infraestructura de comunicación, desde centrales de teléfono, torres de comunicación y hasta puentes. Acordamos darle a la antena repetidora de Televisión Nacional de Chile en Concepción, una estructura enorme en medio de una superficie cercana a los cien metros cuadrados y protegida por un enrejado. Decidí que lo realizara el primer grupo especial que habíamos formado, pero resultó que para la exploración del lugar nos enviaron al mismo weón que verificó el hospital. Obviamente que me enojé mucho, le dije que no iría y en un exceso de mi parte agregué: «Por maricón y por antipatriota». Yo traía un discurso de patriotismo reivindicando la idea de que los enemigos del Frente Patriótico eran antipatriotas, lo cual, en el caso del compa significaba tacharlo de traidor. Debí plantearle que por su comportamiento previo y su negativa posterior a aceptar que se había cagado, sencillamente yo no le tenía confianza. Desgraciadamente no fue así. De cualquier manera el compa no participó y me fui a explorar con mis compas. Llevamos unas chamarras de cuero para colocarlas sobre la alambrada para saltar la reja sin lastimarnos y poder conocer de cerca las características de la antena repetidora. Estaba realmente fácil y un par de días después la volamos. Al explorador lo mandaron para otro lado, pero hubo consecuencias, pues estuve como mes y medio sin información de la dirección nacional.

Una semana después volamos el puente que une Chiguayante con Hualqui, por donde pasaba gran cantidad de celulosa hacia el norte del país. El puente tenía unos treinta metros de largo y lo bajamos completo, le pusimos muchos puntos de explosión, principalmente con Anfo, que es en una mezcla de nitrato de amonio y un aceite combustible derivado del petróleo. Colocamos sacos de arena llenos de aluminio negro reforzado con el Anfo, una buena cantidad de Ganf, que es un explosivo de mayor velocidad que el TNT y los conectamos con cincuenta metros de cordón detonante, le encendimos una mecha lenta y nos fuimos. Sabíamos también que el agua del río nos serviría para una cosa que se le llama atraque, o sea, que con menos explosivo haces más efecto, al hacer las veces de rebote de la explosión. El puente cayó entero y como estaba a menos de tres kilómetros de Hualqui, la explosión, de acuerdo a lo que nos

contaron, se oyó fuertísima y despertó a todo el pueblo como a las dos de la mañana. Nosotros ya no estábamos ahí para comprobarlo, a la mecha le dimos 20 minutos, por lo que ya estábamos llegando a Concepción.

Unos días después le pusimos una bomba a una de las oficinas de inteligencia del ejército, en la que, a manera de escuela, iban formando y seleccionando a los futuros agentes de la CNI y que se encontraba ubicada frente al regimiento Chacabuco. Con el grupo especial fuimos en dos bicicletas y pusimos una carga de cinco kilos de explosivos en una ventana, algo que como operación no fue nada espectacular, pero el hecho que se atacara al Servicio de Inteligencia del Ejército, obviamente tuvo una gran repercusión.

Entre las muchas operaciones que realizamos por sobre todo le pegamos a las torres de electricidad. Las más grandes de las cuales, las de alta tensión, como en cualquier lugar del mundo se encuentran en pleno campo y después van bajando a redes secundarias con torres más pequeñas. Por ello, para no tener que andar transportando los explosivos, se nos ocurrió hacer unas animitas, de esas que hay al costado de las carreteras, hechas para venerar a las víctimas de algún accidente mortal, pero ahora para ocultar los explosivos. Así, por ejemplo, en una carretera camino a Quillón, hicimos nuestra primer animita con un barretín en su interior, el cual consistía en un hoyo con una tapa que lo cubría, a manera de piso de la capillita.

Sin embargo, volarlas no fue tan sencillo al principio, porque, ante los sabotajes de la derecha, el gobierno de la Unidad Popular había adquirido unas torres soviéticas mucho más fuertes, que podríamos llamar torres antisabotaje y costaban un culo romperlas. Nosotros habíamos intentado tumbarlas como lo hacíamos con las torres comunes, tronando dos de las cuatro patas, pero en esas torres la estructura aguantaba, por lo que decidimos romperle las cuatro patas, pero la torre sólo se sentaba, es decir, la estructura se bajaba pero no se caía y por lo tanto no rompía los cables de la corriente. Entonces, con varios compas de química de la Universidad de Concepción, Lito y Peña y con Carlos, que era ingeniero mecánico, estuvimos estudiándolas y dándole vueltas al asunto hasta que decidimos que había que pegarles a las cuatro patas, pero en alturas diferentes, ubicadas en una diagonal descendiente y con todas las cargas

del mismo lado. Es decir, ya sea por dentro o por fuera del ángulo de acero, pero en alturas y en tiempos de detonación distintos cada una. Sólo así logramos quebrar una torre sin que se sentara, sino que se fuera de lado, como si se le hiciera una zancadilla y al caer cortara los cables. La primera vez que tumbamos una, ¡puta, fui feliz!, porque ya me había obsesionado con bajar una mierda de esas.

* * * * *

Usando como referencia esas acciones, el jefe del Frente decidió enfocarse en formar nuestras Fuerzas Especiales. Te estoy hablando de abril de 1984, que fue cuando José Miguel me llevó a Santiago para formar dichas unidades de combate y en Concepción se quedó dirigiendo las operaciones mi compadre Lito Fuenzalida.

Unos días antes, a finales de marzo, Pinochet había ordenado la censura previa a las pocas revistas de oposición que aún quedaban. El 27 de marzo se había desarrollado una nueva e intensa protesta nacional, donde la dictadura impuso el toque de queda y al menos seis personas murieron baleadas por las fuerzas represivas del régimen. En ese contexto, en Santiago arrancamos con un plan de instrucción de combatientes del Frente que iba de lo más simple y menos riesgoso a lo más complejo y peligroso. Por ejemplo, a los nuevos compas les dábamos un paquete, que no era otra cosa que un ladrillo envuelto en periódico con unos cuantos cables y unas baterías, el cual debían poner en un determinado lugar. Obviamente el compañero pensaba que se trataba de una bomba y nosotros lo seguíamos para ver qué tan nervioso se ponía, si lo botaba a la basura y salía corriendo o lo colocaba en el lugar señalado. Era una prueba que nos ayudaba a decidir si ese compañero podía seguir o no y también permitía que fueran adquiriendo experiencia, pero sin riesgo. Todos pasaban por ese ejercicio, así como por la prueba de hacerse de un arma por sí mismos, no sólo para saber si el compañero era capaz de hacerlo o, como decimos en Chile, «se le aconcharon los meaos», es decir, que se cagó de miedo, sino también para observar cómo le hacía, pues lo principal en una guerrilla urbana es que le metas imaginación ¡el valor no es ir a lo tonto a que te maten! Esa primera acción real generaba experiencia y temple y por si fuera

poco te hacías de un arma. La verdad que era muy fácil conseguir una pistola con los policías bancarios, pues, como nunca la habían usado, era como quitársela a un boy scout. El criterio era que si no eras capaz de hacer eso, mejor te fueras a tu casa y pensaras en otra manera de colaborar, cada uno debía tener su área de especialización y la capacidad de poder desarrollar su papel decorosamente: hacerse de un arma era entonces lo mínimo que cualquier combatiente debía hacer.

Como había compañeros con alguna experiencia militar, optamos porque ellos fueran los primeros en integrar los comandos, mientras a los compas con mayor capacidad política los enfocamos en ir formando nuevos grupos y redes que nos permitieran ir creciendo. En Santiago hicimos una cantidad impresionante de operaciones, acciones de sabotajes mayores, medios y menores.

* * * * *

Fue también por esas mismas fechas, a finales de abril de 1984, cuando se realizó por parte del Frente el secuestro del hijo de Manuel Cruzat, quien era dueño de medio Chile o más. En el Frente sabíamos que los Cruzat, los Larraín y los Mate eran los dueños del país, los que tenían el dinero en Chile. Manuel Cruzat era dueño de bancos, de navieras, de minas, de enormes inversiones inmobiliarias y forestales, etcétera, era tan rico que incluso lo llegaron a llamar el Howard Hughes de Chile. Un individuo que cobró con creces todos los favores que le hizo a la dictadura y ésta se los retribuyó con mucha más plata y muchos más negocios. Fue uno de los grandes beneficiarios de las privatizaciones hechas por el régimen militar, incluyendo las pensiones y las defraudaciones a los pensionistas y ahorrantes. También fue beneficiario de empresas del Estado que la dictadura le vendía a precios ridículamente bajos y que él declaraba en quiebra con el correspondiente quebranto patrimonial al Estado y cagándose en los trabajadores, no sólo los dejaba sin empleo, sino que los mandaba a la calle sin pagarles nada a los dos mil o tres mil que eran, para finalmente vender la empresa en montos muy por encima de lo que había pagado, o sea, un jugoso negocio a costa del pueblo o como dicen en Chile: «Paga Moya».

Sin embargo, como el hijo de Cruzat era un niño de tan sólo

11 años, el Frente decidió no reivindicar su secuestro. Entonces se habló que una banda delincuenciaal había secuestrado al niño, pero lo cierto es que fue el Frente y se pidió una gran suma en dólares de rescate. Cruzat se asesoró por un individuo que había trabajado en los servicios de inteligencia británicos y decidió, sin saber que lo hacía con el Frente, iniciar una negociación directa a través de un cura. Eso fue una fortuna para nosotros, porque si se hubiera negado a pagar nos jodía completitos, ya que en el Frente nadie jamás pensó en lastimar al niño, pero ellos creían que trataban con una organización criminal muy poderosa. ¿Quién en su sano juicio se animaría a secuestrar al hijo de tal personaje en plena dictadura? Sólo el Frente, que entonces era como para morirse de la risa, pues si nos atenemos al número de combatientes con alguna experiencia, no éramos más de 18 andrajosos con muy pocos recursos. Si bien ya nos llamábamos Frente Patriótico Manuel Rodríguez, nuestra estructura era muy precaria y nos enfrentábamos a la *crème de la crème* de los años de la barbarie dictatorial, sin las mínimas condiciones de logística y sin la indispensable capacidad de fuego.

De cualquier manera, Cruzat pagó una millonada de dólares en efectivo, los cuales, una vez acordada la cifra, reunió y entregó en el plazo de las 72 horas que pidió para poder disponer del dinero en las condiciones exigidas. Para dar garantías de que no pretendía pasarse de listo y ganar tiempo para que la policía nos agarrara. Cruzat envió al Frente una grabación con una conversación de él y el Ministro del Interior, en donde, éste le dice a Cruzat que ellos sabían que una organización terrorista era la responsable del secuestro de su hijo, pero es interrumpido por Cruzat diciéndole, más bien ordenándole, que no se metieran, ya que si lo hacían su hijo podía morir y sin más le corta la comunicación al weón. Cruzat recibió a su hijo sano y salvo.

Así fue como el Frente se hizo de sus primeras finanzas. De ahí en adelante las hicimos con asaltos a bancos y algunos secuestros de personeros de la dictadura y de burgueses vinculados al régimen. Si bien ésta última no era la forma más rápida y expedita, por lo menos sí la más frontal, pues tocaba directamente a nuestro enemigo real y concreto. El financiamiento del Frente fue así, no como la dictadura y sus medios de comunicación decían, que éramos financiados con dinero de los cubanos o de los soviéticos. ¡Mentira! los soviéticos no

pusieron ni un peso y los cubanos nos ayudaron después con algo de armamento y su colaboración más importante fue con la instrucción militar de varios cientos de compañeros, la mayoría de los cuales, antes de regresar a Chile pasaron por Nicaragua colaborando con los sandinistas en el Frente Sur y luego en la guerra a la Contra. Por cierto que algunos de nuestros compañeros se quedaron en Centro América, donde varios murieron combatiendo en el Salvador en las filas del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN).

Lo cierto es que antes de recibir el dinero del secuestro, en el Frente, no teníamos ni siquiera dinero para el micro, lo cual era absurdo y muy peligroso, porque en una acción concertada de buena forma, mínimamente tienes que asegurar la retirada del operativo, pero nosotros muchas veces ni para eso teníamos y cada quien se iba como podía, por lo que nuestra táctica más común de retirada no era más que un arrancadero de weones. El dinero que recuperábamos era destinado íntegramente para gastos de operación del Frente y si bien esa plata disminuyó considerablemente algunos de los riesgos de la improvisación a que nos obligaba el no tener los recursos indispensables, respecto a su manejo y distribución no dejamos de ser más papistas que el papa, por lo que muchas carencias no pudieron ser subsanadas.

De cualquier manera, lo cierto es que a partir de entonces tuvimos mayor capacidad de controlar, por lo menos económicamente, nuestras acciones. Empezamos a funcionar de mejor manera y se formó la fuerza central del Frente, que nosotros le llamamos «Destacamento Especial». ¿Por qué destacamento? No lo sé, pero se nos hizo que sonaba bien y se convirtió al interior del Frente en una cosa mítica, todo el mundo quería ser del Destacamento Especial, que era el embrión de lo que pretendía ser las fuerzas especiales, aunque en realidad sólo estaban los que tenían más experiencia, los que habían empezado antes, porque de tropa no tenía nada y de especial menos. Éramos poquitos, precarios y muy elementales en el sentido de la táctica y de la experiencia. Eso sí, hacíamos pesados entrenamientos físicos en la montaña y prácticas de tiro que no pasaban de cinco disparos por cabeza, pero creo que, al final, la disciplina se fue dando principalmente como una imposición de la necesidad de sobrevivencia. Empezamos siendo diez, pronto fuimos quince y en

un tiempo bastante corto llegamos a formar tres grupos de diez. En nuestro grupo, por ejemplo, entre la ironía y la construcción de la mística, decidimos llamarnos «Los Magníficos»⁴⁰, mientras que en otro grupo se pusieron los «Comandos de Garrison»⁴¹.

* * * * *

Entonces decidimos tomarnos el tren que iba de Santiago a Puerto Montt, que regularmente llevaba cinco vagones y como trescientos pasajeros. Nos subimos distribuidos en cinco grupos, uno por cada vagón y nos acomodamos como cualquier pasajero. Mi grupo iba en el primer vagón, donde cuatro minutos después de haber arrancado me puse un tapabocas y un pañuelo en la frente, me subí en el asiento y grité: «Es el Frente Patriótico Manuel Rodríguez todo el mundo al suelo, todos tranquilos y no pasa nada... tú ven para acá... tú no te muevas...».

Eso último se lo dije a uno que tenía el pelo corto y porte de militar por lo que ordené a una compañera que lo registrara. Le encontró un arma.

—Yo soy marino, soy marino, yo no tengo nada que ver —dijo el tipo cagado de miedo.

—Cállate y tírate al suelo —le ordené.

Mientras tanto, el grupo de Rubén, que era el último, jaló la palanca y paró el tren, entonces los demás grupos empezaron a mover a los pasajeros hacia nuestro vagón, con la intención de concentrarlos para echarles un discurso, pero nos dimos cuenta que era imposible, ni remotamente cabían, así que dejamos ahí a las mujeres y a los niños y a los demás los agrupamos en los dos vagones contiguos.

—Ay, ando con mí recién nacido, no me podrían dejar estar con mi bebé —me dijo una señora.

—Sí, claro —le dije.

—Pero a mi marido lo llevaron para allá y él lo trae —agregó la señora señalando al vagón de atrás.

—Tranquila, ya se lo regreso —le dije y le cumplí.

Les dimos una arenga en la que participó nuestro jefe de los destacamentos especiales, el valeroso Fernando Larenas, conocido

como *Braulio* y luego pusimos varias banderas del Frente por fuera de los vagones. En ese ínterin, la misma señora del bebé volvió a la carga.

—Oiga —me dijo—, usted tiene una cara de niño bueno, no le veo la cara pero tiene una cara de niño bueno.

—Señora, no alce la vista —le dije muy calmado.

—Es que le quiero pedir otro favor —me dijo en tono zalamero.

—¿Qué pasó? —pregunté casi riéndome.

—¿Le puedo dar leche a mi bebé? —me preguntó.

—Señora, saque la teta y ya está, pero deje de estarme weveando —respondí conteniendo la risa.

Al bajarnos del tren colocamos unas supuestas bombas en las puertas, que eran una cosa más falsa que un billete de tres dólares, pero que siempre nos permitía ganar tiempo y cada quien se subió al auto asignado. Entonces apareció un carro con policías y sin pensarlo mucho les tiré un rafagazo de AK y Braulio les tiró otro. Salieron quemando llantas, no los volvimos a ver y nos retiramos sin ningún problema.

* * * * *

Fue en esos días que decidimos hacer acciones de propaganda que nos permitieran romper el cerco informativo de la dictadura y difundir en Chile y a nivel internacional nuestra existencia armada y la creación de nuestras Fuerzas Especiales. Primero nos tomamos la agencia italiana de prensa ANSA (Agenzia Nazionale Stampa Associata), luego la agencia francesa AFP (France Presse) y después la gringa UPI (United Press International). En todas entregamos un mensaje para que fuera transmitido a sus oficinas centrales, pero en la primera éste no llegó, nos lo cortaron los weones, porque nosotros no teníamos la experiencia necesaria para asegurarnos de su transmisión, pero aprendimos rápido.

Aunque teníamos el factor sorpresa de nuestro lado, la toma de France Presse representó mayor complicación porque la oficina estaba sobre la Alameda Bernardo O'Higgins esquina con Nataniel Cox, en frente de La Moneda, sede de la presidencia de la República, es decir, en el primer círculo del enemigo. Sin embargo, eso mismo lo

hacía aún más importante y atractivo para nosotros, le estaríamos rascando los huevos al tigre, o sea, al estar a metros del centro del poder de la dictadura le diríamos a todo el mundo de lo que éramos capaces y a la dictadura algo así como: «Vinimos hasta aquí a sacarte la lengua, conchaetumare, te vamos a meter el dedo en el culo».

Recuerdo muy bien que José Miguel, nuestro jefe, me dijo: «Ten cuidado, si ves la posibilidad que los puedan encerrar, mejor no lo hagas y retírate». Estaba preocupado porque la agencia de noticias se nos convirtiera en una ratonera, pues se ubicaba en un noveno piso y rodeada de enemigos armados, pero le respondí que ya lo había considerado, que la llegada no sería problema si pasábamos desapercibidos y entrar y salir nos tomaría unos 40 segundos; que ya habíamos visitado el edificio y no había guardias ni en la puerta ni el lobby y el ascensor tardaba unos 20 segundos en subir al noveno piso. Una vez ahí, el problema sería que nos abrieran la puerta de la agencia, que estaba cerrada por dentro y custodiada por un guardia privado, pero ya habíamos ideado cómo entrar. La sorpresa sería nuestra mejor aliada.

Al operativo fuimos cuatro, más el chofer. Al edificio subimos Ignacio Valenzuela, Francisco Peña y yo, mientras que Rolando se quedó abajo, en la entrada, lo cual era una tontera, ¿qué podía hacer solo y con una pistola? En esa ubicación ni siquiera podría avisar la llegada del enemigo, le hubieran caído a él también y no tendría capacidad de reaccionar. No tenía sentido que yo lo hubiera ubicado ahí, pero atinadamente él se dio cuenta, se salió del edificio y se quedó vigilando la entrada desde un puesto de periódicos.

Al llegar a la puerta de la agencia, tocamos y en un impecable inglés Ignacio pidió hablar con el director. Nacho había hecho un pos título en el extranjero y hablaba tan bien el inglés que parecía británico y ésa era la llave que habíamos decidido utilizar. Funcionó, la puerta se abrió de inmediato y al vuelo agarré a un sorprendido guardia, lo encañoné y le ordené que me llevara a la oficina del director. Mientras tanto, Nacho y Pancho condujeron a los demás empleados —cuatro en total— a la misma oficina. En ese momento nos dimos cuenta que nuestro explorador nos había mentido y era obvio que no había entrado al lugar, pues nos había dicho que ahí había cinco espacios, pero nos encontramos con que contaba con muchas más

oficinas. Desconectamos todos los teléfonos y me identifiqué con el director como: «Comandante Cesar del Frente Patriótico Manuel Rodríguez», le informé que con una fuerza especial de sesenta combatientes habíamos tomado todo el edificio, haciéndole creer que también nos habíamos tomado la agencia de prensa Reuters en el séptimo piso y le ordené que enviara el comunicado que le entregué.

El director empezó a escribir de inmediato, haciendo una introducción que empezaba diciendo: «Urgente... Urgente... Efectivos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez al mando del comandante Cesar, acaban de tomar por asalto nuestras oficinas de Santiago». Luego transcribió nuestro breve comunicado llamando a la rebelión del pueblo de Chile y le dije: «Mándalo ya y asegúrate que llegue respuesta de recibido».

Eso lo habíamos aprendido del fracaso en la ANSA, donde, por no saber, no habíamos esperado por la respuesta, la cual ahora llegó en unos segundos y en una cosa bien simpática que se parecía a una de esas maquinitas de sumar, pude leer: «París, recibido»... e instantes después apareció también en la pantallita: «Tokio, recibido»... «Washington, recibido»... «New York, recibido»... «Londres, recibido»... Era momento de irnos, habíamos tardado unos cinco minutos y todavía teníamos que bajar del edificio. Al director le dije: «Voy a cerrar la puerta y le voy a poner una bomba, si la abres te vas a volar, no queremos que ni tú ni nadie salga lastimando, has cooperado muy bien, eres un profesional. No tenemos nada contra ti y lo único que queríamos era mandar el comunicado».

Pegado a la puerta dejamos un paquete que simulaba una bomba, bajamos sin problemas y salimos. En cuanto nos vio, Rolando se acercó y me dijo: «No hay ningún problema, no han protestado nada». Señalando con la cabeza la estación del Metro, que estaba a un lado, le dije: «Muy bien, toma el metro y vete». Nosotros seguimos caminando hasta dar vuelta en la esquina de Nataniel con la Alameda, en contra esquina de La Moneda, donde nos enteramos que el coche que llevábamos se había quedado en panne⁴², pero el compa que iba de chofer había ido a buscar su propio auto y ya nos estaba esperando.

—¿Y el otro auto? —le pregunté,

—Se echó a perder. ¡Vámonos jefe, vámonos! —dijo subiéndose y arrancando de inmediato para retirarnos tranquilamente.

En declaraciones posteriores, el director de la agencia francesa de noticias nos dejó muy bien parados: «Se notan profesionales, me trataron muy bien, nunca me maltrataron, me parecieron jóvenes universitarios».

Eso lo hicimos en los primeros días de mayo que fue un mes muy intenso en nuestro accionar armado, pero también de la movilización social pacífica, ese primero de mayo, por ejemplo, se reunieron en el Parque O'Higgins en Santiago como unas 150 mil personas en oposición a la dictadura. Un acto de masas sin precedente en la lucha contra el régimen militar.

* * * * *

Nosotros habíamos decidido operar una vez por semana, aunque en más de una ocasión fueron dos acciones en ese mismo lapso, lo que dio una enorme visibilidad al Frente y generó una gran expectativa acerca de qué íbamos hacer. Hacíamos desde operaciones de mayor logística y riesgo hasta acciones sencillas de propaganda, que se hacían constantemente, como tomarnos un bus de la compañía Tur-Bus, que era propiedad de la familia Pinochet y atravesarlo en una de las principales avenidas de Santiago con una bandera del Frente y un potente altavoz que reproducía un comunicado de nuestra dirección nacional. La policía se tardaba en apagar la grabación y en retirar el bus, al dejarles pegadas las famosas cajas empaquetadas que simulaban bombas, provocando que no se acercaran hasta el arribo de su escuadrón antiexplosivos. Se producía un atorón enorme de autos y de gente. Todo el mundo escuchaba el comunicado. Los comentarios en la calle, por ejemplo, eran: «¡Los del frente atravesaron un micro en la Alameda, en el mero centro y pusieron un comunicado en un bus!».

O sea, en sus narices y con su bus. Por todos lados se hablaba ya del Frente y para ganarnos ese cariño influyó mucho que las numerosas operaciones que habíamos realizado habían sido blancas, es decir sin una sola baja de nuestra parte o de civiles, lo cual además nos permitió ganar mucho en confianza interna. No hay que olvidar, además, que las bajas de una guerrilla siempre serán magnificadas por el enemigo, quien buscará culpabilizarte y ridiculizarte con todos los medios de comunicación que de por sí tienen a su disposición.

El segundo día de junio, tropas regulares del Frente atacaron la Brigada de Inteligencia del Ejército en Santiago, pero en el tiroteo con los militares, éstos le dieron al jefe de nuestro operativo un balazo en la espalda. Los compas lograron retirarlo y salir sin más bajas, pero cometimos un grave error en el mando zonal y en vez de llevar al compañero a un médico amigo, lo trajeron dando vueltas hasta que finalmente llegaron a una casa habilitada como clínica, donde un paramédico le dio los primeros auxilios. Sin embargo, ya sea porque algún vecino de uno de los tantos lugares donde intentaron atenderlo hubiera sapeado⁴³ y por lo tanto ya traían cola de la CNI o porque algún vecino de esa casa chivateara, pues anduvieron entrando y saliendo sin mucho cuidado, lo cierto es que llegaron un montón de agentes de la CNI. El saldo fue terrible, tuvimos nueve detenidos, incluyendo al compa herido. Además, a Enzo Muñoz Arévalo, quien era nuestro jefe de logística en Santiago, lo asesinaron en la rotonda Departamental mientras esperaba en el auto a Patricio Sobarzo, un compañero mirista miembro de una organización de derechos humanos, quien en ese momento estaba hablando por un teléfono público, intentando comunicarse con un médico que atendiera a nuestro compañero herido. Patricio Sobarzo fue detenido, torturado y luego asesinado por los agentes de la CNI, mientras dos compas más, Ana Delgado y Juan Varas, fueron detenidos en las afueras de la casa y llevados al cuartel Borgoño de la CNI, donde los torturaron, para luego, al amanecer, llevarlos a la comuna de San Joaquín donde los ejecutaron. Los cuatro asesinatos fueron presentados por la dictadura como supuestos enfrentamientos, aún a pesar de haber sido ejecutados frente a numerosos testigos.

En respuesta, decidimos atacar el cuartel central de la CNI, llamado cuartel Borgoño por estar en la calle de ese mismo nombre y al que sus agentes referían como Casa de la Risa por ser uno de los lugares privilegiados para torturar hasta el delirio a los detenidos. El cuartel ocupaba toda una cuadra y tenía una entrada subterránea a un sótano, donde estaban los cuartos de tormento, lo cual no te lo digo de oídas, sino porque yo pasé por ahí tiempo después. Lo atacamos con cinco compas, incluyendo al chofer y mientras dos arrojaban granadas, otros dos disparábamos con un fusil AK y una subametralladora, todos desde la camioneta. Las granadas eran caseras, ar-

tesanales, hechas por nosotros con una lata dentro de otra y que en medio de ellas llevaban la metralla, que no era otra cosa que cabezas de clavos grandes o pedazos de lámina, que al explotar se esparcían como proyectiles. Lo más probable es que no mataran a nadie por el efecto expansivo de la metralla, aunque tal vez sí podían lograrlo por el susto o al menos dejarte sordo, ya que tronaban durísimo, lo que sobre todo generaba confusión y miedo en el enemigo.

Cuatro de esas granadas cayeron en un patio interior y les aventamos unos 50 o 60 tiros, pero más allá de eso, lo importante para nosotros y que se volvió significativo socialmente, fue que atacamos el cuartel general de la CNI. Tuvo mucha resonancia a pesar que declararon que no hubo tal ataque y que solamente se les habían escapado unos tiritos en un entrenamiento, pero como el cuartel estaba como a cinco calles del Mercado Central y de la Vega Central y además el ataque lo hicimos a las siete de la mañana de un día martes, muchísima gente se dio cuenta que no fueron unos tiritos, sino varias decenas de disparos, además que decían haber escuchado los bombazos. Nuestra vocería reivindicó el ataque en un comunicado, informando que se había realizado una acción de castigo en contra de la CNI por el asesinato a mansalva de nuestros compañeros. Por cierto que por el férreo control de la dictadura sobre los medios de comunicación, la difusión de nuestros comunicados era muy limitada y en general sólo salían en el periódico Fortín Mapocho y en la revista Análisis, que eran de los únicos que se atrevían a publicarlos y que representaban una pequeña, pero muy digna luz informativa en medio de las tinieblas y del silencio cómplice de los demás medios de información.

Entonces decidimos tomar radio Santiago, con la intención de difundir directamente y en viva voz un comunicado. Era una pequeña estación local y la toma fue rápida y sorpresiva, sin embargo el comunicado no salió completo, nos cortaron la señal desde la antenna. Si bien no se alcanzó el objetivo planteado, nos sirvió como otro aprendizaje, nos dimos cuenta que había que tomar simultáneamente la cabina de transmisión y la antenna. Así, al finalizar la primera semana de junio y para celebrar los primeros seis meses de lucha del Frente tomamos radio Minería. Una estación de la derecha más recalcitrante y con muchísimo alcance, pues se trataba de la más po-

derosa cadena nacional de radio. Era la estación que más audiencia tenía en las transmisiones deportivas y que montaban todo un aparataje para transmitir partidos de fútbol.

Nuestra intención era lograr que a la hora que estuvieran transmitiendo en directo un partido de fútbol desde el Estadio Nacional, sacáramos un comunicado grabado por la dirección del Frente, llamando al pueblo chileno a luchar con renovadas fuerzas y por todos los medios, incluido el de las armas, para derrotar a la dictadura. La radio Minería estaba en un lugar muy simbólico, se ubicaba en una zona donde vivían los ricachones de Santiago y ocupaba un enorme edificio de cuatro pisos, en la esquina de Providencia y Tobalaba, a un lado de una estación del Metro que contaba con cuatro accesos y en cada uno había militares.

Con la experiencia de radio Santiago, decidimos que un grupo encabezado por Walter fuera a tomar la antena de retransmisión, mientras que otro encabezado por mí, tomaría el transmisor en la estación de radio. Nosotros entraríamos una vez que Walter tuviera control de la antena que estaba en Rojas Magallanes, por el Paradero 18 de Vicuña Mackenna, en la parte sur de la ciudad, mientras que Rubén con su grupo, nos haría una contención de apoyo desde la acera del frente, tratando de no ser vistos por los militares y sin que mi gente supiera que Rubén estaría ahí.

Al momento de iniciar la operación tuvimos un par de traspíés, primero porque Walter se dio cuenta que el auto que habían tomado prestado sin conocimiento de su dueño, o sea, el que habían recuperado para la operación, había sido ubicado por la policía, por lo que tuve que pasarle el que habíamos tomado nosotros. En segundo lugar, porque mientras los del grupo que tomaríamos la estación estábamos concentrados en un restaurante, uno de los compañeros se nos echó para atrás.

—No, mira, yo no voy a ir a que nos maten, está lleno de militares ahí y nos van a matar a todos —dijo de pronto y antes que pudiera contestarle agregó— hace tres días que operamos y ahora otra vez, no, weón, tú estai loco.

—Está bien —le dije tranquilo —, no vas, pero aquí te quedas preso hasta que termine el operativo —y dirigiéndome a otro compañero agregó— te quedas con él y si se mueve le das un balazo al weón.

Contaba con dos combatientes menos, pero entonces, sin que yo se lo pidiera, Fernando Larenas, nuestro jefe, decidió apoyarnos: «Yo voy contigo, cómo vas a ir sólo con tres combatientes, a menos que sí estés loco, weón».

En ese momento nos llegó a través de un compañero el aviso de Walter que ya había tomado la antena. Por cierto que entonces nuestra forma de comunicación era bastante engorrosa, no existían los celulares ni teníamos suficientes radios de comunicación, por lo que Walter avisó a una casa cercana a la antena, de donde llamaron a otra casa cercana a donde estábamos nosotros, quienes a su vez fueron a informarnos.

Llegamos a la radio ya siendo de noche, la Negra tocó el timbre y llorando pidió que la dejaran entrar, ya que, dijo: «Se me perdió mi hijo y necesito sacar un anuncio de utilidad pública, por favor». En cuanto le abrieron nos metimos los cuatro, nos tapamos las caras subiéndonos los suéteres arriba de la nariz y nos distribuimos por todo el lugar. De nuevo, lo primero que noté es que el explorador nos había mentido otra vez, nos informó que había diez oficinas y eran muchas más, incluyendo un salón comedor enorme, como de 100 metros cuadrados, lleno de mesas y sillas. Por cierto que de ello tomé nota mental, para sancionarlo y no volver a utilizarlo, pero luego, no sé por qué, estúpidamente lo dejé pasar.

Como en France Presse, lo primero que hicimos fue juntar a todos los empleados en un mismo lugar y desconectar los teléfonos. Fueron como veinticinco personas las que concentramos en el comedor y que se portaron muy bien, por lo que no hubo ningún incidente.

—¿Quién es el operador? —pregunté una vez concentrados.

—Soy yo —dijo uno levantando la mano tímidamente.

—Ven conmigo —le ordené.

Mientras que Fernando Larenas se quedaba a cargo de la gente en el comedor y les echaba un discurso, me llevé al operador a la cabina de transmisión y le dije: «Pon este casete en la radio». Mientras él colocaba la cinta yo encendí el pequeño radio AM/FM que llevaba para checar que efectivamente estuviera saliendo la señal. Me acuerdo que lo primero que venía en la grabación era una canción de Camilo Sesto, que estaba muy de moda, luego seguía el himno nacional y después el comunicado. Al empezar la canción, le dije al operador: «Está bien, párate y vamos al comedor».

Los dejamos a todos juntos en el comedor y en la puerta, que era de cristal, pusimos, como siempre, una caja simulando una bomba. Cuando íbamos saliendo ya estaba escuchándose el himno nacional, pero también se empezó a sentir el aullar de sirenas, apresuramos el paso, pero yo iba tan feliz que no apagué el radio y ya casi por pasar frente a los militares afuera de la entrada al Metro, Rolando me avisó.

—Jefe, la radio —me dijo en voz baja.

—Sí, aquí la tengo —respondí mostrándosela.

—Sí, pero va prendida, weón —me respondió señalando con la cara a los milicos.

En ese momento estaba terminando el himno y empezando el comunicado: « ¡Al pueblo de Chile, al pueblo de Chile!...» hasta entonces apagué la radio, pero por fortuna los milicos no se dieron cuenta. Crucé miradas con Rubén, quien estaba atento al accionar de los milicos, indicando que él y su gente debían retirarse. Llegamos a la esquina, doblamos y vi que a nuestro auto se lo estaba llevando una grúa de la policía. Lucho, que era nuestro chofer, no se había enterado, estaba esperándonos recargado en la esquina y vigilando la entrada de la radio. Corrimos hacia la grúa y empistolamos al funcionario ordenándole que soltara el auto; las sirenas se oían ya muy cerca, es más, en nuestras cabezas se oían como si ya estuvieran ahí. El tipo de la grúa ni replicó, lo bajó y de inmediato nos arrancamos. A menos de una cuadra nos cruzamos con varias patrullas, pero ni nos voltearon a ver. Fue tan simpático que poco después se publicó una caricatura en la que aparecía una tanqueta con unos gorilas arriba, que llevaban cables de electricidad y tremendas metralletas, pasando a un lado de una pequeñita y vieja citroneta, en la cual estamos metidos nosotros y uno de los nuestros le está dando vuelta a la manivela que tenía al frente para encender el auto. En verdad que me morí de la risa cuando la vi, pues reflejaba muy bien lo que nos pasó ese día y ridiculizaba sin clemencia el poderío militar de la dictadura. La única diferencia fue que no le tuvimos que dar vuelta a la manivela de arranque sino a la de la grúa para bajar el auto.

Bueno, de cualquier manera, en esa estación de radio dieron las 12 de la noche y su director seguía hablando de la toma, incluso el operador de la radio fue entrevistado y dijo: «Eran puros profesio-

nales, se notaban individuos preparados que sabían lo que hacían, nunca se pusieron nerviosos, estuvieron muy tranquilos y hasta discurso nos lanzaron. En una de éstas, como yo me estaba comiendo un sándwich, el individuo que me llevó a poner el casete hasta me pidió un pedazo y se lo di». Obviamente la pregunta que quedó en el aire fue: «¿Esos son los terroristas?». Además, durante varios días en la televisión, en la radio y en todos los medios de prensa salió que el Frente había tomado la radio más grande del país y que millones escucharon el comunicado. Creo que fue ahí cuando se rompió definitivamente el silencio oficial respecto a nuestra existencia armada y le gustara o no a la dictadura tenían que contar con la existencia del Frente Patriótico. Como te podrás imaginar nosotros estábamos agrandadísimos y nos subió muchísimo la moral, ya que luego del golpe que nos habían dado matando a los compas que fueron las primeras bajas del Frente, estábamos bastante abatidos.

* * * * *

Eran tiempos muy difíciles, la crisis económica se dejaba ya sentir, sobre todo en la gente pobre que estaba pasando mucha hambre y había una gran agitación política. Por ello decidimos secuestrar camiones de pollo y de leche e irlos a entregar en los barrios más marginales, principalmente en los campamentos de pobladores, resultado de tomas de terrenos y en donde miles de persona vivían en casas de cartón, mejor conocidas en Chile como poblaciones callampas. Por ejemplo, un día tomamos dos camiones de repletos de leche, quesos y yogurt. Uno lo mandamos con varios compas al campamento popular Los Copihues, mientras que el otro me lo llevé a una emblemática, combativa y marginada población de Santiago, llamada La Legua. Imposible olvidar que sus habitantes, sobre todo los jóvenes, el 11 de septiembre de 1973 habían combatido ferozmente contra el golpe militar y habían logrado, incluso, rechazar a carabineros y militares durante todo el día, por lo que cinco días después fueron objeto de una auténtica invasión militar, cuando con velos rasantes, infantería, tanques y helicópteros el ejército ocupó La Legua, allanando y destruyendo sus casas, asesinando y llevándose decenas de personas detenidas.

Para esa acción me llevé a algunos novatos y de los más jóvenes para que se fueran fogueando, porque el ánimo se templea mejor de esa manera, empezando a calentarlo de a poquito. El camión lo tomamos con todo y chofer, quien, cuando supo de lo que se trataba, se puso muy contento, se mantuvo muy tranquilo y cooperó entusiastamente en todo momento. En total me llevé a seis compas, cuatro iban conmigo en el tráiler y los demás iban siguiéndonos en un taxi robado. Cuando llegamos a La Legua atravesamos el camión en un cruce de calles, distribuí a tres de los compas alrededor para vigilar la posible llegada de la policía y a los dos más jovencitos los mandé a tocar en todas las casas de unas tres calles, para que avisaran que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez traía un camión con alimentos para ser repartidos entre los pobladores. ¡Chucha!, como en dos minutos llegaron unas mil personas, ¡venían los abuelos, los padres, los hijos, los nietos y los tataranietos! La gente gritaba feliz y por primera vez escuché una cosa que me llamó mucho la atención, porque nosotros no teníamos ningún grito o consigna de batalla, pero de repente, un muchacho de ahí, en medio de la bajada de los alimentos y la repartidera que ellos mismos hicieron, gritó: «¿Quién en la lucha suma y sigue? ¡Frente Patriótico Manuel Rodríguez!». ¡Putá, casi me pongo a llorar!

Por cierto que a partir de ese momento, nosotros asumimos ése como nuestro grito de guerra. Fue realmente bello. Además ocurrió otra cosa que me dejó completamente atónito, cuando un joven de La Legua se me acercó, me entregó un cuaderno con una cantidad impresionante de nombres y firmas, muchos con número de teléfono, y me dijo que todos ellos querían ingresar al Frente. Luego de lo cual el muchacho me agregó: «Por favor me llaman, quiero ser del Frente». Yo no cabía en mí de la emoción y la sorpresa.

También ocurrió que unos bribones quisieron abusar y llevarse unos diez quesos grandes, de veinte kilos. Me di cuenta porque una señora me dijo: «Oye comandante, aquellos se están pasando de listos». De inmediato les caí y encaré al que parecía el jefe.

—Entrégale uno a la señora, otro a este señor y otro a... —le empecé a decirle.

—No, no, ¿por qué? —me interrumpió con tono agresivo.

—No te hagai el vivo conmigo, weón, deja eso ahí —le ordené

muy serio y en cuanto dejó los quesos que llevaban de más, le pregunté— ¿Ya sacaste tu leche?

—Sí —respondió en tono bajo.

—Bueno, entonces caminando —le ordené.

Serían muy delincuentes pero giles no eran, como me vieron con el fusil AK ni chistaron, además de que se dieron cuenta que se les iban a ir encima los vecinos. Incidente que por cierto me sacudió y me alertó de que ya nos habíamos tardado de más en la operación, porque la gente nos quería agradecer y tocar. Era algo realmente impresionante, pero ya estaba preocupado de que nos fuera a caer la policía, cuando de pronto escuché el grito de: «¡Luna! ¡Luna!» que para nosotros era la clave de peligro. Me acerqué al compa que gritó y éste me dijo: «Ya viene la policía».

Ordené la retirada y justo cuando me subí al taxi robado que teníamos dispuesto para sacarnos del lugar, apareció una patrulla de la policía, pero se quedó parada a unos 50 metros, nomás viendo, mientras nosotros salimos con rumbo a una plaza muy grande, donde está la iglesia de San Cayetano. Ahí, nos encontramos con otra patrulla de los que allá se les llamaba *ratis*⁴⁴, agentes de la policía de investigaciones y quienes hacía apenas unos días habían asesinado a un compa nuestro en Santiago. La patrulla estaba detenida, seguramente reportando y esperando refuerzos y el compa que venía manejando me dijo: «Jefe, yo creo que ya no va a moverse».

Entonces saqué el AK por la ventana, me acomodé y les tiré un rafagazo. Acostumbrados a ser ellos los perseguidores, los agresores y no los agredidos, los ratis reaccionaron como locos, arrancaron en el auto y no doblaron en ninguna de las direcciones que podían hacerlo para salir de nuestra visual y en lugar de eso pasaron a toda velocidad frente a la iglesia de San Cayetano y se montaron sobre la plaza golpeando la patrulla, para, sin frenar, bajarla dando tumbos y meterse luego en una calle a la derecha. Literalmente salieron corriendo como ratones asustados.

—¿Los sigo, jefe? —me preguntó el compa que manejaba.

—No, no te metas en la plaza —le dije.

—¿Qué hago? —me preguntó.

—Ya vámonos, sigue la ruta, dale para acá —le dije indicándole que diera vuelta.

Entonces vimos que los ratis, sin aprender la lección, salían por el otro lado de plaza y se enfilaban hacia nosotros, seguramente pensando que nos intimidarían y saldríamos huyendo, por lo que volví a sacar el fusil y les tiré de nuevo, ahora dos ráfagas, la patrulla hizo un giro extraño y como que voló para luego estrellarse violentamente. Se sacaron la chucha, mientras que nosotros nos retiramos por la ruta planeada y sin más inconvenientes, tranquilos y riéndonos por la sorpresa que se llevaron los ratis y bromeando por el informe que irían a dar.

* * * * *

Unos días después, nuestro comandante José Miguel salió para La Habana y a su regreso nos dijo que había conversado con Fidel y que éste le preguntó: «¿Cómo han hecho tanta cosa?». A lo cual José Miguel le respondió: «Nomás con cojones, comandante» También nos dijo que, por eso, Fidel nos había mandado un regalo. Se trataba de 10 fusiles y 10 subametralladoras inglesas Sterling con dos cargadores cada una. Si bien eran algo apenas simbólico y no significaban nada en términos de modificar el brutalmente desigual combate que desarrollábamos contra las fuerzas armadas de la dictadura, para nosotros eran oro molido en términos militares y de ánimo. En verdad que cuando vi las armas casi tuve un orgasmo, nosotros andábamos con unas jodidas escopetas y los viejos AK con un sólo cargador. Además, como era lógico, la dirección nos asignó la mayoría de las nuevas armas a las fuerzas especiales. Hasta entonces, nosotros habíamos planificado varias acciones para recuperar armamento, sobre todo fusiles, pero la dirección no nos dio luz verde, por lo que sólo habíamos podido conseguir algunas pistolitas desarmando policías. Lo cual, por cierto, lo hacíamos por la libre, es decir sin avisar a la dirección, pero como el jefe de pronto veía más pistolas, nos decía: «Ya les he dicho que ustedes están para otras cosas, no se metan en eso, van caer por esa mierda».

A mí me tocó una subametralladora Sterling 9 mm, igualita a las que usaron los paracaidistas del ejército inglés en las Malvinas, de esas que tienen el cargador curvo y entra de lado y que son muy distinguibles porque cuentan con un sistema de ventilación hecho

de agujeros a lo largo de la cubierta del cañón. Podías tirar 50 tiros y no se te encasquillaba, a diferencia de la P 25, la checoslovaca, con la que lanzabas 5 tiros y se atoraba. En cambio, con éstas podías — como hice para probarla en la montaña —, vaciar el cargador y ni un sólo tiro se encasquillaba. Aunque hay que decir que el hecho que tuviéramos muy poco parque y un sólo cargador, hizo que hi-ciéramos mucha especialización en tiro de precisión y tiro en movi-miento. Nuestra máxima era: «Una bala un enemigo». Sin embargo, si bien nosotros mejoramos un poco en armamento, ésa no era ni de lejos la situación del resto de la organización. Además, durante todos esos días, las protestas sociales fueron constantes y nutridas, tanto estudiantiles, poblacionales, como de trabajadores y en ese contexto nuestra visibilidad significaría también una fuerte respuesta de la dictadura hacia nosotros, por lo que la dirección nacional del Frente, como nos anunció José Miguel, decidió que era necesario ampliar nuestra capacidad de fuego, recuperando armamento y de paso dar un golpe propagandístico fuerte.

Así nos lo hizo saber el jefe del Frente cuando, junto con Fernando Larenas, *Braulio*, nos entregó las armas.

— A nivel nacional estamos muy mal, este armamento es para el destacamento especial, pero con eso vamos a conseguir más armas, además de que haremos una acción de propaganda fuerte, vamos otra vez a ir a picarle los cocos al toro con unas armerías, ¿quieres ir a la operación? — me preguntó José Miguel.

— Claro que quiero, si no me aburro — contesté riendo.

— Pero toma en cuenta que apenas operaste el martes, weón — me respondió.

— Sí, pero estamos listos — dije con entusiasmo —, además, si le pregunto a mi gente seguro me van a decir que sí.

La acción consistía en asaltar simultáneamente tres armerías de las que eran dueños puros oficiales del ejército, quienes regularmente eran cobardes para el combate pero muy buenos para los negocios. Dos de ellas estaban en el centro mismo de Santiago, ¡en el primer círculo de seguridad de la dictadura!, la Italiana y la Real, ubicadas casi una en frente de la otra sobre la calle Arturo Prat, entre Alonso Ovalle y Tarapacá, a dos cuadras de las oficinas de Pinochet en La Moneda. La tercera, la armería Ricci, estaba como a 15 calles de ahí,

apenas afuera del primer círculo de seguridad, pero cerca del edificio Diego Portales, que fue el lugar donde en un principio se instaló la jefatura de la dictadura.

A mí me encargaron que coordinara la toma de la Italiana y la Real, que eran las dos más grandes y estaban juntas, de donde calculábamos que, al menos, nos podíamos llevar unas 30 escopetas de repetición, otro tanto de pistolas para las tropas regulares y algunos cuchillos y sacos de dormir para los campamentos de entrenamiento que hacíamos en la montaña.

Lo conversé con mis compañeros y antes de decidir les dije: «¿Saben qué?, es la primera vez que tengo la absoluta seguridad de que nos vamos a enfrentar a ellos, ya sea en la estadía o en la retirada, sería mucha suerte que no nos enfrentemos». Como a pesar de ello o quizá por ello mismo todos dijeron que le entraban, les dije: «Entonces ¡vamos de compras!».

* * * * *

Nosotros veníamos de una espiral de acciones exitosas y limpias con el ánimo crecido, además de que en verdad mis compas eran unos perros de la guerra, incluyendo a una compañera que recién había entrado, nuestra querida *Negra*, quien venía de la universidad y ya había participado con nosotros en la toma de radio Minería. Ella provenía de una familia con plata, quienes incluso tenían una casa a dos calles de la casa de Pinochet, en la avenida Presidente Errázuriz, hablaba con mucha propiedad, era bonita y usaba ropa de marca y tenis Nike. Lo que contrastaba con el resto del grupo, pues, por ejemplo, yo usaba unos tenis Panda que me compraba mi hermana Rosa a precio de huevo y que tenían la planta tan delgada que era como andar descalzo y por si fuera poco soy chaparro y tengo cara de mapuche.

Por eso mismo, la Negra no la tenía fácil con los demás perros de guerra y también pesaba el hecho que fuera mujer. Recuerdo que en una reunión previa que tuvimos, Rolando le dijo refiriéndose a su condición de mujer: «Con todo respeto, pero no sirves para esto». Entonces paré en seco la conversación y les dije que cada uno de nosotros, fuera hombre o mujer, tenía que probar si servía o no y

que eso era cosa de todos los días. Hablando luego con ella le dije: «Mira, esta guerra nos la impusieron, no la escogimos, yo también era estudiante como tú y preferiría estar en la escuela terminando mi carrera... peleamos con lo que tenemos y con lo que somos, no con lo que nos gustaría tener ni como quisiéramos ser. No justifico nuestro machismo ni nuestro rencor de clase generalizado a cualquier persona, pero tú eres la nueva aquí, esos weones ya hace rato que se la traen, además nosotros somos jodidos y machistas, tú eres de una clase diferente y eres mujer, no te enfrentes ahora con ellos porque vas a salir mal parada, primero demuéstales que puedes y así te los ganas».

Ella me miró como bicho raro y lo que le dije le valió para unos cojones. Con el grupo tuvo al principio muchos problemas, pero de a poco, con su valentía e inteligencia se los fue ganando y luego pasó a colaborar con la dirección donde también anduvo muy bien.

Además de ella, decidí incluir a dos compañeros nuevos y así se lo planteé a Braulio cuando fui a revisar el plan con él.

—Jefe, estoy pensando llevarme a dos compas nuevos —le dije a Braulio.

—Putá, mídele weón —me dijo él—, porque tú mismo me estás diciendo que piensas que te vas a enfrentar sí o sí.

—Eso presiento —respondí—, pero esa gente ha andado bien en las operaciones que ha estado.

—Bueno, decídelo y me dices, pero piénsalo bien, que está pesado, weón —concluyó Braulio.

Uno de ellos era Memím, mejor conocido como la *Termita*, un cabro de 19 años que estaba ávido por participar. Él había estado en lo de los camiones de leche y otros camiones con pollo que también habíamos recuperado y repartido entre los pobladores y me había dicho: «Ya ¿no?, me traen a puro jugar a las bolitas, weón». El otro compa nuevo era Germán, a quien yo le decía Colorado y que me había dicho: «¿Cuándo me toca?, ustedes están haciendo cosas grandes y a nosotros nos mandan a hacer puras mierditas, yo también quiero darles a esos conchaesumadre».

El tercero que invité para esa operación fue a Ignacio Valenzuela Pohorecky, como chofer, porque el compañero que siempre nos ma-

nejaba se enfermó. Ignacio fue el que en la toma de radio Minería se había negado a participar. Entonces tenía 27 años, era subgerente del Banco del Desarrollo y había hecho la carrera de ingeniero comercial, una maestría en la Universidad Complutense y un doctorado en Londres, por lo que, como ya te conté, además hablaba un inglés excelente. El weón era rubio, de ojos azules y vivía en Las Condes, un barrio muy selecto de Santiago. Se había incorporado a la Jota desde muy jovencito y había destacado como dirigente estudiantil en la Universidad de Chile.

Ignacio también fue quien me regaló el primer juego de ropa deportiva de marca que tuve, buzos les decimos en Chile, eran unos Nike y a mí me parecían elegantísimos. Un día llegó y me dijo: «Oye, te tengo un regalo, pero no quiero que te ofendas weón, yo sé que ustedes no tienen dinero y andan en esto todo el día, pero mira, acá en el centro y en el barrio alto anda pura gente con ropa de marca, entonces tú te notas por la ropa, así que te sirve también para pasar desapercibido en estos lugares». Para que no se me notara tanto el código postal, también me regaló unos zapatos tenis de la misma marca y cuando me los puse, ¡puta!, me sentía, como dicen en México, padrote. Cuando el compa que regularmente nos hacía de chofer para las acciones me vio con aquella ropa nueva, me dijo riendo: «Jefe, la mona, aunque se vea de seda, mona se queda».

Por cierto que se hizo costumbre que cuando Ignacio cobraba su salario, me regalaba una camisa o un pantalón y me invitaba a comer. Yo estaba muy agradecido con él y habíamos hecho una buena relación personal, sin embargo, cuando se echó para atrás en la toma de radio Minería, lo sancioné dejándolo fuera del Frente. A diferencia de otros compañeros, una vez sancionado, Ignacio fue con José Miguel y reconoció que se había cagado. Él mismo me contó su conversación con nuestro Jefe.

—Es que perdieron el auto para tomar la antena —le dijo Ignacio a José Miguel— y el Gitano les pasó el nuestro, salió para la acción sin auto y se robó otro en el camino.

—Pero aún así lo hicieron —le dijo José Miguel—, mira, fue hace un mes y todavía se habla de ello.

—Sí, ni hablar, yo me cagué —dijo Ignacio—, pero ese weón está loco.

—Mira, ese loco es el que tiene que decidir tu sanción—le respondió José Miguel—, si el weón decide que regreses al Frente, bien, pero si no te regresas a la Jota.

—No, como que a la Jota —reclamó Ignacio.

—Lo siento mucho pero así será —concluyó José Miguel—, ya que tú dices que el Gitano está loco... nada más que estaba cumpliendo con una orden de la dirección, lo hicieron a pesar de los problemas y salió impecable. Debes entender que locos como ese es lo que necesitamos, pues no tenemos nada y queremos hacerlo todo.

Mientras tanto, la Negra me buscó para hablar de la sanción de Ignacio, ya que ellos eran muy buenos amigos.

—Oye —me dijo—, te quiero pedir un favor, mira, yo entré a esto por Ignacio, sólo te pido que hables con él.

—No —le dije seco—, yo no tengo nada que hablar con ese weón, con los cobardes yo no hablo.

A la siguiente semana la Negra volvió con la misma cantaleta y recibió la misma respuesta de mi parte, pero José Miguel habló también conmigo.

—No seas inflexible, la cagó el weón, sí, pero lo reconoció. Ya habla con él —me dijo José Miguel.

—Pero qué hago con un cobarde, jefe —le dije—, que además dijo que yo quería tirar a los compas a morir, si fuera cierto que yo quiero llevar a la gente al matadero yo no iría, pero no sólo voy con ellos, sino que soy el primero que entra y el último que sale de las acciones.

—No, Gitano, eso no está en discusión, weón —me dijo él—, por eso tú eres su jefe, a mí no me queda ninguna duda que él la cagó, pero ya habla con él y dale oportunidad que se reivindique.

Así, de nuevo con la intermediación de la Negra, fue que conversé un largo rato con Ignacio, quien llegó con una humildad que nunca le había conocido y me dijo:

—Primero que todo me disculpo, soy un comemierda, la cagué entera y me disculpo, nomás te voy a contar una historia, nada más quiero que la escuches... después que hicieron la toma de radio Mi-

nería, caminé como hasta la media noche y cuando regresé a mi auto, escuché la Minería y seguían con la noticia de la toma, ¡puta!, me quise pegar un balazo, no llegué a mi casa, me fui, me tomé unas 15 cervezas y casi una botella de pisco. Acabé dormido en mi carro y llegué como a las doce de la mañana a mi casa. Me sentía muy mal moralmente y tomé la decisión de buscar reincorporarme, decidido a que nunca más me sentiría así.

—Mira, te puedo dar la oportunidad como ayudista —le dije luego de contemplarlo unos segundos en silencio.

—Lo que tú me digas —dijo Ignacio con firmeza.

—Reivindícate y te ganas tu condición de combatiente de nuevo, porque eras un buen combatiente, pero la cagaste con ganas —le dije a manera de despedida.

—Está muy bien, vamos a hacerlo —me dijo sonriendo.

Lo cierto es que con una humildad bárbara, gran eficacia y sin cuestionar nada, nos estuvo resolviendo distintas necesidades de logística, tanto para casas, coches, organizar reuniones, etc. Fue entonces que vino lo de la toma de las armerías del 23 de agosto y como se me enfermó el chofer e Ignacio ya llevaba más de tres semanas haciendo un trabajo muy efectivo lo convoqué. «Oye, tenemos una acción —le dije—, ¿quieres ir de chofer?», y él sin dudarle me dijo: «Manejo como el ajo, pero voy».

Así se reincorporó Ignacio Valenzuela Pohorecky, quien por su constancia, inteligencia, valentía y entrega llegaría a ser miembro de la dirección nacional y comandante del Frente. A partir de entonces recuperamos nuestra amistad y a pesar de las abismales diferencias sociales entre nosotros nos hicimos compadres, desarrollando una relación de mucha confianza y cariño. El weón, divertido, solía decirme: «No aprendiste nada en la universidad, ¿verdad? Eres muy picante, weón, tu pueblo te brota en la sangre».

También recuerdo que en una ocasión, al terminar de hacer condición física en una playa y después de que yo dijera alguna de mis acostumbradas vulgaridades, Ignacio dijo riendo: «Yo creo que cuando triunfemos el Gitano podría llegar a ser Ministro de Interior, porque ni es educación ni es relaciones exteriores, no se le dan ni la cultura ni la diplomacia, nadie más ordinario que

este weón, hasta en San Gregorio y en La Bandera lo consideran demasiado picante».

De última hora también incorporé a un cabro que acababan de enviarme y quien había sido secretario regional de la Jota de los estudiantes de enseñanza media, un aguerrido dirigente estudiantil que hablaba precioso. Fue tanta la impresión que nos causó que recuerdo que el weón de Rolando me dijo: «Jefe, llegó Lenin, aguas que ya perdió el puesto». Y Manuel, divertido decía: «Si fuera mujer, mañana me culeo a ese weón».

Finalmente cité a todos los convocados en una casa que conseguimos para el operativo y al cabro recién llegado lo puse a cuidar la camioneta que acabábamos de recuperar para la operación y que estacionamos a unas tres calles de ahí. Esa sería su colaboración, por ser recién llegado y no haber participado con nosotros en ninguna operación previa, no podía hacerlo participar directamente en una acción que encaraba tanto peligro. Así que a Rolando le dije: «Tú te quedas afuera de la casa y el cabro va a estar dándose vueltas cuidando la camioneta».

En lo que terminaban de llegar los demás convocados me fui a ver a José Miguel y a Braulio para ultimar detalles de la operación y al regresar, a un par de calles antes de llegar a la casa, me encontré a Rolando que venía caminando en mi dirección.

—Jefe —me dijo—, ¿no vio al Lenin? Iba hecho una bala para allá, nomás dejó el humito.

—No, no lo vi, ¿por qué? —respondí.

—Es que los tiras nos agarraron la camioneta —me informó.

—¿Y qué pasó? —pregunté mirando a nuestro alrededor.

—El weón pasó corriendo y sin parar me gritó que habían agarrado la camioneta, el conchaesumadre corre tan bien como habla —me dijo con sorna.

—¿Y por qué no lo agarraste al weón y le diste un par de cachetadas? —le dije molesto.

—No, jefe, yo con maricones no me meto, además creo que batió el record mundial de velocidad —me dijo sonriendo.

—Bueno, el cabro no sabe dónde es la acción, así que tranquilos, vámonos a la casa —le dije.

Ya con todos reunidos, expliqué los detalles finales de la operación así como el papel de cada uno y adelanté mi salida una media hora para tener tiempo de recuperar otro carro. Le dije a Ignacio:

—Tú te vienes conmigo ahorita, vamos por un auto —y mirando a Rolando agregué—. Ustedes con toda la gente me esperan en el restaurante que quedamos en avenida San Diego.

—Pero que no haya otra cagada —dijo el Termita.

—Va a ver auto, de eso no te preocupes, el jefe tiene especialidad en eso —dijo seco Rolando, mientras yo le echaba ojos de pistola al Termita.

Me fui con Ignacio en una micro hasta el barrio Franklin, ahí caminamos unos minutos buscando un auto en buen estado y una oportunidad, hasta que le dije a Ignacio: «Mira ahí hay un carro nuevito».

Se trataba de un taxi Chevrolet Opala del año, así que me acerqué y le pregunté al chofer si nos llevaba a Las Condes.

—Somos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez —le dije no más arrancamos y enseñándole la pistola—, tranquilo que no te vamos a hacer nada, sólo necesitamos tu auto por media hora, pero no te pongas weón con nosotros o te encajo cinco balazos.

—No hay problema, yo les manejo —respondió tranquilo el chofer.

Nos fuimos a un lugar alejado y solitario, bajamos del auto y le dije al chofer: «Te vamos a atar y te vas a quedar ahí tranquilo una hora, ¿me entiendes?». Cuando llegamos al lugar, Ignacio se estacionó y se quedó en el carro. Justo en la esquina de Arturo Prat y Alonso Ovalle estaba nuestro explorador, quien me dijo que estaba todo tranquilo y me fui caminando al restaurante. Al salir me adelanté para decirle a Walter que ya íbamos a entrar, él iría a la Italiana y yo a la Real. Sin embargo antes de llegar donde Walter, me llevé una sorpresa, de pronto me encontré con una noviecita que había tenido en el liceo, quien me vio, me sonrió y caminó hacia mí, así que la saludé y sin dejar de caminar con ella la despaché diciéndole que tenía que entregar con urgencia una cosa, pero que yo la buscaría después. Me regresé y le dije a Walter: «Weón, apura a tu gente porque yo ya me voy a meter, crúzate ya».

En cuanto vi que Walter se cruzaba la calle con los suyos, yo caminé unos diez metros y me metí a la otra armería, mis compañeros

corrieron detrás de mí, Rolando les dijo: «Apúrense weones que el jefe ya entró». La Negra, el Termita y Germán entraron detrás de mí; Rolando y Abel se quedaron afuera para la contención. Eran pasaditas las siete de la noche y estaba oscureciendo.

* * * * *

Adentro de la armería encontré a tres tipos, uno de ellos con el pelo muy corto, tipo militar y sin quitarle la vista saqué las dos pistolas que llevaba y les ordené que se arrodillaran. Al milico le pregunté: «¿Andas armado?» Él negó con la cabeza, pero en cuanto entró el primer compa le dije: «Revísame a ese weón, ¡pero al tiro que seguro anda armado!». Efectivamente, traía una pistola Steyr de dieciocho tiros, un arma que yo no conocía y que es casi como una subametralladora. El milico perdió su pistola y se ganó un cachazo en la cabeza, al tiempo que los compañeros tomaron unas bolsas de dormir y las empezaron a llenar con pistolas y escopetas. En esas estábamos cuando de pronto escuché un quiebre de vidrios y una alarma, entonces Rolando se asomó a la armería y me dijo: «¡Vámonos, vámonos, que ya se fue el Walter!».

Si bien habíamos acordado que al retirarnos romperíamos alguno de los vidrios de las armerías para que sonara la alarma y funcionara como distractor, el loco de Walter no vio nuestro auto y pensó que nosotros ya nos habíamos ido, así que rompió uno de los vidrios de la armería y se fue. Por nuestra parte, al intentar salir nos llevamos tremenda sorpresa, pues nos llovió tremenda balacera y sólo alcancé a distinguir unas sombras de gente armada que disparaban hacia nosotros desde el primer piso de un estacionamiento que estaba en la acera de enfrente, mientras que un par más avanzaban agachados por la banqueta del lado de la armería. En total debieron haber sido cerca de veinte weones que traían fusiles automáticos y se escuchaba tremendo taca-taca.

Cuando alguien te cuenta que en un enfrentamiento, sobre todo en uno en el que te superan en posición, capacidad e iniciativa de fuego, que se acomodó e hizo puntería, miente. Mira, de lo que yo me acuerdo de esa noche es que iba saliendo y empezó la balacera, después me veo tirado en medio de la calle disparando y lo único que sentía era el pin-pin del sonido de las balas rebotando en el piso.

No sé ni cómo llegué ahí, pero es claro que fue una acción refleja, no un movimiento pensado, ni sé cuánto tiempo pasó entre que yo estaba de pie y terminé en el piso, si lo hice de inmediato o me tardé varios segundos. Simplemente no tengo registro de ello. Incluso, no sólo perdí la noción del tiempo sino que también perdí el reloj y sólo cuando más tarde cuando quise ver la hora me di cuenta que ya no lo traía. Actúas con la adrenalina y son el entrenamiento y la experiencia lo que te permiten hacerlo adecuadamente, pues al tirarme al suelo reducía el blanco que yo representaba y podía repeler el ataque para permitir que mis compañeros salieran de la armería. Lo que sí me quedó claramente registrado es que al salir ya estaba bastante oscuro y que si bien vi algunos bultos moverse arriba y abajo, en la calle, como a unos quince metros y avanzando hacia nosotros, vi a uno agachado y a otro de pie en la banqueta. Lo que vi con mayor claridad fueron los fogonazos de sus disparos y disparé en esa dirección, pero no tomando puntería ni un carajo, al bulto, o mejor dicho en este caso, hacia la luz de sus disparos.

A pesar de estar en ventaja de número, posición y capacidad de fuego, me queda claro que ellos disparaban cagonamente, ya que en cuanto les tiré dejaron de hacer puntería, yo era un blanco bastante fácil y me debieron haber cocido a balazos. Sin embargo, sus tiros, los escuchaba rebotar en el suelo, lo que por cierto no es un sonido agradable, salvo que asumas que los oyes porque aún estás vivo. Entonces, para nuestra, fortuna vino un autobús, que, para cuando el chofer se dio cuenta de lo que estaba pasando, ya estaba dentro de la calle y se paró de golpe, quedando completamente atravesado. Yo ya había vaciado los tiros de mis dos pistolas, así que saqué una de las dos granadas que traía y la aventé hacia los que nos estaban tirando desde la banqueta y empuñando la Steyr que le quitamos al milico, les grité a mis compas: « ¡Crucen ahora, al auto, al auto!», al tiempo que yo me corría hacia la parte trasera de nuestro carro. Al tronar la granada, los chanchos se cubrieron y dejaron de tirar por unos segundos, lo que mis compas aprovecharon para cruzar la calle hacia donde estaba Ignacio, quien nos había aguantado realmente estoico y había abierto las puertas y el maletero, donde metió los bultos que los compas habían sacado de la armería, para luego ponerse al volante listo para arrancar y gritando: «¡Súbanse ya! ¡Vámonos!».

Al meterse al auto, Rolando dijo: «Estoy herido» y la Negra se quedó paralizada fuera del carro gritando: «¡Estoy herida, estoy herida! ¡Me voy a morir, me voy a morir!...».

Yo los estaba cubriendo desde la parte de atrás, por lo que no me podía subir hasta que los demás estuvieran adentro, así que tiré la segunda granada y corriendo hacia la puerta delantera le grité a la Negra: «¡Súbete ya, conchaetumadre!». Ella reaccionó y a pesar que traía dos tiros, uno en una pierna y otro en una nalga, se subió antes que yo.

Como pasa generalmente, ella no se había dado cuenta de que la habían herido hasta que sintió el calor y la humedad de la sangre escurriendo por su pierna. Normalmente, a lo más, sientes como un tablazo y que no puedes mover el brazo o la pierna, como que sientes frío y se te acalambra. Sin embargo ella logró subirse mientras yo echaba el último tiro que me quedaba y me subía también. Adelante íbamos Ignacio, al volante, la Negra en medio y yo en la ventana. Atrás iban Rolando, Abel, la Termita y Germán. Ignacio arrancó al tiempo que yo agarré la única subametralladora que llevábamos y empecé a tirar ráfagas hacia atrás. Me acabé el cargador antes de cruzar la calle de Tarapacá y lo cambié mientras aún seguíamos por Arturo Prat, fue hasta la segunda calle que pudimos doblar a la izquierda y nos seguimos en una especie de zigzag, es decir una a la izquierda y una a la derecha, haciendo un recorrido en diagonal que nos alejaba del lugar del enfrentamiento e impedía que el enemigo —que actuaba cerrando en cuadrantes— pudiera bloquearnos. Fue en ese momento que la Negra perdió el control y empezó a gritar: «¡Me voy a morir!». Ignacio, que tenía que estar muy atento con la conducción del carro, le gritó: « ¡Cállate Negra, que así no puedo!». Como ella siguió igual, Ignacio se dirigió a mí:

—Jefe, por qué no le pega un balazo a la conchaesumadre, para que se calle.

—Quédate callada o te pego un balazo —le dije a la Negra cerca del oído y sin alzar la voz.

—No seai así conmigo, que me estoy desangrado —me respondió ella con voz de llanto.

—Por eso necesito sacarte de aquí —le respondí enfático—, quédate callada, mira el lío que tenemos y con tus gritos nos vas a delatar.

No sólo nos podía delatar, sino que no me permitía pensar, justo cuando tenía que ser más frío para poder sacar a mi grupo lo mejor posible del problema. Si ya traes dos heridos y tienes más problemas, vas a tener muertos y mi responsabilidad, como jefe del grupo, era evitarlo a toda costa. Después de la segunda doblada y en lo que llamábamos bajada en goteo, dejamos primero a Germán, en la siguiente vuelta a la Termita y luego a Abel, donde aprovechamos para pasar a la Negra junto a Rolando en el asiento de atrás. Al llegar al punto de reunión para la entrega de las armas recuperadas, ya fuera del cerco policiaco, nos bajamos e Ignacio me señaló el carro y me dijo: «¡Mira cómo quedó el auto!».

Me di cuenta que parecía un colador de tantos tiros que recibió y además ya no traía gomas. Ignacio lo había manejado prácticamente sobre los rines.

—Oye weón —le dije al compa que nos esperaba para recibir el armamento mientras él miraba incrédulo el auto—, te entrego el armamento, pero también tengo dos heridos.

—Sí escuché por radio que hubo enfrentamientos, ¿cuántos muertos? —preguntó el compa.

—No, tranquilo —le dije —, no están muertos, nada más tengo dos compañeros heridos, uno en la pierna y otra en una nalga y en una rodilla.

—No te preocupes que yo me los llevo —respondió mientras se asomaba dentro del auto.

Intenté abrir el maletero para sacar los sacos de dormir llenos de armas, pero nos costó un huevo y la mitad del otro, con los balazos se había atascado y fue hasta entonces que me di cuenta que eran seis bultos y que estaban bastante pesados. En la locura de la salida no supe cuántos sacos eran, ni tampoco de lo que significó en esfuerzo y valor de mis compas cruzar la calle con ellos a cuestras ¡en medio de tremenda balacera y cargando dos sacos cada uno! Lo cierto es que uno no se da cuenta del esfuerzo que puedes hacer gracias a la adrenalina, sólo lo haces, pero después, cuando se está fuera de peligro y no puedes cargar lo que habías cargado durante la operación, es que te preguntas «¿cómo es que lo hicimos?».

Pasamos al otro vehículo a Rolando y a la Negra y me quedé con una pistola para Ignacio y con la subametralladora para mí. «¿Qué

vamos a hacer, jefe?» Me preguntó Ignacio mientras ellos partían. «Mira, caminemos dos calles y ahí tomamos el micro», le dije empezando a andar.

Ya en el autobús, mientras escuchábamos por el radio que hablaban de «violentos enfrentamientos entre extremistas y las fuerzas del orden», me empezó a molestar una mano y al mirarla me di cuenta que traía las dos llenas de sangre. Las oculté dentro de las bolsas de la chaqueta y cerré los ojos intentando hacerme consciente de cada parte de mi cuerpo para saber si estaba herido, pero no logré ningún resultado. Entonces le dije a Ignacio: «Bajémonos weón, que tengo ganas de echarme un vino».

Ya en la banqueta, Ignacio empezó a temblar, la energía generada por la adrenalina buscaba por donde descargarse y él, asombrado, me mostró sus manos que parecían sacudirse sin control.

—Tranquilo, weón —le dije—, es normal, es tu cuerpo que no se ha enterado que ya pasó el peligro.

—Bueno, tomemos esa botella de vino que quieres —me dijo.

—No creas que quiero mucho el trago de vino —le dije—, es que tengo las manos llenas de sangre y no sé de dónde es, si es de la Negra, de Rolando o voy herido.

Como estaba muy oscuro, ya que pasaban de las 8:30 de la noche, me acerqué a un poste de luz y para mi tranquilidad vi uno de mis dedos abierto en canal y sangrando, seguramente producto de una bala que me pasó rosando. Caminamos hasta un restaurante y antes de entrar Ignacio me dijo: «Lávate bien con agua y jabón, el jabón que sea, entre más malo mejor». Yo me dirigí directo al baño y me lavé bien. Cuando llegué a la mesa ya estaba el vino servido y en una televisión estaban dando las noticias. Informaba de violentos enfrentamientos con extremistas, pero en la Panamericana Sur. De inmediato pensé: «Agarraron a Walter».

—Sabes qué, vámonos —le dije a Ignacio.

—Nomás déjame tomar un dedito —me dijo señalando su vaso de vino.

—¡Por la conchaetumadre, vámonos! —le dije.

—Tómate tu vinito con calma, que estamos tranquilos —replicó él.

—No, no, qué tranquilos, weón, vámonos —le dije mientras me levantaba.

Ignacio se tomó de un par de tragos el vino de él y el mío y nos fuimos a montar en otro micro.

—Bájate aquí —le indiqué unas calles adelante —, yo me voy a seguir un poco más.

—Está bien —me dijo—, pero mira, si no tienes médico yo tengo uno, háblame y lo arreglo.

Unas tres calles después me bajé, tomé un taxi y me fui a ver a José Miguel, quien estaba recibiendo información constante y dando instrucciones urgentes. Ahí me enteré que Walter, contrario a lo planeado y a lo que explícitamente yo le había dicho, se retiró prácticamente en línea recta hacia la Panamericana por Avenida Matta y justo antes de entrar a ésta los cazaron. Les pusieron un bloqueo con policías uniformados y de la CNI y los agarraron de tiro al blanco, lograron avanzar unas calles hacia el sur y tuvieron que bajar del auto. Nos mataron a dos excelentes compañeros, al *Negro* Roberto González y a Julio Oliva, y nos hirieron a dos más, el único que milagrosamente salió ileso fue Walter.

Cuando llegó Braulio, yo muy alterado le estaba diciendo a José Miguel que teníamos que ir a ayudarlos.

—En eso estoy, weón, serénate —me dijo.

—¡Cómo quieres que me serene, esos conchaesumadre van a matar a todos! —respondí.

—Sí, lo sé muy bien, weón —insistió él—, ya te dije que estoy en eso. Quédate quieto que no tenemos más armas disponibles aquí y es poco lo que podemos hacer desde fuera.

—¿Por qué mierda no me hizo caso el weón de Walter de salir en diagonal, cortando en zigzag para evitar que los cercaran? —dije.

—No lo sé, pero tú le dijiste que su salida estaba mal diseñada, ahora tú ya no puedes hacer nada, weón, tú ya saliste, ya cumpliste, ahora vete a tu casa y déjame trabajar para tratar de ayudar a los compas.

La reacción de los compañeros emboscados fue extraordinaria, a pesar de la lluvia de balas que recibieron, con unos huevos que no te caben en mano repelieron el ataque y los tres sobrevivientes pudieron escapar. Imagínate, a Jorge Martín, que iba de chofer, le metieron dos tiros y le dejaron los brazos hechos mierda y a Ricardo Hermosilla, alias el *Oso* y quien a partir de ese día pasó a ser el *Gato*

por sus siete vidas, le metieron siete balazos, cinco en el abdomen y uno en cada brazo, ¡y en esas condiciones repelió el ataque dando tiempo a sus compañeros de salir y luego todavía caminó varias cuadras, logrando escapar de sus perseguidores!

Platicando tiempo después con ellos, llegamos a la conclusión de que no se trataba de un asunto de valentía, sino de que en esos momentos no te queda otra. El pasaporte para tu vida es un arma y no te puedes rendir, porque si te agarran, antes de matarte te van a hacer carne molida. Como nos habíamos dicho cuando empezamos, con un clavel no paras un fusil, pero aprendimos en el camino que no te podías rendir, pues esos hijos de puta cobardes no respetaban nada. Se ensañaban hasta con los muertos, los agarraban a patadas, los escupían, los meaban y los exhibían como trofeos de guerra, pero si te agarraban vivo te iba peor, además que ibas a terminar igual, tenías que padecer los sádicos tormentos a que te sometían. Aquel día, a nuestro compañero Julio Oliva, mal herido, indefenso y tirado en el piso, le metieron diez balazos más.

* * * * *

La reacción política de la dictadura, como ya era una constante, consistió en mentir y minimizar los hechos. Esa misma noche informaron que no hubo enfrentamientos, sino que la policía había detectado un intento de robo a unas armerías y habían llegado a tiempo para evitarlos.

Para nosotros, creo que ese día significó un nuevo punto de inflexión en nuestro accionar armado. Primero, porque la acción simultánea dentro del primer círculo de seguridad de la dictadura, mostró una capacidad operativa y militar que no se había dado antes, así como ratificó lo que sería el sello del Frente, la audacia. No sólo éramos capaces de entrar furtivamente a una estación de radio y salir airosos, sino que éramos capaces de asaltar en sus narices tres armerías y más aún, responderles de tú a tú a una fuerza muy superior a la nuestra. Los tiros ya no nada más venían sino que también iban y eso impactó muy fuertemente a la opinión pública. En segundo lugar, para nosotros fue también muy importante porque se trató del primer enfrentamiento abierto

que tuvimos. Fue nuestro primer combate, antes fueron ataques relámpago sin respuesta y sigo convencido de lo que ese día les dije a mis compañeros: «Nos pusimos los pantalones largos y dejamos los calzones meados».

Si bien pagamos un alto precio con la vida de dos valerosos compañeros, los demás salieron airosos y de paso nos llevamos como 50 armas entre rifles, revólveres y pistolas, así como varias bolsas de dormir, cocinetas portátiles, cuchillos de monte, navajas, etcétera. La frustración de la dictadura fue enorme, porque como lo sospechamos y luego se comprobó, nos habían delatado, así que a pesar de estarnos esperando no pudieron impedir la operación ni detener, en ese momento, a ningún compañero. Hago esta precisión, ya que tuvimos que entregar al Oso, quien estaba muy grave y se nos iba morir en las manos. Se decidió que lo mejor era entregarlo a los curas. Ricardo Hermosilla se opuso, pero sabiendo que en su condición ponía en peligro a más compañeros, muy valientemente dijo: «Péguenme un balazo y me tiran en algún lado, no quiero que por mí los jodan a ustedes ni caer en las manos de esos hijos de puta». Lo convencimos de lo contrario con el argumento de que los curas y otras organizaciones de derechos humanos le darían visibilidad y estarían pendientes de su situación, por lo que sería más difícil que lo maltrataran mucho, pero sobre todo, que hacíamos el compromiso que tarde o temprano lo sacaríamos de la prisión. Lo cual, por cierto, le cumplimos, luego de seis años de cárcel.

Entonces me había llamado la atención que las fuerzas armadas de la dictadura hubieran reaccionado tan rápido, fue casi simultáneo que sonó la alarma y empezaron los tiros, pero lo que más me intrigó fue que al día siguiente salió en los periódicos nuestra descripción. Pensé que era muy difícil que la hubieran obtenido por quienes fueron testigos del asalto, aun cuando a las armerías entramos sin taparnos la cara, porque cuando alguien tiene una pistola frente a sus ojos no te ve a la cara y no reconoce ni a su abuelita. Estaba convencido de que la sorpresa y el miedo le impiden ver con el detalle que requiere una descripción como la que salió en los periódicos. Mis sospechas se dirigieron hacia nuestro explorador, a quien no le tenía confianza, ya que en las tomas de France Presse

y de UPI me di cuenta que no exploraba y que nos mentía, pero no le di más bola. Sin embargo, Luís Iván Quintana, quien entonces fuera nuestro explorador, tiempo después y ya en la cárcel, reconoció que tres meses antes del asalto a las armerías, al regresar de un curso en Cuba, fue detenido por la CNI y que cada cierto tiempo lo agarraban, lo apretaban y él entregaba alguna información. La verdad es que hasta entonces yo pensé que era un cagón, pero no que fuera, como resultó, un delator.

Por cierto que la misma noche del asalto, allá por el paradero 39 de Gran Avenida, a un muchacho que no tenía nada que ver con nosotros y que andaba borracho, lo mataron nomás porque llevaba una chaqueta de cuero café oscuro, igual a la mía. Mi hermana Juana, al escuchar las noticias, pensó que me habían matado, mientras que yo andaba cagado y no me separaba de mi metralleta ni para dormir. Así las cosas, como tres días después y esperando el micro cerca de mi casa, sentí que un carro frenaba de golpe detrás de mí y estaba por sacar la metralleta cuando escuché la voz de mi hermana.

—¡Sube, sube! —me dijo y en cuanto me metí al carro me preguntó—¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperando el micro, po —respondí.

Ella me puso cara de crees que soy idiota y continuó con su interrogatorio.

—¿Y qué pasó el otro día?

—Nos mataron a dos compañeros —le dije.

—¿Y tú estabas ahí? —preguntó.

—No, no, fueron otros —le dije sin mirarla.

—¿Y qué te pasó en la mano? —insistió señalándome el vendaje que llevaba.

—Nada, es que me caí haciendo mis ejercicios —respondí moviendo la mano vendada.

—¡Ya!, conmigo no te hagas el leso⁴⁵ —explotó mi hermana —, mira, aquí tienes este dinero. ¿Ya fuiste al médico?

—Sí, ya fui —mentí para tranquilizarla.

—Bueno, pero acuérdate que nosotros tenemos un amigo, un gran amigo que es un muy buen médico, entonces cualquier cosa, si se te infecta o lo que sea, me dices.

—Sí, gracias, aquí déjame — le dije despidiéndome para bajarme de su auto, agradecido por su preocupación y por el dinero que entre ella y mi cuñado me dieron.

* * * * *

A inicios de septiembre de 1984, el Movimiento Democrático Popular (MDP) realizó una nueva jornada de protesta nacional los días 4 y 5, a la cual la dictadura respondió con dureza. En la población La Victoria atacó a los pobladores ametrallándolos y una de esas balas impactó en la cabeza y mató al sacerdote André Jarlan, un hombre muy dedicado a su comunidad y muy querido por los pobladores, quienes, desafiando a la dictadura y en respuesta, realizaron un multitudinario sepelio de su sacerdote.

También atacaron otras poblaciones con comandos paramilitares vestidos de civil, es decir con escuadrones de la muerte y en vehículos con las patentes⁴⁶ cubiertas, al tiempo que en la Plaza de Armas de Santiago fuerzas especiales de Carabineros reprimieron a los manifestantes con redoblada violencia y recurriendo al uso de perros entrenados para atacar. Al terminar las 48 horas de protesta, la dictadura había asesinado a ocho civiles. Además, exhibiéndolos aún más ante el mundo, tomaron la ridícula medida de prohibir la publicación de fotografías y caricaturas en las revistas de oposición y un mes después, el 6 de octubre, en el Sur de Chile, en Punta Arenas, un atentado explosivo en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima puso en evidencia el vínculo directo entre los escuadrones de la muerte y la dictadura, una bomba le explotó en las manos al autor del atentado, matándolo en el acto. Se trataba de un teniente del ejército Patricio Contreras Martínez, quien antes de morir había dejado unos impresos que decían: «En nuestra Iglesia queremos religión y no políticos con disfraz de cura... Acción Chilena Anticomunista (ACHA)».

* * * * *

A principios de septiembre el jefe del Frente nos dijo: «Ustedes llevan 40 operaciones en 3 meses y es necesario que tomen unos días de descanso, nos vemos el día 20 y platicamos de lo que sigue». No

sólo nos dio descanso, sino que también nos dio algo de plata para hacerlo. Por ello nuestro grupo no participó en las protestas ni las acciones por el aniversario del Golpe Militar, pero recuerdo que yo me fui al campo, a casa de un tío en el sur de Chile, en un lugar muy hermoso y desconectado del mundo, donde pude dormir y relajarme como hacía muchos meses que no lo hacía y que efectivamente necesitaba. Al regresar me reuní de inmediato con el jefe.

—Mira, estamos creciendo mucho y no tenemos armas suficientes — me dijo José Miguel —, nos dieron un dato de un taller de arreglo de armas del ejército, que es de la FAMA⁴⁷, está por el Paradero 20 de Gran Avenida y tienen por lo menos unas cien armas entre pistolas y subametralladoras. Quiero que tomes el lugar y recuperes esas armas.

—Muy bien, quedamos como nuevos, así que estamos listos — le dije con entusiasmo.

—Bueno — me dijo —, lo que sabemos es que hay entre cinco y ocho militares con un capitán a cargo, pero chécalo.

Hice una exploración del lugar y pude constatar que tenía tres rejas de protección, lo que hacía difícil y peligroso ocuparla desde fuera, por lo que decidí que había que tomársela desde adentro, es decir acceder al lugar con alguna leyenda y sorprenderlos estando ya adentro. Nos fuimos cinco días a acampar a un lugar en la costa, cerca de Talca, donde hicimos condición física en la playa y prácticas de tiro en un acantilado. Ese tipo de salidas las hacíamos con cierta regularidad, pero ahora era aún más importante, ya que nos llegó un nuevo compañero y había que darle instrucción general. El compa, que resultó ser muy religioso, muy católico, de inmediato se ganó el apodo de el *Cristiano*, pero no porque él fuera el único que creyera en Dios en el grupo, sino porque ante nuestro azoro, todos los días el weón se hincaba y se ponía ahí a rezar.

Al regreso a Santiago y ya con muchas ganas de accionar, decidimos que para poder entrar al taller de armas del ejército, lo mejor sería inscribirse como encuestador, pues en ese momento en Chile había una diarrea de censos y nos proporcionaría una coartada impecable. Para ello, con una identidad falsa, gracias a los documentos elaborados por un equipo especial del Frente, me registré como encuestador en la municipalidad de La Cisterna. Decidimos

también que el asalto lo haríamos con siete compañeros, tres para la contención externa y cuatro que entraríamos al taller de la FAMAE. Así, el primer jueves de octubre y a plena luz del día, como a las 2 de la tarde, me presenté muy bonito, de saco y corbata, le mostré mi identificación de la municipalidad al soldado que estaba de guardia en la puerta y le dije que tenía que entrevistar a quienes trabajaban ahí, que era algo bastante rápido y sólo les quitaría unos minutos. Sin mayor trámite, el soldado me abrió la primera puerta y me hizo pasar, luego hizo lo mismo en la segunda y la tercera. Justo cuando abrió la última lo sujeté, le metí la pistola en las costillas y lo obligué a regresar y abrir las otras. El soldado se sorprendió mucho, pero hizo exactamente lo que ordené y mis compañeros entraron como perros hambrientos, sometiendo rapidito y sin problema a ocho sorprendidos militares, tres de los cuales se suponía estaban de guardia y el resto estaba trabajando en unos turnos. Los encerramos a todos en una pieza de descanso que contaba con un baño y metimos la camioneta que nos habíamos inteligenciado para el operativo, una furgoneta grande, cerrada y sin vidrios.

Al revisar el lugar nos encontramos con una agradable sorpresa, pues esperábamos llevarnos unas cien pistolas y una docena de subametralladoras, pero además encontramos siete ametralladoras y lo que fue la joya de la corona: dieciséis fusiles FAL nuevecitos, incluso dos de ellos con mira telescópica. Además nos hicimos de unos tornos pequeñitos, muy prácticos para poner un taller de armas del Frente. Una media hora después que entramos, ¡es una eternidad para cualquier operación!, les informé a los soldados que habíamos colocado bombas en las ventanas y en la puerta del cuarto donde los encerramos y les dije: «Les recomendamos que no salgan, pero como quieran ustedes».

Amarramos las cajitas falsas de siempre en la puerta, colocamos un par de banderas del Frente en las rejas y nos fuimos en la camioneta, que iba tan aplastada que casi no se le veían las llantas.

—Oye, el furgón va muy sentado, weón —me dijo al salir el compa que manejaba.

—Ándate tranquilo, dale despacio nomás —le respondí.

Llegamos al lugar acordado para la entrega, donde se encontraba un compa de logística que llevaba una carreta de esas empujadas a

mano y en las que se recogían en las casas fierros viejos y vidrios y que, con mucho ingenio, la habían arreglado con un doble fondo.

—¿Cuántas carretas trajiste? —le pregunté.

—Sólo ésta ¿por qué? —me dijo.

—Chucha, entonces tenemos un problema, mira como viene la camioneta —le dije—, si te cargamos lo que traemos no la vas a poder ni mover.

—¡Chucha, madre! —exclamó el compa al ver todo lo que llevábamos—, ¡se trajeron el taller entero!

—No, pero casi —le dije sonriendo.

—¿Y ahora qué mierda hago? —me preguntó desconcertado.

—No te hagas problema —respondí—, echa ahí lo que puedas y dime dónde te llevo lo demás.

* * * * *

En aquel octubre de 1984, la represión de la dictadura arreció multiplicando las detenciones y tan sólo en un par de semanas encarcelaron a unas cuatrocientas personas. Aún así, el 30 de octubre se realizó el paro nacional convocado por el Comando Nacional de Trabajadores (CNT), el primero en su tipo bajo la dictadura militar y al término del cual al menos nueve personas fueron asesinadas y varias decenas resultaron heridas a manos de fuerzas policiales. Además, en la primera semana de noviembre, la dictadura decretó el Estado de Sitio, prohibiendo las informaciones de carácter político, al tiempo que clausuró seis revistas opositoras.

También ese octubre nosotros recibimos un duro golpe, cuando los cobardes de la CNI nos balearon a Fernando Larenas, el irredento Braulio, uno de los jefes más importantes del Frente. Lo agarraron solo, en la calle y le pegaron un tiro que le voló medio cráneo ¡puta que lo cagaron!, pero como tenía destrozada la cabeza los de la CNI lo dieron por muerto. Cuando los médicos de la emergencia llegaron, se dieron cuenta que aún vivía y se lo llevaron, salvándole la vida. Nuestro valeroso Braulio, aún cuando quedó con graves secuelas, ahora vive en Suecia, producto de que unos meses después que fue atacado, en junio de 1985, un comando del Frente lo rescató de la clínica donde estaba internado y un par de semanas más tarde

fue sacado del país. Fernando Larenas era mi jefe y mi amigo, además siempre fue uno de los compañeros a quien yo más admiré y respeté del Frente, uno de los más valiosos por su gran habilidad, astucia e inteligencia, pero, sobre todo, por lo asombrosamente valiente que era el weón. Fue una baja muy importante para nosotros, además de que para entonces, como resultado de la creciente compartimentación interna, él era nuestro contacto con la jefatura del Frente y nos quedamos temporalmente aislados. Sin embargo, unos días después José Miguel me ubicó a través de mi hermana, yo no lo sabía, pero su casa la utilizaba mucho la dirección nacional para hacer reuniones. Estaba en La Florida, en un barrio de clase media baja, digamos que de profesionales y ahí me convocó mi hermana. Cuando llegué, antes de entrar me dijo: «Es que el jefe quiere hablar contigo, está aquí».

José Miguel me comunicó lo que fue una realidad días después: en respuesta al ataque a Fernando Larenas, el Frente iba a atacar un cuartel de policía, el cual se realizó exitosamente pegándole un bazucazo y un par de rafagazos de metralla. El mensaje era que no nos amedrentaban, que no eran invulnerables y que las balas también iban para allá. Sin embargo, contrario a lo que yo esperaba nosotros no participamos.

—No queremos que ustedes vayan —me dijo José Miguel.

—¿Cómo que no, qué cagá nos mandamos? —le dije decepcionado.

—No, ninguna —me dijo—, va a operar el Chino con su grupo, a ti quiero encargarte otra acción y pedirte que asumas una nueva responsabilidad.

Era obvio que José Miguel estaba muy afectado por lo de Fernando Larenas y antes de plantearme la nueva responsabilidad, refiriéndose a mí en diminutivo, lo cual hacía siempre que me iba a echar una cagada, agregó: «Mira Gitanito, hace casi un año que te dije que estaban todos locos y ahora te lo vuelvo a decir: ¡están todos locos y así no podemos seguir! Se van a morir no por valientes, sino por weones. Operan sin asumir su responsabilidad como jefes y que no pueden actuar como cualquier combatiente. Nosotros estamos conscientes que el Frente es cada uno de sus combatientes y cada uno debe asumir la responsabilidad que le corresponde. Llegó el momento de que en nuestro ejército popular los que son oficiales se asuman y actúen como tales, sabiendo que de su vida depende la

de muchos compañeros y que esa responsabilidad no puede ser confundida con cobardía. Necesito que te hagas cargo de la octava hasta la décima región, que te hagas comandante de la zona Sur, pero ya no quiero que tú operes, weón, debes entender que no necesitas que la gente vea que tú operas y que nosotros sabemos quién es quién. Te lo digo muy claramente, si aceptas no puedes andar operando, incluso yo sé que a veces te va a faltar gente para alguna acción, entonces no la haces y ya. Nuestro ejército, para crecer bien, necesita preservar a sus oficiales, que son pocos y no se pueden improvisar ni sustituir fácilmente.

—Me siento feliz —le dije con una sensación ambivalente— que nuestro crecimiento demande nuevas responsabilidades y también por el reconocimiento que representa el nuevo encargo, pero también triste, porque a mí me gusta operar, pero no tengo problemas si la cosa es asumir que esto vaya a más.

—Muy bien —agregó José Miguel con evidente satisfacción—, nada más necesito que antes me ayuden a realizar una acción de propaganda que en los hechos les rompa el Estado de Sitio.

Imaginé que estaba pensando en reactivar y apresurar la idea de rescatar la espada de Manuel Rodríguez, operación que se había pospuesto porque la habían sacado del museo y se la habían llevado a la escuela militar, pero ya nosotros andábamos explorando cómo entrar ahí. Imagínate, quitarle al ejército la espada de Manuel Rodríguez era como meterle el dedo en el culo a Pinochet y a todos sus generales, además que simbólicamente sería muy significativo que quienes nos asumíamos como sus herederos fuéramos quienes la portaran. Ya hasta habíamos pensado el mensaje que les dejaríamos: «Manuel Rodríguez cabalga de nuevo: FPMR». Sin embargo no fue así.

—Hemos decidido —me dijo José Miguel— secuestrar al subdirector del diario La Nación, el periódico que es el vocero oficial de la dictadura. Pensamos que si pedimos a cambio la publicación de un manifiesto no podrán negarse y quedarán en ridículo, porque en los hechos les rompemos el estado de excepción y el control de lo que se publica.

—Me parece muy bien —le dije—, empiezo desde ya a preparar la acción.

—Sí, weón —me interrumpió—, pero nomás no te olvides, que tú no debes estar directamente en la operación, ¿me entiendes?

—Sí, está bien, no hay problema —respondí.

Junté a mi grupo y de inmediato nos pusimos a planificar, explorar y seleccionar a los que participarían. Lo hicimos con mucha minuciosidad, checando, evaluando y modificando. Definimos minuto a minuto, el cómo, dónde y con quién, incluyendo, por supuesto, la retirada, que siempre resulta ser uno de los aspectos más importantes en una operación, si no, te atorras y la operación puede resultar con un costo humano y político muy grande. Finalmente, el 18 de diciembre, en pleno Estado de Sitio, Sebastiano Bertolone fue secuestrado al salir de su casa. Todo salió tal como había sido planificado y de inmediato se le informó telefónicamente a varias agencias de prensa extranjera que, para liberarlo, el Frente demandaba que se publicara un comunicado en los más importantes medios de prensa escrita y se difundiera en las estaciones de radio de mayor audiencia y en los dos canales de televisión. A Bertolone lo tuvimos siete días en dos casas en Santiago, las cuales eran de colaboradores del Frente que nos facilitaron uno de sus cuartos, mientras ellos seguían haciendo su vida normal. En una estuvo en una pieza forrada con frazadas y en otra en una casita de madera dentro de un cuarto. En todo momento le dimos un trato deferente y no fue difícil mantenerlo tranquilo, era un individuo muy hablador. Además, en cuanto me lo trajeron le dije: «Mira, somos del Frente, lo que perseguimos es que al menos tu periódico, que es el órgano oficial de la dictadura, saque nuestro comunicado. Nosotros siempre tratamos con mucha dignidad a los detenidos, así que tranquilo y vamos a esperar».

Una vez que fue cumplida nuestra demanda, el 25 de diciembre por la noche lo entregamos sano y salvo al Arzobispo de Santiago. Durante toda la tarde de ese día, José Miguel me habló a cada hora, estaba preocupado por el tipo.

—Gitano, no podemos soltarlo en cualquier lugar —me dijo en una de las últimas llamadas de esa tarde—, a este infeliz nos lo van a matar.

—Sí, qué te parece si se lo entregamos a los curas —le dije.

—Muy bien, pero busca hablar con ellos antes —respondió.

Hablamos con el Arzobispo de Santiago, monseñor Juan Fran-

cisco Fresno, a quien le manifestamos nuestro temor que la dictadura quisiera ejecutar a Bertolone y cargarnos el muerto. A sugerencia suya decidimos llevarlo a la radio del arzobispado, donde de inmediato hicieron público que Bertolone estaba ahí y en perfectas condiciones físicas. Además, unos quince minutos después, ofrecieron una conferencia de prensa y nosotros sacamos un comunicado denunciando el Estado de Sitio y dando a conocer que lo habíamos entregado en perfectas condiciones.

La operación salió limpiecita y quedamos como reyes. Fue una victoria política clara y concreta sobre la dictadura, en los hechos significó la ruptura del Estado de Sitio, en particular el control y censura absoluta de los medios de comunicación que la dictadura ejercía a través de la Dirección Nacional de Comunicaciones (DINACOS), desde donde se dictaba qué, cómo y cuándo se debía informar. Fue el broche de oro con el que cerramos nuestro primer año de vida como Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

* * * * *

Entonces, de acuerdo a las instrucciones de José Miguel, me fui a Concepción a hacerme cargo de la comandancia del Sur, lo que para mí tenía mucha lógica, ya que era la zona donde empecé, en la que conocía a mucha gente y muchos me conocían a mí, por lo que era donde más podía ayudar a que creciera el Frente.

Al llegar, tal como lo venía haciendo ya desde hacía un rato, renté un cuarto por el que pagaba poco y lo utilizaba sólo para llegar a dormir. Como mi ingreso económico era muy limitado, me permitía ahorrar para comer un poco mejor. Siempre rentaba en algún barrio de clase media, donde podía pasar como un profesionalista o estudiante más. Si bien este camuflaje me daba cierta tranquilidad, para entonces siempre iba armado, cargaba al menos una pistola y una granada, siendo muy cuidadoso en evitar que se notara. Persistentemente evitaba las rutinas, salía de mi casa por rutas diferentes y al regresar, checando que no trajera ningún seguimiento, daba un par de vueltas adicionales antes de entrar. A lo que más le temía era a caer en una celada y morir sin poder defenderme o peor aún caer vivo en las manos de los cobardes de la CNI. Además, cuando me

sentía perseguido, me llevaba al cuarto un termo con café y ponía mi subametralladora a un lado, a veces incluso también un lanza cohetes y me quedaba en vigilia toda la noche. Te confieso que ahora, ya casi 30 años después, aún cuando me cuesta menos trabajo dormir, si de repente algún ruido me despierta, lo hago sobresaltado y no sólo tengo que ir a checar que todo esté bien, sino que después me quedo en vigilia por varias horas.

Lo primero que me planteé al llegar a Concepción fue hacer crecer la organización en el Sur. Para entonces ya teníamos una gran aceptación popular, nos habíamos ganado el cariño de nuestro pueblo y contábamos con una base social que nos proporcionaba una cantidad impresionante de información, tan constante y significativa que la rama del Frente que más trabajaba era la de Inteligencia. Pero no sólo nos ayudaban expresando su simpatía, protegiéndonos y dándonos información, sino que también demandaba crecientemente participar como combatientes en el Frente. Crecer en número no era un problema, la dificultad radicaba en que el crecimiento cuantitativo fuera empatado con un crecimiento cualitativo vital, tanto en formación política, como en conocimientos y prácticas seguras para la vida clandestina y su compartimentación y en capacitación militar, así como contar con la infraestructura operativa y logística indispensable. Todo ello sin olvidar el constante peligro de ser infiltrados. Es decir, debíamos crecer cuidando la seguridad y garantizando que los relevos o creación de nuevos mandos en los distintos niveles, tuvieran la capacidad necesaria para actuar con claridad política, responsabilidad hacia su tropa y eficacia en la acción contra el enemigo, pues un combatiente nuevo muy pronto tendría que ser jefe de un pelotón. Vivíamos la contradicción de estar en condiciones de crecer, pero de no poder hacerlo a la velocidad que nos demandaban miles de compatriotas. Crecer era indispensable y posible, pero a la vez un peligro si lo hacíamos sin tomar las precauciones necesarias. Lo que resolvimos fue ir creciendo en términos de necesidades específicas y hacerlo sobre todo con compañeros de la Juventud Comunista, que siempre fue nuestra principal fuente de crecimiento, pero también con algunos compañeros que venían del MIR, cuya organización estaba prácticamente desarticulada y buscaban seguir combatiendo a la dictadura.

A los compas de la Jota los conocíamos bastante, de ahí veníamos y eso nos daba una base de confianza importante, pero además me encantaba trabajar con ellos por su frescura, su calidez, su camaradería y su osadía, pues traían una sólida mística de fraternidad y disposición de lucha. Incluso estoy convencido que la mística que tuvo el Frente, la mística de los rodriguistas, fue fuertemente impregnada por la que traían los jóvenes de la Jota. Para ellos, el debate no se centraba en hacer o no hacer algo, sino en cómo hacerlo, lo que además le daba mucha más celeridad a las cosas.

También nos nutrimos de excelentes compañeros que venían del MIR. Con la matanza de cinco de sus compas, perpetrada el 7 de septiembre de 1983, el MIR se había quedado prácticamente decabezado, provocando un proceso de desarticulación y división que dio lugar a varias fracciones (MIR, MIR-Militar, MIR-Político). Por cierto que los asesinatos de ese día, tanto de Lucía Vergara, Sergio Peña y el jefe en la clandestinidad del MIR, el *Coño* Arturo Villave-la, un hombre bien preparado y con gran altura moral, perpetrados en la calle de Fuenteovejuna, así como las ejecuciones de Alejandro Salgado y Hugo Ratier realizadas en la calle de Janequeo, fueron presentadas por la dictadura, para no variar, como muertes en enfrentamientos. Ello produjo que muchos miristas quedaran a la deriva y buscaran incorporarse al Frente por ser la alternativa que identificaran como más afín. En general te puedo decir, porque conocí a un buen número de ellos, que los miristas eran compañeros con mucha experiencia y compromiso: para ellos, mis respetos. Por ejemplo el *Indio* Castro y el *Chico* Araneda que eran weones muy avezados o Carlitos García, quien tenía un historial impresionante, un marino que llegó a ser dirigente del MIR, que fue detenido, luego salió del país, regresó e hizo no sé cuántas operaciones y lo volvieron a detener. Se encontraba preso cuando el MIR se desarticuló y él pidió ingresar al Frente y pasó a ser combatiente rodriguista. Como la gran mayoría de ellos, eran excelentes compañeros: valientes, fraternales y cariñosos. Recuerdo que al conocerlos pensé que con ellos me sentía como si fuéramos compas de siempre.

Desde entonces creo que en muchos casos, el hecho que uno fuera mirista y otro frentista tenía una fuerte dosis casuística, asociada a si se conocía a alguien de una u otra organización y por eso

llegaba ahí. Conviviendo con ellos, me di cuenta que con los compas del MIR había muchas más cosas que nos unían que las que nos separaban, pero que tontamente, por sectarismo, nos diferenciábamos de manera artificial. Si bien en esos momentos el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido Comunista estaban trabajando juntos en el Movimiento Democrático Popular (MDP), había muchos resabios de desconfianza mutua, que en nosotros creció aún más ante los duros golpes recibidos por ellos, porque se corrió la idea, incluso entre los propios miristas, que el MIR había logrado ser infiltrado por la dictadura.

Entonces no éramos conscientes del grave error que estábamos cometiendo y lo más que llegamos a realizar fueron algunas acciones concertadas. Desde que yo estaba en la Jota, el MIR nos planteó varias veces hacer acciones conjuntas y nosotros siempre les respondíamos que podíamos hacer cosas concertadas pero no conjuntas, es decir, acciones simultáneas pero separadas, en las que ni ellos conocieran a nuestra gente ni nosotros a la de ellos. Lo más que aceptamos comunicarnos era el tipo de acción, por ejemplo: «Nosotros vamos a cortar la luz ¿qué van a hacer ustedes?» pero sin decirnos dónde lo realizaríamos. Creo que, sabiendo de la magnitud del enemigo que enfrentábamos y que nuestras coincidencias en el terreno político e ideológico eran enormes, desaprovechamos la oportunidad de actuar unificadamente en el frente militar. Desgraciadamente eso lo reflexioné mucho más tarde, entonces, como decía mi padre: «La cagada ya está hecha, hay que ponerle precio, nada más».

Militarmente creo que colaboramos más de cerca con los almeydistas⁴⁸ del Partido Socialista (PS), aunque fue muy puntual y sin mayores consecuencias, cuando la dirección del Frente me pidió que le diera instrucción a su jefe militar, a quien incluso asesoré en la planificación de su primer asalto, el cual nunca supe si finalmente hicieron, pero recuerdo que les recomendé que no lo llevaran a cabo porque tenían una carencia absoluta de experiencia. Me preocupó que si aquel compañero, que era el jefe, estaba apenas recibiendo una instrucción básica en tres sesiones, era lógico que no se podía esperar más del resto del grupo. De cualquier manera, más adelante formaron la Brigada 5 de abril, la cual operó muy

poco, creo que tomaron, por ahí de 1985-86, una agencia de prensa y algunas otras cosas más, cuando el Frente estaba ya bastante consolidado y robusto, diseñando y realizando acciones de mayor envergadura.

* * * * *

Sin lugar a dudas, 1984 fue un año de mucha movilización social contra la dictadura, pero no sólo nosotros percibíamos el auge de la resistencia en su contra, sino que la misma Iglesia advertía: «Cuidado esto se está transformando en otra Nicaragua» y el Pentágono sacó una declaración en la que hablaba de: «La “nicaragüización” de Chile». Las protestas habían ido creciendo exponencialmente en tamaño y combatividad, al igual que nuestro accionar armado que las acompañaba. Chile se encontraba muy polarizado, dividido entre los que combatían y los que apoyaban la dictadura y no había términos medios. Cualquier tipo de protesta se transformaba en una manifestación contra la dictadura, la cual respondía consistentemente de manera represiva, radicalizando las acciones de autodefensa. Las poblaciones, por ejemplo, así fuera por demandar abasto de agua, sabían que si se manifestaban tendrían que proceder a defenderse del embate policiaco militar que se le vendría encima de inmediato.

Por ello, en muchas poblaciones se organizaron en los famosos Comités de Autodefensa, cosa que a nosotros nos pareció algo muy importante e ingenioso y al calor de eso, fue que, en 1985, el Frente decidió formar las Milicias Rodriguistas, que no eran otra cosa que combatientes que defendían sus propias poblaciones, sus escuelas, liceos, universidades o sus movilizaciones políticas. Formamos grupos que enseñaban a la gente a defenderse: a hacer y a usar una molotov, a cavar zanjas para impedir o dificultar la entrada de las tanquetas y los vehículos del enemigo, a manejar algunas armas como pistolas y escopetas y también a sumarse al boicot a la dictadura, tumbando postes y torres de electricidad, que eran el tipo de acciones que nosotros hacíamos al principio como grupo y de manera aislada, pero que ahora, en ese espacio de crecimiento de la protesta, dejaban de ser acciones vanguardistas y se convertían en parte de

la lucha de masas. Ese fue un salto cualitativo muy importante y se llegaron a ver en la televisión verdaderas batallas campales, donde la policía avanzaba ordenada para reprimir y a los dos minutos los weones arrancaban de regreso en desordenada retirada, incluso con las tanquetas y los carros de las fuerzas especiales de la policía, que entraban a una población como Pedro por su casa y salían como caballos de carreras incendiados por las molotov.

En los primeros meses de 1985, la gente, organizada por manzanas, calles o pasajes, resistía con una tenacidad bárbara y se defendía también a balazos, pues empezaron a aparecer los fusiles y las subametralladoras en las Milicias Rodriguistas, quienes se ponían al frente de los pobladores en su defensa contra la represión. Por ejemplo, en las poblaciones más combativas como La Victoria, La Legua, José María Caro, La Pincoya, Lo Hermida, Villa Francia o Pudahuel, al principio los militares y la policía entraban sin dificultad, ametrallando las casas y asesinando a sus habitantes impunemente, pero para entonces, cada vez que entraban salían con un par de muertos o de heridos, además de que, con las zanjas que hacía la población, no siempre podían contar con el apoyo de los blindados.

Nosotros numeramos los pelotones de las Milicias Rodriguistas con cifras que no eran ni remotamente cercanas a la realidad. Por ejemplo, referíamos que el pelotón 501, denominado Lautaro⁴⁹, había frenado junto con la población La Victoria la entrada de las fuerzas represivas. En realidad, entonces no llegábamos ni a un puñado de pelotones, pero era un recurso para desinformar y atemorizar al enemigo, al tiempo que permitía ganar confianza de nuestro lado. También llegamos a enfrentar a la represión con grupos operativos del Frente, que junto con los milicianos y civiles les dábamos batalla frontal cuando llegaban a reprimir después de alguna protesta. Nos metíamos a la población y los esperábamos con fusiles, subametralladoras, granadas y hasta lanzacohetes y entonces, al aparecer la primera tanqueta, recibían el primer rocketazo y ya no se animaban a avanzar, se quedaban en la periferia y de lejitos disparaban. Por cierto que siempre declaraban que sus disparos habían sido al aire, lo que llevó a Ernesto Sábato a decir que la dictadura militar chilena había logrado hacer que los chilenos volaran, «porque cada vez que disparan al aire matan un chileno».

En el Frente habíamos calculado que 1985 sería aún más comba-
tivo que el año anterior, por lo que para nosotros era el momento de
empujar con más fuerza para incendiar Chile y derrotar a la dictadura.
No estábamos equivocados y si bien —como siempre en Chile— al
final e inicio de año se viven las vacaciones de verano, de diciembre
a febrero, en marzo se reiniciaron las labores normales, incluyendo el
año escolar que arrancó con fuertes manifestaciones estudiantiles y
magisteriales, las cuales se juntaron con las movilizaciones del 8 de
marzo, el día internacional de la mujer, que en Chile eran tradicional-
mente intensas, haciendo de ese día una fecha emblemática.

A finales de marzo, en su lógica de imponer el terror como me-
canismo de parálisis de la sociedad chilena, la dictadura realizó una
nueva masacre, pero contrariamente provocó mucha indignación y
una gran movilización social. La noche del 27 marzo, policías ves-
tidos de civil asaltaron el local de la Asociación Gremial de Educa-
dores de Chile (AGECH) en Santiago, secuestrando por varias horas
a quienes se encontraban en el lugar y al día siguiente, en la esquina
de las calles de Apoquindo con Badajoz, fue secuestrado cerca de
su domicilio Santiago Nattino, pintor y publicista. Temprano en la
mañana del día 29, a las puertas del Colegio Latinoamericano de
Integración, fueron secuestrados Manuel Guerrero, profesor de ese
colegio y dirigente de la AGECH y José Manuel Parada, sociólogo y
funcionario de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de San-
tiago. Guerrero estaba, como todos los días, recibiendo a los mucha-
chos en la puerta del colegio, mientras que Parada tenía estudiando a
su hija en esa escuela y acababa de dejarla ahí. Incluso, en el caso de
Parada, cuando otro profesor, Leopoldo Muñoz, intentó intervenir,
recibió un disparo a quemarropa en el estómago. Decenas de testi-
gos presenciaron el despliegue policiaco que protegió el secuestro,
que incluyó el cierre de calles con patrullas de carabineros y velos
rasantes de helicóptero.

Los tres profesionales eran miembros del Partido Comunista y
fueron levantados a punta de pistola por agentes de Carabineros que
iban vestidos de civil. Al día siguiente, el 30 de marzo, cerca del
aeropuerto Pudahuel, a unos 30 kilómetros al oeste de Santiago y
frente a un lugar conocido como El Retiro, fueron encontrados los
cuerpos sin vida de los tres compañeros. Tenían evidentes huellas de

tortura y los tres habían sido degollados estando vivos. Situación que hizo que sus asesinatos fueran conocidos como el Caso Degollados.

Pese al Estado de Sitio, la respuesta social fue impresionante y el 1º de abril se realizó un multitudinario funeral, los restos de los compañeros fueron velados en la Catedral de Santiago y luego, acompañados por miles de personas, trasladados al Cementerio General donde se realizó un masivo mitin de protesta exigiendo justicia. El 2 de abril fue declarado por los gremios profesionales como Día de Duelo del Magisterio y realizaron una manifestación inédita en su magnitud y el 11 de abril el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) convocó a una Jornada por la vida, con protestas en los alrededores de los Tribunales de Justicia, en las universidades y varias poblaciones.

La Vicaría de la Solidaridad jugó un papel destacado en la información y la denuncia desde el momento del secuestro, pero fue central la valentía de los familiares de los compañeros asesinados, quienes con gran perseverancia y una actitud dignísima salieron a la calle y convirtieron el asesinato de aquellos compañeros en una pesadilla para Pinochet, haciéndole pagar un costo político muy grande. Por ejemplo, Estela Ortiz, esposa de José Manuel Parada, al conocerse los nombres de los tres degollados dijo en la radio: «¡Asesinos! Hace ocho años detuvieron a mi padre y está desaparecido, hoy día matan a mi marido, me dejan con 4 niños... se llevaron a mi padre y han matado a mi marido... Llegará el día en que cada uno de ellos va a pagar cada uno de estos crímenes... Tenemos que cambiar este país de una vez por todas... ¿Hasta cuándo siguen dialogando con los asesinos? ¿Hasta cuándo siguen matando a nuestro pueblo? ¿Hasta cuándo, chilenos, compañeros, compatriotas?... Por favor, levántate, no aguantes que nos sigan matando a nuestra gente, por favor, exijamos justicia de una vez por todas...».

* * * * *

Los permanentes actos de protesta que cada día 29 de mes realizaban las viudas de los compañeros degollados, la indignación nacional e internacional que causó el triple degollamiento y las irrefutables evidencias que habían sido perpetrados por agentes del régimen

protegidos por un operativo de Carabineros, obligó a la dictadura a recular. Primero filtraron a los medios que seguramente se trataba de una pugna entre comunistas, al tiempo que Pinochet se deslindaba y ordenaba una investigación vía la Corte Suprema, la cual designó al juez José Cánovas Robles para realizarla. Cuatro meses después, el primero de agosto, el juez emitió su sentencia, ordenando la detención de dos coroneles, un comandante, dos capitanes y dos oficiales de Carabineros, además la dictadura anunció la renuncia del general César Mendoza, jefe de Carabineros y miembro de la Junta de Gobierno desde el primer día del golpe militar.

En verdad que resultó muy extraño, la justicia chilena siempre fue cómplice absoluta de los crímenes de la dictadura y por lo tanto corresponsable de muchas atrocidades, por ejemplo, cuando el presidente de la Suprema Corte, Israel Bórquez, en 1978 le dijo a las madres y abuelas de los desaparecidos: «Ya me tienen curcuncho⁵⁰ con lo de los desaparecidos...». Acostumbrados a que los jueces tocaran por nota las órdenes del dictador, el fallo del juez Cánovas Robles resultaba una notable excepción, porque aún cuando pudiera leerse que lo pusieron a él en el Caso Degollados como resultado de un ajuste de cuentas interno, el viejo se atrevió no solamente a decir quiénes fueron, sino que además los metió a la cárcel. Por primera vez la dictadura de Pinochet tuvo que reconocer la autoría de su gobierno en actos de terrorismo de Estado y aunque luego se lavaron las manos en el proceso judicial, pues se acusó y juzgó sólo a los autores materiales del crimen, todo mundo sabía que los asesinos materiales respondían directamente al destituido general Mendoza y éste a Pinochet. No había lugar a dudas, porque en su soberbia autoritaria, el propio Pinochet solía decir: «En este país no se mueve una sola hoja sin que yo lo sepa».

Posteriormente, Pinochet ordenó pasar el caso a la justicia militar, seguramente no sólo para garantizar la impunidad de los asesinatos directos, sino también para evitar que éstos hablaran de más. Lo cual, por cierto, ocurrió años más tarde, cuando su mano derecha y ex jefe de la DINA, el carnicero y general Manuel Contreras declaró, en diciembre de 1997, que él no hizo más que cumplir las órdenes directas de Pinochet, quien era el único jefe y responsable final de las actividades de la DINA.

A mediados de junio fue levantado el Estado de Sitio y se declaró el Estado de Emergencia. Recuerdo que el estrenado Ministro del Interior, Ricardo García, mostrando el rostro estúpidamente autoritario y paternalista de la dictadura, lo anunció argumentando que se trataba de: «Un acto de confianza en la ponderación y atinado criterio de la ciudadanía». Sin embargo, una semana después de la resolución del juez Cánovas, el 9 de agosto, se realizó una nueva Jornada por la Vida, convocada por la Comisión de Derechos Humanos, el Comando Nacional de los Trabajadores y los Colegios Profesionales, durante la cual se realizaron diversas manifestaciones de estudiantes y pobladores, pero que tuvo como eje central una marcha masiva y unitaria por las calles de Santiago hacia la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile que fue violentamente reprimida. El saldo de la jornada fue de tres personas asesinadas y más de cien detenidas.

Nosotros acompañamos con intensidad la protesta social. El Frente atacó el cuartel de la 26 Comisaría de Carabineros de Pudahuel, al Occidente de Santiago, con saldo blanco para nosotros. Hicimos decenas de cortes de luz y de teléfonos en la región metropolitana y en siete regiones más; le tiramos un cohete a un barco de guerra gringo en Valparaíso y realizamos una emboscada contra marines en Viña; atacamos locales de la CNI en acciones rápidas de hostigamiento y les dimos bombazos a la Exxon Mineral Company y a varias municipalidades. También se copó el cuartel de Carabineros de Polobanda, donde se detuvo a dos policías que posteriormente se dejaron en libertad amarrados en un puente y con un comunicado llamando a la policía a sumarse al Frente.

Fue en esa ola de acciones que, el 14 de mayo de 1985, en la municipalidad de Lo Prado, al poniente de Santiago, murió nuestra valiente Tatiana Fariña. En una acción torpe de nuestra parte le entregaron una bomba con sistema de retardo eléctrico, con condensador, que no funcionaban bien y Tatiana se voló al activar la bomba. Tatiana era originaria de Concepción, tenía entonces 19 años y estudiaba sociología en la Universidad de Chile. Era mi cuñada, hermana de mi compañera Roxana que estaba embarazada de mi hija Tania y quien nació un mes después de aquella tragedia.

La Federación de Estudiantes y el rector de la universidad reivindicaron a Tatiana como la estudiante más brillante de sociología

de su generación y denunciaron su muerte como un asesinato de la dictadura. Yo me encontraba en Concepción y desde ahí peleé para que, como Frente, asumiéramos nuestro error y dijéramos la verdad acerca de su muerte. La respuesta que recibí de parte de la dirección fue que los muertos que reivindicábamos eran sólo los que asesinaba la dictadura, no los muertos en combate. Con el argumento que dábamos armas al enemigo y producía desmoralización en nuestras filas, no se reconocían nuestras bajas en acción. Muy enojado, argumenté que eso no era correcto y que debíamos asumir a todos nuestros muertos como memoria viva de nuestra lucha, de nuestro sacrificio, pero todo fue en vano.

De cualquier manera, asumí la tarea de informarle a mi suegra de la muerte de su hija y me pasó algo que se repetiría en otras ocasiones, pues nomás al llegar, la mamá de Tatiana me dijo: «Yo siento que perdí a mi hija». No supe qué decir, es uno de esos momentos en los que no tienes palabras y tampoco sabes qué mierda hacer, si darle un beso, si sólo abrazarla... simplemente te cortas... es horrendo.

Como Tatiana estaba viviendo donde mi hermana Rosa en Santiago, al siguiente día del bombarzo la policía y la CNI cayó sobre mi familia, por lo que Lucho y yo tuvimos que alejarnos de nuestros parientes por un tiempo.

* * * * *

Por esos días la dirección del Frente me mandó a Valparaíso, donde estuve muy activo. Le pegamos unos bombazos a la Coca-Cola y a la Secretaría de Marina, le tiramos el cohete al barco gringo y atacamos el cuartel de la CNI que estaba sobre la avenida Álvarez, una calle muy ancha que en medio tenía un camellón por donde pasaba el tren y que era continuación de la avenida España, a media calle de la avenida Agua Santa, en el exclusivo barrio de Viña del Mar.

Para diseñar el ataque al cuartel de la CNI me subí a la azotea de un edificio contiguo, desde donde pude checar su rutina, ver la distribución interna del lugar y darme cuenta que los agentes salían a un patio interior a hacer ejercicio a las siete de la mañana y que el tren pasaba cada hora a partir de las seis, por lo que decidí atacar cuando viéramos venir el tren para que éste cubriera nuestra retirada.

Así, un par de minutos antes de las 7 de la mañana, tres de nosotros nos bajamos del auto, cruzamos las vías, arrojamos cinco granadas de mano al patio interior del cuartel, echamos varias ráfagas de fusil y arrancamos a correr de regreso justo antes que pasara el tren. Nos salió impecable, los agarramos cagando y no pudieron reaccionar. Si algún cobarde de éstos se llegó a asomar cuando pararon los disparos, lo único que pudo ver fue el tren pasando. Por la información que nos dio una compañera que vivía enfrente, supimos que les hicimos varias bajas mortales.

Sin embargo, en agosto nos volvió a ocurrir otra tragedia por otro error garrafal nuestro. Sucedió al intentar pegarle un bombazo al Museo de Carabineros en avenida Irarrázaval, en la comuna de Ñuñoa, al oriente de Santiago, donde murió el compañero Jorge Arturo Moreno y fueron detenidos los hermanos Rodríguez. El caso fue trágicamente torpe por tontera de parte de los compas que fueron a la acción, quienes decidieron que uno saltara la reja del museo mientras otro le lanzaba la bomba por encima. Al hacerlo, la bomba estalló, matando al compa que estaba adentro y dejando heridos a los otros dos, armándose además tremenda balacera, pues enfrente vivía un coronel de la policía que la emprendió a tiros contra los heridos. Aún en esas condiciones, los hermanos Rodríguez devolvieron el fuego, pero fueron detenidos al momento de arrancar el auto que tenían para la retirada, se los llevaron presos y estando heridos los torturaron.

* * * * *

La movilización interna y la presión externa en torno a las violaciones a los derechos humanos, hicieron que a finales de ese mes de agosto de 1985 se diera a conocer un documento titulado Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia, el cual, a solicitud de Monseñor Fresno, fue elaborado por José Luís Zabala, presidente de la Asociación de Empresarios Cristianos, Fernando Leniz, ex Ministro de Economía de Pinochet y Sergio Molina, ex Ministro de Hacienda de Frei y que a la postre resultó, casi a la letra, en la ignominiosa Concertación que dejó intacta la legalidad impuesta por la dictadura y otorgó impunidad a Pinochet y a sus secuaces leales.

En lo que denominaron la búsqueda de una concertación nacional, plantearon como condición para una salida pactada a la democracia: «Eliminar las menciones concretas a hechos del régimen, la Constitución del 80 y el análisis histórico retrospectivo». Es decir, que no se reconocieran las violaciones a los derechos humanos cometidas durante los, hasta entonces, doce años de dictadura; que se mantuviera la autoritaria Constitución impuesta por la dictadura y que no se cuestionara la ruptura del orden constitucional que significó el Golpe de Estado y por tanto la ilegalidad e ilegitimidad de origen del régimen militar. El documento, además proponía como medidas inmediatas el término del Estado de Excepción; el restablecimiento de las libertades públicas; una real autonomía universitaria; el fin del exilio forzoso; la formación de registros electorales; la derogación de las normas que impedían el funcionamiento de los partidos políticos; la aprobación de una ley electoral que permitiera elegir presidente de la República, senadores y diputados; libertad de propaganda; y la realización de un plebiscito que legitimara la ruta propuesta.

En inmediata consonancia, Alianza Democrática (AD) desechó los dos planteamientos que hasta entonces acuerpaban al conjunto de la oposición a la dictadura: la renuncia de Pinochet y la convocatoria a una Asamblea Constituyente que definiera una nueva legalidad democrática. Además, AD planteó la desautorización de cualquier tipo de violencia, inclusive defensiva, en las manifestaciones de oposición a la dictadura y se propuso la recolección masiva de firmas a favor del acuerdo planteado. Todo ello ponía en grave peligro la frágil unidad que en contra de la dictadura se había ido construyendo a lo largo de los últimos años y abría la puerta a una salida de Pinochet, pero manteniendo la legalidad de dictadura. Sin embargo, por lo pronto Pinochet respondió con su acostumbrada soberbia y caradura, diciendo que no pretendía crear un gobierno ad aeternum y que no había intransigencia de su parte, sino que lo que pasaba era que: «Había diferencias de principios que no se superan por concesiones mutuas, ni entregas a fardo cerrado a quienes nos quieren engañar». Cerrándoles con ello la puerta en las narices y confirmando que Pinochet sólo se iría si lo forzábamos a irse.

El rechazo de la dictadura a una salida pactada y a evitar violentar las manifestaciones de protesta sería, en los hechos, ratificada unos días después, en la nueva jornada de protesta nacional del 4 y 5 de septiembre que se efectuó en el marco de las fechas en que se realizaban las elecciones durante la democracia en Chile. Esas movilizaciones se estaban haciendo costumbre y en esta ocasión paralizaron la capital del país, donde hubo decenas de asaltos multitudinarios a tiendas de comestibles que evidenciaban el grave deterioro económico de la población y su hartazgo. Como siempre, el nivel de violencia represiva fue mayor contra las poblaciones marginales movilizadas, con agresivas incursiones militares que tiraban a matar y que confirmaban lo que el párroco de La Victoria, Pierre Dubois, denunciara: «Pareciera que las balas fueran un privilegio de los pobres, porque nunca en el barrio alto se va a hacer represión con bala de guerra».

Con un saldo represivo de diez personas muertas, más de 100 heridos y más de 500 detenidos, al segundo día de protestas Pinochet declaró: «Si es necesario apretar la mano por el país, lo haré». Al día siguiente, la dictadura imputó judicialmente a más de ochenta dirigentes sindicales, estudiantiles y poblacionales por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado, logrando detener a cerca de veinticinco de ellos. Sin embargo, el intento de amedrentamiento impulsó nuevas movilizaciones, a través de jornadas de solidaridad que exigían la liberación de los detenidos y la cancelación de las órdenes de aprensión pendientes de ejecutar.

La segunda jornada nacional de protesta de ese año fue convocada por el CNT y se realizó los días 5 y 6 de noviembre. La demanda central fue la liberación de los dirigentes detenidos y el desistimiento penal de las causas pendientes y el argumento central fue: «La violencia que ha quebrado el alma de nuestra nación no es imputable a los dirigentes detenidos, sino a quienes reprimen a sangre y fuego la legítima expresión del sentimiento nacional». La mayor movilización la realizaron los habitantes de las poblaciones marginales y los estudiantes universitarios. La dictadura respondió con su acostumbrada violencia y el saldo de la misma fue de cinco personas muertas, más de treinta heridos de bala y cerca de mil detenidos, agregándose la toma por parte de la policía de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile.

La movilización popular de 1985 cerró con un acto unitario impresionante, el 21 de noviembre en el Parque O'Higgins, en Santiago, con miles de chilenos exigiendo el fin de la dictadura y donde los protagonistas principales fueron las organizaciones sociales, pero incluyó también a los partidos agrupados en la Alianza Democrática y el MDP.

* * * * *

Por mi parte, regresé de Valparaíso a Santiago a principios de septiembre. Yo había pedido hacerlo porque me gustaba operar, estar en la acción directa, me incomodaba mucho eso de diseñar las acciones y luego no participar, quedarme esperando me resultaba casi imposible. Cuando el jefe me mandó llamar, regresé con ganas de entrar en acción y José Miguel me dijo: «Oye, Gitano, vas a regresar a tropas especiales porque ya sabes, weón, hay muchos problemas, falta experiencia y se han cometido muchas cagadas».

Lo decía porque veníamos de una seguidilla de errores que, por cierto, no fueron cometidos por las fuerzas regulares sino por las fuerzas especiales, a las cuales llamábamos pomposamente Brigada de Tropas Especiales. Fue entonces que burlonamente les pusimos el sobrenombre de Brigada Ca-tras-ca, por aquello de cagada-tras-cagada, en un afán de generar un espíritu de cuerpo que reaccionara y pudiéramos superar el doloroso y costoso bache en que nos habíamos metido y de paso porque nos gustaba el webeo⁵¹.

Para eso, José Miguel me puso como segundo del jefe de tropas especiales, un excelente compa, Roberto Nordenflicht, el *Huevo*, egresado de la escuela de oficiales José Antonio Maceo en Cuba y que había participado primero en la guerrilla sandinista y después en la guerra abierta en Nicaragua. Un compañero instruido, con experiencia de combate y muy osado, de quien aprendí mucho porque tenía amplios conocimientos de teoría militar. Hicimos una muy buena mancuerna, a pesar, o más bien, porque discutíamos constantemente, pues él tenía conocimiento de la teoría y contaba con experiencia práctica en guerrilla rural y en guerra de posiciones, pero la nuestra era una guerra diferente y en condiciones distintas. Nosotros éramos una guerrilla urbana, sin territorios liberados, sin retaguardia o zonas

de alivio y que trabajaba cotidianamente en medio de un enemigo que nos superaba cientos de veces en armamento y hombres. Así lo platicamos muchas veces y él reconocía muy respetuosamente la experiencia que nosotros teníamos, construida a base de coraje, en la práctica y con muy pocos recursos, lo que nos había hecho más astutos, obligadamente austeros, prácticos y audaces, pero también abusivos de la improvisación

Roberto Nordenflicht fue criado por Don Volo, Volodia Teitelboim, un intelectual y literato muy reconocido⁵² y uno de los dirigentes históricos del Partido Comunista, del cual llegó a ser su Secretario General. Hombre al cual siempre admiré, pero que se portó muy mal a su regreso a Chile, a finales del año de 1989, pues cuando le preguntaron por su hijo adoptivo, Roberto Nordenflicht, Volodia no sólo se hizo el tonto, sino que, renegando, dijo: «¿Cuál hijo? No, no, yo no tengo hijo... Ah sí, el muchacho este, hijastro mío, que, bueno... murió ahí».

Cuento esto porque para mí fue algo horrendo y muy doloroso, en lugar de reconocerlo como su hijo y declararse orgulloso de él, ya que gracias a su lucha gente como Don Volo podía regresar a Chile, el weón lo desconoció. El compa Roberto Nordenflicht fue un valeroso combatiente del Frente y un buen hombre. Murió en combate en agosto de 1989, cuando comandaba una acción del FPMR-Autónomo⁵³ contra la fuerza aérea en el aeropuerto Tobalaba. Fue en la retirada que le llegó una bala por la espalda, cayó en la calle, donde, después de agonizar por unos minutos, murió.

* * * * *

La primera tarea encomendada por Roberto Nordenflicht fue la toma de la Radio Santiago, la cual realizamos siguiendo el mismo patrón utilizado en la radio Minería, pues con dos grupos copamos los estudios y la antena transmisora y difundimos una proclama donde informamos de las operaciones del Frente e hicimos un llamado a la Fuerzas Armadas.

Como siguiente objetivo el Huevo me propuso preparar un ataque en contra del Comando Especial de Explosivistas de la CNI, cuyo cuartel, después del de Borgoño, era el segundo lugar donde

más torturaban gente. Para ello decidí convocar a unos veinte compas que tenía asignados y llevarlos a una intensa instrucción en la montaña. Subimos por el cerro San Ramón y después de cruzar al otro lado caminamos cerca de seis horas hacia la cordillera, donde nos quedamos cinco días. Ahí les informé que la preparación que haríamos era para atacar un cuartel de la CNI, pero sin especificar cuál. Les hice tirar mucho y con diferentes armas, incluso con lanza granadas y lanza cohetes, pues a pesar de que ya estaban en fuerzas especiales tenían poca experiencia de tiro. Para mí también fue útil, ya que en tropas especiales contábamos con algunas ametralladoras ligeras Sterling, yo no había tenido la oportunidad de disparar. Fue amor a la primera descarga, de hecho disparé dos cargadores completos y no se encasquilló ni una bala ni se calentó, me dio absoluta confianza y me dije: «No po, yo con ésta».

Las prácticas salieron muy bien y la integración de los compañeros fue excelente, además que por primera vez incluimos algunos elementos técnicos y tácticos de los comandos vietnamitas. Las técnicas consistieron en distintas formas de enmascaramiento o camuflaje para aprender a mimetizarse al terreno. Por ejemplo la de encespedado, que consistía en coser césped a tu ropa hasta llenarla por completo, o la de enlodado, en la que, cuando el piso es de barro, te quitas la ropa y te embarras por completo de lodo. En cualquiera de las variantes debes aprender, además, a desplazarte con movimientos lentísimos, los cuales serán imperceptibles a la vista del enemigo por el enmascaramiento y podrás llegar hasta él sin ser detectado. El elemento táctico estudiado se refería a una de las innovaciones militares de los vietnamitas en su guerra de liberación y que consistía en tomar un objetivo de adentro hacia afuera, contrario al ataque común que se hace de afuera hacia adentro, es decir, se infiltra el objetivo y se ataca estando adentro. Las prácticas de tiro y el aprendizaje de la táctica y técnicas de comando vietnamita motivaron mucho a los compañeros y les hicieron ganar en confianza, aprendieron y practicaron cosas que ni siquiera se imaginaban que eran posibles y complementamos esos aprendizajes con algo de formación política. Si un combatiente sabe qué y cómo hacer, pero además tiene la convicción de por qué y para qué hay que hacerlo, su moral se mantiene alta. Además de que estábamos convencidos que la técnica militar

so la, o peor aún, que la despersonalización en la eficacia técnica para matar que se enseña en los ejércitos latinoamericanos, te puede hacer más hijo de puta, pero no más valiente ni mejor combatiente. Para mí era como una ley no llevar a ningún combatiente que no estuviera convencido o anduviera desmoralizado, porque se corría el riesgo que cometiera un error vital o simplemente arrancara antes de comenzar la operación.

Con el ánimo muy en alto iniciamos el regreso divididos en tres grupos: el de vanguardia, el del centro, donde venía yo, y el de retaguardia. Así, ya de noche, avanzamos en columna a una distancia de dos a tres metros entre cada uno, teniendo siempre a la vista al que iba adelante para evitar perderse, pues durante el día la cordillera es toda blanca por la nieve, pero durante la noche todo es negro, no se ve nada, es oscurísima. Designé como jefe de grupo de la retaguardia al mejor hombre que tenía, Julio Santibáñez. Un compa inteligente, hábil y muy comprometido, dirigente estudiantil que recién había culminado sus estudios como ingeniero con el promedio más alto de su generación y que estaba muy feliz porque con su compañera Mariela Griffor, una mujer guapa, talentosa y que era exploradora nuestra, estaban esperando un hijo.

Julio me había estado insistiendo, a cada rato, en que quería participar en la acción y recuerdo muy bien que me dijo: «Jefe, yo quiero estar en el grupo que va a atacar, yo quiero ir con ustedes, yo sé que no me tienen confianza porque siempre me ha tenido en exploración». Como me dijo eso porque hacía ya un año que estaba en un grupo de exploración, yo le respondí: «No, es al revés, es porque te tengo confianza que te encargué esa tarea y ahora vas a estar en el grupo que va a hacer el ataque, sí vas a ir, tú tranquilo».

Cuando ya veníamos bajando la cordillera, de pronto sentí una explosión detrás de mí y casi como reflejo me agaché y miré para atrás, vi una nube blanca y grité: «¡Al suelo!». Segundos después, bajando el tono de mi voz les dije a los compas: «No disparen» y mandé a uno de ellos a decirle al grupo de vanguardia que se tiraran al suelo y que no fueran a disparar a menos que nosotros lo hiciéramos. Pensé que estábamos siendo atacados, pues una hora antes habíamos divisado un grupo del ejército y asumí que no nos había detectado. Como no se movía ni se oía nada, le indiqué a los com-

pas que no se movieran y con el AK en las manos me fui corriendo unos cincuenta metros hacia la retaguardia. Ahí me encontré con el segundo de ese grupo, quien con el rostro completamente pálido me dijo: «¡Se le reventó una granada!».

Fue entonces que vi a Julio y me di cuenta que tenía destrozados el pecho, el abdomen y la mitad de la cara. Me arrodillé junto a él y lo tomé con cuidado en mis brazos.

—Te pido un favor —me dijo Julio sacando fuerzas de no sé dónde—, pégame un balazo, estoy sufriendo mucho.

—Tranquilo, tranquilo, te vamos a llevar a un hospital, te vas a sanar —le dije tratando de calmarlo.

—No me engañes, me voy a morir —replicó Julio con una serenidad extraordinaria.

—No, no, estás bien, no hay problema... —le dije sin saber si alcanzó a escucharme.

Julio se me murió en los brazos... fue un momento indescriptiblemente doloroso... intentar recordar me pone mal, mal, mal... la imagen de Julio desfigurado y aquel olor a carne quemada me siguen llenando de desolación. No sé cuánto tiempo estuve con Julio en mi regazo, el tiempo parece paralizarse con el dolor de la muerte, pero, cuando por fin reaccioné, tuve que tomar una dura decisión, debíamos movernos rápido porque corríamos el peligro de haber sido detectados por la explosión.

—Tenemos que enterrarlo —dije en voz alta, intentando recuperar la serenidad.

—Pero jefe, es nuestro compañero, cómo lo vamos a dejar —me dijo uno de los compas.

—¡Está muerto, weón! ¡Es más, tócalo, tócalo... está muerto! —le dije furioso.

Para ese momento ya se habían agrupado los demás compañeros, así que, en medio de la desolación general, puse el cuerpo de Julio en un hoyo que había ahí, lo cubrí con piedras y ramas y les ordené que se formaran. Entonces les dije: «Le vamos a rendir un homenaje a nuestro compañero, pero no podemos quedarnos mucho más, así que vamos a disparar al aire y nos vamos a salir de inmediato».

Hicimos el resto del trayecto con la moral por los suelos, veníamos con ganas de matar a Pinochet a mordidas y el accidente de

Julio nos dejó hechos mierda. De inmediato fui a ver a José Miguel para informarle del fatal accidente de Julio y que yo pude reconstruir a partir de lo que los compañeros me explicaron: él venía con una chaqueta sobre la que traía, a cada lado, una granada, pero intentó quitarse la chaqueta sin bajarse la mochila y seguramente hizo que se le atorara una de las granadas con la correa de la mochila, botando la espoleta y explotando.

—Te pido un favor solamente —le dije a José Miguel al finalizar mi informe—, quiero hacer ya la operación contra la CNI y quiero llamarla Operación Homenaje a Julio Santibáñez.

—Está bien, weón, pero infórmale antes a la familia —me dijo José Miguel muy serio.

—Sí, saliendo de aquí me voy a ver a su compañera —le respondí.

—Una cosa más —dijo él—, la operación la quiero blanca, blanca, no quiero que haya una sola baja nuestra, ¿me oíste?

* * * * *

Antes de comunicarme con la compañera de Julio tuve que hacer algo horrible, yo sabía dónde tenía Julio su casa de seguridad y me metí en ella, aunque en buena hora, pues guardaba ahí una camionada de información del Frente. Cómo hizo para juntar tantas cosas, no lo sé, pero estuvimos como cinco horas recogiendo documentos y propaganda. Al finalizar, le ordené a los compas que me acompañaron que quemaran todo y me fui a avisarle a su compañera. Cuando llegué a casa de Mariela, ella, nomás de verme, se puso a llorar.

—¿Julio está muerto, verdad? —me preguntó antes que yo dijera algo.

—No, no —le dije intentando no ser tan directo—, te vengo a avisar que hubo un accidente...

—No —dijo ella sin dejarme terminar—, yo siento que ya Julio no está con nosotros, que Julio está muerto.

Tal y como me había pasado con la mamá de Tatiana y yo igual, sin saber cómo reaccionar, si irme, si quedarme un rato con ella, sintiéndome como un estúpido ahí a su lado. Cuando desperté de esa pesadilla le pregunté si tenía cosas de Julio y si me podía decir cómo encontrar a su mamá.

—Ellos tienen una boutique para gente de plata — me dijo dándome la dirección—, fíjate que mi compañero era, digamos, de un buen nivel, él es el que tenía dinero y por eso tenemos esta casa que es de su hermana... —y mientras yo terminaba de apuntar la dirección, ella agregó— hay que tener cierto tacto, porque ni su papá ni su mamá son del Partido y creo que ni su mamá sabía que Julio era del Frente.

—Entonces lo van a tomar mal —dije como preguntando.

—Lo más seguro es que sí... —dijo Mariela medio ida, pero recobrándose agregó— te recomiendo hablar primero con la hermana de Julio porque ella sí sabía que él era del Frente y es de la Jota, entonces mejor hablamos con ella y que ella le diga a su mamá.

No sé cómo Mariela sacó tanta fuerza, porque con sus cinco meses de embarazo y el tremendo dolor abierto, mostró un temple impresionante. Llamó por teléfono a su cuñada y se puso de acuerdo con ella para verse en un café. Fuimos juntos y ella le contó lo que había pasado.

—¿Pero en dónde está, en qué hospital? —preguntó la hermana como negándose a aceptar la noticia.

—No, está muerto —le dije yo.

—¿Y dónde está? —me preguntó.

—Lo enterramos —respondí.

—Pero ¿dónde está? —insistió ella.

—En una montaña, ahí lo enterramos —le dije.

—No, yo quiero buscarlo —dijo ella muy alterada.

No sé si logré calmarla, era obvio que quería mucho a su hermano y estaba muy afectada, pero logré que se enfocara en la necesidad de informarles a sus papás. Luego conversé con Mariela, para saber cómo podía ayudarla y acordar algunos pasos a seguir.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté.

—Yo me quiero ir a la clandestinidad —dijo con una seguridad que me dejó helado.

—Sí, pero estás embarazada —le dije—, mira, mientras piensas con un poco de calma qué vas a hacer, te voy a llevar a una casa segura.

Sin embargo los acontecimientos se precipitaron, pues los perros de unos arrieros encontraron el cuerpo de Julio y en la universidad se armó una revolución, Julio era muy querido y respetado por ser un estudiante brillante y comprometido. Los estudiantes se tomaron

la universidad reivindicando a Julio, mientras que el Frente no dijo nada. En esas condiciones la compañera de Julio me llamó y me dijo que quería hablar conmigo.

—Oye — me dijo Mariela —, quiero salir, quiero acompañar a mi suegra y estar ahí, encontraron el cuerpo.

—Claro, entiendo —respondí.

—¿Puedo decir que él era del Frente? —preguntó.

—Mira — le dije —, si tú decides salir a la luz pública reivindicado a Julio, tienes todo el derecho a hacerlo y no seré yo quien te pida que no lo hagas. Yo estoy de acuerdo en reivindicar a Julio como lo que fue, todo un comunista y combatiente del Frente y reconocer que tuvo un accidente.

Mariela lo reivindicó como combatiente del Frente, pero pronto tuvo que salir de Chile, pues la CNI le instaló un muy peligroso y constante seguimiento. Sé que se fue para salvar a su hija y aunque quizá entonces no lo pensara así, también a ella misma, pudiendo rehacer su vida. No pude conocer a su hija, quien debe ya tener unos 29 años, ni a ella la he vuelto a ver, pero recién pude leer, de su poemario *Exiliana*, un duro y hermoso poema titulado *Julio Santibáñez*, donde dice:

*Sólo recuerdo las
cicatrices en tus labios,
sobre tu ceja izquierda,
jirones de carne que faltaban
por tus fosas nasales...
o la granada que te sacó
de mis manos...*

* * * * *

Julio Santibáñez murió el 19 de septiembre y tres días después concentré a todos los que participarían en el ataque a la CNI. Ahí, frente a una fotografía grande de Julio, a los convocados les informé que haríamos la acción en su honor y les expliqué en qué consistiría.

Para realizar el ataque blindamos una camioneta con dos láminas delgaditas, de dos milímetros de espesor, dejando entre una y otra un espacio como de dos centímetros que rellenamos con tierra y agua, como un tambor de lámina relleno. Lo hicimos así para que no fuera un blindaje pesado y si una bala llegara a atravesar la primera lámina, no pasara la otra, con el agua se enfriaría y perdería velocidad. Obviamente que antes probamos el invento y nuestro artesanal blindaje resultó muy confiable, por lo que con ello cubrimos los costados de la camioneta. De todas formas, como precaución adicional, al chofer le pusimos un casco militar de acero.

Recuerdo que, cuando Roberto Nordenflycht, mi aguerrido jefe, vio nuestro artesanal blindaje, riéndose me dijo:

—No weí, Gitano, se ve muy ordinario.

—De acuerdo —le contesté también riendo—, si quieres píntale flores, pero lo que importa es que me funcione, que las balas no nos peguen.

Recuerdo que Roberto terminó cagado de la risa y lo cierto es que se veía horrendo, pero teníamos poca plata y las láminas de acero eran tan caras que hasta nos dolía el estómago al comprarlas, pues sabíamos que sólo las ocuparíamos en una operación y luego las botaríamos con el vehículo correspondiente. Sin embargo resultó un invento tan funcional, que luego se hizo popular en el Frente para encarar distintas operaciones.

El ataque al Comando Especial de Explosivistas de la CNI, que estaba ubicado en la calle Alférez Real, en la comuna de Providencia en Santiago, lo hicimos con cinco compas y por la entrada principal. Llegamos en la camioneta blindada, nos paramos en la banqueta contraria al enorme portón del cuartel y de inmediato le apunté el lanza cohetes, que disparé justo en el momento que un guardia abría una rejilla para observarnos. El cohete botó esa parte del portón, pero el resto se sostuvo, así que tomé el M16 y empecé a tirar hacia el hueco abierto en la puerta, mientras otros dos compas con sus Sterling le disparaban a las dos torres de vigilancia y el cuarto lo hacía al interior con un lanzagranadas. Les tiró ocho granadas, una detrás de otra y luego aventó por encima de la barda tres paquetes bomba caseros con tres minutos de retardo y arrojó al pie del portón otros dos, uno con dos minutos y otro con 60 segundos de retardo.

En ese momento, a cuatro minutos de haber iniciado el ataque, la operación había sido completada, por lo que le dije al chofer que arrancara. Durante el ataque llegamos a escuchar que un par de tiros pegaron contra nuestro blindaje, pero tal como lo esperábamos, no lo perforaron.

Podrás imaginar que los compas iban con el ánimo por las nubes, incluso, al salir, echaron unos disparos al aire y gritaron: «¡Viva el Frente Patriótico! ¡Viva Julio Santibáñez!». Yo los dejé, aunque eso no estaba en el libreto, al tiempo que pude sonreír pensando en Julio. Doblamos como siempre en varias esquinas, haciendo nuestro acostumbrado zigzag, como a la tercera vuelta escuchamos el primer bombazo y justo al llegar a una placita donde abandonaríamos la camioneta escuchamos el segundo. Ahí nos esperaba otro compañero con un auto, quien se quedaría con las armas y nos iría botando en el camino a cada uno de nosotros.

—¿Qué pasó, jefe? —me preguntó el compa que nos esperaba—, ¿es la tercera guerra mundial?

—No, es que les dejamos un regalito a los chanchos —le dije riendo.

—Chaaa, esos chuchaesumadre quedaron hechos cagada —dijo él.

—¿Han dicho algo en la radio? —le pregunté refiriéndome a un escáner que pinchaba la frecuencia de la CNI y que le habíamos dejado.

—Sí —respondió—, dicen que un comando de alrededor de 40 individuos están atacando...

—A menos que seamos de diez cada uno —lo interrumpí riendo.

Ya en el camino, escuchamos la tercera explosión y el compa que manejaba nomás me miró divertido y movió la cabeza en sentido negativo mientras sonreía satisfecho.

El ataque tuvo grandes repercusiones y no lo pudieron parar en la prensa, por lo que la DINACO tuvo que informar oficialmente, diciendo que no hubo bajas, que unos individuos atentaron contra la CNI, pero que no pasó nada porque felizmente el cuartel estaba blindado. Lo cierto es que el lugar lo hicimos cagada y que tuvieron más de veinte bajas, de las cuales, al menos, tres fueron mortales.

El ataque a la CNI representó una respuesta al accionar de la represión, principalmente porque recién al comenzar septiembre se había realizado una protesta nacional durante la cual la dictadura

había matado a una decena de personas, herido a una centena y encarcelado a cerca de quinientas. Al interior del Frente también tuvo un impacto muy positivo, después de la desmoralizada tremenda por la absurda muerte de Julio y de varias otras muertes previas por errores nuestros, contribuimos a levantar la moral y a demostrarnos que se podían hacer acciones blancas, sin ninguna baja, pero más aún, que lo podíamos lograr incluso realizando un ataque ya no de cinco tiritos, si no frontal, parándonos en su puerta y haciéndolos cagada.

Debo confesarte que a mí me encantaba atacar los cuarteles de la CNI porque eran sinónimo de terror, la gente sentía pánico cuando llegaban los carniceros de la CNI, pues ellos no tomaban prisioneros. Era responderles de tú a tú a esos prepotentes y cobardes psicópatas, quienes disfrutaban con producir dolor a sus indefensas víctimas y asesinarlas con la más absoluta impunidad.

En los meses siguientes decidimos cortar vías de comunicación, por lo que volamos muchísimos puentes, entre ellos los de Achibueno y Rancagua. Ya no se trató de un puentecito de ocho metros, sino de botar puentes, como el Achibueno, que comunicaba a Chile de lado a lado. Para cerrar ese intenso 1985, nos tomamos las agencias de prensa Reuters y UPI, donde el Frente habló de una necesaria y posible sublevación nacional para derrocar a Pinochet.

* * * * *

Nosotros definimos al año que iniciaba, 1986, como el año decisivo para terminar con la dictadura, pero no sólo nosotros preveíamos que 1986 sería un año de una mayor insurrección, sino también los jefes del régimen militar y los yanquis, quienes incluso cambiaron a su embajador, enviando a uno que tenían en Centro América, pensando en contribuir a parar la sublevación popular, mientras que Pinochet no solamente manda a su Ministro del Interior a conversar con él, sino que empiezan a concertar algunos cambios.

Nosotros hablábamos que 1986 sería el año decisivo en función de que las protestas nacionales iniciadas en 1983 habían crecido en constancia, consistencia, expansión y masividad, a pesar de recibir como respuesta de la dictadura un accionar represivo cada vez menos selectivo, volviéndose la represión mucho más indiscriminada y

generalizada. El miedo se había perdido y el repudio activo y organizado a Pinochet se había extendido por todo el país. También considerábamos que 1986 sería decisivo para botar a Pinochet, porque su Constitución disponía la realización de un plebiscito en 1988, que aprobaría o rechazaría, con un Sí o un No, a un candidato propuesto por los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, para continuar otros ocho años como presidente de la República. Sin duda alguna que el propuesto sería el propio Pinochet y con la experiencia del supuesto plebiscito con el que la dictadura había impuesto su Constitución en 1980, nosotros planteamos la necesidad de tumbarlo antes y obligar a que hubiera elecciones en 1989. En su Constitución Pinochet había escrito que, aún perdiendo el plebiscito, si bien se llamaría a elecciones abiertas un año después, en 1989, el seguiría siendo Presidente hasta marzo de 1990, Jefe de las Fuerzas Armadas hasta 1997 y Senador de por vida.

El año 1986 arrancó con una gran agitación social, estimulada, además, por las torpezas y los sanguinarios excesos de Pinochet y sus generales, por su enorme soberbia. La postura de la dictadura de «si no estás conmigo estás contra mí», contribuyó enormemente a catalizar posiciones y nos ayudó mucho a quienes la combatíamos desde distintas trincheras, pero ahora las fisuras al interior eran visibles y ya no contaba con la imagen monolítica que en un principio tuvo. Además, tanto los gringos como la Iglesia veían en el debilitamiento de la dictadura y en el aumento de la resistencia popular, el peligro de lo que llamaban la nicaragüización del conflicto, es decir, una potencial insurrección que derrocará a Pinochet y cambiará drásticamente la correlación de fuerzas en Chile a favor de un proyecto nacional y popular.

Es en ese contexto que en los primeros días del año y en medio de protestas patrocinadas por la propia dictadura en contra del senador Ted Kennedy, quien realizó el 15 de enero una visita relámpago a nuestro país, que Kennedy declaró que él sería el primero en proponer eliminar la Enmienda Kennedy⁵⁴, siempre y cuando en Chile se respetaran los derechos humanos y se restaurara la democracia. Literalmente dijo: «No soy enemigo del pueblo chileno sino de la tortura, los secuestros, los asesinatos y las detenciones arbitrarias...».

En nuestro análisis, concebimos tres elementos tácticos para llevar a cabo la sublevación nacional que proponíamos. 1) paro nacional prolongado; 2) toma de las empresas y la calle por parte de la gente; y 3) golpes militares efectivos en contra del enemigo. Es decir que a nosotros nos correspondía acompañar y apoyar la movilización popular de masas y potenciarla a partir de darle golpes militares efectivos, por lo cual teníamos que ampliar nuestra capacidad militar con urgencia para estar en condiciones de lograr una sublevación popular exitosa.

Ello significaba que debíamos responder en dos niveles al incremento exponencial de la demanda para participar en nuestras filas, conseguir armamento suficiente y realizar un programa muy intenso de instrucción, pues teníamos que hacer realidad los números, hasta entonces inventados, de nuestras unidades militares activas. Pretendíamos que, por ejemplo, cuando habláramos de la unidad 501, fuera porque había otras 500 unidades activas. Así, les dimos mayor agilidad y ampliamos las escuelas del Frente para instrucción política y militar, en la idea que en un muy corto plazo un combatiente tendría que ser jefe de su propia unidad, pelotón o columna.

Era una apuesta muy arriesgada, cargada de voluntarismo, pues la experiencia no se compra en una farmacia y la capacitación no es sinónimo experiencia. Por ejemplo, recuerdo que puse a un compa como jefe de un pelotón y tres días después se le había perdido toda su gente y no sabía cómo encontrarlos. No tenía los canales de comunicación suficientes para recuperarlos, ni había programado contactos que eventualmente se lo permitieran. Después de la guerra todo el mundo es general, pero en cosas tan elementales para una guerrilla urbana, como mantener el contacto con los combatientes bajo tu mando, la inexperiencia podía ser, por decir lo menos, disolvente. En la guerrilla rural tienes la tropa en la montaña, básicamente agrupados, pero en la guerrilla urbana es más complicado, los tienes siempre dispersos y los debes concentrar constantemente, pero en condiciones conspirativas, es decir, que normalmente en los grupos no conocen sus nombres, ni sus casas, ni dónde encontrarlos, por lo tanto los jefes debían mantener planes de encuentros en la calle y puntos de encuentro de emergencia en caso de perder contacto con uno de sus compas.

El trabajo clandestino es casi una ciencia, que implica, además de sus particularidades técnicas, mantener una cohesión, una disciplina y una mística militar muy compacta entre los militantes y eso no se aprende de un día para otro, además de que en la selva de concreto la guerra se desarrolla con el enemigo soplándote la nuca, digamos que no frente a él, sino en su retaguardia y permanentemente rodeado por él. Por todo ello, una guerrilla urbana requiere de mucha más logística que una rural y estar dotada de una base social amplísima. Lo que, por cierto, para explicar nuestra existencia, sobrevivencia y crecimiento, significa entender que, el chileno, era un pueblo combatiente. No hay guerrilla, rural o urbana que subsista sin base social, sin ella quedan los aparatos militares frente a frente y el del Estado es mucho más poderoso. Lo que evita que esa abrumadora superioridad militar se imponga es la fuerza popular que la protege, la nutre y le da sentido. Es ahí donde te encuentras y vives las mejores facetas del ser humano, florecen la solidaridad y la entrega sin condiciones, frutos del compromiso que no anhela más reconocimiento que el de la conciencia del deber cumplido. Donde también te encuentras con tradiciones o experiencias de lucha que no conocías o que creías eran cosa del pasado, pero que perviven en la memoria de mucha gente y revive con las nuevas luchas.

Todo ello lo pude constatar reiteradamente en mi peregrinar clandestino. Por ejemplo, cuando andaba por La Serena, regularmente me quedaba en la población Las Compañías, en la casa de una compañera maravillosa, militante del Partido creo que desde su fundación, tenía más de cien años de edad y había peleado con Elías Laferte⁵⁵ hacía más de 50 años, pero te hablaba de Laferte como si acabara de reunirse con él. Ya estaba cieguita, pero se paraba con su bastón y con una mano golpeaba la mesa y me decía: «¿Qué le vamos a servir al camarada?». Apenado, le decía que no se preocupara que yo me atendía, pero ella les ordenaba a sus hijas y a sus nietas que me sirvieran y me preguntaba: «¿Quiere un tecito, un cafecito, qué quiere?», mientras que alguna de sus hijas les decía a las demás: «a moverse que ya llegó el enamorado de mi mamá» y las nietas, riéndose y burlándose cariñosamente, agregaban: «Aaay sí, como ya llegó el enamorado de la abuela...». Era cierto, la adoraba y me encantaba que se sentara conmigo y me contara del movimiento de los

trabajadores del salitre en el Norte, del que ella había sido activa participante y me relatara, con una claridad mental apabullante, las heroicas huelgas generales realizadas y las masacres perpetradas en su contra por el ejército. Como fue la emblemática masacre en la Escuela Santa María de Iquique, en 1907, donde fueron asesinados más de 2,200 trabajadores y sus familiares o la matanza de la Coruña perpetrada en 1925, con un saldo de dos mil muertos entre huelguistas salitreros y sus familiares. Por su parte, ella me pedía que le diera detalles de las últimas acciones y de las condiciones en que se encontraba el Frente, cuyo florecimiento era para ella tan natural e inevitable como el resurgimiento de las flores de una planta en la primavera y de la que, sabiéndose parte de sus raíces, se sentía muy orgullosa.

Cuando andaba por Pelequén, por ejemplo, llegaba a la casa de una pareja de viejitos que eran muy pobres, pero donde siempre, el marido, un adorable y viejo payaso de circo, me recibía diciendo: «¡Bienvenido, esta casa está bendecida, llegó el Manolo⁵⁶!», mientras que la señora me freía los mejores huevos que habían puesto sus flacas gallinas, diciéndome: «Para que tengas fuerzas para ir al combate» y por si fuera poco, por la noche, como yo dormía junto al fogón, el viejo sacaba una oxidada escopeta y un viejo revolver que guardaba celosamente, se acomodaba en una silla junto a mí y me decía: «Yo lo voy a proteger y usted va a dormir tranquilo». Guardia que a pesar de mis súplicas en contrario, el viejo hermoso hacía cada una de las noches que me quedaba en su casa. Yo dormía a pierna suelta y sintiéndome tan seguro que ni el encarnizado ataque del enorme ejército de pulgas que ahí cohabitaba lograba despertarme.

Cuando andaba por la costa era lo mismo, por ejemplo, si estábamos cerca de Concepción, nos íbamos a reponer con una tía de mi compadre Manuel Fuenzalida, la cual vivía, apenas al día, de un humilde restaurancito en el Barrio Chino de Lirquén, en una zona donde la policía ni se animaba a entrar. Ella se organizaba y le decía a Lito cuándo debíamos ir y cerraba su restaurancito colocando un letrero en la puerta que decía: «Cerrado por mantenimiento». Mientras sus hijos hacían guardia afuera del local, ella nos atendía sólo a nosotros, alimentándonos hasta la saciedad con deliciosas cholgas⁵⁷, piures⁵⁸, erizos y almejas.

Ese cariño, entrega y complicidad absolutos, los viví constantemente por todos los pueblos y ciudades de Chile que recorrí, donde personas que no tenían ni dónde caerse muertas se quitaban el pan de la boca y hasta los zapatos para darnoslos. Siempre supe que su solidaridad y generosidad no era producto de mi linda cara, sino que, respondiendo a sus convicciones, me la otorgaban por ser un rodriguista. Soporte sin el cual me era imposible sobrevivir, pues me permitía moverme y resguardarme sin los mínimos recursos económicos que se requerían para evitar exposiciones peligrosas, ya que el estipendio mensual que me daba el Frente no me alcanzaba para más de tres días. Los recursos económicos que obteníamos de los asaltos y que nosotros llamábamos «recuperaciones económicas», los entregábamos completitos a la dirección y se destinaban centralmente a la propaganda y a la realización de operaciones militares, lo cual, además de ser muy loable y entendible en términos estratégicos, nos obligaba a meternos en nuestro pueblo, en un contacto directo importantísimo e insustituible con las redes invisibles que nos soportaban. Sin embargo, hay que decir también que la penuria económica, constantemente nos obligaba a tomar riesgos innecesarios en el diario clandestinaje, por lo que, a la distancia, pienso que en los indispensables gastos personales para sobrevivir en esas condiciones, éramos peligrosamente más papistas que el papa.

La clandestinidad al cien por ciento de por sí es muy difícil, no sólo abandonas tu vida personal y se vuelve imposible atender adecuadamente a tus querencias y a tus propios sentimientos, sino que además vives a salto de mata y con el miedo constante de ser descubierto, pensando que cada minuto que duermes o te distraes, el enemigo que te acecha y busca matarte se acerca un poco más. No es nada placentero vivir así y se anhela poder salir a la calle sin tener miedo, sin tener que estar cuidándote las espaldas o poder tomarte un vinito o un pisco relajadamente, pero es imposible, porque sabes que en cuanto bajas la guardia estarás muerto o peor aún, terminarás amarrado a una reja de tortura. El estrés es enorme y constante, te desgasta mucho, pero también recibes la solidaridad y el apoyo de otros, lo cual te levanta el ánimo a los cielos. Por ejemplo, cuando mi hermana me veía enfermo, me llevaba a la fuerza con un médico amigo, Héctor Casanova, *Tito*, el cual invariablemente me decía:

«Lo que tienes es agotamiento por estrés, weón, necesitas descansar, tómate por lo menos unos diez días, es más, yo te pago las vacaciones». Lo decía absolutamente en serio y constantemente me enviaba dinero con mi hermana, siendo que él era del Partido Radical, pero adoraba a los rodriguistas. Tito solía decir: «Los únicos weones patriotas que hay en este país son los del Manolo, los demás son una bola de traidores y ladrones».

Indudablemente que además de aprender a soportar la tensión constante, para el trabajo clandestino es indispensable conocer sus elementos básicos, sabiendo que, como en cualquier oficio, su maestría sólo se desarrolla haciéndolo y transformándolo. Es con la experiencia que se genera un nuevo sentido común, dotado de un saber particular y de su propia sensibilidad ;ambos indispensables para la sobrevivencia! De ello nos dimos cuenta muy pronto, cuando el proceso de crecimiento posible, de salto cuantitativo, no resultó ser tan mecánico como creíamos al principio, pues implicaba una acumulación cualitativa que era difícil acelerar mucho más. De cualquier manera incrementamos los cursos que llamábamos de ingeniería, es decir, de manejo de explosivos y también de tiro que hacíamos en la cordillera, donde, por cierto, contrario a lo que siempre afirmó la dictadura y sus corifeos, fue donde se formaron la gran mayoría de nuestros combatientes. El aprendizaje de tiro y el manejo de explosivos que realizábamos en la montaña, incluía hacer explotar una carga para que los compas no solamente aprendieran a armarla, sino también para que sintieran la explosión. Igual con el tiro, no es lo mismo que sólo le tires a un blanco a que escuches y sientas el impacto de la metralla cerca de ti, aunque estés protegido por una roca.

* * * * *

Para entonces, además de las crecientes Milicias Rodriguistas, nosotros estábamos organizados en unidades básicas de cinco combatientes, donde cada tres unidades formaban un pelotón de quince combatientes y tres pelotones conformaban una columna de cuarenta y cinco. Las columnas se agrupaban en un mando zonal, pero cada una de ellas contaba, de manera compartimentada de las otras, con su propia inteligencia, exploración, logística y manejo de su arma-

mento. En Santiago teníamos cuatro columnas, en Concepción dos y dos más en Valparaíso, que representaban lo más consolidado militarmente hablando, además de que tenían una importancia especial por estar ubicadas en las tres ciudades políticamente más significativas del país. Esas 8 columnas estaban conformadas por cerca de 360 combatientes, pero contábamos además, aunque con un menor nivel de consolidación, con tres columnas ubicadas en la zona Central y dos más en la zona Norte, que agrupaban cerca de 240 combatientes más, lo que hacía un total aproximado de unos 600 combatientes, de los cuales sólo unas pocas decenas contaban con formación militar y alguna especialización y todos carecíamos de una logística, armamento y recursos suficientes. La mayoría de nuestros combatientes tenían mucho más corazón que técnica y las acciones eran posibles más por voluntad que por logística.

En el Sur, desde Temuco hasta Osorno, en agosto del 1985, se inició el reconocimiento, exploración y acondicionamiento del terreno para la siembra de una columna guerrillera rural. Que si bien arrancó como una especie de retaguardia que se nutriría con compas que tuvieran problemas serios de exposición en la ciudad, se pensaba que a partir de su implantación se podría abrir como una zona de combate que rompiera el tabú de que en Chile no podía existir una guerrilla rural. El último esfuerzo lo había realizado el MIR en 1980, en Neltume y Nahuelbuta, el cual culminó con el aniquilamiento del grupo a finales de 1981. En nuestro caso, por cierto, nunca se abrió el frente de combate rural y entre los compas asignados a esa tarea estuvo mi hermano Lucho, quien entonces usaba el seudónimo de *Franklin*.

* * * * *

La gran efervescencia política, con cientos de miles de chilenos movilizados en abierta rebeldía contra la dictadura y varios miles dispuestos a sumarse a nuestras filas, nos obligaba a que nuestro aporte combativo fuera significativo en el triunfo de la insurrección popular, para lo cual era indispensable conseguir muchas más armas de las que habíamos adquirido hasta ahora. Tanto para armar a los nuevos combatientes como para incrementar nuestra capacidad de fuego, que seguía siendo sumamente limitada frente al poderío de la

dictadura, necesitábamos mejores armas y muchas. Era el momento de meter toda la carne al asador, era la hora de la sublevación nacional. Por ello es que el 24 de mayo, en una operación sin precedentes en Chile, el Frente realizó en Carrizal el primer desembarco de armas provenientes de la solidaridad internacional cubana y dos días después, el día 26 de julio, se desarrolló el desembarco, que en conjunto significaban un aproximado de 15 mil fusiles, decenas de miles de balas, lanza cohetes, ametralladoras, granadas de mano y varias toneladas de explosivos que, dadas las condiciones insurreccionales en Chile, calculábamos eran suficientes como para dar vuelta a la hoja y terminar de una vez por todas con la dictadura.

Por otro lado, la más importante de las acciones militares que llamábamos golpes efectivos y que venía madurando la dirección del Frente, era la del tiranicidio, es decir, emboscar al jefe militar del enemigo y matarlo. Indudablemente que matar a Pinochet, cortándole la cabeza a la dictadura, era el golpe más efectivo, además de que recogía la heroica tradición de lucha de los irredentos mapuches, quienes en su tenaz resistencia al invasor acostumbraban cortarle la cabeza a los conquistadores, pero sobre todo, calculábamos, minimizaría el número de bajas en nuestra guerra.

Cuando hablábamos de golpes efectivos de nuestra parte, también nos referimos a pegarle a centros neurálgicos del enemigo, pero no solamente en el plano militar sino también en el simbólico, como por ejemplo la Escuela Militar Bernardo O'Higgins, formadora de oficiales y comandos; tras el golpe militar fue el escenario del juramento de los integrantes de la Junta de Gobierno, por ello, en febrero de 1986 le tiramos cinco cohetazos y les dejamos un auto bomba a un costado. Le pusimos también un auto bomba al regimiento de Puente Alto, el cual preparamos con múltiples espoletas, es decir, si abrían una puerta explotaba, si lo movían explotaba, si se metían por una ventana y se recargaban en el asiento explotaba y de hecho murieron dos miembros del Cuerpo de Explosivistas de la CNI intentando desactivarlo. Por cierto que para entonces ya era común que utilizáramos los auto bomba para atacarlos, por lo cual, cerca de un año atrás la dictadura había comprado un costosísimo robot gringo antibombas, al que, por el robotito de la película de la Guerra de las Galaxias, apodaron Arturito y con el cual lograron desactivar

varias bombas, tanto nuestras como del MIR y montaron un show mediático pasando por la televisión al robot desarmando bombas y haciendo de Arturito un héroe nacional de la dictadura. Por ello es que nosotros, con toda intención, preparamos una bomba destinada especialmente a reventar al famoso Arturito. Y efectivamente el Arturito voló frente a las cámaras de televisión y se convirtió en el hazmerreír del momento. Les había costado una millonada, pero no les duró más que un suspiro e hicieron el ridículo con su propaganda, por ello es que el desarme lo tuvieron que volver a hacer manualmente los explosivistas de la CNI y del GOPE de los pacos y del ejército.

* * * * *

En 1986 la agitación social arrancó con la movilización de los médicos, quienes exigían la reinstalación del presidente regional del Colegio Médico, el doctor Ricardo Vacarezza, despedido el primer día del año. Para el 8 de marzo, la movilización popular se convirtió en una pesadilla para la dictadura, la cual duró todo el mes, hasta el 2 de abril en que se realizó una jornada nacional de movilización denominada Día de Duelo Nacional, convocada por la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH) y por las viudas de los tres profesionales degollados un año atrás. En todo el país, incluso donde no se había protestado antes, la gente salió a la calle, golpeó cacerolas, hizo barricadas, cortó la luz y encendió fogatas. Por cierto que para entonces ya estaba asociado el corte de luz a la protesta, haciendo de la obscuridad un convocante activo y un cómplice silencioso de la rebeldía social y más allá de los cortes que nosotros hacíamos tirando torres de alta tensión, para entonces eran centenas los que cortaban con cadenas las líneas secundarias.

Por si la movilización social no fuera suficiente dolor de cabeza para la dictadura, a ella se sumó que la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, a mediados del mes de marzo, aprobó por consenso de sus 43 países miembros, una resolución en la que se condenaba al gobierno militar por violaciones sistemáticas a los derechos humanos, poniendo en evidencia el significativo y creciente aislamiento de la dictadura a nivel internacional.

El 26 de abril nació la Asamblea de la Civilidad, una nueva articulación de la protesta social cuya columna vertebral eran las más importantes federaciones sindicales y estudiantiles, pero que estaba constituida también por representantes de camioneros, comerciantes minoristas, asociaciones de profesores y de colegios profesionales, pobladores, agrupaciones indígenas y partidos políticos, quienes suscribieron el documento denominado La Gran Demanda de Chile. En el cual se articulaban las reivindicaciones de todos los sectores involucrados en la lucha contra la dictadura: «a partir de la restitución de la soberanía popular para restablecer la democracia». Entre los 50 puntos del documento, la Asamblea de la Civilidad demandaba, centralmente, una nueva Constitución, cambio de la política económica, reducción del presupuesto militar, fin de la intervención militar en las universidades, negociación de la deuda externa y justicia para las víctimas de violaciones a los derechos humanos y emplazaba a la dictadura a dar respuesta a sus demandas antes del 31 de mayo.

Arrancando el mes, las intensas movilizaciones de los trabajadores hicieron de ese primero de mayo un digno homenaje a la gesta de los obreros de Chicago realizada cien años atrás. Aún cuando Santiago amaneció sitiada por militares y carabineros, salieron a las calles millares de personas intentando marchar pacíficamente, sin embargo, en cuanto se juntaron los primeros grupos, la policía arremetió disparando gases lacrimógenos y balines de goma, desatándose verdaderas batallas campales donde trabajadores, estudiantes y pobladores enfrentaron estoicamente la violenta represión. Además fueron allanados diversos locales sindicales y más de una docena de poblaciones fueron ocupadas militarmente. El saldo fue de varios muertos, decenas de personas heridas y cerca de seiscientos detenidos, entre ellos varias decenas de profesores.

* * * * *

Durante los primeros meses del año también tomó fuerza la polémica acerca de la muerte del exministro de Defensa de Allende, Orlando Letelier⁵⁹, quien fuera asesinado en la capital de los Estados Unidos, en septiembre de 1976, al hacerse público que el general Manuel Contreras, creador y jefe máximo de la siniestra DINA y

mano derecha de Pinochet, fue quien dio la orden de matarlo. Contreras se defendió diciendo que fue la CIA quien lo mató⁶⁰ y se armó tremendo escándalo. Por cierto que nosotros siempre pensamos que la CIA y la DINA habían actuado juntas en el asesinato de Letelier, pues una operación de esas características requería, sin duda, de la colaboración de la CIA, lo cual se confirmará después por las declaraciones del agente de la CIA Michael Vernon Townley, quien fue también agente de la DINA y participó directamente en el asesinato. Obviamente que los medios de prensa se dedicaron a exonerar a Contreras, recalcando que se encontraba protegido por el decreto de auto amnistía que se dieron los militares golpistas en 1978⁶¹, conocido como la Ley de Impunidad al hacer borrón y cuenta nueva de los crímenes cometidos por ellos entre 1973 y 1978.

Fue en esos primeros meses, también, que se me encomendó la misión de realizarle un ataque en su casa, operación que efectuamos a mediados de mayo de 1986. Como siempre hacíamos, primero exploramos las condiciones para dicha acción y a partir de ello nos dimos cuenta que Manuel Contreras se movía en una caravana de cinco autos, quedando el suyo siempre en medio; que tenía una de sus casas en la calle de Príncipe de Gales, a una calle del cruce de las avenidas Ossa y Tobalaba; que era una casa enorme con un jardín extenso lleno de árboles y a la que regularmente llegaba a las 9:25 de la noche; que el lugar lo protegían, varios militares armados y contaba con una tanqueta ubicada en la esquina de la calle, estacionada en una gasolinera; que en el edificio de enfrente tenía un departamento para su guardia personal, con muy buena ubicación para realizar una defensa de la casa y en el edificio adjunto vivía un general de policía.

Como la decisión de la dirección del Frente era atacarlo en su casa, le planteé a José Miguel que en lugar de esperar a que Contreras estuviera dentro, lo atacáramos justo antes de entrar, pero él rechazó la idea.

—Mira —le dije—, el weón llega regularmente a las nueve veinticinco, déjame darle justo afuera de la casa.

—No —me dijo—, es mucho el riesgo, denle a las 9:30 cuando ya esté adentro y los escoltas replegados.

—Pero yo no quiero darle a la casa —le dije—, lo que quiero es matar a ese hijo de puta.

—No —insistió él—, así los van a matar a ustedes, no quiero bajas, ¿me entiendes? y recuerda que tú no vas a estar en la acción.

Para la operación blindamos otra camioneta con nuestros cajones de lámina con arena y agua y equipamos al grupo con un AK, una Sterling, cuatro M16, dos lanza cohetes RPG-7 y un lanzagrana-
das M79. Sin embargo el grupo que fue, como decimos en Chile, «a la hora de los quiubo» no realizó la acción.

—¿Qué wea pasó? —le pregunté al jefe del grupo cuando se presentó a informarme.

—Es que estaba muy brígido⁶², había una tanqueta... —me respondió.

—¿Y qué?, weón —lo interrumpí—, si ya sabíamos que estaba la tanqueta.

—Sí, pero esos weones nos iban a matar a todos —me dijo.

—¡Ah, se cagaron de miedo! —le dije enojado—, pero ¿sabes qué? no hay problema mañana yo voy a ir.

Hablé con el grupo completo y noté que la gente tenía miedo, pero el chofer de plano se echó para atrás, por lo que tuve que posponer la acción y convocar a otro chofer, el *Pingüino*, un compa de mi absoluta confianza al que le dije de qué se trataba y sólo hizo una pregunta.

—Jefe, ¿vas tú?

—Sí —respondí.

—Así sí po, jefe, contigo les daremos sabroso —dijo afirmando con la cabeza.

Desde el momento en que se decidió atacar la casa de Contreras hasta que finalmente se concretó, pasaron cerca de dos meses, pues los compas del grupo pensaban que era una acción suicida atacar directamente al hombre más sanguinario y violento de la dictadura, uno de sus vértices de poder, de los intocables del régimen, de esos a los que puedes atacar con lo que sea, que de cualquier manera te van a matar. Esa percepción se materializaba tanto en la tanqueta como en los hombres armados que estaban ahí protegiéndolo.

Por ello, ya acuartelados, les dije a los compañeros que si bien yo tenía fama de loco, no la tenía de suicida y que yo iría con ellos. Decisión que tomé de manera definitiva cuando el *Pingüino* me había preguntado sólo eso, además que de por sí me era muy difícil quedarme viendo, en una acción que entrañaba tanto riesgo yo debía

estar ahí para tomar decisiones sobre cualquier imprevisto. Momentos antes de salir a la acción los junté y como siempre hacía, les pedí a cada uno de ellos que repitiera el plan general y el plan específico, pero ahora, al terminar les pregunté si habían visto la serie de televisión llamada Los magníficos y como todos asintieron sorprendidos, riendo les dije que nosotros éramos «Los magníficos» y que íbamos a salir limpios de esa operación. A cada uno le puse el nombre de uno de los Cuatro Magníficos y al final les dije:

—Ustedes vieron cuando nuestro compañero Julio murió el año pasado... y fue para poder hacer esto, si no él estaría ahora aquí con nosotros y uno de nosotros no, entonces ahora no me van a decir ustedes que tienen miedo, pues para ello nos hemos entrenado y estamos preparados. Lo haremos para honrar la memoria de Julio y de todos nuestros muertos, estemos orgullosos que vamos a atacar a uno de los responsables directos de los asesinatos y de las atrocidades del terrorismo que hay en Chile.

Luego les puse la grabación del último discurso de Allende, en donde, él, sabiendo que iba a morir, se despide de su pueblo de manera serena y honorable: «...el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa, la seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria...».

La voz de Allende, grabada minutos antes de morir, nos recordaba su valentía tanto como la cobardía de los criminales con uniforme militar que ese día asaltaron la Moneda, violentando la Constitución, la vida, la libertad y los bienes de nuestro pueblo, por lo que constituía un estimulante recordatorio de la razón de ser de nuestro accionar armado. Sin embargo, si bien cumplía con ese objetivo, sus palabras también llevaban consigo un soplo de tristeza, por lo que culminé poniendo la una de las canciones de la Cantata a Santa María de Iquique, interpretada por Quilapayún, una rítmica y entusiasta canción que se volvió un símbolo de resistencia a la dictadura y que entre otras cosas dice: «...ustedes que ya escucharon, la historia que se contó, no sigan ahí sentados, pensando que ya pasó...».

Así, salimos con el ánimo muy en alto y nos fuimos los cuatro que operaríamos más el chofer. Como nos habíamos acuartelado

muy lejos, en una población de Pudahuel que quedaba como a una hora de la casa de Contreras, primero nos fuimos en la camioneta blindada y en otro auto hasta una placita que quedaba cerca y a donde regresaríamos para botar la camioneta e irnos en el otro vehículo. Cuando llegamos al objetivo, como en el ataque a la CNI, nos detuvimos frente a la puerta principal y le disparé el primer cohetazo de RPG, al que le siguieron tres más y unos cinco granada-zos disparados por otro compañero. Mientras que otro más estaba con su RPG apuntando hacia donde debía salirnos la tanqueta, pero la cual nunca se movió y el otro repelía un par de disparos que, por cierto, sólo vinieron del edificio donde vivía el general de policía. O sea que mientras nosotros hacíamos mierda la casa del general Manuel Contreras, ninguno de sus cobardes agentes de la CNI y de los militares que estaban ahí para protegerlo, ni él mismo, se animaron a repeler el ataque, es más, ni se asomaron. El bombardeo duró cinco minutos, tiempo suficiente para dejar la casa casi destruida, pero desgraciadamente no para ajusticiar al asesino Manuel Contreras, quien se salvó de pura cueva⁶³.

Cuando íbamos saliendo por Príncipe de Gales, al llegar al cruce con Ossa, nos apareció un furgón de policías, el cual, después de recibir una ráfaga de AK de mí parte, se fue a chocar contra un puesto de periódicos, mientras que nosotros nos fuimos riendo y sin más problema. Botamos la camioneta, nos cambiamos de carro y a las once de la noche estaba yo con José Miguel reportándole.

Al día siguiente, el cobarde de Manuel Contreras, acompañado por su hijo, apareció declarando que tres individuos fueron a echarle unos tiritos, pero que él salió con su pistola y su ametralladora a repeler el ataque. Por nuestra parte, el comunicado del Frente fue conciso, señalando que cinco combatientes del Frente atacaron la casa de Manuel Contreras sin sufrir bajas y que ni éste ni sus escoltas echaron un sólo tiro. Por cierto que sobre el hecho alguien realizó una caricatura donde se ve a Manuel Contreras en el baño de un bunker ubicado en el sótano de un edificio, desde donde asomaba la cabeza y preguntaba: «¿Ya se fueron los del Frente?». El cartón produjo innumerables burlas entre la población y por supuesto nuestras sinceras carcajadas y nos sirvió además para aquilatar el enorme significado que tuvo el atenta-

do. No sólo puso en evidencia la cobardía de quien encarnaba el brazo más temido de la dictadura, sino que, sobre todo, exhibió su vulnerabilidad.

* * * * *

El 20 de mayo, en medio de una ciudad nuevamente sitiada por fuerzas militares y de carabineros, en Santiago se intentó realizar una Marcha por la Paz, convocada por el Comando Nacional de Trabajadores (CNT) y distintas federaciones estudiantiles, quienes de nueva cuenta fueron violentamente reprimidos, con saldo de decenas de detenidos y la muerte de un estudiante que recibió dos tiros en la cabeza disparados por efectivos militares. En ese mes de mayo también se sumaron a la lucha los estudiantes secundarios⁶⁴, en la que quizás fuera su movilización más importante y donde rechazaron la decisión de la dictadura de culminar el llamado proceso de municipalización de los liceos del Estado, que traspasó la tutela y la responsabilidad financiera federal a ese nivel de gobierno. Era parte de lo que la dictadura llamaba modernización del sistema de educación y que no era otra cosa que el abandono financiero por parte del gobierno federal y la creciente privatización del sector, tal y como había ocurrido con los liceos técnicos. El movimiento estudiantil secundario se extendió a todo el país, parando clases, ocupando las escuelas y marchando por las calles, acciones que apoyaron los maestros agrupados en la Asociación Gremial de Educadores de Chile (AGECH) y en el Colegio de Profesores, así como muchos padres de familia.

El último día de mayo se cumplió el plazo señalado por la Asamblea de la Civilidad para esperar la respuesta de la dictadura a sus planteamientos, sin que ésta se dignara siquiera a dirigirles la palabra, por lo que la Asamblea convocó a un paro y protesta nacional para los días 2 y 3 de julio. El clamor popular era claro y fuerte: «¡Fuera Pinochet!», y nosotros decíamos: «¡Chucha! el pelao Lenin tenía razón, llega un momento tal de la agitación popular, en que los de arriba no pueden gobernar y los de abajo no se dejan gobernar, expresándose en abierta y activa rebelión contra el poder establecido...». La sublevación popular se estaba dando por todos lados, de

muy variadas formas, mientras que la convocatoria a la protesta y paro nacional para el 2 y 3 de julio la articulaba tanto en términos de acción, como de definición política.

El día 1º de julio, la dictadura, en abierta provocación a nosotros y con la intención de intimidar a la población para frenar el paro del 2 y el 3, en un supuesto allanamiento a una clínica del Frente, en la calle Mamiña en Santiago, la CNI detuvo a Jorge Martín Martínez y asesinó a sus dos hermanas y a un sobrino, dándole difusión pública para atemorizar a la gente. Algo así como: «¿Ven, weones? Eso es lo que les va a pasar si mañana se agregan a la protesta». Sin embargo, el intento de intimidación se revirtió y la respuesta al paro convocado para el día siguiente significó algo así como: «¿Ah sí, weones? Entonces nosotros se la vamos a cobrar». El miedo se había transformado, de ser paralizante se convertía ahora en ira, en mayor coraje y arrojo de la gente.

Por si fuera poco y encendiendo aún más los ánimos populares, la misma madrugada del primer día del paro, la dictadura insistió en sus asesinos métodos intimidatorios y en una de las tantas barricadas que miles de jóvenes colocaron e incendiaron por todo Santiago, en la comuna de Estación Central, una patrulla militar detuvo a Carmen Quintana y a Rodrigo Rojas, a quienes golpearon brutalmente, los rociaron gasolina y les prendieron fuego, para luego abandonar sus cuerpos quemados en la periferia de la ciudad. Carmen Quintana, después de debatirse entre la vida y la muerte por varias semanas, producto de las graves quemaduras en más del sesenta por ciento de su cuerpo, si bien quedó con la cara y el cuerpo desfigurados por las cicatrices, casi de milagro logró sobrevivir. Sin embargo, Rodrigo Rojas murió cuatro días más tarde.

A pesar de los intentos intimidatorios, la vista que tuve de Santiago la noche de aquel 2 de julio de 1986, me permitió ver la magnitud de la ascendente rebelión popular contra la dictadura. Desde la azotea del elegante y altísimo hotel Tupahue, ubicado en el centro de Santiago, pude contemplar con amplitud nuestra ciudad capital y te puedo decir que a las 10 de la noche Santiago era una ciudad en penumbras por los sabotajes al tendido eléctrico y una hoguera gigante por las cerca de 200 bombas que detonaron esa noche, además de los varios cientos de barricadas incendiadas en las calles. Incluso había

fuego en algunas partes de la Alameda, también en Vicuña Mackenna y ni hablar de las poblaciones populares como La Victoria, la José María Caro, La Pincoya, Lo Hermida, etcétera, donde ni policías ni militares pudieron entrar. ¡Santiago estaba incendiado!

Para nosotros era claro que el pueblo chileno, impulsando la exigencia del fin de la dictadura, había asumido masivamente todas las formas de lucha posibles, desde el mitin realizado en la Alameda, donde llegaron miles de personas y se sentaron bloqueando pacíficamente las calles sin dejar pasar ningún vehículo, hasta el ajusticiar con puñal a algún represor. Por ende, en el Frente dijimos: «Esto se llama rebeldía, se están dando las condiciones que nos habíamos planteado. Es el momento de llamar a la sublevación nacional».

Nosotros preparamos., para el día 3 de julio, un acto de propaganda que consistía en disparar un RPG-2 desde un cuarto del hotel Carrera, para que impactara en medio de las oficinas que ocupaba Pinochet en el primer piso de la Moneda. Para ello, escogimos una pareja de compañeros que rentaron una elegante suite con vista a La Moneda y se les dio dinero para pagar tres días de cuarto, con lo que debían irse a cenar y a bailar y quedarse a dormir una noche en el hotel. El compañero elegido fue Ignacio Valenzuela, pues era, como decimos en Chile, un weón bien pinturita, de ojos claros, cuerpo atlético, con porte y ropa de clase alta y quien junto con una compañera bien guapa, también con porte de burguesita, fueron los encargados de la acción.

Para evitar que fueran detenidos, colocarían en un bípode el RPG, el cual sería disparado por una espoleta con retardo una vez que hubieran salido del hotel. Hicieron todo lo indicado, pero hubo un error no atribuible a ellos, el bípode se sentó a la hora de activarse la espoleta, por lo que el cohete se disparó contra el borde de la ventana haciendo mierda el cuarto del hotel y no las oficinas de Pinochet. A Ignacio lo jodimos por semanas diciéndole que si él le hubiera puesto la misma atención en la colocación del RPG, que la que puso durante toda la noche en acomodarse con la compañera, la misión no hubiera fracasado. Lo cierto es que nuestro error fue haber colocado el RPG sobre un bípode en lugar de hacerlo sobre un trípode, porque eso hubiera evitado que se moviera y nos privara de ponerle la cereza al pastel de la victoria popular del paro de dos días, regalándole al combativo pueblo de Chile la destrucción de las oficinas de Pinochet.

Sin embargo, más allá de nuestra falla, el paro fue un éxito rotundo de las fuerzas populares que rebasó hasta las expectativas más optimistas. La paralización casi total del país involucró a millones de chilenos, entre los que se contaban las miles de personas que participaron activamente, manifestándose en las calles, cortando la luz, haciendo barricadas, enfrentándose a balazos con la policía, etc., más los millones que de manera pasiva se sumaron quedándose en sus casas y hasta los que por miedo hicieron lo mismo. El saldo de la fallida represión policiaca-militar fue de al menos 6 personas asesinadas, unas 60 heridas y más de 600 detenidas, que si bien no dejó de ser trágico, fue menor al de otras jornadas nacionales de protesta. También, en un acto que demostraba más debilidad que fuerza, el Ministerio del Interior acusó judicialmente a una veintena de dirigentes de la Asamblea de la Civilidad de haber infringido la Ley de Seguridad Interior del Estado, al promover actos de desorden, violencia, y llamar a la suspensión ilegal de las actividades.

No tengo duda que el paro fue un duro revés a Pinochet, pues mostró que el movimiento antidictatorial era mucho más fuerte y más amplio de lo que hasta entonces parecía y que se estaban dando las condiciones para derrotar a la dictadura, la cual se encontraba en el momento de su mayor debilidad política y aislamiento internacional.

* * * * *

Como respuesta al paro nacional, Pinochet impuso el Estado de Sitio y declaró, en referencia al plebiscito a realizarse en 1988, que aspiraba continuar al frente del gobierno de Chile. Es decir que se preparaba para darle continuidad a la dictadura con él a la cabeza, pero buscando legitimarla con el plebiscito. Por nuestra parte, preparamos una respuesta inmediata al Estado de Sitio, que consistió en repetirle la dosis ya ensayada para romper su control de los medios, pero ahora determinamos secuestrar al jefe de protocolo militar de la Guarnición de Santiago, el coronel Mario Haberle.

Luego de hacer las exploraciones necesarias, el 18 de agosto de 1986, lo secuestramos haciéndonos pasar por agentes de la CNI. Lo que incluyó falsificar los autos, las vestimentas y hasta las identificaciones que usaban. Como ellos empleaban mucho los coches Che-

violet Opala y también camionetas pickup de doble cabina, siempre de color azul celeste, nos robamos uno de cada uno y los pintamos de ese color. Al auto le pusimos además una baliza y realmente parecía una patrulla de la CNI, mientras que nosotros nos vestimos de saco y corbata, nos pusimos lentes Ray Ban piratas, unos brazaletes con el escudo nacional igualitos a los que ellos usaban y fuimos armados con AK, que se habían vuelto los fusiles de plantilla de los agentes de la CNI.

Llegamos en los dos vehículos a la puerta de su casa justo en el momento en que el coronel salía, nos identificamos ante él y su escolta con las credenciales falsas de la CNI que prácticamente ni miraron y le dijimos: «Coronel Haberle, sabemos por fuentes fidedignas nuestras y de la CIA, que usted es el objetivo de un atentado terrorista, súbase a nuestro vehículo que nosotros nos haremos cargo de su seguridad».

El tipo se subió sin dudar a nuestro auto y en ese momento empistolamos a sus escoltas, que nos miraron sorprendidos, les quitamos el armamento y sin ningún contratiempo nos llevamos el paquete, o sea al coronel Haberle.

—¿Qué pasa, qué pasa?... —preguntó el coronel al ver el desarme.

—Desde este momento eres prisionero del Frente Patriótico —le dijo un compañero viéndolo a los ojos y notando cómo le cambiaba el color de la cara.

El tipo se cayó de susto, seguramente pensaba que lo íbamos a matar, por lo que se dejó revisar sin resistirse y tampoco chistó cuando le quitamos el maletín en que llevaba importantes documentos oficiales, entre los cuales había un documento en el que se definía la estrategia represiva de la dictadura para el año en curso. Obviamente que mandamos copias a la prensa, pues no sólo evidenciaba la vocación represiva de la dictadura, sino también el auge de la movilización popular. La dictadura preveía una sublevación social para el año 1986 y se planteaba sacar a los militares a las calles para aplastarla, pues en su análisis, si Pinochet sorteaba ese año se iba tranquilo hasta el 2000. Es decir que el diagnóstico de la dictadura era semejante al nuestro, pues nosotros también habíamos definido 1986 como el año decisivo de la insurrección popular contra la dictadura.

El día 20 de agosto, Jorge Salas llamó al periódico Las Últimas Noticias indicándoles el lugar donde había un sobre con información del secuestro. Ahí dejamos una foto del Coronel, una de sus identificaciones y un comunicado del Frente, en el cual se advertía que si la dictadura seguía con la ola represiva el Frente se arrogaba el derecho a fusilar al coronel Haberle. Al interior de la dictadura empezó una seguidilla impresionante de presiones y conflictos, ya que Pinochet no quería acceder, pues para él era aceptar que le habíamos tomado la medida y prefería que se muriera ese weón antes que ceder, mientras que la mayoría de su club de gorilas, o sea, el grupo de generales más influyentes, pensaban que eso lastimaría su espíritu de cuerpo, debilitándolos a su interior, amén que mañana podía ser cualquiera de ellos. Mientras tanto, el coronel Haberle, quien estaba convencido que lo íbamos a matar, no hacía más que llorar y suplicar: «No me maten por favor, se los suplico, soy un buen cristiano y creo en Dios». Entonces lo encaramos diciéndole que ahora que sabía lo denigrante que era ser secuestrado, debía imaginarse lo atroz que era ser torturado y asesinado en cautiverio: «Como hace tu gente cuando secuestran a nuestra gente, ustedes han secuestrado torturado y asesinado a muchos. No te hagas el tonto que bien lo sabes...». Creo que pensaba que eso le haríamos a él y negaba con energía, llorando e implorando por su vida, hasta que cambió de cantaleta.

—¿Les puedo pedir un favor? —preguntó lacrimoso el coronel Haberle.

—Sí, diga —le respondí.

—¿Me traen una biblia? —pidió el coronel.

Entonces entró a hablar con él Roberto Nordenflycht, quien sutilmente le hizo creer que su seguridad dependía de su colaboración, pero en lugar de sólo darle la biblia que había solicitado, le entregó también el libro titulado Doctrina de Seguridad Nacional.

—¿Por qué me traen esto? —preguntó el coronel con miedo renovado.

—Para que veas lo que hacen ustedes, weón, ahí está todo en ese librito, tú lo sabes muy bien —le dijo con sequedad Roberto.

—No lo conozco —balbuceó el coronel.

—Mira, por tu bien, mejor dinos la verdad —le dijo en tono

amenazante Roberto, para enseguida preguntarle — ¿Cuántas veces has estado en Fort Benning y en Panamá?.

El tipo era un cobarde, pero no un tonto y se dio cuenta que Roberto le estaba haciendo preguntas de las cuales sabía las respuestas, por lo que reconoció que había estado en Panamá, que tomó cursos de Oficial de Estado Mayor en Estados Unidos, en la Escuela de las Américas en Fort Benning y a partir de ahí se soltó en una diarreya verbal, dando detalles de asesoramientos e intervenciones de los embajadores y cónsules gringos en las fuerzas armadas chilenas. También nos confirmó la autenticidad e importancia de los documentos hallados en su maletín, pues nos informó que: «Llegaron directamente del alto mando... ».

Una vez cumplidos los objetivos de difusión propuestos, nos volvimos a encontrar con el problema de cómo liberar al coronel Haberle, pues teníamos la certeza de que nada le gustaría más a Pinochet que cargarnos el muerto.

De nuevo recurrimos al arzobispo Juan Francisco Fresno, a quien llamamos por teléfono.

— Monseñor — le dijo una voz que se identificó como representante del Frente —, basado en que nosotros tenemos confianza en la iglesia le vamos a entregar al coronel Haberle.

— ¡No! — dijo Fresno en tono cortante — ¡Eso no va poder ser!

— Mire — le replicó la voz —, nosotros lo hacemos como un gesto de buena voluntad con la iglesia, pero también con el país, pero por el momento político que se vive confiamos solamente en usted para entregarle a Haberle.

— ¿Pero y qué pasa si Pinochet lo manda a matar? — dijo Fresno alterado.

— Difícilmente, no después que usted garantice que está vivo — le replicó la voz.

— ¿Pero cómo lo vamos a hacer? — preguntó aún dudando.

— Usted no se preocupe, nosotros se lo entregamos a domicilio — le dijo la voz dando por terminada la conversación y colgando la comunicación.

Hablé con el coronel Haberle y le informé que lo íbamos liberar, pero que debía colaborar en todo. Le dije: «Mira, nosotros no te vamos a matar, ya conseguimos lo que queríamos, pero la CNI te quie-

re matar, eso haría muy feliz a tu jefe Pinochet, ¿entiendes? Por eso necesitamos que colabores en todo para entregarte sano y salvo».

Así, cuatro días después de haber sido secuestrado, un atemorizado coronel Haberle fue liberado en la mismísima Catedral de Santiago y fue recibido por un sorprendido arzobispo Fresno, quien no podía creer que se lo estuviéramos entregando ahí. No sólo rompimos de nuevo su Estado de Sitio, sino que la forma del operativo del secuestro, en particular que nos hiciéramos pasar exitosamente por agentes de la CNI, les dejó claro a los generales que se les acababa la impunidad, que era sólo cuestión de que nosotros tomáramos la decisión para que cualquiera de ellos recibiera su castigo y como el miedo viaja ligero, incrementaron el número de guardias que los cuidaban y se atrincheraron en sus bunkers.

Sin embargo, si bien volvimos a fracturar el control de los medios de comunicación, nuestra acción difícilmente alcanzaba a opacar el golpe que nos propinó la dictadura un par de semanas antes. El cual, como resultado de una seguidilla de cagadas de nuestra parte, dio al traste con la operación que había involucrado al mayor número de compañeros y requerido del mayor esfuerzo logístico del Frente, tanto para la cobertura de la operación, el desembarco, el traslado y el escondite de los dos cargamentos de armas del exterior desembarcados en julio, en Carrizal. Fue el día 6 de agosto que cayó Carrizal, en donde nos agarraron poco más de 3 mil fusiles, 300 lanzacohetes, 2 mil granadas, decenas de ametralladoras pesadas y explosivos. Lo que más rabia me dio es que luego de haber logrado lo más difícil, el internar y ocultar el cargamento, el operativo fue descubierto por indisciplina y frivolidad de unos cuantos compañeros, como fue el caso de Alfredo Malbrich y su equipo.

No sólo nos dieron un golpe militar muy fuerte, sino que, además, la dictadura, mostrando el armamento incautado en Carrizal, evidenció nuestro fracaso y pudo montar un show mediático para desmoralizar al campo popular y meter miedo. Mientras que los socialistas de la parte de Lagos, que difícilmente podían ser considerados de izquierda, deslindándose de cualquier intento insurreccional, se subieron al escenario montado por la dictadura presentándose ante los yanquis y la socialdemocracia europea como los auténticos demócratas, como «buena gente». Tocando a nota con las preten-

siones de los gringos, se ostentaron como la fuerza política que no estaba en ninguno de los extremos de la polarización política chilena, buscando aislar a las fuerzas que con mayor radicalidad y con altísimo costo humano enfrentaban a la dictadura y poder capitalizar el enorme esfuerzo popular realizado para derribarla. Renunciaron explícitamente a derrotar a Pinochet, compartiendo el mismo temor que les producía a los yanquis, con el inefable Mr. Reagan como estandarte, a la alta jerarquía de la iglesia católica, con el Papa a la cabeza y a la derecha civil chilena, de que la dictadura fuera derrocada por la insurrección popular, pues ésta no se conformaría sólo con cambios de personas, sino que impondría un profundo cambio de régimen. Así, cuando la movilización popular se encontraba más cerca que nunca de vencer a la dictadura ¡renuncian a ello! y sellan su alianza con la centro-derecha chilena encabezada por los demócrata-cristianos, sellando el acuerdo continuista de sólo cambiarle la cara al régimen, es decir: mantener la espuria Constitución fascista de la dictadura, pero sin Pinochet a la cabeza.

Pinochet, por su parte, sin renunciar a su permanencia como jefe de la dictadura, hace un guiño a los gringos y asume como interlocutor válido a la Alianza Democrática, la cual eventualmente se disolverá en lo que luego se conocerá como la Concertación⁶⁵, excluyendo a la izquierda que políticamente estaba representada por el MIR y el Partido Comunista.

* * * * *

La caída de las armas en Carrizal y el golpe logístico y político que nos significó, aunado al declarado intento de Pinochet de mantenerse en el poder y a que un sector que había sido opositor a la dictadura se propusiera continuarla sin éste a la cabeza, propició que en el Frente se acelerara la acción del tiranicidio, es decir, el ajusticiamiento de Pinochet. Se consideró que era importante dar una respuesta contundente y pronta, cortando de tajo la cabeza de la dictadura, por lo que se definió que el atentado se realizara a finales de agosto. Para nosotros, como ya señalé, ajusticiar al tirano no era sólo un asunto de dignidad y de rescatar la tradición de nuestros ancestros de no dejarse avasallar por nadie, sino también de reinvin-

dicar el derecho inalienable de atentar contra el dictador, asumiendo que, de lograr ajusticiarlo, el costo humano, el número de bajas de la guerra contra la dictadura, sería menor.

El atentado iba a ser realizado el último domingo de agosto, pero murió Jorge Alessandri, un histórico derechista chileno, dirigente empresarial, hijo de un expresidente y a su vez también expresidente de Chile y quien entonces era un asesor e ideólogo importante de la dictadura, por lo cual Pinochet cambió su itinerario para asistir a las exequias y se tuvo que posponer el operativo hasta el siguiente fin de semana, esperando que, ahora sí, como hacía casi cada domingo, Pinochet se trasladara del Melocotón a Santiago.

El domingo 7 de septiembre de 1986 se realizó el atentado contra Pinochet, el cual, lamentablemente, no logró el objetivo planteado: ajusticiar al tirano. En esa operación no podíamos fallar, pues la cobardía de Pinochet nos había mostrado que, en ese caso, se cebaría contra el movimiento popular. Era matar a Pinochet o morir en el intento y creo que en ese fracaso se localiza un gran error del Frente. Quiero ser muy claro: ¡no me refiero a la decisión de ajusticiar a Pinochet! Entonces creía y sigo haciéndolo, que la decisión de emboscar y matar al jefe de la dictadura era correcta y necesaria, pero el diseño del atentado, desde el punto de vista militar, no fue del todo adecuado. Fui y seguiré siendo uno de los más grandes críticos del atentado, porque desde mi experiencia te puedo decir que en el operativo cometimos errores que eran previsibles y evitables y que llevaron a no concluir victoriosamente la operación. Como les dije a mis compañeros en un curso de formación militar que di meses después en la cárcel: «A pesar del inmenso cariño y admiración que le tengo al jefe del operativo, el atentado permite aprender más cosas por sus errores que por sus aciertos. La valentía de nuestros compañeros no está en duda, mucho menos la del jefe del operativo que se fajó bien, pero eso no quiere decir que no se haya equivocado, son dos cosas diferentes y hay que aprender de ello».

Es mi convicción que lugar de la emboscada fue muy bien elegido, en la carretera que iba de Santiago a una pequeña localidad de la cordillera ubicada en el valle del Cajón del Maipo, llamado El Melocotón y donde Pinochet se había construido una mansión de fin de semana. También el cierre de la comitiva se desarrolló de forma

impecable, con un vehículo remolcando una camper al frente y otro cerrando por detrás. Sin embargo, el atentado se realizó sólo a base de roquetazos, cuando debió incluir cargas proyectables, lo cual no sólo estaba originalmente planeado sino que, incluso, con un trabajo tremendo, ya se había hecho un túnel para ello en la carretera que luego no se usó. Además, como en su momento le planteé al jefe del operativo, el Chele, José Valenzuela Levi, podía resolverse de manera aún más sencilla con sólo hacer tres pequeños hoyos y colocar en cada uno un balón de gas relleno de explosivo y metralla, mina casera antitanque que ya habíamos probado contra una camioneta blindada de pagos de la policía y la cual se dio vuelta. Sin embargo, cuando se lo planteé, él me dijo: «No, Gitano, la vanguardia de Pinochet las va a detectar, tú sabes que mandan vehículos antes revisando». Le respondí que no sería así si se hacía bien y que con 15 kilos de explosivos, distribuidos en tres cargas proyectables, voltearía los carros y seguramente ni un tiro fuera necesario, pues a Pinochet lo reventaría adentro de su blindado.

De cualquier manera, se decidió hacerlo a base de roquetazos, pero incluso para ello, en lugar de los LAW que llevaron, se debieron usar lanzacohetes RPG, porque los LAW desarrollan su máxima potencia explosiva después de los 45 metros y la distancia que había entre los autos y los tiradores era cercana a los 20 metros, mientras que un RPG requiere sólo de 20 metros para alcanzar su máxima potencia, o sea, menos de la mitad de la distancia que un LAW y que era justo el espacio que había entre los tiradores y el blanco. Aunque es posible que el cohete que pegó en el auto de Pinochet estuviera en mal estado y por eso no explotó, lo cierto es que no tenían la distancia necesaria. Además, al menos se debió llevar una ametralladora pesada punto 50, para poder traspasar el blindaje de los vidrios y evitar lo que le pasó a Jorge, quien, al darse cuenta de que el roquetazo no explotó, se bajó de la loma y le disparó el cargador entero de su M16 a una ventana del auto de Pinochet, estrellando los vidrios, pero sin lograr que entrara ni una bala. Lo que hubiera sido muy distinto de haber sido con una punto 50. Amén que las armas ligeras también fueron mal escogidas, llevaron M16, de calibre 5.56, en lugar de llevar AK y FAL que son más potentes y cuyo calibre es 7.62x39 y 7.62x51.

Además, si bien es cierto que en la emboscada participaron hermanos de quienes me consta su gran experiencia y arrojo, como por ejemplo Mauricio Arenas Bejas (*Joaquín*), Juan Moreno Ávila (*Sacha*), Fabiola (la *Negra*), Mauricio Hernández (*Ramiro*), Arnaldo Arenas Bejas (*Milton*), Víctor Díaz Caro (*Alonso*) o Jorge (*Tarzán*), estoy convencido que faltó reforzar la columna con otros combatientes que eran también experimentados y aguerridos, sobre todo con compas que eran excelentes tiradores con RPG.

También debo decir, sin duda alguna, que el jefe del operativo, el *Chele* José Valenzuela Levi, era uno de los más preparados y curtidos combatientes que tenía el Frente, quien había egresado como uno de los mejores alumnos de la escuela de oficiales de Bulgaria y fuera, junto con Manuel Ubilla y Raúl Pellegrín, uno de nuestros más destacados combatientes en la lucha en Nicaragua en las filas del FSLN. José Valenzuela Levi, el *Chele*, era un hombre valiente, inteligente y con experiencia de combate. Es más, durante la emboscada a Pinochet, mientras que por órdenes tuyas todos los compas estaban pecho tierra, él nunca se acostó a pesar del riesgo de recibir alguna bala loca y lo que me contó uno de ellos lo pinta de cuerpo entero: «el Chele parecía que estaba en la feria de San Jazmín, de lo más tranquilo, como disfrutando de una fiesta». Su valor y experiencia no están a discusión. Era un weón muy sereno y arrojado.

Te cuento que a José Valenzuela Levi lo conocí cuando yo comandaba en el Frente la zona central y él, como Jefe del Estado Mayor de esa misma zona, era entonces mi segundo. Me impresionó desde el primer momento y eso que conocí a muchos compañeros en nuestra guerra, pero el Chele era uno de esos compas que a la hora de los tiros siempre quieres tener a tu lado, mi confianza en él era total. Recuerdo que la primera vez que llegó conmigo, muy serio se me cuadró militarmente y yo, entre la risa y la vergüenza, le dije: «Oye, compadre, tranquilo». Como siguió haciéndolo y yo insistiéndole en que no lo hiciera, pues además de no estar acostumbrado a algo así, me daba siempre la misma vergüenza con él, un día me dijo: «No me prohíbas que te salude así, tú eres mi jefe weón y para mí los jefes son los jefes y así se les saluda». Sin embargo, su formalidad militar no le quitaba ni un milímetro a su gran sencillez y humildad y por ejemplo, cada vez que yo me refería a su preparación y expe-

riencia militares, él siempre me replicaba expresando su admiración por lo que nosotros habíamos logrado hacer sin ninguna formación militar: «No, hermano, yo siento un profundo respeto por ustedes, porque, mira Gitano, yo soy militar de carrera, estudié cinco años, pero ustedes se hicieron combatientes en la universidad de la vida. Nosotros, mientras estábamos en Europa y luego en Cuba, conocimos lo que ustedes hacían acá y la verdad es que, a su lado, yo soy un comemierda».

Recuerdo también que poco después de conocernos, en una noche en la que exploramos un puente que luego volamos, estuvimos platicando largamente hasta el amanecer. Sobre todo porque él insistía en que le contara los detalles de diversas acciones que habíamos realizado y en casi en todas, con expresión de asombro y moviendo en sentido negativo la cabeza decía: «No lo puedo creer, ¡estaban locos de remate!». Por cierto que al terminar la exploración, me dijo algo en lo que siempre José Miguel me estaba insistiendo: «Tú no vas a venir a botar este puente, eh, yo vengo weón, tú no puedes venir, esa es una de tus obligaciones como jefe».

Sin embargo, con todo el cariño y el respeto que me merecía el Chele, debo decir que en esa acción teníamos que jugárnosla con los mejores y lograr el objetivo al costo que fuera. Me refiero a que se debieron escoger entre las varias decenas de compañeros que tenían la experiencia necesaria para estar ahí, para empezar, a la pila de compas del Frente que eran oficiales de carrera y que combatieron a la Contra en Nicaragua o que lucharon en El Salvador, como por ejemplo el *Caballo*, el *Huevo*, el *Negro Mambí*, *Arturo* o el *Mago* y que le tenían mucha fe al Chele, además de que se contaba con otro tanto de compañeros que no hicieron cursos de oficiales, pero que se habían ganado el grado de oficial en el combate mismo y que querían participar.

La experiencia de fuego no se compra en la farmacia ni se inculca en ampollitas de información, ¡se tiene que vivir!, pues en una proporción muy alta no es transferible discursivamente, sobre todo en cuanto al manejo de las emociones y los reflejos que permiten reacciones adecuadas en momentos de mucha tensión y que son condicionados por la experiencia. No entiendo por qué incorporaron a cabros que no tenían experiencia de combate, si bien habían tomado

algunos cursos no tenía las vivencias que realmente te forjan. Además de que se contaba con compañeros que con un RPG le pegaban a lo que sea y que, sin discusión, debieron ir. Claro, nadie es adivino y es imposible saber qué hubiera pasado si los 20 que participaron en el atentado hubieran sido los combatientes más avezados, pues nunca hay garantía de éxito, pero sí sabemos, por experiencia, que era necesario, posible y que disminuiría las probabilidades de fracaso. Al atentado sólo debieron ir compañeros que estuvieran curtidos en el combate y ese debió ser el principal criterio de selección. Mi frustración mayor es que así se lo planteé al Chele e incluso le sugerí nombres de compas, incluyendo el mío propio.

Esto último se liga con algo que debió ocurrir y es que si se te escapa el tirano de la emboscada, lo sigues hasta hacerlo volar a roquetazos o morir en el intento. Al menos sé que eso es lo que hubieran hecho varios de los que dejaron fuera del operativo y que pidieron estar. Lo hubieran seguido hasta su casa y de ser necesario hasta el baño de su recámara.

Ahora bien, también debo decir que, al igual que el cierre inicial de la caravana de Pinochet, la retirada de la emboscada, que encarnaba el mayor peligro de toda la operación, fue planeada con ingenio y audacia y fue realizada impecablemente, pasando incluso frente a las narices de los cuerpos represivos sin que estos se dieran cuenta. Los compas salieron rumbo a Santiago en vehículos a los que les colocaron balizas de policía en los techos, iguales a los que utilizaba la CNI, con sirenas policiales encendidas, a toda velocidad y con varios de ellos asomados por las ventanillas mostrando ostensiblemente sus armas largas. Incluso toparon con un retén policial al que llegaron haciendo señas urgentes para que les abrieran el paso, el cual les flanquearon sin dudar. Además, en su ruta a Santiago se cruzaron con varios vehículos de carabineros, de la CNI y de militares, logrando lo que habían planeado: hacerse pasar por agentes de seguridad. Por cierto que la encargada de todo el montaje logístico fue Cecilia Magni Camino, nuestra siempre amorosa y valiente *Tamara*.

Además, es necesario decir que el poderoso aparato de espionaje e inteligencia de la dictadura, enfocado en el Frente desde hacía ya dos años, no pudo detectar una operación que llevaba meses de estarse preparando, mostrando que, contrario a lo que presumían,

su infiltración al Frente estaba aún muy lejos de lograr hacernos un daño importante, porque prácticamente no existía. Si Pinochet se salvó no fue por su aparato de inteligencia ni por la valentía de su guardia personal, quienes se mostraron como unos cobardes de cepa. Todos eran comandos, supuestamente muy aguerridos, pero metieron la cabeza en un agujero mientras duró el operativo y ahí la mantuvieron incluso cuando los compas se bajaron del cerro y se subieron a los vehículos. La postura oficial y la prensa controlada hablaron de: «La heroica resistencia que opuso al ataque terrorista el personal de escolta», la cual consistió en esconderse como conejos asustados, esperar a que se fueran nuestros compañeros e iniciar una tremenda balacera contra el cerro ya vacío, sabiendo que le disparaban a puro fantasma y haciéndole al cuento durante un buen rato para simular que habían combatido. Por ello, a pesar de que no se esperaba que así ocurriera y que nuestros combatientes fueran con la idea de que sus posibilidades de morir eran del 95%, el saldo de la emboscada para nosotros fue blanco, mientras que de su parte tuvieron cinco bajas mortales y una docena de heridos. Pinochet se salvó por fallas nuestras y una dosis importante de suerte, no por su aparato de inteligencia ni por sus cobardes escoltas.

* * * * *

Inmediatamente después del atentado, la dictadura declaró el Estado de Sitio y desató una cacería de brujas que empezó esa misma noche, cuando en la madrugada sacaron de sus casas y asesinaron a Gastón Vidaurrázaga y José Carrasco, militantes del MIR y a Felipe Rivera y Abraham Muskatblit, del Partido Comunista. El más conocido de ellos era *Pepe* Carrasco, un destacado periodista que estuvo exiliado en México y que tenía una pluma valiente y aguda. Varios más salvaron su vida sólo porque no los localizaron cuando los escuadrones de la muerte de Pinochet fueron por ellos. También detuvieron a una gran cantidad de dirigentes políticos y opositores a la dictadura, aunque los soltaron pronto, incluyendo a algunos de los que habían aceptado pactar con la dictadura, como fue el caso de Ricardo Lagos, quien después será presidente de Chile en el año 2000.

Venían por nosotros con todo y nos golpearon duro. Nuevamente se juntaron la crueldad de la dictadura y errores nuestros. Así, por un exceso de confianza, que es el error más común y peligroso en la clandestinidad, poco más de un mes después del atentado a Pinochet, fueron detenidos cinco compañeros que habían participado en el intento de tiranicidio. Por no cumplir con las normas de seguridad, la Policía de Investigaciones identificó a Juan Moreno Ávila, el Sacha, a través de una huella dactilar encontrada en una botella que dejaron los combatientes en la casa del acuartelamiento y en la noche del día 21 de octubre allanaron la casa de su madre a quién se llevaron al Cuartel Central de la Policía de Investigaciones. Además, indebidamente, ella sabía dónde se alojaba él con su pareja e hija de 5 meses y en la tortura entregó esa información. A Sacha yo lo conocía bastante bien, pues en varias ocasiones hizo cursos con nosotros, era un buen combatiente, pero aún así, cuando fue detenido y torturado junto con su familia, informó de la ubicación de sus compañeros de grupo: Lenin Peralta Veliz, Víctor Díaz Caro, Arnaldo Arenas Bejas y Jorge Angulo González, quienes fueron detenidos, torturados brutalmente y finalmente puestos a disposición de un tribunal militar. Un mes después, fue detenido Vasili Carrillo, acusado de participar en el atentado a Pinochet y del internamiento de armas en Carrizal, a quien sometieron a intensas torturas durante un mes, para luego de hospitalizarlo ponerlo a disposición del fiscal militar. En diciembre cayeron presos una decena más de compañeros, entre los que recuerdo a Manuel Ubilla, Carlos Pino, Luis Melo, Gina Cerda, Elba Salinas, Patricia Herreros, Carlos Miño y Alejandro Aravena, pero de acuerdo a la Vicaría de la Solidaridad ese mes hubo ⁶⁶ arrestos en diferentes ciudades del país.

La dictadura encarceló a decenas de combatientes del Frente y de izquierda, pero su venganza mayor vendría casi un año después, en junio de 1987, cuando entre los días 15 y 16 de ese mes asesinó a doce compañeros nuestros en menos de 24 horas. Conocida como la Matanza de Corpus Christi, se trató de una acción concertada de aniquilamiento de combatientes del Frente, denominada por la dictadura como Operación Albania. Luego también se pudo saber que el jefe del operativo fue el comandante del cuartel Borgoño de la CNI, el mayor Álvaro Julio Corbalán Castilla, también conocido como

Álvaro Valenzuela Torres, quien al desatar el operativo arengó a sus hombres diciendo: «El cóndor quiere carne».

Al primero que asesinaron fue a Ignacio Valenzuela Pohorecky, que para entonces era miembro de la dirección nacional del Frente y conocido como el comandante *Benito*. Mi querido compadre cayó muy cerca de la casa de su madre, en Las Condes, al mediodía del 15 de junio y ametrallado por la espalda desde dos autos. Los tiros que nunca le echaron cuando Ignacio los combatió de frente, los cobardes de la CNI se los tiraron por la espalda y desde un auto. Por la tarde, también en la calle y de un tiro a corta distancia en la cabeza, fue asesinado por agentes de la CNI Patricio Acosta y por la noche entraron al departamento donde Julio Guerra rentaba una pieza, quien, indefenso, fue ejecutado de dos tiros en la cara.

En los primeros minutos del día 16, decenas de agentes de la CNI rodearon una casa donde teníamos una escuela del Frente, pero cuando intentaron entrar fueron repelidos por Wilson Henríquez Gállegos y Juan Henríquez Araya, permitiendo que varios de los compañeros que estaban ahí lograran escapar. Juan murió en la balacera y Wilson, herido e indefenso, fue brutalmente golpeado y luego ejecutado. Esa madrugada también fueron asesinados Esther Cabrera, Elizabeth Escobar, Patricia Quiroz, Ricardo Rivera, Manuel Valencia, Ricardo Silva y José Valenzuela Levi, el valiente Chele, también miembro de la dirección nacional, jefe del atentado a Pinochet y conocido como el comandante *Ernesto*. Todos ellos habían sido detenidos en distintos lugares, algunos durante la tarde del día anterior, como fue el caso de Ricardo Rivera y José Valenzuela Levi, pero a los siete los llevaron al cuartel de Borgoño de la CNI, donde los torturaron, para luego, cerca del amanecer, trasladarlos a una casa abandonada, en Recoleta, donde los ejecutaron. De acuerdo con los testimonios de vecinos del lugar, a nuestros compañeros iban descalzos y con las manos amarradas a la espalda cuando fueron metidos a esa casa por agentes de la CNI. A pesar de toda la evidencia en su contra, la dictadura afirmó que los doce asesinados ese día: «Murieron como resultado de cinco enfrentamientos».

Casi tres meses después, entre el 9 y el 10 de septiembre de 1987 y como respuesta al secuestro del coronel Carlos Carreño⁶⁶, en otro operativo asesino de la dictadura fueron detenidos, torturados y des-

aparecidos cinco compañeros desde el cuartel Borgoño de la CNI, entre los que se encontraba Gonzalo Fuenzalida Navarrete, nuestro muy querido, valeroso y siempre alegre Manzanita, compañero de múltiples batallas y hermano de Lito, así como los compas José Peña Maltés, Julio Muñoz Otárola, Alejandro Pinochet Arenas y Manuel Sepúlveda Sánchez. Por cierto que de acuerdo con el testimonio dado en 2006 por uno de los pilotos de más confianza de Pinochet, conocido como el *Chino* Campos, se pudo saber que los cuerpos de los cinco compañeros le fueron entregados a él en el cuartel militar de Peldehue, al norte de Santiago, donde luego de meterlos en unos sacos y amarrarles un riel de acero, fueron subidos a un helicóptero de uso personal de Pinochet y arrojados al mar.

* * * * *

El atentado fallido a Pinochet propició también un reacomodo de fuerzas. Al tiempo que la dictadura, cobijada por los gringos y la alta jerarquía católica, incluyendo al Papa que fue a darle la mano y la comunión al dictador, desataba una sangrienta cacería en contra nuestra, en abierta y grotesca lambisconería con los gringos y la derecha chilena, Lagos y compañía, de Alianza Democrática, utilizaron el atentado para profundizar su deslinde y hacer definitivo el aislamiento del Partido Comunista, el MIR y las organizaciones sociales que con mayor consistencia enfrentaban a la dictadura. Además de que se produjo, aunque no sólo por el atentado fallido, sino también por el reacomodo de las fuerzas políticas que ya se venía dando, una desmovilización popular sin precedentes, una parálisis en la que parecía que Chile no se movería ni con un terremoto.

Pero eso no fue lo peor para nosotros, pues estábamos acostumbrados a ir a contracorriente, lo más difícil fue enfrentarnos al desánimo y al enojo de una parte de nuestro pueblo por haber fallado en el intento de matar a Pinochet. Más allá de que a nosotros nos parecía injusto y de que sigo convencido de que en más de un sentido lo era, como dijera José Miguel, hablando de la cacería desatada en contra nuestra y de nuestros compas asesinados: «A los rodriguistas, a los patriotas, la historia no los juzgará por no luchar y las futuras generaciones recordarán esta decisión histórica en esta hora infinita

de vergüenza nacional». Y debo agregar, con respecto al atentado a Pinochet, que el Frente tuvo el valor de atentar contra el tirano, con la clara conciencia de todos los compas que participaron de que las posibilidades de sobrevivencia eran casi nulas, mostrando una gran audacia y capacidad de acción que dejó en ridículo al aparato de seguridad pinochetista y evidenció la cobardía de sus bien entrenados *comandos* a la hora del combate frontal

Sin embargo, a pesar de todo ello, hoy creo entender que la gente tenía razón en estar enojada con nosotros por haberlo dejado ir vivo, o sea, que en esa acción no teníamos derecho a fallar y con ello propiciar el fortalecimiento de Pinochet, quien, revitalizando su accionar represivo, produjo una nueva ola de terror que lastimó a mucha gente, entre desaparecidos, muertos, presos y torturados. Amén de la gran desilusión que generó en el pueblo combatiente y que significó un durísimo golpe anímico.

Para colmo, en la dirección del Partido Comunista, en vez de asumir la cagada junto con el Frente, se hacen los weones y se dejan llevar por el canto de sirenas de la centro derecha y de los socialistas de Lagos, que dicho sea de paso era claro que no los convocaban a ellos. No asumen ninguna responsabilidad ni plantean ninguna iniciativa y el Partido entra en un estado catatónico, al igual que el Frente, que, si bien sí asumía su responsabilidad, en la confusión también se inmovilizó. Venían por nosotros y estábamos muy expuestos, aislados y paralizados y eso que se suponía que nosotros éramos la vanguardia ¿no?

Estábamos en una situación pre-insurreccional y de pronto todo se fue a la mierda. Del jolgorio al llanto y de la acción a la parálisis, con el agravante de que no valoramos el drástico cambio del momento político y no logramos asumir que en Chile había un antes y un después del atentado.

* * * * *

Habían pasado casi tres meses del atentado y escaso mes y medio de estar viviendo junto con mi compañera Roxana y nuestra recién nacida hija Tania en la ciudad de Curicó, cuando noté que me andaban siguiendo. Supe que era momento de moverse de ahí,

pero como estaba convencido que había logrado evitar que supieran dónde vivía, pensé que aún teníamos un par de días para hacerlo. Recuerdo que le dije a mi mujer: «Me andan siguiendo, mañana o pasado te vas con tu familia, antes que ubiquen la casa».

Al día siguiente, el miércoles 3 de diciembre de 1986, salí temprano en la mañana y me fui a contactar con unos compañeros a Rancagua, a unos 80 kilómetros al sur de Santiago. Cuando regresé, como a las 7 de la noche del día siguiente, me bajé del bus y empecé a caminar hacia mi casa como siempre lo hacía, cortando calles y utilizando como espejo la vitrina de una panadería, que estaba como a cuatro calles, para contra-chechar si alguien me estaba siguiendo. Entré, compré pan y al salir pasé a una pastelería que estaba junto y que tenía muy pocos días de haberse abierto y era atendida por unas minas guapísimas, de las cuales siempre sospeché que me estaban vigilando, pues estando yo tan feo, me coqueteaban y me hacían plática como si yo fuera un galán de cine. Al salir de la pastelería tuve la certeza que me estaban siguiendo, pues un tipo que había visto en mi contra-chequeo echó a andar detrás de mí, por lo que decidí doblar en la esquina siguiente y ver si también doblaba. Sin embargo, al dar vuelta vi que de frente a mí venía otro agente y que detrás de él arrancaba una camioneta llena de chanchos, entonces saqué la pistola y se desató una balacera tremenda.

Mientras disparaba, eché a correr buscando dónde meterme o brincar para tratar de salirme del cerco, pero en segundos llegaron varias camionetas más que me cerraron cualquier salida y se llenó de weones que me disparaban por todos lados. Calculo que eran como unos treinta agentes, pero que, después me quedó claro, no me tiraban a matar, pues para ese momento, si esa fuera su intención yo estaría hecho una coladera. Me pegaron un tiro en la pierna y caí, intenté disparar de nuevo pero ya no tenía balas y no podía correr. Así, llegó el primer weón que quiso someterme, pero como yo todavía tenía la pistola en la mano, le puse tremendo cachazo en la cara y cayó junto a mí con la boca reventada. Eso fue lo último que vi, de inmediato me cayeron encima un montón de weones que me sacaron la chucha a patadas, me amarraron las manos a la espalda, me taparon los ojos con cinta canela, me echaron en una camioneta y me llevaron a un cuartel.

En las horas que siguieron, por distintos comentarios que alcancé a escuchar, me enteré que estaba en una cuartel clandestino de la CNI que tenían en Talca; que llevaban más de dos meses trabajando en mi seguimiento y que habían desplegado un centenar de efectivos para mi captura; también supe que me había equivocado, mi casa la tenían ubicada desde hacía ya varias semanas y que la orden que tenían era la de agarrarme vivo, pues estaban seguros que yo había sido el jefe del atentado a Pinochet. Luego supe que a Roxana también la detuvieron y que se la llevaron detenida y la torturaron, además de que sacaron todas las tablas que forraban la pequeña habitación donde vivíamos, tanto de las paredes como del piso y el entretecho, buscando armas, explosivos o documentos.

La bienvenida al lugar me la dio el mismo tipo al que le abrí la boca, no sé si sería algún jefecillo o sencillamente era algo común de sus venganzas particulares. Me tenían desnudo y con los ojos tapados, entonces me pusieron contra unas maderas, me abrieron las piernas y el tipo aquel, después de identificarse como el agraviado, me puso tal patada entre las piernas que me subió los testículos a la cabeza y me desmayé. Dosis que repitieron tres veces después de echarme una cubetada de agua para que recuperara el conocimiento.

Durante las siguientes horas, que calculo habrán sido entre tres y cinco, me dieron algunos toques de corriente eléctrica y me golpearon por todo el cuerpo. A intervalos, afirmando saber todo acerca de mí, me pedían que les dijera mi sobrenombre y rango en la estructura del Frente, a lo que yo les respondía que era jefe regional de la Juventud Comunista en Santiago. Me estaba haciendo a la idea de que no me sería tan complicado aguantar las 48 horas indispensables para que mis compas asumieran que había caído en manos del enemigo y se pusieran a resguardo, cuando de pronto hubo un gran revuelo y entraron unos tipos que venían de Santiago y sentí un cambio radical. Estos no venían con ánimo de perder el tiempo y comenzó la tortura en serio. Sus voces se me quedaron perfectamente grabadas y después pude conectarlas con sus rostros y más tarde con sus nombres. Eran Julio Corbalán Castilla, el carnicero que entonces operaba como jefe ejecutivo de la CNI y su segundo, Joaquín Molina, quien dos

años después, en noviembre de 1988, muriera asesinado a manos del hijo del general Manuel Contreras, Manuel Contreras Valdebenito, por un lío de faldas de éste último con la hija de Molina.

Lo primero que me dijo Corbalán fue: «Déjate de weadas, sabemos quién eres, así que empieza por decirme todo acerca del atentado a mi general, ya sabemos que eres miembro de la dirección nacional del Frente y jefe del atentado». Me di cuenta que no sabían nada, su afirmación lo delataba, le reiteré que yo era dirigente de la Jota y de inmediato me colgaron y empezaron a descargarme corriente eléctrica, pero ahora sin parar y no sé por cuánto tiempo. El que más me preguntaba era Corbalán y en segundo lugar Molina, al cual yo reconocía por un par de características constantes y peculiares. Tenía unas manos enormes y siempre que llegaba me golpeaba con un aplauso simultáneo en las dos orejas, como si golpeara los platillos de una orquesta. Como yo estaba colgado boca abajo, con todo el cuerpo acalambrado y la sangre concentrada en la cabeza, sus aplausos me dolían muchísimo y me dejaba retumbando el cerebro. Además, después de ese saludo manual, siempre culminaba diciendo: «¿Ya sabes quién llegó, verdad? Llegó Dios, hijo de puta, engendro entre puta y paralítica, mansas marcas...». Siempre se refería a mí inventando epítetos estúpidos, que seguramente le parecían muy originales y terriblemente denigrantes. Por ejemplo, me decía cosas como: «Engendro entre elefante y ratón... Engendro entre rana y sapo...» y siempre remataba sus epítetos con una cosa que nunca entendí: «mansas marcas» Fue tanto el odio que le agarré a este tipo, que fue con el primero, que cada que aparecía, yo me decía: «A este hijo de puta lo voy a matar». Lo cual sin lugar a dudas me ayudó a sobrevivir; porque por momentos sólo la idea de que podría escapar y matar a alguno de esos cobardes me mantuvo alerta y quizá hasta vivo y constantemente me repetía: «Fuga, fuga, fuga...». Cuando, ya estando en la cárcel, me enteré que lo habían asesinado, enojado pensé: «Se me fue ese conchaesumadre».

Quizá también movido por ese odio, al principio yo la cagaba cuando me aventaba las descargas de electricidad, apretaba los dientes y no gritaba, pues no quería darle el gusto de escucharme gritar de dolor. Pero entonces, el mal nacido decía: «A este weón no le duele, póngale más al conchaesumadre...». Entonces empecé a gritar

a discreción y me di cuenta que no era menos doloroso, pero que me permitía desahogarme.

La corriente normalmente me la daban en una especie de cama de metal, cuyo colchón eran unos tubos metálicos sobre los que me colocaban con las piernas y los brazos estirados y abiertos, sujetado de tobillos y muñecas con unos gruesos cinchos de plástico o cuero, pues cuando te avientan la corriente te jaloneas fuertísimo. Además del dolor inmediato y de la horrible sensación que te produce entrando y sacudiendo tu cuerpo, la corriente eléctrica te va secando y a tal punto te deshidrata que no puedes ni hablar. Recuerdo muy bien que, como me empecé a desmayar más continuamente, traían a un médico para reanimarme y revisarme, el cual me parecía el ser más despreciable del planeta y al que también le juré sentencia de muerte. Así, en una de las ocasiones en la que el médico me hizo reaccionar, yo estaba sobre la cama de tubos desamarrado y el hijo de puta doctor, que estaba parado mirándome, me preguntó: «¿Dónde te duele?». Yo estaba hecho una mierda y me dolía todo, pero poniéndome la mano sobre el pecho le dije: «Aquí». El doctor se acercó y se inclinó hacia mí, por lo que aproveché para darle un golpe en la cara, el cual, por mi debilidad, no debió ser muy fuerte, pero me hizo sentirme muy pero muy bien. Recuperado de la sorpresa, pero muy enojado, el doctor aquel emitió su diagnóstico y recomendó un pronóstico: «Pueden seguir, pero después maten a este indio culiao», y por supuesto que me dieron otra intensa sesión de caricias.

Lo cierto es que nada en la vida me podría haber preparado para los distintos tipos de tormentos que me aplicaron, por ejemplo, cuando los cobardes me atravesaron las rodillas con unos fierros con punta y de ahí me colgaron, como borrego en el matadero y a lo cual ellos llamaban «Pau de arara»⁶⁷. Otra de las cosas más dolorosas que me hicieron fue meterme una punta de metal gruesa en la herida de bala de la pierna, para luego aventarle corriente. Sin embargo, lo más brutal, más aún que la corriente en los testículos y dentro del pene, fueron dos cosas: cuando me atravesaron la lengua con un fierro y lo conectaron a la corriente eléctrica y cuando, después de meterme un tubo por el ano y de llenarme de agua con una manguera, le conectaron la corriente eléctrica. Después me sentía como si me hubiera cogido un burro cimarrón, me dolía muchísimo y no podía caminar.

Los miserables, que por cierto siempre olían a trago, me hicieron de todo. Fue una cosa horrorosa. Además de que llega un momento en que no sabes si dijiste algo, si lo pensaste, si lo soñaste o si te lo dijeron ellos, el dolor te aturde y lo único que quieres es que te peguen un balazo. Tan es así, que no como un desplante de valentía sino como un ruego que me salió del alma, en una ocasión les pedí a gritos que me mataran, error que no volví a cometer, pues la respuesta fue: «Mira, este conchaesumadre además quiere descansar».

Mientras más te humillan es mejor para ellos. Estás completamente a su merced, absolutamente indefenso, en la desigualdad más absoluta y frente a unos weones para quienes la crueldad y la cobardía no tienen límites. Su intención es destruir la percepción que tienes de ti mismo, despersonalizarte. La lógica es acabar con tu resistencia a base de dolor y humillación. Lastimar tu cuerpo, que por momentos te parece incluso ajeno, no es un fin en sí mismo, sino un medio para que el dolor debilite tu mente y ésta finalmente se rinda ante la constante humillación. Se trata de debilitarte y humillarte hasta que te quiebres.

Para poder aguantar, decidí que debía decirles alguna cosa que pudiera interesarles, pero que no pudieran utilizar. Lo cual hice varias veces, ya fuera para ganar tiempo, descansar de la tortura y aclarar un poco mi mente o con el ánimo suicida de provocarlos y lograr que se les fuera la mano y acabaran conmigo, porque cuando me sentía desfallecer, me repetía a mí mismo lo que fanfarronamente solía decirle a mis compañeros: «Cuando eres jefe, estás condenado a comértela toda, weón, si no, no sirves para esto, o sea, tienes que asumir que te van a partir el culo y tu única meta es que te lo partan peor para que te mueras».

Así, cuando me pusieron un video con el interrogatorio de un compa del Frente que les decía que el jefe de operaciones especiales era el comandante *César* y que éste era tan echado para adelante que se peinaba con fusiles y se secaba el pelo con un RPG y luego me mostraron un cuadro con una estructura piramidal, que se suponía era la estructura organizativa del Frente, en la que me ponían como el comandante César y miembro de la dirección nacional, entonces les dije que yo era el comandante *Orlando*. Lo cual los sorprendió mucho, pues no tenían registrado por ningún lado que hubiera un tal

comandante Orlando. Ellos estaban adivinando y no tenían realmente identificado quién era el comandante César, que era uno de los varios nombres chapa que yo usaba y que me lo cambiaba constantemente, pero tampoco tenía registrado a ningún comandante Orlando, hasta entonces no había ningún weón que se identificara así en el Frente y a mí me dio un pequeño respiro.

Recuerdo que al finalizar el video, en tono burlón uno de ellos me preguntó: «¿Tú crees que el famoso Comandante César es pulentito^{68?}». A lo que muy serio le respondí repitiendo las palabras del compa en el video: «Claro, mi jefe se peina con fusiles y se seca el pelo con un RPG». Entonces me preguntaron por un tal Leonel y por una docena más de sobrenombres de compas de la estructura que yo comandaba, me hice el weón hasta que pusieron frente a mí una lista, escrita por mi puño y letra y como con ochenta sobrenombres, supe que tenían en sus manos eso que nosotros llamábamos refrendario, que era una lista con los seudónimos de los compas bajo tu mando y que yo tenía escondida dentro de un macetero en el patio de la casa que rentaba con mi compañera cuando me agarraron. Entonces empecé a describirles a futbolistas del Colocolo y de la Unión Española mientras unos tipos hacían los retratos hablados correspondientes. Lo hice así, porque ponerse a inventar caras no resulta fácil, es mucho mejor describir a alguien en concreto, además de que si me hubiera inventado rostros me habrían descubierto de inmediato, pues yo estaba muy cansado mientras que ellos se rotaban después de unas cuatro horas y regresaban bien frescos unas ocho o doce horas después. Sin embargo, cuando pensé que había logrado engañarlos y empecé a saborear el dulce sabor de la victoria, alguien se dio cuenta y uno de ellos regresó furioso diciendo: «Este conchaesumadre nos está metiendo el pico en el ojo, este weón nos dio al Colocolo». En consecuencia, me regresaron a la cama de metal y por poco logro el cometido de que me partieran el culo hasta matarme.

En otro momento, después de una sesión bestial y estando a punto de rendirme, les ofrecí entregarles un buzón de armas en el monte, en el cual, les aseguré, había explosivos, cajas con fusiles AK y M16, varios lanzacohetes RPG-7 y lanzagranadas M79. Para llevarme a identificar el lugar, me quitaron la venda de los ojos y me pusieron unos lentes que estaban tapados con papel y que no

me permitía ver hacia adelante, pero sí hacia abajo, nada más para mirar por dónde iba pisando. Fuimos en auto a la montaña y luego seguimos a pie como unas tres horas, durante las cuales disfruté enormemente la caminata, respirando muy hondo el aire fresco de la montaña. Por momentos me permitieron quitarme los lentes para orientarme y luego para determinar el lugar del campamento. Así, más porque ellos empezaban a mostrar signos de desesperación, que porque yo quisiera detenerme, fue que les dije que habíamos llegado y que estaba seguro que ahí era. Les indiqué donde estaban enterradas las armas y pusieron a cavar a un grupo de militares que habían sacado del regimiento de San Fernando. Conforme agrandaban el hoyo, los de la CNI incrementaban también el tono de sus insultos y de sus amenazas hacia mí, pero yo, muy serio, insistía en que el buzón estaba ahí, pero que lo habíamos hecho profundo para evitar que pudiera ser detectado por el perro de algún campesino.

Mientras tanto, a mí me mantuvieron rodeado y sentado, con los lentes tapados puestos, pero yo constantemente bajaba la cabeza para que se resbalaran un poco y me permitiera ver lo que ocurría. Fue durante ese lapso que me llevé una tremenda sorpresa: como a unos diez o quince metros, no más, de donde yo estaba, vi a un tipo que se reía con ojos achinados y tuve la certeza de haberlo reconocido. Juré que se trataba de un compa del Frente, Luis Arriagada⁶⁹, conocido como el *Bigote* y de golpe recordé que unas semanas atrás, estando yo en Santiago y mientras me dirigía en el Metro a una reunión de la dirección, de pronto alguien me llamó: «¡Gitano!». Me hice el sordo, porque era típico de los organismos de seguridad llamarte por tu nombre para tener la certeza de identificarte y si volteas estás frito. Me metí al tren y empecé a recorrer las caras de los demás pasajeros, hasta que me topé con la del Bigote que también me miraba. Un rato después me senté a su lado y le dije: «¿Eres weón o te haces, cómo me gritas así en medio de tanta gente?». Él se disculpó y no le di más importancia, pero al estar seguro de que era a él a quien acababa de ver con los de la CNI en el monte, llegué a la conclusión de que él me había delatado.

Con esa convicción en mi cabeza y a punta de patadas, me bajaron de la montaña y me regresaron al suplicio, pues finalmente, después de cavar cerca de cinco horas, uno de ellos dijo: «Ya, weón,

vámonos, este hijo de puta nos metió el pico en el ojo otra vez» y dirigiéndose a mí sentenció: «Cuando lleguemos al cuartel, hasta de la puta que te parió te vas a acordar, vas a ver cómo se te agiliza la memoria, culiao de mierda». Yo sabía que tendría que pagar el precio y así fue, pero por lo pronto ni las amenazas ni los golpes que me fueron dando durante el camino, pudieron hacer algo en contra del disfrute de las muchas horas en las que pude relajarme, estirar el cuerpo, caminar y respirar aire fresco, pero sobre todo del gozo infinito de reírme de ellos.

Para entonces yo había perdido la noción del tiempo, pero calculo que estuve en ese cuartel clandestino de la CNI en Talca, entre 4 y 5 días, de donde me trasladaron al cuartel de Borgoño de la CNI en Santiago, donde me estuvieron atizando otro tanto y finalmente me mandaron a la Penitenciaría. En total me tuvieron 8 días desaparecido antes que me pasaran al juez militar y a la cárcel, en donde todavía me tuvieron incomunicado un par de meses más. Tal era mi situación que nunca de mi cuenta de mis traslados, en Borgoño descubrí que estaba ahí porque se fueron de lengua unos agentes y en la cárcel fue hasta tres días después de haber llegado que caí en la cuenta que estaba en la Penitenciaría de Santiago.

* * * * *

Creo que en un principio no me mataron porque esperaban obtener información de mi parte, pero lo que me salvó de ese fatal destino fue que mi compañera se avisó y actuó muy rápido. Cuando me detuvieron en la calle, los agentes que ya estaban en mi casa y tenían retenida a mi compañera y a mi hija, pero recibieron una comunicación de radio y de pronto salieron corriendo, lo que aprovechó Roxana para escapar momentáneamente de su captores y meterse en una casa vecina donde de inmediato se comunicó por teléfono con sus padres, quienes se comunicaron con la Vicaría de la Solidaridad.

Como ya te conté, la muerte de Tatiana Fariña, mi cuñada, quien murió dinamitada en Santiago año y medio antes, había sido muy difundida y tanto en la Vicaría como en el país había una gran sensibilidad hacia ese nombre, por lo que reaccionaron muy rápido y tan sólo veinte minutos después sacaron por la radio de la iglesia la no-

ticia: «Fue secuestrado por agentes de la CNI el estudiante universitario Miguel Armando Montecino Montecino, dirigente estudiantil y miembro de la Juventud Comunista...» Yo no lo supe hasta que meses después en la cárcel pude recibir visitas y gracias a eso a Roxana la CNI la dejó en libertad con mi hija de dos años y se fueron donde mis suegros en Chiguayante. Sin embargo, el día 8 de diciembre Roxana fue nuevamente detenida por la CNI, trasladada al cuartel de Talca y torturada brutalmente, hasta que el día 12 la presentaron a fiscalía militar y la mandaron presa e incomunicada hasta el día 16 de diciembre que quedó en libertad por falta de méritos.

Mucho tiempo después pude comprender a qué se refería uno de mis captores cuando, durante las primeras horas de mi cautiverio, me dijo: «Tienes fama ¿eh?», pues incluso, el domingo siguiente a nuestra detención el periódico español El País, dio cuenta de ello: «Dos supuestos integrantes del grupo terrorista chileno Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), Miguel Armando Montecino y su esposa, Roxana... fueron detenidos y puestos a disposición de la justicia militar chilena, según informó el viernes un comunicado oficial».

Lo cierto es que tanto un tío que era cura, mi suegro, mi compañera y mis hermanas se movieron por todos lados, y la Vicaría, además de la denuncia pública, el 8 de diciembre metió un recurso de amparo, el famoso *Habeas Corpus*, que si bien no tuvo ningún efecto legal, sí refrendó su preocupación y atención a mi caso. Hasta mi papá, que parecía no enterarse de nada, pero que siempre lo sabía todo, llegó muy enojado a la casa y les dijo a mis hermanas: «¡Ya sé que Miguel está detenido, muévanse que si no lo van a matar!». Ellas y mi compañera, que eran todas unas dirigentes de cepa, armaron una incansable e inmensa campaña exigiendo mi inmediata presentación, en la que fueron determinantes la sensibilidad que había en Chile por el caso de Tatiana Fariña y la movilización de los estudiantes de la universidad en donde yo estudié.

De no haber ocurrido todo eso, estoy seguro que después de haberme cagada, me hubieran matado. Sin embargo no pudieron o mejor dicho, no quisieron, pues en otros casos muy poco les importaron las denuncias y las evidencias de sus secuestros y asesinatos. Es decir, sin la inmediata denuncia pública de mi secuestro y la movilización social que se generó, mi destino estaba jugado, pero gracias

a ello se abrió una rendija que obligó a la dictadura a reevaluar mi sentencia de muerte. Dicho de otra manera: los llevó a lanzar de nuevo la moneda al aire y en ese azaroso cálculo costo-beneficio tuve la suerte que decidieran entregarme al juez militar. Así, me acusaron del atentado a Pinochet y de no sé cuántas operaciones más, tanto como autor intelectual de unas como ejecutor de otras. Casi como quedar acusado de matar al Papa, cortarlo en pedacitos y freírlo, aunque éste siguiera vivo.

* * * * *

En la cárcel me pusieron en aislamiento, incomunicado, por órdenes e invento jurídico del todopoderoso general Fernando Torres Silva, el fiscal militar *ad hoc*, designado por Pinochet después del atentado en su contra para condenar a la gente del Frente. Por cierto que recién llegado ahí, me ocurrió una cosa simpatiquísima, de pronto me sacaron a ver un abogado, al cual yo ni conocía y en eso llegaron dos camaradas del Frente que habían caído presos. Sergio Buschman que andaba vestido con una sotana y a quien tampoco conocía y el Rucio⁷⁰ Molina, a quien sí conocía. Como todavía no ubicaba ni dónde estaba y andaba sumamente aturdido y desorientado, me puse paranoico: «¿Por qué me trae el Rucio Molina a un cura?... ¿Pensará que me voy a morir?... ¿Tan mal estoy?... ¿Por qué me habla el weón delante de estos desconocidos?...». Entonces el Rucio me soltó su mensaje de bienvenida: «Hermanito, no cayó nada, ¡esos son los combatientes del Frente, weón!». Yo me sentí muy bien, pero obviamente que no abrí la boca, no entendía nada de lo que estaba pasando y hasta tiempo después pude reírme con ellos de aquel extraño encuentro. Por cierto que, meses más tarde, cuando por fin pude ver a mi padre en la cárcel, mi viejo me conmovió hasta las lágrimas, cuando por primera y única ocasión en mi vida, él me hizo saber que estaba orgulloso de mí: «Cumpliste». Con una palabra mi viejo me hizo sentir inmensamente feliz y en mi cuerpo, de por sí pequeño, de pronto ya no cabía de tanto orgullo. Así, en su muy peculiar, parca, sencilla y directa manera, él me reconoció, como antes lo hiciera el Rucio, que no hubiera delatado a ningún compañero, ni entregado una sola arma, ni revelado lugar alguno.

Un par de días después de haber llegado a la Penitenciaría, la policía carcelaria cometió un error, pues, a pesar de la orden de aislamiento, de pronto llegó un tipo y ordenó: «Este weón ya está en libre plática». Yo no entendí qué quería decir, pero significó que me sacaran del aislamiento y me pasaran con la población del penal, a la Calle 14, con los presos comunes. Yo no sabía qué pasaba, recién me había enterado que estaba en la Penitenciaría de Santiago y andaba más hinchado que un pez globo, todo cortado y moreteado de la cara, con sangre seca por todos lados y caminaba con gran dificultad. Como sentí calor decidí ir al baño a refrescarme y a lavarme. Lo primero que hice fue echarme agua fría en la cabeza, que más allá de lo placentero que fue, me reanimó, pero mientras empezaba a tratar de sacarme la sangre pegada a la cara y al pelo, entraron dos presos comunes.

—Oye, cholo⁷¹, el chaleco⁷² — me dijo uno de ellos.

—¿Qué? —le dije.

—El chaleco, entrégame tu chaleco — insistió.

—Y tú creí, conchaetumadre, que yo andaba allá afuera jugando a las bolitas —le dije, mientras que, para su total sorpresa, lo agarraba de los pelos y estrellaba repetidamente su cabeza contra la pared del baño.

El otro se paralizó, entre confuso y asustado, mientras que yo, poseído, golpeaba con violencia a su compañero, como si quisiera matarlo. Yo estaba hecho una piltrafa humana y seguramente me veía muy vulnerable, pero traía una rabia acumulada que me tenía electrizado. Andaba como anguila enfurecida, tanto que si me hubieran puesto un foco en la boca, seguro que se hubiera encendido. Andaba tan loco como para estar dispuesto a matar al primer weón que se me atravesara y ese fue el primero. Sin embargo, para su fortuna y la mía, no sé cómo pero logré contenerme.

Salí del baño con un cansancio enorme y busqué dónde sentarme. Entonces otro preso, como de unos sesenta años, se me acercó y mostrándome un periódico me dijo algo así como: «Jefe, mire, estos días han estado sonando más en la prensa que el Cardenal, ya van meses sonando». No recuerdo ni a que se refería ni qué decía aquella nota del periódico, pero sí que yo le cambié el tema.

—¿Usted y yo somos vecinos? —le pregunté.

—Sí, ¿está muy golpeado? —me respondió el viejo.

—Algo —le respondí.

—¿Tiene hambre? —me preguntó.

—Mucha —le respondí.

—Venga, venga —me dijo invitándome a su celda, donde me regaló un vaso de leche.

Salimos y recargados contra la pared nos sentamos en el suelo, desde donde el viejo llamó a los tipos que habían intentado robarme.

—¿Viste gil? —les dijo, mirando al que traía la cara muy golpeada— este weón andaba matando tiras y militares, tienes suerte de seguir respirando.

—Sí, oiga, no, una disculpa —dijo el golpeado—, mire que no sabíamos, po, metimos la cabeza al wáter.

—No hay problema, weón —le dije, sin mirarlos—, pero no se pasen de listos.

Por cierto que ese mismo par de reos, durante las semanas en que volví a estar en aislamiento, no sé como hacían para llegar hasta ahí, pero varias veces fueron a llevarme una cajetilla de cigarros. En fin, que en esas estábamos, cuando acompañado de varios guardias llegó preguntando por mí el jefe de la Penitenciaría, un coronel burdo y altanero.

—¿Quién es Miguel Montecino? —dijo arrogante el coronel.

Yo me hice el weón y nadie dijo nada, por lo que volvió a insistir.

—¡Montecino! ¿Dónde está? —gritó el coronel, pero con el mismo resultado, por lo que agregó enojado —encierren a todos estos hijos de puta y busquen al weón ese.

—Oiga —me dijo el viejo en voz baja—, dígame que es usted, si no nos van a cagar a todos.

—Soy yo, ¿qué quieres? —le dije desde el suelo al coronel.

—Párate —me ordenó, poniéndose frente a mí.

—¿Y por qué me voy a parar, conchaetumadre? Párame tú —le dije mirándolo a los ojos.

—Ah, chorito⁷³, es que tú no tienes que estar aquí ¿eh? —replicó él.

—Si no te has dado cuenta, yo estoy preso, weón —le dije después de ponerme de pie, pensando que el tipo podía patearme en el suelo—. ¿Entiendes?, a mí me trajeron aquí, yo estoy donde ustedes me pusieron, pero si quieres échame a la calle.

—Usted no puede estar aquí —me dijo cambiando el tono—, usted está aislado por órdenes del general Torres y no puede estar en libre plática, usted va de regreso a la Calle 15.

—Entonces llévenme, yo que, si estoy preso —le dije.

El coronel se dio vuelta y empecé a seguirlo, entonces se me acercó otro preso y amistosamente me puso una mano en el hombro.

—Oiga —me preguntó mientras caminaba conmigo—, ¿usted es el Rambo del Frente?

—Qué Rambo ni que mierda, ¿no estás viendo como estoy, weón? —le respondí con enojo.

Así terminaron mis primeras dos horas en libre plática dentro de la prisión y volví al aislamiento en solitario y a la incomunicación ordenada por el cobarde general Torres.

* * * * *

Fue en esos días que recibí la primera atención médica, por parte de la Cruz Roja, pero sobre todo de una doctora de Médicos del Mundo que me ayudó mucho. Entre otras cosas extrañas yo sentía como si tuviera dos penes: uno clavado en el culo, porque, como me metieron tanta mierda ahí, me lo dejaron tan inflamado y adolorido que sentía como si el burro que me ensartó siguiera ahí; y el otro, el mío, que lo tenía todo quemado e inútil y grotescamente acompañado por unos testículos amoratados, que por su tamaño parecían huevos de avestruz. Incluso, debo decir que no fue sino hasta meses después que volví a tener una erección y fue tal mi alegría, pues estaba convencidísimo que la pichula⁷⁴ ya no me funcionaría, que después de informarles la feliz noticia a varios de mis compañeros y decirles que sacarán la olla para hacer fiesta, me fui corriendo a saludar a Manuela⁷⁵.

Aunque ya no me lastimaron más físicamente, creo que se debe identificar al aislamiento y la incomunicación como una forma más de las torturas que practicaba la dictadura, que, conforme pasa el tiempo, te va provocando un importante desgaste psicológico. Así lo viví, aún sabiendo que en mi caso fue menos agudo que el de otros compañeros gracias a Carlos Miño, un compa del Frente que estaba preso en esa misma Calle, quien constantemente me lanzaba cigarrillos, pedazos de periódico y se ponía afuera de la puerta de mi celda a conversar conmigo cada que podía y lo dejaban. La solidaridad de Carlos me ayudó muchísimo a sobrellevar los más de dos meses que

viví en esas condiciones, pero aún así, yo estaba loco por salir, pues cada vez con más frecuencia me encontraba platicando en voz alta conmigo mismo, seguramente tratando de hacer menos intensos los prolongados silencios y la tremenda soledad de aquel encierro. Lo cual, para bien, acrecentó a niveles de obsesión aquello que durante la tortura inicial se me había metido en la cabeza y que en silencio me repetía constante: «Fuga, fuga, fuga...».

Estando aún en aislamiento, vino la decisión de doce compas del Frente de hacer una huelga de hambre, que empezó el 25 de febrero 1987, afirmando que quienes pretendían juzgarnos no tenían ninguna calidad moral ni legal para hacerlo, por haber usurpado violentamente un gobierno legal y democráticamente electo y denunciando torturas y aislamientos de los presos políticos. En consecuencia, demandaban poner fin a los procesos iniciados por la justicia militar y liberar a todos los presos políticos; reconocer nuestra condición como tales y proceder a la inmediata reagrupación carcelaria de todos nosotros, así como a terminar con las incomunicaciones, los aislamientos y las restricciones a las visitas.

Como los compas me anotaron en la lista de quienes estaban en esa condición, en un primer acuerdo con las autoridades de la Penitenciaría me sacaron y me dejaron en libre plática con los presos políticos de la Calle 5. Ahí me encontré con mi compadre Manuel Fuenzalida, a quien no veía desde que él había caído preso en mayo de 1986 y con varios compas más con los que había compartido diversas operaciones. Ellos me informaron de la huelga de hambre en curso y unos días antes que llegara el Papa Juan Pablo II a Chile, en un contingente de 40 compañeros, me sumé a la huelga. Arrancamos en la modalidad de huelga de hambre seca, es decir sin tomar alimentos ni agua y para entonces, agrupados en la Coordinadora de Presos Políticos, ya éramos más de 400 presos políticos en huelga de hambre.

Estábamos presos, pero no rendidos. En la cárcel nuestra lucha continuaba a partir de esa condición y con las armas a nuestro alcance. Una de ellas era la huelga de hambre, que se definía en dos terrenos. En el principal, con la denuncia de la violación a los derechos humanos y de la existencia de un gran número de presos políticos, para lo cual la muy próxima visita del Papa, que ya atraía la atención

internacional hacia Chile, nos ofrecía un escaparate muy importante. Si el Papa iba a tomarse la foto, estrecharle la mano y darle sus bendiciones a Pinochet, al menos tendrían que pagar el precio de su hipocresía, pero fundamentalmente se trataba de exhibir a Pinochet y su régimen como lo que realmente eran: una dictadura sangrienta que violentaba impunemente los derechos humanos de los chilenos. En un segundo plano estaban las demandas para obtener condiciones carcelarias menos desfavorables y que eran las únicas en las que la dictadura podría estar dispuesta a ceder algo.

Al segundo día de huelga de hambre seca, doctores de Médicos del Mundo y de la Cruz Roja fueron a examinarnos y al primero que le sacaron sangre, ésta venía como con unos coágulos negros. ¡Putá! Al verlos me asusté y le pregunté al médico que qué pasaba y éste sin inmutarse me dijo: «Sí no hay minerales, entonces se empieza a coagular». Y yo me quedé pensando: «¡En qué mierda nos metimos!». Ese mismo día, el cardenal Raúl Silva Henríquez, exarzobispo de Santiago y a quien Pinochet llamaba el cura rojo, fue a visitarnos a la cárcel y a pedirnos que termináramos la huelga antes que llegara el Papa. Curas allegados a él habían intercedido ante Pinochet para atender algunas de nuestras demandas, argumentando que estaba en riesgo la vida de varios presos, pero el muy cristiano dictador les había respondido: «Que se mueran todos los hijos de puta». En contraste, con una humildad tremenda, el viejo Silva Henríquez, luego de saludarnos, nos sorprendió al ponerse de rodillas y con lágrimas en los ojos, decir: «Pinochet no va a hacer nada para que ustedes estén mejor, por amor a Chile, por amor a Cristo, por amor a Dios, paren la huelga, Chile los necesita». Nosotros le planteamos a Silva Henríquez que si se lograba que en el acto del Papa programado en La Bandera, se hiciera mención explícita a la existencia de presos políticos, nosotros podríamos levantar la huelga de hambre. Él se fue con esa idea y nos dijo que no lo veía fácil, pero que haría todo lo que fuera posible.

Al día siguiente, primero de abril, cuando el Papa llegó a Chile, había en el mundo dos noticias sobre Chile, la de su llegada y la huelga de hambre de los presos políticos. El Frente, inteligentemente, había declarado una tregua militar unilateral con motivo de la visita del Papa, mientras que nosotros, sabiendo que Pinochet nos dejaría morir, no teníamos claro si podríamos levantarla, pues nos

negábamos a hacerlo si ello significaba una derrota. Incluso fueron varios dirigentes del Partido Comunista y del Socialista a pedirnos que levantáramos la huelga, pero nosotros les dijimos que no estaba en sus manos darnos una alternativa que significara una salida digna.

La salida política a la huelga de hambre nos la dieron Silva Henríquez y los pobladores que participaron en el acto con el Papa en la población La Bandera, el jueves 2 de abril. Cuando, luego de haber estado cerca de una hora con Pinochet, el Papa asistió a ese barrio popular a realizar una actividad pública, que resultó la más sonada y numerosa de todas las que tuvo Juan Pablo II en Chile. Ahí, gracias a la intervención de Silva Henríquez, se abrió el micrófono a algunos pobladores para que le dirigieran unas palabras de bienvenida al Papa. Los oradores escogidos dejaron de lado los discursos censurados que les había entregado la jerarquía eclesiástica y en medio de miles de personas, rodeados por mantas de denuncia y exigencia de libertad a los presos políticos, con tremendo aplomo, expusieron frente al Papa, periodistas de todo el mundo y televisoras, la situación de precariedad y terror en que vivían los pobladores, denunciaron violaciones a los derechos humanos e hicieron referencia explícita a la existencia de presos políticos en Chile.

Mario Mejías, dirigente poblacional de Lo Hermida, dijo: «Creemos que usted tendrá un mensaje para que los poderosos dejen el orgullo y el egoísmo y nos dejen de matar en las poblaciones... para poder construir un Chile con justicia y libertad, donde todos seamos hermanos...». Por su parte, Luisa Rivero de la población Violeta Parra inició sus palabras diciendo: «Nos alegra que usted haya querido reunirse con los más postergados de este pueblo...», para, luego de denunciar la cesantía y los bajos sueldos, afirmar: «Queremos una vida digna para todos y sin dictadura, por lo mismo vamos a visitar a los presos políticos y a los torturados, pedimos que haya justicia y que vuelvan los exiliados, acompañamos a los familiares de los detenidos desaparecidos y queremos que se nos escuche y se nos respete. Santo padre, hay 14 presos políticos en pena de muerte, a usted como mensajero de la vida, queremos pedirle, todo Chile, que diga no a la pena de muerte...».

Fue impresionante y muy conmovedor, pues en varias ocasiones los asistentes interrumpieron a los dos pobladores con ovaciones

masivas y estruendosas, la liturgia papal fue convertida en un grito, fuerte y claro, en contra de la dictadura, en defensa de los derechos humanos y donde el Papa tuvo que abrazar a ambos dirigentes poblacionales al finalizar sus intervenciones. Lo cual, por cierto, no salvó a Mario Mejías y a su esposa del allanamiento de su casa, así como del secuestro y tremenda golpiza que recibiera éste a manos de agentes de la CNI unos días después de la partida del Papa.

Nosotros, viendo en la cárcel la transmisión del acto por televisión, nos mirábamos incrédulos y felices y terminamos todos llorando. Fue una cosa preciosa, muy emotiva, pues pensábamos que íbamos camino a una nueva derrota, cuando de pronto nos sentimos reivindicados y victoriosos. Pinochet había recibido una sonora cachetada en pleno rostro, mientras que nosotros, gracias al grito masivo de los combativos pobladores y su denuncia de la existencia de presos políticos en Chile, decidimos levantar la huelga de hambre.

Como corolario, al día siguiente, 3 de abril, la transmisión por televisión de la homilía del Papa en el Parque O'Higgins fue suspendida por más de 10 minutos, la policía cargó con tanquetas antimotines, gases, chorros de agua y apaleó a diestra y siniestra a los asistentes, mientras que en medio de la concentración, varios miles gritaban: «¡Y va a caer y va a caer y va a caer!... ¡Que se vaya Pinochet!.. ¡Que se vaya Pinochet!... ».

A pesar de ello y ahí mismo, el Papa refrendó su postura, que coincidía plenamente con la de la dictadura y el alto clero chileno que la apoyaba. El Papa dijo: «Quiero manifestar mi aliento y apoyo a los esfuerzos a favor de la concordia por parte del episcopado chileno, en particular al pastor de esta arquidiócesis, el señor cardenal Juan Francisco Fresno, por sus apremiantes llamadas a la pacificación y al entendimiento y por su enérgica condena de la violencia y del terrorismo...».

* * * * *

Nuestra recuperación de la huelga de hambre fue lenta y desesperante, porque si de por sí que ya traíamos un hambre perra, el saber que ya podíamos comer nos daba aún más hambre. Sin embargo, no podía ser así, los médicos nos informaron que se podía pegar el estómago y empezamos con gotitas de agua, luego una cucharada, luego

sólo un poco de caldito de pollo muy clarito, luego consumé de pescado y así hasta que regresamos poco a poco a la normalidad. Nosotros queríamos recuperarnos rápido, pues con algunos compañeros estábamos concibiendo un plan de fuga en el que pensábamos irnos siete de nosotros, tomándonos el hospital de la Penitenciaría de Santiago.

De cualquier manera, la huelga de hambre catapultó la organización de los presos políticos y contribuyó a mejorar y normalizar nuestras tensas relaciones con los presos comunes. En primer lugar porque nos hizo la banda organizada más grande dentro la cárcel, donde impera siempre la ley del más fuerte y hay clases sociales, igualito que afuera, pero más descarnado, con una mayor concentración de depredadores y carroñeros que tienen un especial olfato para detectar a los débiles y confinados en un espacio muy reducido del cual no te puedes salir y donde te encuentras a los mismos todos los días. Es un mundito de mierda, donde imagínate que yo, a quien los compañeros siempre le hacían bromas burlándose de lo ordinario y salvaje que era, en esa subcultura lumpenizada parecía un lord inglés en medio de caníbales hambrientos.

Te cuento que el estatus mayor lo tenía, por ejemplo, el ladrón que asaltaba bancos, después estaba el ladrón que robaba en los barrios pudientes, a ambos, como decimos en Chile, se le llamaba «vivo», mientras que abajo estaba el «cogotero», que asaltaba cuchillo en mano a sus vecinos y aún más abajo estaba el «lampazo», que robaba la ropa colgada en las azoteas. A ese, casi siempre muy joven, en la cárcel lo traían a todo ritmo, tanto para que les lave la ropa a los demás y le limpie la celda como para preparar la cebada de mate o hacer el café. Bueno, eso sí les iba bien, porque si eran jóvenes y blanquitos la probabilidad de que además los sodomizaran era muy alta. Cultura salvaje y contradictoria, pues a los violadores que llegaban los violaban tumultuariamente y si eran pederastas además los quemaban y les metían un palo por el culo.

Nosotros, como presos del Frente, definimos que entre más relaciones tuviéramos con la población común era mejor, tanto para obtener información como para neutralizar o reducir el riesgo que fueran utilizados en contra nuestra. Era fácil imaginar a la dictadura montando un escenario de un pleito entre presos y acabar con varios de nosotros o con el aún más simple recurso de «mata a ese weón y mañana te

vas», te metieran una puñalada por la espalda y ya no hacías el cuento, porque de ahí a que te llevaran al hospital ya te habías desangrado. Como ocurrió en el penal de Valparaíso, en noviembre de 1985, donde murió apuñalado nuestro compañero Gonzalo Muñoz Aravena y cuyo verdugo «se fugó» del penal poco tiempo después.

La relación con los presos comunes no era fácil y sabíamos que no podíamos dar muestra alguna de debilidad, porque entonces, más allá de posibles manipulaciones de la dictadura, la jauría se nos vendría encima. Teníamos que abrir relaciones sabiendo que la debilidad era mortal y nuestra organización como presos políticos ayudó mucho. Aunque había presos comunes que no nos querían, otros que nos tenían miedo y otros más que nos tenían respeto, debo decir que eran más los que nos tenían respeto, en particular a los del Frente y entre los presos comunes se decía que «los vivos» en la cárcel eran los del Manolo. Nosotros nombramos una especie de embajador entre el Frente y la población común, aunque al principio tuvimos resistencia de los compas presos del MIR y del Partido Socialista, porque decían que como organización de presos políticos sí podíamos tener una persona para que hablara con la población común, pero que no como presos del Frente. Sin embargo, era una decisión tomada por nosotros y nos pareció que no tenía ningún caso discutirlo con ellos, además de que nos estaba dando buenos resultados. Hicimos buenas relaciones con el llamado Sindicato y con la Liga Deportiva y nos ganamos a muchos presos comunes, quienes nos proporcionaban información constantemente. Como nosotros hacíamos banderas del Frente en alpaca, tela, platos y camisetas que regalábamos a las visitas, también se las dábamos a presos comunes cercanos a nosotros, quienes se las ponían y andaban muy orgullosos diciendo que ellos eran del Frente. Además armamos un equipo de fútbol, lo inscribimos en la Liga con el nombre de Colocolo y hasta salimos campeones, aunque nunca nos dieron el prometido trofeo, porque los weones se robaron el dinero recaudado para comprarlo. Sin embargo, lo que vivimos en el juego de la final, quizá logre ilustrar de mejor manera esa difícil condición de relacionarse y acordar con ellos, sin nunca olvidar que en la cárcel la debilidad es pecado capital de auto condena que se pone a prueba todos los días y en cada acercamiento, más allá de cualquier acuerdo previo. Lo cual quedó

claro desde antes que empezáramos aquel partido de fútbol, ya que mientras me estaba abrochando el tenis, pasó a mi lado un weón del otro equipo y casi sin detenerse me partió la boca de una patada. Nos querían ablandar antes que empezara el partido, pero me aguanté y no dije nada, pues como se dice en la cárcel: «El Choro muere pio-la». Más que de fútbol, el partido fue una batalla campal en la que dimos y recibimos más patadas, codazos y cabezazos que en una de esas peleas de artes marciales mixtas que están ahora tan de moda en Estados Unidos. A tal grado que el árbitro, culiao, de plano dejó de marcar las faltas. Las reglas no fueron las del fútbol, sino las de la cárcel, las del animal más fuerte. Por supuesto que yo anduve cazando al que me había reventado el hocico, no solamente porque me quedé empelotado por la forma en que me pegó, sino porque de no hacerlo se interpretaría que tuve miedo de responder. Así, en un tiro de esquina y sin pelota, le pegué tal patada en los testículos que casi se le salen por los ojos y quedó en el piso retorciéndose de dolor. Al término del partido no pasó más cosa y sus mismos compañeros le dijeron: «Tenía plata en el banco y la cobró».

En otra ocasión, unos weones violaron a un jovencito de la Jota, lo habían sujetado y golpeado entre varios mientras que uno de ellos abusaba de él. En respuesta, los compas del Partido llamaron a una reunión para analizar el asunto, pero nosotros dijimos que no había nada que analizar y que si no respondíamos de inmediato, vendrían todos los días hasta que nos culearan a todos: «Nosotros vamos a cobrar la plata», les dijimos y con los rostros cubiertos los fuimos a buscar. Llevábamos nuestros chacos, fabricados con trozos de tubo que rellenamos de arena y que soldamos a un trozo de cadena, pues sabíamos que nos enfrentaríamos a unos weones que usaban unas cuchillas larguísimas que más parecían sables. Entramos a su Calle, la cerramos y al primer weón que encontramos le dimos un chacazo en la cabeza. Mientras sangraba a borbotones le preguntamos quienes habían abusado de nuestro compañero y el tipo sólo nos decía: «¡Estoy loco, estoy loco!». Volvimos a preguntarle y el tipo empezó a decir: «No sé de qué me hablan». Entonces hice como que iba a darle un segundo chacazo y el tipo dijo el número de una celda.

Los guardias de la cárcel, como siempre que había pleito entre reos, se hicieron los tontos y nosotros llegamos sin problema alguno

hasta la celda señalada, donde, Diego Lira, el más grande y fuerte de nosotros, abrió la puerta y les ordenó que salieran. Conforme iban saliendo iban recibiendo sus respectivos chacazos, pero cuando tuvimos a los nueve en el patio intervino su jefe. Entonces, por órdenes de él, al weón que había violado a nuestro compañero le sacaron la chucha a golpes, pero no contento con ello, antes de dar por terminado el castigo, el jefe le metió uno de esos sables enormes por el culo, mientras le decía: «¡Toma hijo de puta, para que nunca más te metas con los presos políticos, asopao de mierda!»». El espectáculo fue horrendo e inesperado y el violador se salvó de milagro, fue hospitalizado junto con sus cómplices, pero él tuvo que quedarse un par de meses internado. La noticia se regó por todo el penal y nunca más volvieron a tocar a un compa nuestro.

* * * * *

Para nosotros era claro que no íbamos a andar de zánganos igual que cualquier preso, por lo que, formalmente, decidimos: «Hacer de la cárcel una trinchera más en el combate contra la dictadura». Si bien nuestra condición de presos nos obligaba a formas de acción diferentes, no significaba que no actuáramos en el nivel que pudiéramos. Además, con las huelgas de hambre, manifestaciones y pronunciamientos que se estaban haciendo, se había logrado que fueran reagrupados muchos de los presos políticos, por lo menos, en las cárceles de Santiago, Valparaíso y Concepción. La concentración de una gran cantidad de combatientes de la resistencia chilena en esas cárceles, significaba también tener a la mano una importante experiencia de lucha que debíamos transmitir. Por ello, además de mantenernos en buena forma física, haciendo ejercicio, practicando karate y defensa personal, durante los primeros seis meses desarrollamos lo que llamamos Escuela de Combatientes. Ahí, diferenciando distintos niveles de formación política y militar de los compañeros, los distribuimos en cursos para jefes de pelotón, jefes de columna, jefes de Estado Mayor y adicionalmente armamos una escuela de comandos. Lo hicimos convencidos que un ejército necesita combatientes disciplinados y bien entrenados, pero el nuestro, además, requería que fueran cada vez más inteligentes, particularmente en pensar políticamente las consecuencias de nuestro accionar armado.

Debíamos también aprovechar que por el momento teníamos el tiempo y el espacio para analizar colectivamente la situación política, los planteamientos y funcionamiento del Frente y a nosotros mismos, porque afuera, en la recia clandestinidad en la que había que actuar, era muy complicado reunir a la gente para andar reflexionando mientras el enemigo nos pisaba los talones y nosotros le dábamos con lo que podíamos. Ahí no había mucho espacio para la discusión colectiva, éramos un ejército en combate permanente, donde el jefe da una orden y el combatiente obedece, porque de no ser así simplemente no funciona y te aniquilan enseguida. Sin embargo, en el encierro, muchos de nosotros pudimos atender la inquietud de realizar ejercicios de reflexión colectiva, de crítica y autocrítica, tanto de la situación política como de nosotros mismos y donde debíamos generar la madurez suficiente para ejercitar análisis y autocríticas que nos permitieran avanzar. Por supuesto que también me tocó a mí. Los compañeros me hicieron críticas fuertísimas, en particular señalando que yo era muy estricto y cuadrado respecto a la disciplina, de lo cual yo me defendí diciendo que era imprescindible para la seguridad y que no lo hacía para inhibir la reflexión, pero no pude defenderme cuando me replicaron que eso no estaba mal, sino que yo era innecesariamente duro con los compañeros, los intimidaba y no daba espacio para la crítica.

Como todo eso lo teníamos que hacer clandestinamente, hicimos más barretines para esconder también los materiales de estudio y los cuadernos de los estudiantes. La secrecía debía ser total y los cuadernos se entregaban al responsable del curso para que éste los guardara. Sin embargo, en una ocasión, un compañero hizo anotaciones en unas hojas aparte y en un allanamiento, es decir, en una de las tantas revisiones sorpresivas que hacían de las celdas, se las encontraron. Normalmente, un allanamiento duraba entre hora y media y dos horas, porque entraba a la revisión mucha gente, incluidos agentes de la CNI, pero ese día se demoró como siete horas, por lo que nos dio a pensar que algo había sucedido, pero no sabíamos qué y el compañero no dijo nada.

Para darles qué encontrar y hacerles pensar que éramos unos weones que nos dedicábamos a tomar alcohol, acordábamos que en diferentes celdas los compañeros hicieran chicha⁷⁶, para dejarles

descubrir algo que los mantuviera satisfechos con sus allanamientos y desviara la atención de nuestros escondrijos y actividades. Eso es lo que queríamos creer ese día, pero en la noche, poco después que terminó el allanamiento, en el noticiero que daban a las 20:30, salió el ministro del Interior junto con el fiscal militar, diciendo que la penitenciaría de Santiago era una universidad del terrorismo y mostraron las hojas con las notas del compañero. A mí casi me da un ataque, porque era un glosario de las características y responsabilidades de un jefe del Estado Mayor del Frente, que no era posible que se estuvieran inventando con tanta precisión. Fue entonces, que el compañero responsable de aquellas notas dijo: «Fui yo, la cagué completa y sé que voy a quedar fuera de la escuela, hice las notas para poder estudiar en mi celda, pero cuando empezó el allanamiento, por weón, ni me comí las hojas ni las quemé y me las encontraron».

De inmediato asumimos que a más tardar al día siguiente vendría otro allanamiento y que debíamos tomar medidas, visto que el jefe de la política interna del país y el inquisidor principal contra el Frente salieron haciendo un escándalo de ello, estaba claro que iban a venir sobre nosotros. Les dije a mis compañeros: «Preparémonos que van a venir, revisen que todos los implementos estén guardados y chequen que queden bien disimulados los barretines». Efectivamente, al día siguiente llegaron y a nosotros nos tuvieron todo el día en las canchas mientras revisaban con calma cada celda. El resultado fue asombroso, no encontraron ni uno de nuestros escondijos, ni ningún documento de las escuelas. Fue aire puro de confianza, los barretines estaban bien hechos y nadie filtró absolutamente nada. Además de que estaban a salvo nuestros temibles chacos y una pequeña porción de explosivos, que algunas de nuestras visitas habían ido introduciendo y que teníamos prevista utilizar para nuestra fuga, objetivo siempre central en nuestros desvelos.

* * * * *

Para alimentar nuestro análisis político, semanalmente entregábamos una reflexión acerca de lo que estaba viviendo el país, la cual era discutida y enriquecida, primero por los dirigentes del Frente en la cárcel y luego en la discusión por grupos. También leímos mu-

cho al *Ché*, a quien siempre tuvimos como inspiración principal de nuestros esfuerzos, además de que su internacionalismo lo vivíamos como algo casi natural, por la forma articulada en que se dio la lucha por la independencia de España en Suramérica. Por cierto que nunca falta el que dice: «Yo no quiero morir en otro país», como si fuera muy importante dónde te van a enterrar, ¡si ya estás muerto!

En fin, estudiamos mucho de nuestra historia latinoamericana y analizábamos permanentemente la contingencia política nacional e internacional, aterrizando siempre en nuestra limitada trinchera, que significaba qué hacer contra la dictadura desde la cárcel, al tiempo que defendíamos nuestros derechos humanos como presos. Así, aprovechando los derechos que veníamos rescatando, trabajar políticamente desde la cárcel era nuestra ocupación central. Por ejemplo, en el caso de las visitas a los presos políticos, que logramos que se dieran unificadas, es decir, sin tener que especificar a qué preso en particular se visitaba y concentrarnos con ellos en un galpón grandísimo, aprovechamos que varios de nosotros éramos muy conocidos en nuestras escuelas o en nuestros barrios y mucha gente quería ir a visitarnos, para armar, con cabros de la Jota y de las Milicias Rodriguistas lo que llamamos Grupos de Apoyo Rodriguista (GAR), mientras que nosotros nos organizamos en células para atender a la gente que nos visitaba y hacer trabajo político con ellos. Fue entonces que decidimos hacer cursos también para ellos y nuestra escuela se amplió a las visitas. Los cursos se centraban en temas como el inalienable derecho a la auto-defensa y a la rebelión popular contra la tiranía. Sin embargo, muy pronto los propios asistentes empezaron a preguntar: «¿Y luego?». Entonces decidimos darles también cursos con características más prácticas. Por ejemplo, cómo cortar la luz con cadenas, cómo hacer y utilizar una molotov o granadas caseras, etcétera. Para todo ello, empezamos a producir una revista que se llamó «Combatiente. Órgano oficial del Frente Patriótico Manuel Rodríguez» y en la cual poníamos artículos de opinión política y de enseñanzas prácticas para el combate a la dictadura. Se elaboraba manualmente, en serigrafía y constaba de 3 o 4 hojas y de hasta tres mil ejemplares. Hacerla significaba un trabajo descomunal que dirigía magistralmente el *Chico* Renzo, nuestro responsable de propaganda, quien con su equipo trabajaban toda la semana para tener cada sábado la revista lista.

Además reforzamos la decisión de presentarnos, sobre todo ante las visitas, de la manera más pulcra posible, afeitados, pelo bien cortado, ropa limpia, bañados y de buen talante, en fin, con una apariencia que mostrara y transmitiera ánimo y dignidad. Yo les insistía a los compas: «Si no tienes camisa limpia se la pides a un compañero, pero no salgas hecho una mierda a recibir a las visitas». Sin embargo, lo que más me sulfuraba era cuando alguno salía deprimido o con ánimo derrotado. Entonces me salía lo mapuche y los encaraba con dureza: «Sé digno a salir, conchaetumadre. Si para eso te metiste en esto, mejor te hubieras quedado en tu casa, maricón... Mira esta gente, mira a tu familiar, vienen a buscar al preso político, al weón que pasó por la tortura y no se rindió, vienen a buscar la fuerza, el aliciente para seguir luchando a pesar del dolor de tener a su marido, a su hijo, a su padre, preso... entonces tú no puedes estar así, recuerda que José Miguel dijo “levantaremos la dignidad del pueblo más arriba de la cordillera de los Andes”, así que empieza por ti, weón, camina erguido, levanta la cara y el ánimo, que nosotros no podemos estar derrotados...».

Cuando empecé a dar los cursos a las visitas, de inmediato me cayeron unos policías de la cárcel a decirme que no podía hacer eso, pero sin mayores aspavientos les respondí: «No solamente lo puedo hacer, sino que lo debo hacer». Sin embargo, los resquemores también venían de nuestras filas, recuerdo muy bien que un compa me dijo en tono de reproche: «Gitano, conchaetumadre, le vas a dar la razón a Torres sobre que ésta es la universidad del terrorismo». Como me pareció percibir que más de uno compartía su opinión, respondí largándome un discurso encendido contra la auto censura: «Oigan, compas, ¿qué mierda tienen en la puta cabeza? Estamos físicamente presos, pero auto censurarnos es encarcelarnos mentalmente. Además ¿qué nos van a hacer por dar los cursitos?... ¿meternos presos?... Estamos a su disposición y en cualquier momento nos pegan un tiro y qué mierda hacemos nosotros... ¿estar aquí sentados sin hacer nada, esperando a que las familias nos traigan comida y nosotros nada más a comer, cagar y dormir, dejándonos admirar como héroes por las visitas?... No, weones, no se pongan el gorro de héroes que ya cumplieron con su patria, además de creerse el cuento de que somos héroes por estar presos estaría mal... y tampoco se

pongan el quepis de policía... si me van a reprender o reprimir por hacerlo, que sean ellos los que lo hagan, no nosotros mismos... ¿O qué, les vamos a hacer el trabajo auto reprimiéndonos?... No, compas, somos luchadores sociales que aún en estas condiciones podemos contribuir a la lucha del pueblo, porque como decía Manuel Rodríguez: “¡Mientras no haya libertad en mi país, no dejaré ni mi pluma ni mi espada!”».

Por si alguien pudiera pensarlo, también les dije que yo estaba en contra del discurso que reivindicaba el martirologio estúpido, en lo cual, por cierto, yo ponía mucho énfasis en los cursos que impartía diciéndoles que había que erradicar ese absurdo complejo: «Ni somos héroes ni servimos para mártires ni necesitamos tener más. Los héroes nuestros están muertos y para nosotros son fuente de inspiración y de enseñanzas, pero debemos aprender de sus valores, de su entrega y de su experiencia para seguir luchando lo más que se pueda ¡no para morir a lo weón! Ni buscamos, ni hacemos nada para tener un mártir más, queremos seguir viviendo para seguir luchando y mientras tanto hacer todo lo que podemos por esa lucha... lo podemos hacer sin pasarnos de listos ni de tontos, como para provocar gratuitamente a que el enemigo nos infrinja un mayor castigo, es decir: siempre caminando al límite de su legalidad, siempre empujándola y de ser necesario desconociéndola...»

Por cierto que poco después y como respaldo a cinco compañeros del Frente, detenidos por el caso de las armas en Carrizal, quienes se negaron a declarar y a ser llevados ante un juzgado militar o civil, declaramos, como Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que desconocíamos formal y públicamente a las autoridades militares y civiles de la dictadura para juzgarnos y reconocíamos al pueblo chileno como único juez al que nos podíamos someter.

El agrupamiento de presos y las visitas colectivas también nos permitieron colectivizar muchos de los insumos alimentarios que recibíamos por parte de los visitantes, así como su elaboración en equipo. Lo cual se organizaba en lo que en el lenguaje carcelario se le denominaban «carretas» y que no eran otra cosa que grupos que cocinábamos y comíamos juntos, compartiendo lo que nos llegaba y turnándonos en la elaboración de los alimentos. Para muchos compas, cuyas familias y núcleos sociales vivían lejos de Santiago, era

mucho más difícil que éstos los atendieran, incluso en algunos casos sus visitas se reducían a un par de veces al año. Además de que si bien había un número importante de compañeros de clase media, en general hijos de profesionales, la mayoría veníamos del perraje, del barrio popular, donde había mucho menos recursos económicos y por tanto muchos recibían un abasto más modesto o de plano no recibían nada. Debo decir que siendo yo uno de los de origen jodido, mi condición, en contrario, era de gran privilegio, pues si bien yo me hacía el weón con que mi familia no era de la capital, en realidad sí vivían ahí, además que tenía muchísimos amigos solidarios que siempre me abastecían. Por ejemplo, el maravilloso y siempre solidario *Chino* Jaime, un compañero que trabajaba en una fábrica de cecinas en Santiago, donde hacían toda clase de embutidos de carne y jamones y quien constantemente me llevaba o me mandaba piernas enteras de jamón. El Chino Jaime y yo nos adorábamos y éramos amigos desde pequeños, en Coronel, aunque debo aclarar que él me conoció cuando yo tenía 5 años y él 18, pero desde entonces me decía amigo y yo también. Cuando nosotros nos mudamos a Santiago, coincidió con que él también se fue para allá a trabajar y ahí seguimos siendo amigos. Lo cierto es que cuando llegaba alguna de esas piernas, todo el mundo decía: «Llegó el viejito pascuero⁷⁷» y de inmediato la cortábamos y compartíamos con los demás.

Fue durante esos intensos meses de trabajo político en la cárcel que comenzamos a agilizar nuestro pospuesto, pero siempre presente, plan de fuga de la Penitenciaría. Poco a poco habíamos logrado ingresar al penal explosivos suficientes para hacer unas granadas de mano caseras. Si bien algunos compañeros nos ayudaron, quienes más ingresaron los materiales necesarios fueron tres compañeras, que lo hicieron serena y constantemente y que me dejaron con la firme convicción que los hombres estamos más acostumbrados a decir que somos valientes que a serlo, mientras que ellas son mucho más valientes de lo que dicen ser. Los insumos los metían escondidos en el culo o en la vagina, la verdad que mis respetos, porque en mi arcaico machismo yo no hubiera podido aceptar hacer dicho encargo. Más o menos podían meter 10 gramos de explosivos cada vez, lo cual no era nada despreciable, pues para

hacer una granada de mano se ocupan unos 50 gramos. También, ¡escondiéndolos en tampones!, pasaron los detonantes para hacer las granada y que nosotros llamábamos «estopines»

* * * * *

Durante 1987 sufrimos el golpe más duro de todos, infringido por nosotros mismos y que desde entonces he creído, fue mortal. Hablar de ello me sigue provocando una profunda tristeza, porque lo que no había logrado el enemigo con toda su crueldad y superioridad militar, se dio con la división entre el Frente y el Partido.

El quiebre, desde mi perspectiva, se dio como resultado de diferencias que venían ampliándose entre la dirección del Partido y la dirección del Frente desde 1985 y que, finalmente, en septiembre de 1987, hicieron crisis, cuando varios sectores de la dirección del Partido se opusieron tajantemente a continuar con el plan estratégico de Sublevación Nacional planteado desde el nacimiento del Frente en 1984 y decidieron congelar la lucha armada, luego de que a raíz del exitoso y combativo paro nacional del 2 y 3 de julio del año anterior, el Frente asumiera que la rebelión popular estaba en condiciones de terminar con la dictadura por la vía de la sublevación nacional.

Esos mismos sectores de la dirección del Partido, que no estaban convencidos que pudiera haber una salida de esas características y que venían dificultando y bloqueando sistemáticamente el accionar militar del Frente, pero sin hacer explícita su perspectiva de engancharse en la famosa concertación o salida pactada con Pinochet y bendecida por el Papa y los gringos, lograron imponer un giro estratégico anclado en la desmovilización militar y la parálisis política. Salida pactada a la cual, por cierto, no estaba invitado el Partido y que, en todo caso, para acceder a ella o a cualquier eventual negociación que pretendiera alcanzar logros significativos, dependía centralmente de la correlación de fuerzas y no de la habilidad de experimentados y maliciosos burócratas que consideraban que su sagacidad como negociadores era la llave para un cambio.

La diferencia era de fondo e hizo crisis, cuando, sin abrir la discusión y sin claridad política de los militantes respecto a que se ejecutaba un giro estratégico en la línea política, la dirección del Partido

rechazó de plano la decisión del Frente de impulsar la sublevación popular. Destituyeron a Galvarino Apablaza, *Salvador*, que era el jefe militar del Partido y después intentaron hacer lo mismo con el jefe del Frente, Raúl Pellegrin, *José Miguel*. El argumento para destituir a los compañeros se construyó a partir del fracaso, aunque no fuera total, de la internación de armas en Carrizal, del fracaso en el atentado a Pinochet y que en ambos casos se habían recibido duros contragolpes, con decenas de detenidos y muertos y que tuvieron su concentrada expresión en la masacre de Corpus Christi en junio de 1987. Así, la dirección del partido hacía parecer que las destituciones se debían a un cambio de compañeros por los errores cometidos, cuando en realidad se trataba de proceder al desmantelamiento del Frente. Utilizaron errores tácticos ciertos para enmascarar un giro estratégico, como si los errores o el azar fueran previsibles obviaron la discusión de fondo con un pitoniso y arrogante: «Se los dijimos». Señalando con dedo flamígero y utilizando como argumento las dolorosas caídas, sufridas desde un caballo al que ellos no se habían subido jamás, donde, lo peor de todo, era que se sumaban al coro de quienes transferían la responsabilidad de la barbarie de la dictadura a quienes tuvieron la audacia de enfrentarla y, asumiéndose como jefes de una guerra que no pelearon, pretendían ordenar la retirada sin siquiera tener el valor de decirlo.

Sin embargo, como era esperable, José Miguel se negó a entregar el mando y recibió el apoyo de los oficiales que habían estado en Nicaragua, que eran los compas más experimentados y comprometidos con la lucha armada. Particularmente José Miguel y Salvador contaban con la más alta legitimidad entre los combatientes del Frente, mientras que los llamados cuadros militares del Partido, tenían fama de ser puro bla-bla-bla. Prácticamente ninguno de ellos contaba con experiencia de fuego real y la mayoría tenían como característica el tener mucha labia y cero acción. Eran, como los llamará Diego Lira un par de años después: «Militares de Atari⁷⁸». De cualquier manera, la dirección del Partido procedió burocráticamente a deponer al jefe del Frente y los compañeros decidieron separarse del Partido y continuar la lucha armada como Frente Patriótico Manuel Rodríguez-Autónomo. Por cierto que la primera acción de importancia de los compas, ya como Frente-Autónomo, el secuestro del coronel Carlos

Carreño, subdirector de la Fábrica de Armas y Maestranza del Ejército (FAMAE), realizada el primero de septiembre de 1987, mostró que mantenían una muy importante capacidad logística y de acción y puso en ridículo a la dictadura y a su operativo policiaco militar de búsqueda y allanamientos, el más grande desde el Golpe Militar y que, como cobarde venganza de Pinochet, incluyó la desaparición de 5 compañeros del Frente.

Entre nosotros había mucha confusión, pero sobre todo cundió un profundo desánimo. En mi caso, siempre he pensado que ahí murió el Frente, como se los dije desde entonces a mis compañeros: «Ni los que se salieron del Partido ni los que nos quedamos, somos el Frente... El Frente era uno sólo y lo hacíamos todos, era una amalgama de experiencias, de sapiencia sumada de un pueblo en combate, que incluía cuadros no militares inmersos en la lucha social y combatientes rodriguistas; infraestructura, articulación partidaria, logística y articulación militar; tradición e implantación de lucha comunista en la clase obrera, el movimiento popular y el estudiantil y la joven y audaz mística rodriguista; el Partido articulador y conductor de la lucha política de masas y el Frente su brazo armado...».

Además, al momento de la ruptura se creó un horroroso ambiente de caza fantasmas, que generó aún más confusión y una desconfianza enorme, donde incluso empezó a darse trato de enemigo a quien tan sólo unos días antes era tu camarada. Yo intenté, infructuosamente, bajarle de nivel a las descalificaciones, pues me daba cuenta que eso sólo aumentaba el desconcierto y el desánimo. Era tal la confusión que por varias semanas estuve insistiendo en buscar información y que cada quien por su lado hiciera indagaciones, lo cual conseguimos muy medianamente, aún cuando logramos que viniera a la cárcel gente de la dirección del Partido, pero lo único que hicieron fue alimentar más el desánimo y la desinformación. Si en aquellos momentos yo creí que eso fue intencional, ahora, a mis 55 años, estoy más que convencido que así fue, porque he aprendido que en política no hay nada casual. Lo cierto es que la ruptura generó, tanto dentro como fuera de la cárcel, una enorme desesperanza y desconcierto en nuestra base social, pues veían como sus «héroes» se peleaban entre ellos y se hacían enemigos. Lo cual se agravaba con las enormes cantidades de energía destinadas por los involu-

crados a convencer a los demás que su lado era el bueno, no sólo dejando de reconocer a los otros, sino descalificándolos a discreción.

Yo estaba convencido que la vía insurreccional encabezada por el Frente tenía posibilidades reales y concretas de triunfar en el corto plazo y también que la crítica que hacía José Miguel a la dirección del Partido era cierta y que éstos estaban, sin decirlo, abandonando la política de rebelión popular y renunciando a la posible y deseable sublevación nacional. Sin embargo, muy ingenuamente pensé que había que ganar la posición dentro del Partido, vencer adentro y ganarle a la burocracia partidaria la conducción del Partido, pues estaba totalmente convencido de que sin la capacidad organizativa partidaria y sus recursos políticos, pero sobre todo sin sus redes solidarias, producto de su enraizamiento en los sectores populares y su tradición de lucha, difícilmente la lucha armada que desplegaba el Frente podría sobrevivir.

Tenía la convicción que el Partido era indispensable para lograr la transformación revolucionaria de nuestra patria y que nosotros, los del Frente, éramos su brazo armado, idea que estaba amalgamada con un sentimiento de pertenencia colectiva muy fuerte. Para mí, el Partido no eran los burócratas que hacían de él un *modus vivendi*, más preocupados por los puestos que ocupaban y entregados en trabajar la correlación de fuerzas interna que les permitía preservarlos y ascender en la estructura partidaria; individuos que no veían al Partido como un constructor de la revolución y de las transformaciones sociales, como un medio para ese fin, sino como un fin en sí mismo que era además egoísta, utilitario y egocéntrico, cuando eso, para un revolucionario, es antitético de sí mismo. A esos cobardes los vomitaba y el sentimiento era mutuo, pero para mí el Partido era sobre todo los cientos de miles de hombres y mujeres sencillos que, aún en las condiciones más precarias, militaban generosa y combativamente. Desde la señora que en la reunión de su célula del Partido estaba con un pie meciendo al niño y con las manos zurciendo un pantalón, mientras analizaba con otros qué hacer en su territorio; el minero, que luego de una jornada intensa y peligrosa de trabajo se reunía con sus compañeros del Partido para analizar y decidir las acciones a seguir en su organización sindical; hasta el joven estudiante que promovía la organización y la conciencia de sus compañeros o dejaba

todo para sumarse a la lucha armada. Por lo que también me sentía agredido cuando los otros compas decían: «A la mierda el Partido», pues yo nací en la Jota, me hice en el Partido y por eso fui combatiente del Frente, que, insisto ¡era el brazo armado del Partido! Era como renegar y despreciar la casa materna, pues muchos de nosotros veníamos de familias comunistas desde los abuelos, donde también los padres, los tíos, los hermanos, los primos y hasta los vecinos o amigos del barrio, habían depositado sus esperanzas y entregado sus esfuerzos y sacrificios al Partido.

Creo que fue por esa combinación de convicciones y sentimientos, que varios combatientes rodriguistas nos quedamos en el Partido, aún a pesar de coincidir plenamente con el diagnóstico de la evidente continuidad del régimen pinochetista y que no había duda de que los que se iban eran los mejores cuadros militares, los más avezados y audaces, los legítimos jefes del Frente. Sin embargo, más allá de mis interpretaciones, lo cierto es que, por ejemplo, de los cerca de 600 compas del Frente que estábamos presos, unos 60 se fueron al Autónomo y el resto, es decir, 9 de cada 10, nos quedamos en el Partido.

* * * * *

En esas difíciles condiciones, los compas del Autónomo se plantearon una política de Guerra Popular Prolongada, a la que denominaron Guerra Patriótica Nacional y se jugaron el pellejo por ella. Y se podrá decir mucho respecto de su decisión de continuar por el camino armado, en el cual, una vez fracturado el Frente y con la consecuente desarticulación del Partido, la expectativa central estaba puesta en un estado de ánimo social que ya no le era favorable, mucho más claramente después de la derrota electoral de Pinochet en el plebiscito realizado el 5 de octubre de 1988 y que modificó significativamente la situación política en Chile al producir una gran expectativa por la viabilidad de un cambio político sin violencia. El Frente-Autónomo se encontraba en un aislamiento político enorme y con una fuerza beligerante que había perdido un porcentaje importante de sus combatientes y el soporte activo de una amplísima base social organizada y enraizada en el movimiento obrero y

popular, con el agravante de que, más allá de la autoridad moral y política ganada a pulso por los compas, la fractura había generado un brutal desánimo general. Sin embargo, lo que es indiscutible es la integridad y la consecuencia de los compañeros, quienes, hasta el final, pusieron el pellejo donde tenían la boca y pagaron el alto costo humano, político y militar de sus decisiones. Lo cual, por decir lo menos, resulta altamente contrastante con la dirección del Partido, que en las palabras sostenía la opción armada, pero en los hechos la desmantelaba.

Me molestaba de sobre manera e incluso me violentaba, que con soberbia y desprecio se hablara de las muertes de José Miguel y Tamara como la inevitable comprobación que la dirección del Partido tenía razón, de nuevo con ese insostenible: «Se los dijimos». Y peor aún, dicho por una sarta de weones que al no jugarse por nada, no podían equivocarse nunca, pero que se llenaban la boca diciendo que la acción de los compas del Autónomo, encabezada por José Miguel y Tamara (donde perdieron la vida) demostraba la desesperación y dificultades operativas que enfrentaban. Sin embargo, sabiendo que los compas del Frente-Autónomo aún mantenían una gran capacidad operativa, es claro que no era indispensable su presencia y sé, por conocerlo a él muy bien, que José Miguel no decidió ir por desesperación sino que, asumiendo los riesgos, ¡lo hizo como un acto de congruencia!

En su estrategia, la toma de Los Queñes y otros tres poblados marcaría el inicio de lo que llamaron la Guerra Patriótica Nacional, que buscaba desarrollar capacidad combativa en todos los territorios del país, incluyendo explícitamente la conformación de columnas guerrilleras rurales para la construcción de un ejército popular imposible de lograr en las ciudades. Postura que significaba una respuesta al fraude a la democracia que representaba el pacto con Pinochet y que arrancó con el plebiscito, en la medida en que instauraba la denominada y contradictoria democracia tutelada por los militares, acordada con los gringos, la derecha chilena y los partidos de la Concertación y que, como los compas advertían, legitimó el modelo económico neoliberal y la legalidad de la dictadura, ¡mismos que habían sido implantados a sangre y fuego, violentando la legalidad democrática existente!

El jefe y líder indiscutido del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, Raúl Pellegrin Friedman, nuestro muy querido *José Miguel*, cayó junto con su compañera y también comandante del Frente, Cecilia Magni Camino, nuestra adorable *Tamara*, el 21 de octubre de 1988. Cayeron dieciséis días después del plebiscito, luego que los compas se tomaran simultáneamente cuatro pueblos rurales, La Mora en la región centro del país, Aguas Grandes en el Norte; y Pichipellahuén y Los Queñes en el Sur. José Miguel y Tamara encabezaron la toma de este último, donde, luego de replegarse a la montaña sin bajas, fueron cercados y capturados por carabineros entre el 25 y el 27 de octubre, quienes los torturaron brutalmente y los arrojaron al río Tinguiririca, donde, en los días siguientes, fueron encontrados sus cuerpos sin vida. La versión oficial fue que se habían ahogado al intentar cruzar el caudaloso río y que las contusiones en sus cuerpos eran resultado del arrastre del río. Sin embargo, la autopsia de los dos cuerpos relevó que las lesiones que presentaban fueron perpetradas cuando aún se encontraban con vida y que los dos tenían huellas de quemaduras producidas por la aplicación de electricidad. Sus asesinatos, incluso luego de 24 años de supuesta democracia, continúan impunes a pesar de estar identificados con nombre, apellido y rango, todos los asesinos materiales. Cuando los mataron, Tamara tenía 32 años de edad y José Miguel cumplía justo los 30 años de vida.

La delación que permitió la captura de José Miguel y Tamara y que desde entonces señalaran compañeros del Autónomo, los llevó a realizar una investigación que, de acuerdo con lo que ellos me contaron, culminó en un juicio y la posterior ejecución del traidor Luis Arriagada, alias el *Bigote*. Al respecto no puedo dejar de decir que me parece inexplicable, por no decir estúpido, que permitieran que ese weón participara en la operación de Los Queñes o en cualquier otra, cuando ya tenían fuertes indicios y sólidas evidencias de que venía sapeando desde hacía tiempo, pues desde el caso de la Operación Albania todo indicaba que él había entregado a varios de los compañeros y lo mismo ocurrió en el caso de los cinco desaparecidos luego del secuestro del coronel Carreño. Incluso, Mauricio Arenas Bejas, el valeroso *Joaquín*, luego de su captura en febrero de 1987 y poco después

de llegar a la cárcel, envió un informe a la dirección del Frente en el que explicaba que él cayó luego de una reunión con varios compas en la que estuvo el Bigote y que al término de la misma, agentes de la CNI los siguieron a todos tratando de capturarlos o matarlos, excepto al Bigote. Yo no tenía duda de que él me había entregado, pues lo había visto cuando me llevaron a la montaña y así lo había informado a la dirección del Frente.

Contra la traición difícilmente hay defensa, pero si el traidor está identificado, el que no la tiene es él, por ello no puedo entender por qué sabiendo lo que sabían, por lo menos no lo excluyeron del intento de relanzar con fuerza la vía armada, convocando a la Guerra Patriótica Nacional y con la participación directa de dos de sus principales dirigentes, uno de los cuales era el número uno del Frente. Sin embargo, no se tuvo el necesario cuidado al decidir convocarlo para dicha operación y se cometió un error fatal. En la lucha armada hay errores que cuestan vidas y ese fue uno más de ellos, que en este caso significó la muerte de dos seres humanos extraordinarios, revolucionarios a carta cabal, líderes indiscutibles del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y del épico intento de lograr su renacimiento.

Por mi parte, aún cuando consideraba que la división significaba la muerte del Frente, nunca dejé de dudar si la decisión de quedarme en el Partido fue la correcta. Entonces estaba persuadido de que José Miguel y los compañeros del Autónomo tenían razón en su diagnóstico de lo que significaba la transición pactada a la democracia y hoy día, aún a pesar de que también estoy convencido que los compas se equivocaron en no aquilatar suficientemente el cambio de escenario político, tanto nacional como internacional, en que se desarrollaba la lucha, he llegado a la conclusión que me equivoqué. ¡Me debí haber ido con ellos!, pues a años luz del comportamiento de la dirección partidaria y más allá de cualquier consideración de carácter político, los compañeros mostraron hasta el final una coherencia ética y una valentía indiscutible, negándose a ponerle precio a su dignidad y a sus convicciones.

Imposible olvidar las palabras de José Miguel, expresadas en octubre de 1987, una vez consumada la ruptura: «No tenemos

derecho a renunciar a esta lucha que nos trasciende y que es patrimonio de Chile y su pueblo. El camino no será fácil, en un inicio será más duro, el peso del PC es grande y no lo subestimamos. Sus militantes son valiosos y revolucionarios. Aquí se trata de diferencias con la dirección del PC y no con el PC. Pero nos asiste la razón, la autoridad moral que es hermana de nuestros héroes, mártires, de nuestra lucha diaria y la enorme simpatía con que contamos entre el pueblo y el propio PC. La hora es difícil y nos obligan a dar un paso que implica asumir responsabilidades que debía asumir el PC. No queremos ser sólo un grupo de “valientes equivocados”, sino vencer. Como ya hemos dicho, tenemos que consolidar a los cuadros rodriguistas, que sepan que han escogido el camino más duro, pero el único realmente digno y que conduce a la victoria...».

* * * * *

Ese fatídico año de 1988, también había empezado con protestas anti-dictatoriales, pero era notorio que se encontraban desarticuladas y mermadas y se podía percibir un desánimo generalizado y un claro reflujo de la movilización popular. A lo cual, sin lugar a dudas, habían contribuido los golpes que la dictadura nos había dado, así como la división en el Partido Comunista y el quiebre del Frente. Desgraciadamente, la parálisis política de nuestro lado fue estimulada por la dirección del Partido al asumir la postura no declarada de portarse bien. En forma oportunista, humillante y fallida, como carta para ser tomados en cuenta en la Concertación, ¡renunciaron a la capacidad de movilización del Partido y ofertaron su capacidad de contenerla!

Por su parte, como ya te comenté, Alianza Democrática contribuyó substancialmente y de manera deliberada a desalentar y desarticular la protesta popular, a partir del acuerdo que hicieron con la dictadura para participar en el plebiscito previsto en la Constitución pinochetista⁷⁹ para octubre de ese año⁸⁰. Sin lugar a dudas que muchos chilenos de buena fe participaron entusiasta y creativamente en el plebiscito, pensando que eso podría fin a la dictadura política y económica que se padecía en Chile. Desgraciada-

mente los partidos de la Concertación ya habían pactado, antes de la derrota de Pinochet en el plebiscito, el respeto a su Constitución y por lo tanto la permanencia del dictador en el gobierno, primero como Jefe de las Fuerzas Armadas y luego como senador vitalicio. El acuerdo significaba, tal como ocurrió, la impunidad para él y para sus fieles correligionarios, así como la continuidad de la antipopular y depredadora política económica neoliberal.

En nuestros análisis de entonces, concluimos que si bien nos daría mucho gusto una derrota política a Pinochet, lo cierto era que las dos alternativas representaban una abierta continuidad de la dictadura y su modelo económico, en una con Pinochet a la cabeza y en la otra con él a un lado, pero adentro y muy cerca. De cualquier manera, lo cierto es que el plebiscito concentró la atención nacional e internacional durante todo ese año y la campaña por el NO a Pinochet generó grandes expectativas y movilizó en torno a sí a muchos sectores de la sociedad chilena, con el resultado ya conocido de 54.7% por el NO a Pinochet y 43.1% por el SÍ. Recuerdo muy bien que esa noche, luego de mucha incertidumbre por los resultados, finalmente, como a la una de la mañana escuché por Radio Cooperativa la declaración del jefe de la Fuerza Aérea, el general Fernando Matthei, quien dijo: «Tengo bastante claro que ha ganado el NO, pero estamos tranquilos...». Cuando se lo comuniqué a los compañeros, les dije: «Matthei acaba de aceptar que perdieron, cuando el Partido lo único que nos ha dicho todos estos días es que Pinochet iba a ganar haciendo fraude... nuestros dirigentes siguen comiendo mierda...».

Es historia conocida que luego del plebiscito se llamó a celebrar elecciones de presidente y parlamento para el 14 de diciembre de 1989, es decir, un poco más de un año después. También que dichas elecciones presidenciales fueron ganadas por la Concertación de Partidos por la Democracia, llevando como candidato a la presidencia a Patricio Aylwin, un político conservador, líder del Partido Demócrata Cristiano y apoyador del Golpe de Estado y de Pinochet al inicio de la dictadura y que obtuvieron mayoría de votos en diputados y senadores. En un resultado definido de antemano por el registro de dos candidatos presidenciales de la derecha pro-dictatorial, Aylwin obtuvo el 55.2% de los votos,

mientras que en un lejano segundo lugar quedó el candidato pinochetista Büchi con 29.4% y al final Errázuriz que alcanzó 15.4%.

* * * * *

En la cárcel todo el mundo hablaba de fuga, es algo natural, pero del dicho al hecho, a veces, hay tremendo trecho. Eso se acrecienta porque en la cultura carcelaria el que no habla de fuga es un «jote», que es lo contrario a ser «vivo», es decir, hábil, inteligente y activo, por lo que casi todos los presos hablan de fugarse, para ser vivo y no jote. Eso se reproducía también entre los presos políticos, más aún entre quienes considerábamos que era una obligación procurar fugarse. En nuestro caso, desgraciadamente, cuando estábamos casi listos para intentarlo, el plan de fuga de la Penitenciaría se fue a la mierda, debido a que en junio de 1988, unos meses antes de la realización del plebiscito, varios de nosotros fuimos trasladados a la nueva cárcel de alta seguridad de Pinochet.

La reclusión de alta seguridad en la Cárcel Pública de Santiago, de acuerdo con el inefable general Torres, tenía como propósito agrupar y confinar con mayor seguridad a una parte de los presos políticos. En sus palabras: «A los terroristas más peligrosos los voy a llevar a la cárcel de alta seguridad...». En estricto sentido no se trataba de una nueva cárcel, sino que, a una ya existente, la Cárcel Pública de Santiago, le hicieron importantes modificaciones para convertir una parte de ella en Cárcel de Alta de Seguridad, como si fuera una cárcel dentro de otra.

La Cárcel Pública de Santiago, como casi todas las cárceles grandes de América Latina, tenía un diseño de dos galerías o crujías con celdas por calle, que, separadas entre sí, confluían a un centro o rotonda y lo que hicieron fue cortar varias de estas galerías y ubicar en las que quedaban hacia el centro a los presos políticos, cerrando con bardas, techos, rejas y tubos, todos los espacios abiertos que hubiera en ese sector, quedando como una jaula de pájaros. Fuera del círculo interno y de alta seguridad dejaron a los presos comunes, en las galerías que estaban más cerca de la calle.

Fue a esa cárcel donde nos trasladaron unos días después del 15 y 16 de junio, luego que, aún en la Penitenciaría, hiciéramos

una conmemoración del primer aniversario de la matanza de Corpus Christi y al día siguiente viniera un intento de allanamiento que resistimos. Mientras que las mujeres en visita peleaban para poder salir, nosotros peleábamos por no ser allanados. Fracasaron, pero al otro día nos repitieron la dosis, pero ahora junto con agentes de la CNI armados con metralletas que nos exigieron desnudarnos. Nosotros decidimos no resistirnos, pero tampoco cooperar, y les dijimos: «Desnúdenos ustedes, weones».

Ahí, Mauricio Gómez Royer, a quien le decíamos el *Vikingo*, se mandó un número sensacional. Siendo el primero en la fila en que nos formaron para la revisión, el weón se metió las manos en el buzo⁸¹ y empezó a sobarse el miembro hasta que consiguió producirse una erección y cuando uno de los agentes le ordenó bajarse los pantalones, el Vikingo le respondió: «Bájalos tú». Como el tipo se inclinó hacia él para hacerlo, al bajárselos le quedó frente a la cara el miembro erecto del Vikingo. Podrás imaginarte el jolgorio que se armó cuando más de trescientos weones empezamos a burlarnos del policía: «¡Aprovecha que hay, maricón!... ¡Dale un besito primero!... ¡Sigo yo!...» y hasta ahí llegó el intento de desnudarnos y como hacían siempre, sólo nos esculcaron por encima.

En la mañana siguiente nos trasladaron a unos cincuenta de nosotros a la Cárcel Pública, si mal no recuerdo fue el 18 de junio de 1988. Nos fuimos cantando La Internacional y llegamos entonando Venceremos y gritando: ¡El pueblo unido, jamás será vencido!... Inmediatamente, los jefes de la cárcel y sus agentes intentaron hacernos callar, hubo algunos golpes y conatos de enfrentamiento mayor, pero optaron por dejarnos en paz. Habíamos llegado como a las doce del mediodía y nos tuvieron apilados en un pasillo cuatro horas, hasta que nos mandaron a la galería en la Calle 5. Ahí, cerca de una hora después regresaron los guardias con la intención de meternos en las celdas y volvieron a empezar los problemas. Nos dijeron que los presos se guardaban a las cinco de la tarde y nosotros respondimos riéndonos y diciéndoles que nosotros nos encerrábamos hasta las doce de la noche. Entonces empezó una batalla campal que duró varios días, replegamos a los policías y éstos se atrincheraron afuera de la galería.

Lamentablemente, también se abrió una brecha grande entre los presos políticos que ya estaban ahí y los que veníamos llegando de

la Penitenciaria. Nosotros traíamos un ánimo diferente, mucho más combativo y estábamos más acuerpados. Los otros compas estaban claramente sometidos y fue notorio desde el principio, ya que en cuanto empezaron los golpes la inmensa mayoría de los que ya estaban ahí se metieron de inmediato a sus celdas, mientras que los recién llegados enfrentábamos a los policías. Algunos compañeros nuestros los fueron a llamar, pero se negaron a salir y luego sus representantes fueron a hablar con nosotros para pedirnos que nos calmáramos y nos metiéramos a las celdas. Nuestra respuesta fue dura y yo les dije: «A la mierda... no, métenos ustedes, pónganse el quepís, el garrote y el fusil de los pacos... ustedes están presos física y mentalmente, están cagados...». Incluso, quien fungía como vocero de los presos del Frente que ya estaban ahí, Alfredo Malbrich, fue junto con otro a decirme que debía portarme bien y ¡Chucha, cómo me enojé!, lo puteé muchísimo y remate diciéndole: «¿Y tú, weón, con qué autoridad moral me vienes a decir algo?... cobarde de mierda, sal de aquí antes que te mate, conchaetumadre...». Le dije eso porque el compita ese se justificaba de haber soltado nombres de compañeros al por mayor para evitar la tortura, diciendo que si de todas maneras se los iban a sacar: «Mejor evitar el sufrimiento». Entonces el otro compa me dijo que habían negociado con las autoridades del penal que la hora de encierro ya no sería a las 5 de la tarde sino hasta las 8 de la noche y que yo debía convencer a los demás compañeros de parar el motín. También lo mandé a la mierda y le dije: «¿Por qué no los convences tú, maricón?».

Los mandé al carajo sabiendo que habíamos ganado esa primera medición de fuerzas con la autoridad de la cárcel y que ir más allá ahondaría la división abierta entre nosotros, mientras que las autoridades seguramente se preparaban para tirarnos de balazos y usarnos de ejemplo intimidatorio, pero no iba yo a ser tan weón de dividir el espíritu de cuerpo y combatividad alcanzados, ni aparecer como su mandadero. Había que convencer a los compañeros amotinados y mantener la unidad, lo cual no fue fácil ni rápido, pues eran puros compas que venían de jugársela constantemente y si yo era acelerado esos weones me rebasaban por la izquierda. Primero platicué con el Lito, Manuel Fuenzalida y luego juntos hablamos con varios compas más, escuchándolos y platicando de cómo habíamos desa-

rrollado desde la Penitenciaría una táctica de tensar al límite la elasticidad de su legalidad carcelaria para ampliar espacios de acción nuestros, pero sin hacerle al tonto útil que diera paso a una masacre a mansalva. La primera medición de fuerzas la habíamos ganado y era importante para ampliar nuestra actividad política como presos, pero centralmente para lo que varios de nosotros teníamos metido en la cabeza: ¡fugarnos! También les dije: «Ahora, que si quieren le seguimos, tampoco pasa de morirnos peleando, tal y como decidimos cada uno de nosotros al entrar al Frente, nada más les digo que yo no quiero morirme a lo weón, desarmado y baleado a distancia por un policía de cárcel, quiero fugarme y seguir combatiendo, lo mismo que quieres tú, tú y tú... no perdamos el horizonte, mejor preparemos copar esta weada e irnos de aquí...».

* * * * *

Con más o menos resistencias la mayoría estuvo de acuerdo en parar el motín, sin embargo, había un grupo de unos seis compañeros encabezados por un compa que, aún cuando sólo tenía tres años de condena y por el tiempo cumplido podría salir en libertad condicional en unos cuantos meses, era el más reacio a parar la bronca, pues para él era un asunto de dignidad. Se trataba de un compañero extraordinario, necio como una mula, pero ineludible, leal, valiente y sencillo: Hugo Nenculeo Montupil, un compadre bien modesto que iba para adelante en todas y a quien yo le tenía una gran confianza. Conocido también como el *Indio* o *Huguito* y al que jodíamos diciéndole que él era yanqui, pero no del Norte sino del Sur, ya que era originario de Llanquihue y de muy adentro del monte. La verdad es que de gringo no tenía nada, pues si yo parezco indio mapuche, él no lo parecía, ¡él era mapuche de pura cepa! Por cierto que Hugo sólo le permitía a dos weones llamarle indio, a mi compadre Lito, que era su gran amigo de toda la vida y a mí, que había sido su jefe en Concepción. Su tolerancia hacia nosotros era una distinción muy especial, ya que con cualquier otro que se refiriera a él por su característica étnica, de inmediato lo retaba a golpes o incluso le decía: «¡Ándate a la cresta!» o «¿Cómo va a ser, conchaetumadre?, ¡de una vez a cuchillazos, weón!». Por ese tipo de reacciones nadie se atrevía a decirle «indio».

Con mi compadre Manuel Fuenzalida, el Lito, acordamos retomar de inmediato el plan de fuga, empezando por explorar y hacer mapas y decidimos hablar a solas con Hugo para convencerlo de que detuviera la bronca y se incorporara al grupo de la fuga.

—A ver, Huguito —le pregunté al Indio—, ¿para dónde va la cosa?, ¿de qué mierda nos sirven todos esos análisis políticos que hacemos cada semana? Pinochet se va a quedar en el poder, esté en la silla o no, ¿entonces, qué tenemos que hacer nosotros?, ¿esperar a la democracia, como parecen creer algunos por aquí o matarnos con esos policías, como parece que quieren otros?... Mejor traslademos la fuga de la Peni aquí, weón, si nos han de matar que sea en circunstancias escogidas por nosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él.

—Mira, weón, bajémosle a esto —le respondí—, desarma tu grupo ya, es un objetivo de kamikazes matarse aquí con la policía...

—No po, si nos bajamos esos conchaesumadre nos van a tomar la medida —me interrumpió Hugo.

—Tranquilo weón, que no estamos mancos y tú sabes muy bien que eso no lo vamos a permitir, sería cuerpo a cuerpo y esos weones no son pelea para nosotros. Además, necesitamos revertir o al menos neutralizar la división con los presos de acá...

—Pero si esos weones son puros maricones —me volvió a interrumpir—, están acobardados los conchaesumadre...

—¡Sí, ya lo sé! además de que le hicieron el juego a la policía —lo interrumpí anticipándome a su argumento— e incluso no sólo nos pusieron en mayor riesgo, sino que con eso lograron que se hable hoy día de los presos de la Peni y los presos de la Cárcel Pública, pero nosotros de una u otra manera también hemos caído en lo mismo con eso de los caguengues de la cárcel y los valientes de la Peni y eso políticamente no nos ayuda, sea porque estén mal ellos o nosotros, pero no debe ser, nos vamos a dividir más y eso juega a favor del enemigo. No weón, no va por ahí y te lo digo porque yo también caí en eso, pero hay que ver más allá de nuestro enojo, hay que cachar pa' dónde va la micro.

—Eso no les quita lo maricones —insistió él.

—Eso no lo voy a discutir —le dije sonriendo—, pero es muy sencillo, Indio, respóndete: ¿cómo avanzamos más en la lucha contra la

dictadura, peleando contra compas nuestros y matándonos con unos guardias jodidos o fugándonos, weón? Bajémosle ya, mira, te propongo organizar un copamiento de esta mierda, es más, tú encárgate de robarte los tubos para hacer las escopetas. Tú me conoces y sabes que no te estoy metiendo el dedo en la boca, copemos esta mierda y fuguémonos.

—No, bueno, así sí, po... ¿Qué hago? —dijo Hugo con entusiasmo.

—Desmonta tu grupo y vamos a jugárnosla con la fuga. Mira, el amarre pinochetista está más fuerte de lo que se piensa y ahora, para peor, para más cagarla, con este concubinato entre la Alianza Democrática y el pinochetismo, menos veo la libertad de los presos políticos, ni veo la verdad y justicia por los detenidos desaparecidos y asesinados, no lo veo... En la mejor será un pinochetismo sin Pinochet, pero también veo que siga el conchaesumadre al frente de la democracia burguesa... Hay que salir para seguir combatiendo.

—¿Cuándo lo desmonto? —reviró con convicción.

—Hoy día, weón, ¡ya! —respondí.

Resuelto el conflicto, había que intentar salvar la división generada con los demás presos o por lo menos suavizarla. Para ello pensé en aprovechar que me invitaron a formar parte de la dirección del Frente Partido en la cárcel, pero en la reunión a la que asistí no hubo una discusión fraterna, sino que se pretendía hacer un juicio sumario a los que veníamos de la Penitenciaría e incluso alguno aventó una salva de calificativos en mi contra. No me gustó el tono ni el contenido de la reunión, así que después de escucharlos, decidí hacerme el weón y de plano desinformarlos. Les planteé con mucho tiento mis desacuerdos y les hice saber mi decisión de excluirme de esa dirección, pero enfatizando que me disciplinaría a las decisiones que ahí se tomaran: «No, compañeros, ustedes están mal, los que venimos de la Peni y los de la Cárcel Pública estamos todos presos e igual de jodidos, si ustedes lo quieren ver como un problema entre los de la Peni y la Cárcel Pública están muy equivocados. En todo el territorio nacional hay más de mil presos políticos, de los cuales seiscientos y tantos son de nosotros o sea más del 60% son presos rodriguistas y creo que, al menos por eso, tenemos que pensar más allá de la coyuntura que acabamos de pasar y vernos como presos del Frente. Lamento que estemos discutiendo esto en lugar de encarar las tareas

políticas que como presos podemos desarrollar, pero más lamento que algunos de los rodriguistas estemos presos de la cabeza. Valoro que se me haya invitado a participar aquí, pero considero que no estoy en las mejores condiciones para ser parte de esta dirección, la verdad, compañeros, es que estoy un poco cansado y necesito reponerme. Les aseguro que no tengo más conflicto, me quedo como militante rodriguista, como cualquier otro combatiente participaré en la discusión política sin dejar de ser el crítico de siempre y voy a acatar lo que acuerde la dirección. Acá el compañero dice que más que comunista yo soy anarquista, trosquista, loco y no sé cuántas más cosas dijo, no lo voy a discutir, a lo mejor lo soy, pero soy disciplinado, voy a seguir en la estructura del Frente como combatiente y en todo lo que pueda ayudar voy a ayudar...».

Aceptaron mi exclusión sin chistar, casi con regocijo, pero me permitió dos cosas: primero, como protesta, al dejar claro a ellos y a mis compañeros mi desacuerdo y segundo, para tener un mayor margen de independencia para dedicarme de lleno al plan de fuga.

* * * * *

Formamos el primer grupo el Indio, el Lito y yo. Empezamos la exploración, cortamos unos tubos para la elaboración de escopetas y definimos que debíamos incorporar a otros compañeros que cumplieran con tres características indispensables: echados pa' delante, muy discretos y de absoluta confianza. Es decir, que no se acobardaran, que no anduvieran de boca floja y que, aún cuando les partieran el culo, no nos delataran.

En el transcurso del primer par de meses incorporamos a un compa que era tan o más rebelde que nosotros, una extraordinaria adquisición y resultado de parar la bronca interna que nos había llevado incorrectamente a descalificar por parejo a todos los que llegaron antes que nosotros a Cárcel Pública. Se trató de Ricardo Contreras, quien empezó a juntarse haciendo carreta con nosotros y al que por su color de piel le pusimos el apodo de *Negro Mambí*. Ricardo había sido oficial del ejército cubano y participado militarmente en Etiopía y Nicaragua, mientras que en Chile había caído preso siendo jefe del mando zonal del Frente en Santiago, volviéndose mudo frente a las

torturas a que lo sometió la CNI. Debo decirte que en la cárcel todo se sabe acerca de cómo se comportó cada uno frente al enemigo, en eso no hay secretos. Ricardo Contreras era un excelente compañero, quien, cuando le dijimos en qué estábamos, sin dudar respondió:

—Eso es lo que quiero, weones, sí voy.

—Pero ya estamos organizados ¿eh? —le dijo el Indio—, el jefe ya sabes quién es, weón, el Gitano; yo soy el segundo, el Lito es el tercero y tú eres el cuarto, ¿sí?

—Sí —dijo sin más el Negro.

Un par de días después integramos a Germán Alfaro Rojas quien además de cumplir con los criterios establecidos, lo acababan de condenar a pena capital, es decir, pena de muerte por fusilamiento. A Germán yo lo había tenido en tropas especiales y sabía que era un weón medio retraído, un poco aweonado a veces, pero sumamente confiable y valiente. Así, la jefatura de nuestra fuga quedó integrada por nosotros cinco, yo como coordinador general; el Indio responsable de organización y segundo al mando; el Lito de la solución de los asuntos técnicos; Germán encargado de aseguramientos multilaterales, como le llamábamos a la logística; y el Negro del trabajo de exploración e inteligencia.

Como habíamos acordado, lo primero que hicimos fue hacernos de unos tubos de cañería y pedimos que nos llevaran unos cartuchos para escopeta, los cuales fueron introducidos a la cárcel por un par de compañeras, en varias visitas. Entonces, en uno de esos momentos de inteligencia histórica que suelo tener, se me ocurrió meter el contenido de dos cartuchos en uno, pensando en que así podría asegurar la potencia del disparo y eliminar a varios enemigos cercanos de un sólo tiro. Para probarlo, nos metimos en un baño y el Indio puso música a todo volumen en un radio, al tiempo que yo percutí el cartucho y... ¡me explotó en las manos! Literalmente el tubo se hizo mierda y yo quedé quemado de las manos y la cara. ¡Fue un desastre, una cagada de proporciones gigantes! Lito, que estaba de guardia afuera del baño, al escuchar que tronó muy fuerte entró corriendo y me encontró todo flameado y aturdido por la sorpresa de la explosión y la quemada de pestañas.

—¿Qué pasó? —me preguntó el conchasumadre conteniendo la risa.

—Se reventó esta mierda, quedó la cagada —respondí estúpidamente, mientras que la risa contenida de mi compadre se hacía carcajada.

En resumen, el primer paso hacia la auto libertad fue un rotundo fracaso, todo porque al weón de mí, que me sentía avezado en armas, no sé cómo se me fue a ocurrir la idea de sobrecargar el cartucho. Por fortuna para nosotros no hubo reacción de la guardia y si alcanzaron a escuchar la explosión se hicieron los weones.

Por su parte, el trabajo de inteligencia y exploración arrojó muy malas noticias para la idea que teníamos de copar desde dentro el penal y salirnos a tiros. Habíamos pensado que el único camino posible era vía el hospital de la cárcel, que a su espalda tenía una pequeña puerta hacia la calle. Sin embargo, para llegar allí había que pasar otras cinco puertas, que en el mejor de los casos nos tomaría unos 7 minutos cruzarlas, pero que en el caso de algún contratiempo nos quedaríamos acorralados y expuestos y al primer balazo nos sacarían la mierda a tiros los guardias de las torres de vigilancia. Eso sin contar que la cárcel se encontraba rodeada por una gran concentración de agentes armados, pues justo enfrente, en la calle de General Mackenna, se encontraba la Dirección General de la Policía de Investigaciones y detrás de la Estación Mapocho, pasando el río del mismo nombre, entre Santa María y Borgoño, estaba el odiado cuartel Borgoño de la CNI. Todo lo cual nos indicaba que debíamos descartar un escape de esas características y en las reuniones que hicimos para evaluar la información y decidir qué hacer, después de mucho discutir llegamos a la conclusión que tenía que ser por abajo, es decir por un túnel. Si bien significaba que tardaríamos más tiempo, lo vimos como la alternativa más viable y segura. Había entonces que definir de inmediato dos cosas: hacia dónde hacer el túnel y qué hacer con la tierra extraída.

* * * * *

La cárcel estaba dentro de un cuadrado formado por las calles de General Mackenna, Teatinos, Amunátegui y Balmaceda. En frente de la cárcel, sobre Mackenna, estaba la policía de investigaciones, lo cual nos llevó a descartarla de inmediato. Hacia Teatinos teníamos

un laboratorio que era de reciente construcción, por lo que pensamos que seguramente su cimentación sería una barrera difícil de romper y también la descartamos. Al otro lado, hacia Amunátegui estaba la terminal de buses norte, lo que significaba mucho movimiento de personas y presencia de carabineros, además que había unos prostíbulos cuyos más asiduos y constantes clientes eran los agentes de la CNI y de la policía, por lo que percibimos una situación muy complicada, pues era casi como otro cuartel de agentes. La mejor opción resultaba la parte de atrás de la cárcel, hacia Balmaceda, donde se encontraba la que alguna vez fuera la estación de trenes Mapocho y que ya no funcionaba como estación. Sin embargo, por debajo de la calle Balmaceda circulaba el Metro, lo que nos planteaba otra posible barrera, pero, luego de una rápida consideración, concluimos que habiendo sido construido por arquitectos franceses, quienes tenían fama mundial y sabiendo que Chile es un país altamente sísmico, no iban a ser tan weones de pegar el pavimento de la calle a la bóveda del Metro, por lo que debía haber una capa estabilizadora entre ambas que distribuyera el peso de la calle sobre toda la bóveda y por la cual podríamos atravesar. De cualquier manera, en caso que el espacio resultará más angosto de lo que calculábamos, también podíamos romper la bóveda del Metro e irnos por ahí. Además la Estación Mapocho tenía la enorme ventaja que podíamos salir a un espacio abandonado, en ruinas, sin construcción y cubierto por una barda que impedía ser vistos desde las torres del muro perimetral de la cárcel y desde la calle. Por todo ello decidimos que esa sería la dirección que debíamos tomar.

El segundo problema, el de qué hacer con la tierra que fuéramos extrayendo, era mucho más complicado, a groso modo calculamos que serían poco más de 60 metros de túnel y eso significaba varias decenas de toneladas de material sólido. Hicimos muchísimos cálculos y le dimos muchas vueltas al asunto sin lograr encontrar una solución. Así estuvimos varias semanas hasta que un día, mientras yo me encontraba jugando fútbol, me llamó Lito. Habíamos logrado que martes y jueves nos dejaran salir a la cancha, que estaba hacia la esquina de Mackenna y Amunátegui, a un lado de un espacio abierto, pero con techo, que se utilizaba para recibir a las visitas y

en cuyo espacio había estado la Calle 2, donde, por cierto, en marzo de 1974 y a consecuencia de las torturas recibidas por parte de sus propios compañeros de armas, murió estando preso el general Alberto Bachelet, quien había sido procesado por traición a la patria al oponerse al Golpe de Estado.

En esa cancha organizábamos partidos de fútbol de los que yo era asiduo participante, principalmente porque me encantaba jugarlo, pero también para mantenerme en buena condición física. Ahí mismo, mientras unos jugábamos otros se tiraban como focas perezosas a tomar el sol, como si estuvieran de vacaciones en el mar y los weones hasta se ponían bronceador para verse morenitos, porque como nos visitaban muchachas de la universidad, se dedicaban a ponerse coquetones. Yo los miraba y no decía nada, pero me daba una rabia enorme su actitud, como sintiéndose héroes que ya habían pagado su cuota de sacrificio y debían ser admirados. En fin, que ese día, el Lito, quien estaba mirando el partido de fútbol, me llamó y como si estuviera hablando del tiempo, el weón me reveló el descubrimiento que acaba de hacer.

—Compadre — me dijo —, descubrí dónde vamos a echar la tierra.

—¿En serio? —le reviré con incredulidad, pensando que me iba a jugar una broma, pero no alcancé a detectar ningún signo de ironía.

—Sí, quiero que mires la altura que tiene nuestra galería — me dijo Lito indicando con los ojos la dirección del edificio de dos pisos donde estaban nuestras celdas.

Haciéndonos los weones nos fuimos acercando al tiempo que yo miraba con atención la galería, pero como no me decía nada nuevo, la percibí como una unificada y sólida estructura, le hice un gesto como diciéndole «¿Y qué?».

—Mira bien la altura y vamos por el otro lado — me dijo él, echando a andar en esa dirección.

—¡Es más baja! — dije al llegar y entendiendo lo que me estaba mostrando.

¡La diferencia de alturas del techo y su inclinación eran ahora evidentes para mí e indicaba que había un hueco entre el techo de nuestras celdas y el techo exterior de la galería, pues el techo de nuestras celdas no tenía inclinación alguna!

—¡Hermano — le dije, emocionado —, esa es la weá!

Llevé al Indio y al Negro y divertido repetí con los dos la experiencia por la que me había hecho pasar Lito.

—¿Qué notas ahí? —le dije a cada uno— Mira, toma con esta lata la distancia del piso al techo y luego vamos al otro lado...

Su reacción fue semejante a la mía y con esa convicción nos propusimos confirmar de inmediato nuestro hallazgo, teníamos que perforar el techo de la celda de arriba para saber cuánto espacio había entre éste y el techo exterior.

Yo vivía en una de las celdas de la planta baja, la quinta desde el lado de la galería que daba hacia la cancha, pero arriba, la primera estaba desocupada, por lo que le dije a Germán que se pasara a vivir ahí. Él fue con los pacos y les dijo que se iba a cambiar, argumentó que, como estaba loco, iba a terminar matando al weón que vivía con él. No le pusieron ninguna objeción y de inmediato se cambió. En esa celda empezamos a hacer un hoyo en el techo y estuvimos cerca de diez días comiendo mierda, pues perforar la losa con alambre grueso resultó un trabajo muy pesado y lento, además de que avanzábamos y avanzábamos en la perforación y la losa no parecía terminar nunca. Aunque el mayor sacrificio fue tener que soportar, para ocultar el ruido de la perforación, el suplicio que significaba escuchar al Indio cantar con su guitarra a Leo Dan: «Te he prometido... tan, tan, tan... que te he de olvidaaar... Cuanto has querido... tan, tan, tan... yo te supe daaar... Solo y herido...tan, tan, tan... así me dejáaas... Sabiendo que mañana... irás con otro... al altar...»

—Te juro que no te voy a olvidar, weón —le decía yo al Indio—, ¡pero ya apréndete otra, conchaetumadre!

Sin embargo, lo que es tener tiempo disponible y ocuparse de algo en concreto, de pronto logramos traspasar la losa que resultó de 50 centímetros de espesor. Estaba perforando junto con el Negroito Mambí, mientras que el Indio repetía como por décima vez esa mañana: «Llorarás, Llorarás... por tu capricho... si yo sé... que es a mí... a quien querées...», cuando por el agujero entró un fuerte chiflón. Entonces, seguí metiendo el alambre, mientras le decía al Negro: «Mira, atento, sigue, sigue...» y el alambre siguió subiendo hasta que, luego de meter poco menos de un metro, éste topó con el techo. Lo que significaba que en el lugar donde perforamos, había un espacio de unos 40 centímetros y no era su parte más alta.

— ¡Ya nos fuimos, weón, ya nos fuimos! —le dije al Negro mientras nos abrazábamos y el Indio remataba por enésima vez su canción favorita: «No podrás... ser feliz... con ningún ootro... pues conmigo... conociste... el amor... sí, el amor... sí, el amoor...».

Llamamos a Lito y le mostramos que se había comprobado su hipótesis. Emocionadísimos decidimos convocar a una reunión del alto mando, que no era otra cosa que los seis que estábamos en la fuga, pues en ese ínterin habíamos invitado a Luis Belmar, el *Cabezón*, otro compa que venía con nosotros desde que empezamos a hacer cuanta cosa en Concepción y quien había caído en un tiroteo con la Brigada de Inteligencia del Ejército. Un weón de valentía probada y que vivía en la tercera celda de abajo.

Con el Indio cantando, empezamos pacientemente a hacer un hoyo en la pared de la celda del Cabezón y con cuchillos y tenedores nos pusimos a rascar el cuadro de concreto que retiraríamos, con la intención de empezar a comunicar las celdas entre sí, sin tener que salir al pasillo. Llevábamos como un mes y no lográbamos terminar, por lo que en mi desesperación, una mañana les dije: «Metan ruido porque yo voy a picar a golpes esta mierda hasta sacar todo esto...» y la emprendía a golpes con un pequeño combo⁸² que habíamos conseguido con un preso común. El resultado fue que lo partí y ahora había que reparar con urgencia mis destrozos. Afortunadamente teníamos a mi compadre Lito, un virtuoso maestro chasquilla, que le hacía a todo y resolvía cualquier problema técnico que se nos presentara, ya que además de albañil, era carpintero, electricista, plomero, mecánico y pintor, como dirían en México: un auténtico mil usos.

Reparamos mi desastre con una pasta echa de huevos, que echamos con todo y cáscaras y con cemento blanco que nos habían llevado de afuera y luego lo pintamos con cal. Sin embargo, como aún estaba mojado, se notaba mucho la reparación y cuando entró el Cabezón Belmar a su celda casi se vuelve loco.

— ¡Putá, no, no, me van a agarrar, weón! —dijo descontrolado.

— ¿Qué pasó, Cabezón?, tranquilo —le dije para calmarlo—, ¿no dijimos que íbamos a fugarnos, weón?

— Putá, no, no, me van a agarrar, weón —insistía él.

Cuando lo invitamos a ser parte de la fuga, el Cabezón había revivido y como buen canero⁸³ viejo se declaró dispuesto a fugarse.

Sin embargo, no es lo mismo hablar que hacer y cuando vio que íbamos en serio le entró una paranoia terrible. Decidimos que Lito, quien lo conocía de más tiempo y era el que lo había incorporado a la Jota, se fuera a vivir a su celda para tranquilizarlo y controlarlo, pero nada parecía calmar la diarrea de espanto que tenía.

La reacción del Cabezón nos creó un problema de confianza muy serio y una gran tensión, su descontrol nos ponía en peligro a todos. Su discreción la avalábamos el Lito y yo, pero su comportamiento errático levantaba fuertes dudas. Como responsable del grupo debía hacer algo, pues más de uno me señaló el riesgo de que se fuera de lengua y diera al traste con todo. En esas estábamos cuando nos anunciaron que nos iban a reubicar dentro de la cárcel, lo cual era un problema para nosotros, porque había que empezar todo de nuevo, aunque de momento lo aproveché para resolver el problema con el Cabezón, por lo que reuní a todos los compas y les dije: «Nos cambian, hay que reparar todo y se va a la mierda la fuga».

Fue un montaje para dejar al Cabezón fuera del plan, pues todos menos él sabían que no sería así, decisión que me fue muy difícil tomar y me dejó con un muy mal sabor de boca, no sólo quedó fuera de la fuga, sino que le mentimos y lo desinformamos. Con la distancia y los años he llegado a la conclusión de que me equivoqué y que fui muy poco generoso con el Cabezón, si bien mi decisión nos resolvió el problema, debí confiar más en mi instinto y sobre todo en el conocimiento que tenía de la valentía y la discreción probadas del Cabezón Belmar. Sin embargo, una vez tomada, la decisión había que echarse para adelante y presionar para escoger las celdas en que nos ubicaríamos en el nuevo edificio. Se trataba de las galerías 7 y 8, siendo los primeros en ocupar lo que propiamente era la Cárcel de Máxima Seguridad y que recuerdo que me llevó a decirle a mis compañeros: «Cuidado, que si somos los primeros en entrar, bien podemos ser los últimos en salir».

* * * * *

En sustitución del Cabezón decidimos incorporar a Raúl Blanchet, quien entonces fungía como jefe del Frente en la cárcel. Un buen compañero que había sido dirigente político de la Jota y

caído en la primera operación del Frente en Santiago, por lo que tenía muy poca experiencia militar y eso lo hacía un poco inseguro. Era lo que llamábamos un cuadro político más que un cuadro militar, pero que luego de la división y quiebre del Partido y del Frente, había sido designado nuestro jefe en la cárcel. Lo cual sin lugar a dudas fue un error, porque Raúl no tenía la suficiente experiencia ni la confianza de los frentistas que se quedaron en el Partido y se fue creando un vacío de autoridad. Sin embargo, cuando discutimos la posibilidad de su inclusión en el grupo de la fuga, argumenté que el responsable de su nombramiento no era él, sino los weones que lo habían designado y lo más importante en nuestra decisión era reconocer que, a pesar de todo, Raúl había logrado sortear con habilidad política esa circunstancia y era un compañero confiable.

Acordamos que fuera el Negro Mambí quien lo invitara, ya que era quien lo conocía mejor y tenía más relación con él, pues el Negro participaba, como segundo del Partido en la cárcel, en las reuniones de dirección. Así, el Negrito le explicó en qué andábamos y la primera reacción de Raúl fue de total sorpresa, por lo que el Negrito, con su muy particular y directo modo de encarar las cosas lo emplazó a decidirse: «¿Le entras o no, weón?, que te quede claro que de igual manera nosotros lo vamos a hacer, yo me voy a fugar estés tú o no y me importa tres pepinos si no está de acuerdo el Frente, el Partido, el papa o el coño de su madre».

Raúl aceptó a sabiendas que ya había una estructura de mando en la que él no sería el jefe y que el Negro, como siempre, se la hizo explícita, aunque no le dijo quiénes más participábamos. Cuando asistió a la primera reunión se llevó una nueva sorpresa, no se imaginó que el jefe era yo y como que pareció dudar, entonces el Negrito le soltó, entre broma y en serio, una de sus acostumbradas bombas.

—Ya estás adentro, weón ¿y sabes cuál es la ley que nosotros tenemos?... el weón que se sale lo matamos.

—No, no —dijo sonriendo Raúl—, sí estoy dentro.

—Bueno —le atizó el Negro—, pero aquí no se discute nada, weón, este es un comando de acción y las órdenes se cumplen, aquí no es el Partido ni toda esa mierda ¿está claro?

—Sí, weón, ya te dije que sí —respondió riendo Raúl.

Entonces vino el cambio de galería y digamos también que de prisión, pues entramos a la sección de alta seguridad. Nosotros definimos que debíamos quedar en la orilla y tener las dos celdas de abajo y una de arriba, porque eso facilitaría mucho la pasada de la tierra al techo. Le dije al Negro Mambí que empujara ese acuerdo en la dirección y a Raúl le planteé que ese era el momento de hacer pesar su jefatura: «Tienes que ponerte los pantalones y decidir dónde nos quedamos, estén o no estén de acuerdo los demás, implica una decisión que rebasa con mucho cualquier demanda mezquina de acomodo».

Sin embargo, al final, con todo lo que muñequemos, no logramos tener las celdas que queríamos, pero conseguimos una de abajo, la 4 y la que seguía del piso de arriba. El Negro Mambí estaba, con bastante razón, muy enojado con el resultado y dispuesto a excluir a Raúl Blanchet del grupo, pero lo tranquilicé convenciéndolo de que no estaba tan mal, aún así podíamos seguir con nuestros planes.

Acordamos que a la celda de abajo se fueran el Negro Mambí Ricardo Contreras; el Lito Manuel Fuenzalida y Raúl Blanchet y a la de arriba nos metiéramos el Indio Hugo Nenculeo Montupil, Germán Alfaro y yo. Nos ayudó mucho que por esos días se nos autorizó construir un piso intermedio de madera al interior de las celdas, a manera de tapanco y que haría las veces de dormitorio. Espacio había suficiente, pues la Cárcel Pública era una construcción de 1887 y contaba con techos muy altos, de un aproximado de 3.5 metros. Abajo quedaba como sala, comedor y cocina y cabíamos parados rozando con la cabeza el techo del tapanco, al cual, en un rincón le dejamos un cuadrado abierto y al que se accedía por una escalera pegada a la pared. Arriba colocamos nuestros colchones, donados por organizaciones como la Cruz Roja y Médicos del Mundo, pues las celdas no tenían nada. La recámara quedó como el cuarto soñado de un soltero en primavera, con la salvedad, que a pesar de mucho desearlo, nunca tuvieron visita femenina. En ese ruidoso contexto en que todo el mundo estaba martillando debido a la construcción de los tapancos, decidimos aprovechar para darle duro al cemento del piso y del techo con

los combitos⁸⁴ que habíamos conseguido y le dije al Negro: «De una vez, weón, ustedes abajo y nosotros arriba, vamos a romper esa mierda para tener los hoyos listos».

* * * * *

Deshacernos del material que iba saliendo no era un problema, era muy poco y lo botábamos en la zona de tierra cuando íbamos a jugar fútbol o a la visita. Sin embargo, el cálculo que habíamos hecho de que con los combos romperíamos las losas en unos tres o cuatro días, no fue ni cercano a lo que nos enfrentamos. Llevábamos más de diez días trabajando intensamente sin poder terminar de romper la losa y estábamos agotados, pues había que hacerlo en paralelo a construir nuestros tapancos y hacer guardia. La conclusión obligada fue que necesitábamos incorporar más gente, por lo que invitamos al *Chino* Luis González y al *Cocho* Daniel Alfaro, quienes habían estado conmigo en tropas especiales, dos combatientes probados, valientes e inteligentes.

Al Chinito Luis Gonzales, cuyo nombre de chapa era *Rubén*, yo lo conocía muy bien, con él nos tomamos la Radio Minería, el tren, hicimos ataques a cuarteles y un larguísimo etcétera de operaciones. Era más intrépido que un Gurka⁸⁵, un weón valiente como él solo, que había caído luego de sostener una balacera contra varios policías y cuando se le acabaron las municiones, sabiendo que lo podían matar, arrancó a correr. A Daniel Alfaro también lo conocía bien, había sido chofer en varias operaciones que realizamos, como la toma de la FAMA E, pero a diferencia del Chinito, Daniel era un hombre muy tranquilo, quien, acusado del secuestro del hijo de Cruzat y como de ocho acciones más, tenía una condena que debía pagar con varias vidas y se había convencido de que haría cincuenta años de encierro ¡el weón creía que sería el Mandela chileno!

Por ser el más cercano a ellos, me correspondió invitarlos y, como esperaba, el primero en responder fue el Chinito, sin embargo el weón me sorprendió mucho, pues fue extrañamente cauto.

—Sí, pero hay que ver... —soltó el Chinito.

—No, no, tranquilo, Chinito —le respondí interrumpiéndolo—, no hay nada que ver o le entran o no.

—Yo aquí no tengo para cuándo, le entro, weón —dijo con seguridad Daniel.

—Está bien, yo también estoy —definió el Chinito.

En esos días, llegaron otros compas presos de la Peni. Eran como cincuenta y entre ellos venían el *Corneta* Diego Lira, Jorge Martín, Rafael Pascual y el *Pollo* Juan Márquez. Este último era presidente de la organización de los presos políticos y destacaba por su amplia visión y gran capacidad de análisis político, era concreto y muy certero, además de haber sido uno de los oficiales chilenos con más alto grado en el ejército cubano. Paradójicamente, el Pollito Márquez no era un compa muy echado pa' delante y se arredraba con bastante facilidad, pero era un weón muy confiable. Jorge Martín y Rafael Pascual tenían un pasado común, ambos eran hijos de refugiados españoles que llegaron a Chile en el *Winnipeg*⁸⁶ después de la Guerra Civil. Los padres de ambos combatieron juntos del lado de La República y contra el fascismo, en el aguerrido Quinto Regimiento, conformado por militantes comunistas españoles y donde el padre de Rafael había sido uno de sus comandantes y el de Jorge su enlace principal. Ambos eran de primera y muy comprometidos, pero muy diferentes, Jorge era un compa con mucho aplomo, mientras que Rafael era un weón más locuaz y despreocupado, pero sumamente creativo.

A Diego Lira le pusimos el *Corneta*, apodo que sólo a muy pocos toleraba, porque en una de las sesiones de tortura a que lo sometieron los agentes de la CNI, uno de éstos le ordenó que dijera su seudónimo, él respondió que le decían *Corneta*, pero cuando el esbirro, estúpidamente, le preguntó por qué le decían así, él le respondió: «Porque todo el que pregunta me la sopla...». Recuerdo que cuando llegaron a la Cárcel de Santiago, Diego, que también había estado con nosotros en el plan de fuga de la Peni y con la agudeza que lo ha caracterizado siempre, llegó saludando y apuntándose al nuevo plan de fuga.

—¿Qué pasó compadrito, cómo estamos? —me saludó Diego sonriendo.

—Aquí, compadrito, bien, bien... —le respondí contento de verlo.

—¿Y? —me preguntó él.

—¿Cómo y? —le reviré.

—¿Cómo voy ahí? —me preguntó.
—¿Cómo crees tú? —le respondí haciéndome el tonto.
—Gitano, no me hagas una chanchada, weón, tú sabes que estoy puesto ¿eh? —me respondió Diego muy serio.
—Lo sé, lo sé, ¿pero qué sabes tú, weón? —le reviré riéndome.
—No te hagas el weón, Gitano —remató Diego—, que el que nace chicharra muere cantando...

Me cagué de la risa por la expresión y la puntería de Diego, quien, aún cuando no sabía nada de lo que estábamos haciendo, pues venía recién llegando, estaba seguro que andaríamos tramando algo y por supuesto que lo incluí de inmediato.

También incorporamos a Marcelo Osses, que ya estaba en la Cárcel Pública con nosotros y que era, además de muy confiable, un agudo observador y a Luis Melo, que era miembro del Comité Central del Partido y a quien le dimos un trato especial, no lo metimos a rascar sino sólo a ayudar a llenar algunas bolsas con tierra o hacer guardia. Al incluirlo, teníamos una segunda intención, pensábamos que eso ayudaría a comprometer, en su momento, a la dirección del Partido.

* * * * *

Decidimos entonces formalizar lo que llamamos nuestro Estado Mayor, el cual quedó conformado conmigo a la cabeza; el Indio Hugo Nenculeo Montupil de segundo y jefe del estado mayor; Germán Alfaro como jefe del grupo de Aseguramientos multilaterales; el Lito Manuel Fuenzalida del grupo Técnico y el Negro Mambí Ricardo Contreras del de Inteligencia. Los cuales funcionarían como unidades separadas, porque era más complicado estar reuniendo a todos y no era recomendable y cada uno de los nuevos integrantes quedó adscrito a uno de los equipos y responsables ya definidos.

Apenas un par de días después, el Indio llegó con cara larga y quiso hablar a solas conmigo.

—Te tengo una buena y una mala —me dijo en tono plano.
—¿Cuál es la buena? —le pregunté.
—Me voy en libertad —dijo sin entusiasmo.
—¡Excelente, weón! —le respondí con alegría— ¿Y cuál es la mala?

—Que no me voy a fugar, weón —dijo con evidente tristeza.

—¡Pero sí es una doble buena noticia, weón, ahora nos ayudas desde fuera! —le dije convencido.

—Jefe, tú sabes, ¡yo me muero, pero ustedes salen, weón! —respondió el Indio con profunda emoción.

—Lo sé muy bien compadrito. En cuanto pises la calle tú serás el jefe de la fuga afuera, sabes mejor que nadie nuestras necesidades y que requerimos de mucho apoyo, el cual será aún más necesario cuando hayamos salido.

—Contai con eso, sabes que soy Patria o Muerte —me dijo antes de darnos un emotivo abrazo de despedida.

Estaba convencido que el Indio sería una pieza fundamental, pues hasta ese momento, el grupo de apoyo externo eran sólo algunos compañeros y familiares nuestros. El Indio, además de estar totalmente comprometido con la fuga y sus necesidades, era un compa muy arrojado y eficaz, que se sumaría en cuerpo y alma a cumplir su promesa.

De inmediato, el Negro Mambí pasó a ocupar su lugar como jefe del Estado Mayor y en remplazo del Indio ingresamos al grupo a otro excelente compañero, José Delgado Zapata, alias el *Rucio*⁸⁷ *Chico*. Fue también en esos días que logramos terminar el hoyo del techo de la celda, recuerdo muy bien que yo estaba haciendo un poco de ejercicio, cuando el Chinito Luis González llegó a buscarme y muy serio me dijo: «Anda a la celda, weón». Sin chistar, por el tono grave utilizado por el Chino, me fui con él a nuestra celda y al entrar lo primero que vi fue el tremendo hoyo en el techo de unos 35 por 40 centímetros, pero el bloque de cemento que queríamos sacar entero estaba, literalmente, hecho pedazos. Pálidos y mudos, los que ahí se encontraban me miraron con desolación.

—¡Muy bien! —les dije, riendo.

—Sí, pero se rompió el weón... ¿y ahora cómo lo tapamos? —dijo alguien, representando la preocupación general.

Les dije que no se preocuparan, me subí al tapanco, me paré dentro del hoyo y lo primero que percibí fue un viento intenso en la cara y tuve una de las sensaciones más hermosas de mi vida, pues para mí era aire de libertad. Como un reflejo, cerré los ojos y lo disfruté en silencio por unos segundos y luego observé con cuidado el espacio.

Resaltaba que el entretecho no tenía divisiones entre las celdas, era un galerón inmenso, como de unos 60 metros de largo por cuatro de ancho, que en la parte más alta, hacia el fondo de la celda, tenía unos 55 centímetros de altura e iba descendiendo en línea recta hacia la pared de la puerta. También confirmé que el techo exterior era de lámina de zinc y el piso del entretecho tenía una ondulación constante, que dejaba ver unas pancitas que subían y bajaban de celda a celda, pues los techos de las celdas eran abovedados, dejando unos espacios entre cada cresta que parecían diseñados para que ahí echáramos la tierra. Me metí al hoyo y le dije al Chinito que se subiera conmigo, ya que él tenía mucha preocupación de que en el entretecho hubiera alguna cámara o sensores de movimiento que activaran una alarma. Él entró con mucha cautela.

—Tranquilo, weón —le dije en voz baja y sabiendo de sus resquemores agregué—, mira, hay ratas y arañas, si hubiera sensores estarían sonando todo el tiempo, aquí no puede haber ni mierda de sensores, ni de cámaras, ni de alarmas, además de que ya hubieran sonado con nosotros.

—Putá, tienes razón, weón —dijo él mirando a su alrededor—, está limpio de esas mierdas.

Entonces, con mucho sigilo nos desplazamos hasta el final del entretecho, donde me di cuenta que entre el techo de zinc y los ladrillos que lo sostenían y lo cerraban había ranuras por donde se podía ver la calle.

—Mira esto, weón, se ve la libertad —le dije en voz muy baja al Chinito y señalándole las ranuras— ven, huele la libertad, weón.

—Chucha, que sí... —dijo él también en un susurro y observando embelesado el movimiento de los micros en la calle— ¿Ahora qué hacemos?

—Regresemos ya —le respondí.

Al bajar a la celda les dije a los demás: «Ya tenemos la mitad hecha, weones, ahora hay que cubrir esto». Para poder hacer un bloque falso que sustituyera al que se nos rompió, les dije a los compas que fueran a conseguir todos los huevos que pudieran, pues ya teníamos cemento blanco y también la cal para luego pintarlo. Con la experiencia que ya teníamos para hacer reparaciones, sabíamos que se requerirían muchos más que en la restauración anterior, por lo

que entre nosotros, con algunos amigos y otros más que les compramos a los guardias, conseguimos juntar cerca de diecisiete docenas. Primero hicimos una masa espesa con arena y pedacitos de la loza, el cemento blanco y todos los huevos, incluidas sus cáscaras. Con ella y gracias a que alguno de los compas, inteligentemente se dio a la tarea de conseguir una rejita de metal para darle cohesión y resistencia, formamos nuestro bloque. Bajo la dirección de Lito, lo hicimos imitando el sistema de puertas que tenían los vietnamitas en los accesos a los túneles que hicieron durante la guerra contra los gringos. Es decir, con cortes en diagonal en forma de cono y de un tamaño un poco menor al ancho del boquete para que el bloque pudiera atravesar y deslizarse de regreso. Así, una vez colocado, podía sacarse fácilmente hacia arriba con sólo empujarlo y al volverse a colocar podía deslizarse y atorarse dentro del hoyo en unos palitos de madera que luego le pusimos a las paredes.

Cuando nuestro bloque se secó lo suficiente para ser manipulado, lo metimos y lo atoramos para que quedara a ras de techo. Entonces lo sellamos relleno los espacios entre éste y la losa de concreto y luego pintamos todo el techo con cal. Estábamos felices con el resultado de nuestro trabajo, aún cuando el bloque falso se notaba mucho, pero era evidente que no estaba seco. Esperamos pacientemente pero no secaba y no secaba. Decidimos entonces aplicarle calor para acelerar el proceso de secado y le acercamos un par de estufitas de campismo que teníamos para cocinar. Logramos que el bloque seicara un poco más, pero quedó muy amarillento, el problema ahora era que, a pesar de que lo volvimos a pintar con la cal ¡el bloque seguía amarillo, mientras que todo lo demás estaba blanquísimo!

Pasaban ya de las ocho de la noche, hora inicial pactada para el encierro, que, por cierto, habíamos ido corriendo poco a poco hasta a las ocho y media, por lo que los demás compañeros se fueron a sus celdas y nos quedamos Germán y yo solos. Esperamos un rato más y lo volvimos a pintar, lo cual hicimos varias veces, pero el color amarillo persistía. Como a las dos de la mañana, luego de haberlo pintado como por quinta vez y que el color amarillo no se quitara, estábamos realmente preocupados.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Germán.

—No queda de otra, hay que seguir con las estufitas y volver a

pintar —respondí sin convicción, simplemente proponiendo repetir lo que ya habíamos hecho sin éxito—, no podemos arriesgarnos a que mañana nos caiga un allanamiento y esto se vea así, hasta un ciego se daría cuenta.

Sin embargo no nos movimos, sabíamos que no serviría de mucho, hasta que a Germán se le ocurrió una solución genial. Se levantó y se dirigió hacia un pila de periódicos de un pasquín de lo más sensacionalista y ramplón que él compraba todos los viernes, llamado La Cuarta, de donde tomó uno de los ejemplares, le sacó una de las hojas y me la mostró: ¡ocupando toda la plana y de cuerpo entero, estaba la fotografía de una mujer con muy poca ropa encima!

—¿Y si lo cubrimos con una de estas? —me dijo sonriendo.

—Puede ser, weón —le dije dudando— ¿quedará bien?

—Acuérdate de las celdas de los comunes —me dijo Germán con entusiasmo— las tienen llenas de minas desnudas.

Empezamos a sacar las planas de los periódicos con las fotografías de las mujeres, que venían tipo posters a hoja extendida y cuando ya teníamos más de una veintena y nos disponíamos a colocarlas, le dije a Germán: «Pongamos a la más charcha⁸⁸, a la más guatona⁸⁹ sobre el hoyo, para que los weones pacos miren menos ahí y no se la quieran chorear⁹⁰ y abajo ponemos a las minas más ricas.

Después de escogerlas y de haber puesto como veinte por toda la celda, unas diez en el techo y las demás en las paredes, satisfechos con el resultado pudimos finalmente dormirnos. Al otro día, como si lo hubiéramos invocado, vino un allanamiento y nos sacaron de las celdas. Todos estábamos muy preocupados, pero no podíamos hacer nada que no fuera esperar a que terminara la revisión. Aquella tortura psicológica duró un par de horas y al regresar a la celda nos dimos cuenta que faltaba una de las mujeres desnudas, ¡pero no la del hoyo en el techo!, sino una de las que pusimos en las paredes. Nuestro secreto estaba a salvo, el allanamiento resultó sin novedad y luego de unos tres días, estando totalmente seco, volvimos a encalar el bloque falso y quedó tan blanco como el resto, pero ahora, además, estaba protegido por nuestras santas piluchas⁹¹. Mismas que, siguiendo el criterio de su colocación inicial, iríamos renovando constantemente.

Decidimos también, para evitar ser escuchados por los presos de las demás celdas y por los guardias del fondo de la galería, alfombrar

el piso del entretecho con frazadas, pues eso amortiguaría el ruido de nuestros desplazamientos y los de las descargas y dispersión de los escombros, que tendríamos que ir acomodando equitativamente para distribuir su peso. Todos pedimos varias veces a nuestros familiares que nos llevaran frazadas y aunque a más de uno de ellos le llamó la atención nuestra reiterada solicitud, llegando a preguntar para qué necesitábamos tantas, les dijimos que había muchos presos sin familia que los visitara y que eran para repartirlas entre ellos.

El infructuoso allanamiento a nuestras celdas, para nosotros fue como haber pasado la prueba del ácido, no sólo logramos terminar el hoyo sin levantar sospechas, sino que además logramos hacerlo invisible. Pero quizá lo más importante es que era una demostración palpable e irrefutable de que no teníamos filtraciones, sospecha que seguramente más de alguno albergamos durante la angustiada espera que significó el allanamiento, pues éste parecía una coincidencia demasiado oportuna. También sabíamos que teníamos un sellado a toda prueba en nuestro bloque en el techo y eso nos significó una inyección multi-vitamínica de confianza. Tan eufórico estaba, que les dije a mis compañeros: «Hemos dado un paso importantísimo y ¡puta, weones, estamos en el borde del túnel, ya casi saliendo!».

Con ese entusiasmo, misma técnica de reparación y encubrimiento, encaramos entre todos el hoyo de la celda de abajo, el del túnel, el cual quedó ubicado al costado derecho de la entrada a la celda de abajo, en la base del muro que hacía esquina con el del marco de la puerta y al que, luego de hacerle su bloque, para ocultarlo le colocamos un mueblecito de tablas enfrente, mientras que la escalera para subir al tapanco la pusimos pegada al muro derecho de la entrada. Sin embargo, al poco tiempo que empezamos a sacar la tierra del hoyo, se nos presentó un nuevo problema. Marco Riquelme, a quien habíamos incorporado poco antes y era el responsable de la jefatura del equipo de Inteligencia, fue quien dio la señal de alarma. Resulta que la tierra la metíamos en bolsas tubulares, que no eran otra cosa que unas piernas de pantalón cortadas y cosidas por uno de sus lados, a las que llamamos mangas y que, como era época de frío, podíamos cargar ocultas debajo del abrigo hasta la celda de arriba, donde se vaciaban en el entretecho. Generalmente las subíamos poniendo cara de culo irritado el Negro Mambí, Diego o yo, ya que

por ser los más antipáticos, los más pesados y locos, generalmente no se nos acercaba nadie. Yo era entonces más pesado que un collar de melones y no le hacía bromas a nadie ni aceptaba ningún chiste a mis costillas, pero aún cuando el Negro y el Corneta tenían igual fama de locos antipáticos, era un riesgo salir al patio con el bulto oculto, caminar hasta las escaleras, subirlas y luego caminar hasta la otra celda. Lo cual, sin lugar a duda que además nos presentaría un problema mayor en el verano, cuando no se explicaría andar con un abrigo encima.

Por cierto que entonces no imaginamos, aunque deberíamos haberlo previsto, lo difícil que sería trabajar en el entretecho en el verano, pues resultó que la plancha de zinc absorbía tremendamente el calor de los rayos del sol y la temperatura en el entretecho seguramente llegaba a los 50 grados centígrados. ¡Era peor que un sauna a su máxima intensidad y te deshidratabas en minutos!, además de que se tenía que trabajar en calzoncillos y con muchísimo cuidado de no tocar el techo, pues las quemaduras en brazos y espalda eran terribles, ¡como si te pegaran una plancha de ropa bien caliente! Accidentes que fueron constantes, porque la altura máxima del entretecho era de 55 centímetros. Al bajar de ahí en el verano, antes de poder hacer ninguna otra cosa, había que pasar cerca de una hora tomando agua a sorbitos para hidratarse. De cualquier manera, no tuvimos que esperar a que fuera verano para que el trasiego de tierra a la celda de arriba fuera un problema.

—Hemos estado observando y ¿sabes qué, weón?, estamos mal, esto no va a funcionar, estamos muy visibles y se van a dar cuenta — me dijo Marco Riquelme poco después de su inclusión y tomándose muy en serio su responsabilidad.

—Sí, Marquitos, ¿pero qué hacemos, weón? —le respondí sabiendo que tenía razón.

—No sé, pero si seguimos así se van a dar cuenta —sentenció Marcelo Osses, quien también estaba en el grupo de Inteligencia.

Como siempre, fueron mi compadre Lito y su equipo técnico quienes encontraron una solución: ¡hacer un hoyo en diagonal que comunicara la celda de abajo con la de arriba! Interrumpimos el trabajo en el túnel y nos dedicamos de lleno a hacer la perforación diseñada justo para que pasaran nuestras bolsas tubulares de pierna de

pantalón. Taladramos el cemento raspando con tenedores y alambres gruesos y si bien era desesperantemente lento el avance, como ya era costumbre, en tres horas de trabajo apenas sacábamos un puñito de polvo y en un día avanzábamos tan sólo unos cuantos centímetros, pero con la experiencia que ya teníamos se nos hizo mucho más fácil y fuimos más rápido que cuando hicimos el primer hoyo. Nos tomó más de mes y medio perforar el casi metro y treinta centímetros que separaba en diagonal a ambas celdas, en un ducto circular de unos 25 centímetros de diámetro y a cuyas bocas les pusimos sus correspondientes bloques falsos y movibles. A partir de ese momento, pudimos dedicarnos a hacer el túnel sin tener que salir de la celda para trasegar la tierra. Jaladas desde arriba, las piernas de pantalón rellenas de tierra pasaban de una a otra celda a través del ducto diagonal sin ninguna exposición. Todo quedaba en familia. Por cierto que un jeans tendido al sol era una presa siempre codiciada por nosotros ¡y desaparecieron muchos!, propiciando el justificado enojo y las puteadas de más de un compañero preso y por supuesto nuestra desaprobación manifiesta a tan desagradable e inmoral acontecimiento, mientras compartíamos silenciosamente el miserable estatus del lampazo que roba la ropa de las azoteas a sus vecinos.

Fue entonces, que, para evitar delatar sin intención a alguno de los compañeros de la fuga, acordamos referirnos con seudónimo cuando habláramos de alguno de nosotros y en referencia a la fuga. Para ello, decidimos recurrir a los nombres de compañeros nuestros caídos en combate o asesinados, por ejemplo, en mi caso, escogí el de Ignacio, en honor a Ignacio Valenzuela Pohorecky, el Lito escogió Ricardo, en honor a Ricardo Silva Soto y el Negrito Ricardo Contreras se puso Patricio, en honor a Patricio Acosta.

Como nos dimos cuenta de que a veces era complicado avisar a otros del inicio de su turno y que el sigilo hacía vernos sospechosos, también determinamos utilizar un código que se relacionara con la vida diaria de la cárcel, es decir, un lenguaje que utilizara palabras y frases simples para hacer natural la comunicación y evitar llamar la atención o delatarnos ante otros. Así, por ejemplo, al hoyo del techo le llamamos «pera», al del túnel «manzana» y al que comunicaba en diagonal a las celdas le pusimos «pepino». «Ir a comer», significaba ir a rascar en el hoyo del túnel y «lavar la losa» significaba tirar la

tierra en el entretecho. De manera tal que, sin importar quién pudiera estar oyendo, si uno de los compas te decía: «Te toca hacer el mate» sabías que era tu turno de hacer guardia.

* * * * *

Para probar la seguridad de nuestro enmascaramiento del hoyo del túnel y de paso levantarle un poco la moral a José Delgado, el Rucio Chico, que solamente había participado en tareas de vigilancia e información y debido a nuestra compartimentación no había entrado a la celda mientras se trabajaba. El Rucio no nada más se estaba cansando de estar parado echando ojo, sino que empezaba a tener fuertes dudas de que no le estuviéramos metiendo el dedo en la boca. Por todo eso era ideal que fuera él quien revisara la celda de abajo y al invitarlo le dije: «Ven a ver que sí estamos trabajando, quiero que revises bien, con calma y busques por todos lados».

El Rucio Chico empezó a buscar muy emocionado y dinámico, pero luego de revisar la celda por más de una hora, terminó decepcionado y deprimido, con una cara tan larga que parecía un bebé de orangután abandonado por su madre, pues el weón no encontró nada. Lo cual a nosotros nos dio mucha tranquilidad y alegría, ya que era una prueba difícil de pasar, ya que él sabía el tipo de escondrijos que solíamos hacer y le resultaría más fácil encontrarlos. Entonces, para no dejarlo a él así, el Lito movió la escalera que subía al tapanco, sacó el mueblecito que ocultaban el hoyo del túnel, removió el bloque falso y el Rucio se quedó literalmente estúpido.

—¿Qué pasó Rucio? —le solté— ¡Di algo, weón!

—Pídanme lo que quieran... no, weón, si me tengo que estar parado de cabeza, me quedo todo el día, weón —dijo el Rucio, poniéndose a llorar de la emoción.

Por cierto que el Rucio era epiléptico y con frecuencia le daban ataques convulsivos, pero era tal su convicción y tan grandes sus ansias de libertad que el compa se cagó en eso y sin pedir ningún trato especial por su condición, trabajó igual que los más comprometidos con la fuga. Casos semejantes, en los que la voluntad pudo vencer obstáculos que parecían insalvables, los encarnaron otros compas que padecían de claustrofobia, pero lograron someterla haciendo algo que

me parecía horroroso y que hacía la CNI para torturar: se ponían una bolsa de plástico en la cabeza y se tapaban con frazadas, tratando de aguantar lo más posible. Así lograron conquistar su miedo y dominar su hasta entonces incontrolable angustia a los espacios cerrados.

Te confieso que yo entonces no entendía en toda su dimensión lo que les pasaba y es hasta apenas recién, a mis cincuenta y cinco años, que puedo entender la magnitud del esfuerzo que tuvieron que hacer los compañeros para controlar ese miedo irracional, pues resulta que ¡ahora yo padezco de claustrofobia! Por eso rememoro con mucha más admiración que antes, cuando, ya siendo parte de nuestro Estado Mayor, como jefe del equipo de Inteligencia, Marco Riquelme me planteó su problema de manera ejemplar.

—Creo que yo voy a tener que salirme de esto —me soltó Marquitos.

—¡Chucha, ¿por qué?, ¿qué pasa?! —reaccioné sorprendido—, ¿estai loco?, aquí los únicos que se van son los traidores y salen a morir, weón...

—No, no es eso —me interrumpió Marco—, es que tengo claustrofobia y no voy a poder entrar abajo y se me hace inmoral, weón.

En fin, te cuento esto, además porque quiero decirte que ser el jefe de un grupo de compas así, es la tarea más fácil y honrosa que he tenido que encarar, pues constituíamos una poderosa inteligencia colectiva en la que cada uno le ponía cerebro para resolver los problemas que se nos presentaban y güevos para encararlos, participando sin protagonismos esquizoides en el trabajo que teníamos que realizar. Te puedo decir que fue un grupo extraordinario de compañeros, que mostraron siempre una disposición y humildad impresionantes para encarar la tarea que fuera con disciplina, inteligencia, discreción y voluntad. Todo lo cual, por cierto, hacía que la probabilidad de equivocarnos fuera menor.

Teníamos muy claro que no estábamos jugando a la fuga y que no podíamos fallar. Éramos muy conscientes que si nos descubrían, Pinochet la utilizaría a su favor, exponiéndonos y ridiculizándonos para minar cualquier vestigio de esperanza de erradicar a la dictadura. Habíamos platicado mucho y evaluado autocriticamente los duros golpes que habíamos sufrido como Frente en la internación de armas en Carrizal y en el atentado a Pinochet. También habíamos llegado a

la conclusión de que los sectores políticos que estaban pactando con la dictadura una posible salida de Pinochet, manteniendo la institucionalidad de la dictadura, cuando más, lograrían un gatopardismo político que preservaría las condiciones de miseria, marginación e injusticia que padecía nuestro pueblo y que un nuevo fracaso nuestro significaría ahondar en la desconfianza y falta de credibilidad en la izquierda que había enfrentado a la dictadura con mayor beligerancia y audacia. Por el contrario, una fuga exitosa pondría el dedo en la llaga del fraude democrático que se estaba cometiendo y sobre todo, le daría visibilidad y reivindicaría a los presos políticos.

* * * * *

Entre paréntesis te diré que no creo que nos hayamos equivocado en nuestra caracterización, porque del atractivo slogan de «La alegría ya viene», que fue el que utilizó la Concertación durante el plebiscito, una vez que Patricio Aylwin se sentó en la silla presidencial, en marzo de 1990, la alegría no llegó ni a sonrisa. El gobierno de la Concertación no sólo no cumplió su compromiso de avanzar hacia una sociedad más justa, sino que, al contrario, los weones se enamoraron de la institucionalidad pinochetista, abrazaron su constitución política e incluso preservaron intacta su aberrante Ley Antiterrorista y continuaron profundizando su modelo económico depredador y los proyectos sociales prometidos se los metieron por el culo. Ni qué decir de las promesas de enjuiciar y castigar las documentadas violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, de aquello que el presidente Patricio Aylwin ofreció como: «Justicia en lo posible...» que terminó siendo: «Imposible justicia...»

Cierro el paréntesis diciéndote que desde entonces se ha hablado con bombo, platillo y hasta la náusea de la pacífica y ejemplar transición a la democracia chilena. Sin embargo, en primer lugar te debo decir que me parece una vileza afirmar que la lucha política durante la dictadura, que tiene un punto de llegada en el plebiscito que le dice NO a Pinochet, haya sido pacífica, pues el pueblo chileno pagó un alto costo en vidas humanas, tanto por los asesinatos selectivos de opositores como por la represión generalizada durante las importantísimas protestas masivas, pacíficas y no,

contra la dictadura y por si eso fuera poco, porque la insurgencia armada fue una constante significativa. La pérdida de legitimidad y el aislamiento político de Pinochet no se puede explicar sin estas gestas, que de pacíficas tuvieron poco, aún cuando la carga de la responsabilidad de la violencia recaiga fundamentalmente en quienes violentaron la legalidad democrática existente y practicaron el terrorismo de Estado.

En segundo lugar, cuando se habla de la ejemplar transición a la democracia chilena, se hacía y se hace como si lo que estuviera en puerta o peor aún ya hubiera ocurrido, fuera un cambio de régimen político. Sin embargo no fue así, si bien hubo un cambio en la formalidad electoral, la Constitución de la dictadura se mantuvo y se ha mantenido básicamente intacta hasta hoy, es decir a 35 años de su imposición en 1980, a 27 años del plebiscito de 1988 y a 25 años de la llegada al gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia en 1990. Infamemente, la ejemplar transición a la democracia chilena garantizó el imperio de la ley, ¡pero de la dictadura! Contrario a lo que deseaban, creían y gritaban millones de gargantas en las plazas de Chile y por lo que votaron millones más de chilenos, ¡Pinochet NO se fue! Tal y como lo estipulaban los transitorios de su espuria Constitución, Pinochet se mantuvo como Jefe de las Fuerzas Armadas hasta el 11 de marzo 1998 y al día siguiente fue nombrado senador vitalicio para garantizarle el amparo del fuero constitucional, su pertenencia al gobierno ¡y un salario de senador!

No sólo se aceptó la tutela de la democracia por un dictador, sino que, por si fuera poco, se le otorgó a éste impunidad por la ruptura del orden constitucional y las acreditadas violaciones a los derechos humanos cometidas, así como por la escandalosa corrupción de él y sus cómplices. Salvo contadas excepciones de unos cuantos militares caídos de la gracia de Pinochet, indispensables por legitimadoras y pactadas con él, un doloroso, e indigno manto de impunidad los cubrió a todos. Una amnistía no declarada que, para ser aún más ignominiosa, ¡no incluyó a los que habíamos enfrentado a la dictadura con las armas en la mano!

Infamia que, dicho sea de paso, también contribuía a la cohesión política y anímica nuestra, que, a diferencia de otros pre-

sos políticos, no nos tragamos el cuento de que, al ganarse el plebiscito, el pueblo vendría en masa a liberar a los que habían luchado contra la dictadura con las armas en la mano. Lo cual nos expresaban entonces en frases que sonaban muy bonito, como: «El pueblo organizado liberará al pueblo encarcelado...» pero que nosotros asumíamos como puras buenas intenciones. Era muy evidente que los partidos de la Concertación habían pactado con Pinochet mantener la legalidad de la dictadura y que, por lo tanto, nuestras condenas, algunas incluso a pena capital, se mantendrían firmes. Con su aberrante y traicionera distinción de los presos políticos entre «presos de conciencia» y «presos de violencia», era claro que nos abandonarían a nuestra suerte. Para ellos no éramos combatientes por la libertad y la democracia que habíamos cumplido con un deber cívico al ejercer la resistencia armada contra la dictadura, sino que, tal y como ésta nos caracterizaba, éramos «subversivos violentos» o peor aún «terroristas». Calificativo que en todo caso era exacto para quienes llenaron de horror nuestra patria, al usurpar con violencia asesina un gobierno legal y democráticamente electo e instaurar el terrorismo de Estado y en especial para el dictador, al que, con eufemística y genuflexa reverencia, los políticos de la Concertación llamaban «El General», al tiempo que a su sangrienta dictadura la referían como «Gobierno Militar»; ¡pero de ninguna manera para calificar a quienes los combatieron!

Para los que se alzaron en armas contra un gobierno legal y legítimo, que se cagaron en la Constitución, en el presidente, en la vida, en la libertad y en todo: la amnistía. Para nosotros, por levantarnos en armas contra la dictadura y jugarnos la vida por la libertad: el exilio o la clandestinidad permanente. Tan es así, que, hasta hoy, después de 25 años de que arribaran al gobierno los partidos de la Concertación por la Democracia, los combatientes que salieron del país, tanto los que fueron expulsados, como los que llegaron a algún acuerdo para autoexiliarse o los que se escaparon, continúan siendo prófugos de la justicia, incluso con condenas pendientes decretadas por un tribunal militar de la dictadura. Lo mismo pasa con compañeros que se quedaron en Chile y hasta la fecha viven con identidades falsas ¡Como si no fueran

ilegales de origen todos los actos de la dictadura, desde su Constitución hasta sus tribunales militares y sus condenas!

* * * * *

Entonces, mientras que en Chile la gran mayoría tenía toda su atención puesta en el plebiscito, nosotros, convencidos de que no había otra manera de salir de la cárcel, nos dedicamos compulsivamente a escarbar el túnel. Sin embargo, la carga de trabajo era mucha para los que residíamos en las galerías 7 y 8, donde teníamos el hoyo del túnel, pero en particular para los que estaban en la celda de abajo, pues además de trabajar en la elaboración de artesanías para vender afuera y las muy diversas actividades diarias, estábamos todos los días y las noches rascando el túnel.

Con la idea fija de irnos y hacerlo rápido, caímos en un voluntarismo bárbaro, como si pudiéramos hacerlo en unos cuantos días. Incluso dejamos de salir a la cancha, cada minuto disponible lo dedicábamos obsesivamente a sacar tierra. Avanzamos, sí, pero estábamos agotados y lo que era peor es que sin darnos cuenta también estábamos poniendo en peligro nuestro plan. Fue Marcelo Osses, del equipo de inteligencia quien dio la voz de alerta.

—Oye, Gitano —me dijo Marcelito— estamos mal, weón...

—¿Por qué, weón, qué pasó? —respondí.

—Mira —me dijo señalando con los ojos hacia otros presos—, nosotros, los que estamos en esta galería, pero principalmente los de esta celda, estamos todos pálidos weón, fíjate bien, todo el mundo está tostadito, menos nosotros.

—Es cierto, weón —le dije mirando a los demás presos—, ¿no me había fijado!

—Propongo —dijo Marcelito— que en los horarios de trabajo establezcamos que dos veces por semana invirtamos una hora para tomar el sol, pero de manera urgente Germán, Fuenzalida y tú, que parecen fantasmas.

La alerta y la sugerencia de Marcelo eran de lo más atinadas, nuestra blancura era un claro indicio delator y si él se había dado cuenta, el enemigo también podría notarlo, además que nos obligaba a incluir en nuestros horarios un lapso de necesario descanso. Sin

embargo no fue del todo fácil, empezando por mí, pues a más de uno no nos hacía ninguna gracia exhibirnos como focas tiradas al sol y embarrarnos de Coca-Cola o puré de tomate, porque no sé quien mierda dijo que eso ayudaría a tomar color más rápido. Yo llegué incluso a pensar que, por ser el jefe del grupo, podría hacerme el tonto y eludir aquella vergüenza, pero no fue así, Germán, que era el jefe de la unidad en la que yo participaba en mis turnos de trabajo, no lo permitió.

—Sus estúpidos prejuicios atentan contra nuestra seguridad —nos dijo Germán muy serio al Negro Mambí y a mí—, si para fugarnos hay que mostrar el culo y embarrarnos de mierda de perro, eso hay que hacer... ¡Ya déjense de andar llorando, weones!

No tuvimos más remedio que ponernos un short, embarrarnos la cara los brazos y las piernas y reposar como lagartijas al sol. Por cierto que en esas estaba yo, acostado sobre una toalla y con el Negro Mambí tirado a mi lado y sintiéndome más ridículo que gringo borracho en Acapulco, al Negro no se le ocurrió nada mejor que decirme: «Oye, compadre, me siento como maricón...». Pero para acabarla de joder, llegó Mauricio Arenas, un valiente y querido compañero del Frente, a quien yo varias veces molesté por echarse al sol con frases estúpidas del tono de: «De combatiente a maricón ¿eh?... Qué clase de mariconería la tuya, weón, ¿qué te pasa?...» A las cuales que por cierto, él, con su gentileza de poeta, respondía diciendo que sólo estaba aprovechando un rato de sol. Sin embargo, ese día cobró justa venganza y yo me la tuve que tragar entera, pues al verme, Mauricio riéndose me dijo: «Qué clase de mariconería ¿verdad, compadre?...».

Lo cierto es que una semana después ya habíamos recuperado color y salvo Diego Lira, que aún se resistía, todos nos veíamos igual que los demás. Al Corneta fue al que le costó más trabajo aceptar la tarea de asolearse e incluso, ya cuando estaba por tirarse al sol, hizo un último intento por evitarlo.

—Oye compadre —me dijo—, ¿y no podríamos hacer una excepción?

—¿Qué fue lo que dijo tu unidad? —le reviré.

—Nada, que tengo que tirarme como imbécil y ponerme la mierda esa —me respondió—, por eso vengo contigo, po.

—A mi igual y mira... aquí me tienen —le dije riendo—, déjate de weonadas y asúmelo como una tarea de seguridad.

Así fue como nos iniciamos en el club de los tomadores de sol y si bien al principio nos poníamos Coca-Cola o puré de tomate como bronceador y a muchos nos costaba aparentar la misma frivolidad de quienes se dedicaban a ponerse morenitos, luego aprendimos incluso a disfrutarlo y hasta nos profesionalizamos, ¡utilizando bronceadores de marca de esos que bloquean en distintas proporciones los rayos UV del sol!

Como consecuencia del ajuste de tiempos de trabajo para tomar el sol, decidimos que debíamos, al menos, sumar tres compañeros más: Francisco Peña, Eduardo Asenjo y Yuri Vargas. A Pancho Peña ya lo conocía, habíamos participado en varias operaciones juntos, era un compa tranquilo y valiente, para entonces estaba de responsable de organización del Frente en la cárcel. Asenjo era quizá el mejor organizador que he conocido y especialmente bueno en enseñar métodos conspirativos y a Yuri apenas lo conocí entonces, pero resultó un compañero extraordinario. Yuri era primo de Germán Alfaro y se había dado cuenta de que éste andaba en alguna cosa rara en la cárcel, además de que había caído herido en un asalto y en la tortura no soltó nada.

Por razones semejantes, de paso incorporamos a Eduardo Rosentreter, con quien completamos y cerramos el grupo de veinte compañeros que trabajaríamos en la fuga y entre los cuales había varias sentencias de muerte y una sumatoria de más de mil años de cárcel. Si bien la incorporación de Eduardo fue distinta a las demás, no fue menos afortunada. Resulta que él también percibió algo raro en nuestra conducta, pero decidió seguirnos y observar lo que hacíamos, ¡hasta que descubrió de qué se trataba! Descarado como era, pero poniendo su carita de niño bueno, el weón no sólo nos lo dijo, sino que pidió ser incluido en la fuga. Para fortuna nuestra, el que nos descubrió fue él y no otro, porque por sus características y antecedentes seguramente lo habríamos incorporado de todas formas. Por cierto que, paradójicamente y aunque fuera en broma, a Eduardo Rosentreter le pusieron en la cárcel el apodo de *Jotentreter*, modificando su apellido con el apelativo de jote, que significaba atontado o menso y por lo que de cariño algunos lo llamábamos simplemente *Joten*.

Un poquito antes de eso, como una medida de seguridad adicional que consideré urgente, yo había incorporado a Santiago Montenegro, un excelente compañero que había caído en la sangrienta Operación Albania del enemigo y que estaba vivo de milagro. Fue de las pocas decisiones que tomé sin preguntarle a nadie, lo hice unilateralmente y al principio Santiago quedó casi clandestino dentro del grupo. La tarea que le encomendé fue la de contrainteligencia, para que, por fuera de nuestro propio círculo, hiciera labor para recoger y en su caso también soltar información que desviara la atención sobre nosotros. Le dije: «Escoge a dos de los nuestros para que te ayuden, queremos saber todo lo que pasa en la cárcel, entre los presos políticos, los comunes y los pacos».

Ese equipo trabajó excelentemente bien y su red de información, sumada a la de los compas del grupo de Inteligencia, más los datos que cachaba cada quien, nos permitió saber casi todo lo que ocurría en la cárcel. Sabíamos quiénes y cómo metían la droga y la distribuían, quiénes la consumían, quiénes le hacían al trago, quién se había peleado con quién y hasta a quién le habían puesto los cuernos. Además, por nuestro acercamiento especial con los guardias, lográbamos saber cuándo iba haber allanamiento. Todo lo cual era invaluable para conseguir determinadas cosas, pero sobre todo para tomar decisiones acerca de hacer o no ciertas tareas o para cuándo y cómo hacerlas.

Entre las principales tareas de contrainteligencia, a partir de una clasificación muy sencilla y que nos funcionó muy bien, definimos una política especial de trato hacia los guardias, que, justo es decirlo, también modificó nuestra manera de percibirlos. Si bien se suponía que nosotros éramos los vigilados, la realidad fue más bien al contrario, pues ellos generalmente nos miraban con soberbia, mientras que nosotros los observábamos, los caracterizábamos e interactuábamos diferenciadamente con ellos a partir de una estrategia y objetivos concretos de por medio.

Así, ubicamos tres grandes tipos y definimos tres formas distintas de trato: al que denominamos *enemigo*, que nos veía y trataba con odio, había que enfrentarlo; al *opositor*, que nos veía con animadversión, pero nos trataba sin odio, había que neutralizarlo; y al *neutral*, que nos veía con indiferencia y trataba de ser profesional en su trato,

había que atraerlo. Con el tipo opositor decidimos no darle trato de enemigo y suavizar la relación con él, pero al neutral, que generalmente estaba ahí por necesidad, por no poder conseguir un trabajo mejor, buscamos darle un trato amable y procurar establecer una relación más amistosa, de una cierta intimidad carcelaria. No es que alguno de ellos hubiese sabido de la fuga o hubiera colaborado con ella, por lo menos no conscientemente, sino que en el diario roce y las múltiples conversaciones obteníamos información constante y muy útil.

También echamos a andar una escuela para los presos políticos, para enseñarles a leer a los que no sabían, para que pudieran terminar la primaria o el liceo a otros y para actualizar a quienes querían entrar a la universidad. Con ello atacábamos dos problemas simultáneamente: por un lado, la necesidad concreta de muchos compañeros de continuar sus estudios, lo que incluso se logró oficializar gracias a la presión y gestiones de las compañeras familiares de los presos políticos ante el Ministerio de Educación; y por el otro, nos permitía romper el aislamiento en que nos habíamos colocado respecto al resto de los presos políticos e interactuar con ellos. Había sido un error, el que, por estar tan metidos en nuestras tareas de fuga nos segregáramos, si bien evitaba complicaciones para trabajar y nos brindaba mayor seguridad, era también la manera más fácil de permitir la identificación del grupo y eventualmente de lo que estábamos haciendo.

Por cierto que la escuela nos dio un plus para el trabajo de Inteligencia que no habíamos siquiera imaginado. Como un tiempo fui el director de la escuela y también di clases de matemáticas, pude percibir un cambio de actitud de varios guardias, quienes me llamaban con mucho respeto director o maestro e incluso llegaban a buscarme a mi oficinita, un pequeño espacio con un escritorio que estaba dentro de una de las celdas que se habilitaron como salón de clases, para que les ayudara a resolver problemas de matemáticas que les habían dejado de tarea a sus hijos en su escuela. Con gusto y genuinamente en mi papel docente les decía que no se preocuparan, que me los dejaran y regresaran luego para que se los entregara resueltos. Como varios de los compas de la fuga eran también maestros de la escuela y vivían experiencias similares, al platicarlo nos dimos cuenta que la relación con esos guardias cambiaba muchísimo, ya que no sólo

se rompía la jerarquía impuesta de guardia frente a preso, sino que incluso se invertía por una de maestro frente a padre necesitado de ayuda. Sin proponérselo, resultó que también por esa vía logramos infiltrarlos y de la manera más impecable posible, pues eran ellos los que venían a buscarnos, quedaban muy agradecidos y constantemente nos retribuían con pequeñas atenciones y alguna sugerencia o dato que nos compartían voluntariamente.

Por cierto que, además de la escuela, entre las cosas que fuimos consiguiendo a partir de huelgas de hambre y otras protestas o sencillamente de hacer algo constantemente y sin permiso hasta que se volviera costumbre, hubo varias que fueron muy importantes para nosotros, tanto para tener un mayor campo de acción como para conseguir algunos insumos. Por ejemplo, el taller para elaborar artesanías, nos permitía acceder a algunos materiales y herramientas, además de proveernos de algún dinero por su venta al extranjero, gracias a la ayuda de una compañera. Con esa plata y con la que nos daban familiares y amigos, hicimos un fondo común destinado a la fuga, que cuidaba más celosamente que a su propio culo el Negro Mambí, quien además de jefe de nuestro Estado Mayor era nuestro tesorero. El Negrito resultó un administrador excelente, al ser muy amarrado con el dinero, el weón no soltaba ni un céntimo sin mi explícita aprobación. Lo cual a veces resultaba excesivamente burocrático, pues para cualquier gasto tenía que ir personalmente a solicitárselo, pero nos garantizaba un control y una pulcritud absolutos. El dinero proveniente de las artesanías lo entregábamos completo para la fuga y el que recibíamos personalmente de nuestras familias y amigos lo repartíamos. Por ejemplo, como yo tenía un cuñado que vivía en Suecia y cada dos o tres meses me mandaba unos 500 dólares, le daba 200 a mi mujer para apoyar sus gastos y los de mi hija y 300 se iban al fondo del equipo. Así hacían, también religiosamente, todos los compañeros que recibían algún tipo de apoyo personal. Por cierto que entre nuestros gastos incluimos pequeñas fiestas que hacíamos cada que era el cumpleaños de algún compa del grupo, lo cual además nos daba oportunidad de juntarnos todos sin llamar la atención. Íbamos con el cumpleañosero, lo felicitábamos y de acuerdo con el dinero que hubiera en nuestro fondo, le llevábamos un pastelito o si había plata suficiente una comidita y unos refrescos.

También logramos establecer las famosas *carpas*, una especie de tiendas de campaña, muy comunes en otras cárceles de América Latina, que hacíamos con un cordel y unas frazadas en los días de visita y que nos permitían tener un poco de intimidad física con nuestras parejas, ¡lo cual era algo importantísimo para nuestra tranquilidad física y mental! Por cierto que en mi caso, aún cuando no fui el único, ¡nos permitió concebir a nuestro segundo hijo!

De igual forma logramos tener nuestro cine, donde veíamos en televisión películas en video que nos llevaban nuestras visitas y entre las cuales por supuesto que estuvieron la Fuga de Alcatraz⁹² con Clint Eastwood y el Gran Escape⁹³ protagonizada por Steve McQueen, las cuales vimos muchas veces, porque las tomamos como material de estudio y eventualmente nos servirán para resolver problemas en el túnel.

Si bien todo contaba, creo que lo más importante en esa lucha constante por ampliar nuestro margen de acción fue ganar tiempo a la hora del encierro nocturno en nuestras celdas, a partir de una consistente batalla diaria por unos cuantos minutos. Ya para entonces nos abrían las celdas a las 8 de la mañana y habíamos logrado correr la hora de encierro hasta las 11 de la noche. También fue muy útil nuestra negativa a formarnos afuera de las celdas a la hora de los tres conteos de presos que diariamente hacían los guardias, pues provocó que sólo pudieran conocer el número de presos que había afuera y adentro de las celdas, pero no quiénes eran los que estaba ahí. Por ejemplo, si nos quedábamos dentro de la celda, se asomaba uno de los guardias y preguntaba: ¿Cuántos hay aquí?... y ante la respuesta de: ¡Cinco!... el guardia nomás contaba de bulto o ni contaba.

* * * * *

En un día rutinario, los silbatos de los pacos sonaban a las 8 de la mañana y en principio teníamos que salir de las celdas para la primera cuenta⁹⁴, luego a bañarse y a desayunar. Sin embargo, quienes iban a entrar en ese turno al túnel no se iban a bañar y para no llamar la atención, después de salir de trabajar se iban a hacer algo de ejercicio y luego se iba a bañar. El primer turno de nuestro trabajo empezaba a las 8:30 y terminaba a las 11:45, pues

a las 12:00 había otra cuenta de presos y había que estar afuera del túnel, por lo que el trabajo se interrumpía 15 minutos antes para dar tiempo a cambiarse, salir, limpiarse la cara, las manos y cerrar el acceso al túnel. Después del conteo de las 12:00, comíamos todos y el segundo turno empezaba a la 13:30, el cual duraba hasta las 17:45, para estar listos para el conteo de presos de las 18:00 horas. A las 18:30 iniciaba el tercer turno que duraba hasta las 21:30, para cenar y estar listos para el cierre de celdas de la noche. El cuarto turno, el nocturno, lo realizábamos de 11:00 de la noche a 5:30 de la mañana, que era el más largo y por lo tanto el más productivo.

Este último turno, por cierto, al principio sólo lo hacían los que dormían en esa celda, pero pronto incluimos a los demás que estábamos en la misma Calle, intercambiando celdas antes del encierro, pues a la mañana siguiente, en su conteo de presos, a los guardias sólo les importaba que coincidieran los números. Hacia las 10:30 de la noche, los compas que iban a trabajar en el turno nocturno empezaban la aproximación a la celda en donde estaba el túnel y él o los de esa celda que no trabajarían esa noche, se iban a la celda del compañero con el que intercambiarían lugares. Por ejemplo, cuando me tocaba trabajar en el turno nocturno, uno de los compas de esa celda, Raúl Blanchet, Ricardo Contreras o Manuel Fuenzalida, se pasaba a la mía y ahí se quedaba a dormir. Al terminar el turno nocturno, regularmente comíamos algo y nos echábamos a dormir un rato en nuestra celda o en otra, encargándole siempre a algún compa que nos despertara antes de la cuenta de las 12 horas.

Esa rutina se modificaba si iban a llegar los de la CNI, entonces estábamos obligados a estar en nuestra celda y salir para el conteo frente a ella, sin embargo, gracias a nuestro trabajo de Inteligencia y a que a los guardias más profesionales no les gustaba que los intervinieran, ellos nos pasaban el pitazo: «Mañana vienen los conchaesumadre...». Por lo que esa noche cada quien dormía en su celda y el turno nocturno lo hacían los adscritos a la celda 4, ajustándose luego los horarios de trabajo.

Durante el día, con la finalidad de ser parte de la normalidad carcelaria que vivían los demás presos, los que no estuviéramos

de turno hacíamos artesanías o dábamos clases, jugábamos fútbol o relajábamos el cuerpo y el alma en una carpa o simplemente nos tirábamos a tomar el sol. A los que les correspondía hacer guardia, se ubicaban uno adentro y un par afuera de la celda, uno más haciendo rondines y otro más quedaba como oficial de guardias encargado de toda la operación de ese turno. Normalmente, la guardia fija afuera de la celda la hacíamos con más de dos y tomando mate o alguna otra bebida, cantando o simplemente conversando, pero buscando, siempre que fuera posible, que hubiera alguno de los que teníamos más cara de culo⁹⁵. Hostilidad que al Negro Mambí, al Corneta y a mí se nos daba muy bien y ahuyentaba a los posibles curiosos, pero en caso necesario el de adentro de la celda podía hacerse el tonto y como jugando cerrar la puerta para ahuyentar al intruso y darse tiempo para ocultar el hoyo, diciendo, por ejemplo: «Me estoy haciendo una paja⁹⁶ y no necesito de otra mano...».

Cuando se trabajaba para deshacernos de la tierra extraída, dos se encargaban de subirla dentro de las mangas a través del pepino y uno más de distribuirla en el techo. Dentro del túnel, al principio, mientras uno rascaba y ponía la tierra en un bote de lámina, otro jalaba el bote con un cordel y lo vaciaba dentro de las mangas. Sin embargo, conforme fuimos avanzando, en lugar del bote utilizábamos directamente las mangas y éstas las vaciábamos en unas bolsas grandes de mercado, que llamamos *maletas* y que recibían poco más de 8 kilos de tierra. Eso nos resultó más práctico, aún cuando luego, al pasar la tierra a la celda de arriba, había que ponerla de nuevo en las mangas para que pudieran pasar por el pepino. La tarea de trasiego y distribución de la tierra en el entretecho la hacíamos en turnos diferentes los del escarabajo del túnel.

Cuando se trabajaba en el túnel, al entrar a la celda nos cambiábamos de ropa, regularmente por ropa deportiva que se dejaba dentro del hoyo y al terminar el turno nos limpiábamos un poco con una toalla mojada y nos poníamos la ropa anterior. La boca de acceso al túnel era de unos 50 por 60 centímetros, la cual se ensanchaba hacia adentro a un espacio de llegada con una profundidad aproximada de 1.6 metros por debajo del nivel del suelo de

la celda y desde el cual se accedía a lo que luego llamamos Base 1, que era un espacio que quedó a una profundidad de 3.5 metros, como de 1.60 de altura y como de 2 metros de ancho.

* * * * *

Por cierto que aquí debo hacer un paréntesis tragicómico, pues durante un trabajo que nos tomó como tres meses, el espacio de la Base 1 lo agrandamos a una profundidad de poco más de 8 metros y como de 2 por 3 metros de ancho. Esa barbaridad de agujero, ¡de unos 48 metros cuadrados!, la hicimos porque el responsable militar del Partido dentro de la cárcel o jefe del Frente, Raúl Blanchet, nos informó que la Comisión Militar del Partido había decidido hacer un túnel de afuera hacia adentro y que la instrucción era que nos limitáramos a hacer el espacio donde llegaría su túnel. Indicando que se hiciera a unos 8 metros de profundidad y que lo ensancháramos para garantizar que, por la posible desviación que pudiera tener su traza, su túnel convergiera con nuestro hoyo. Todo lo cual no sólo nos significó muchísimo trabajo, sino que nos retrasó cerca de tres meses, pero lo peor fue que por primera vez abrió fuertes discusiones entre nosotros, ya que habíamos varios que no les creíamos ni una palabra y decíamos que debíamos continuar con nuestro plan y otros que sí confiaban en que lo harían y nos demandaban disciplina partidaria.

Yo estaba convencido que no harían absolutamente nada y así se los dije a los compañeros: «Los conozco de años, esos weones no van a hacer el túnel, no sólo por lo cagones que son, sino porque la Comisión Militar no va a hacer nada que no le diga la dirección del Partido y ésta está en el limbo... La situación me parece hasta macabra, yo llevo doce huelgas de hambre y otros compas más, porque en su incapacidad para romper el impasse que vivimos, a la dirección del Partido los presos políticos sólo le importamos cuando les hace falta agitación política y entonces deciden que hagamos una huelga de hambre. Somos funcionales a una dirección del Partido que está paralizada y que anda flotando en una vergonzosa seguidilla de la Concertación, buscando que los incluyan en el pacto...».

Sin embargo, más allá de mi propia certeza de que acatar la directriz de la Comisión Militar sólo nos quitaría tiempo, para evitar

conflictos con la dirección del Partido, pero sobre todo entre nosotros, pues empezamos a polarizarnos entre obsecuentes y acelerados y sentí que se podía fracturar el grupo, les propuse a los compañeros de nuestro Estado Mayor dos cosas que se aceptaron luego de bastante resistencia: 1) como cada uno de los involucrados en la fuga ya tenía 30 centímetros de su propia libertad cavada, la decisión se debía tomar con el voto de cada uno y luego de analizarlo en reunión de los equipos de trabajo; y 2) que se sometiera también a su consideración una tercera alternativa o Plan B, es decir, que hiciéramos lo que nos ordenaba la Comisión Militar, pero continuáramos con nuestro túnel tal y como lo teníamos diseñado, a una profundidad de 3.5 metros y en dirección a la estación Mapocho.

Recuerdo muy bien que cuando le expuse al Negrito Mambí la propuesta del Plan B, con su acostumbrada franqueza me hizo saber que le parecía una mala idea.

—¿Cómo que Plan B, hermanito del alma? Que se vayan a la mierda, weón, si son una bola de cobardes que no van a hacer nada y...

—Tranquilo Negrito —lo interrumpí—, a ver, ¿qué es lo fundamental?

—Hacer el túnel —me dijo sin dudar.

—¿Entonces, weón?... tranquilo, que eso es lo que vamos a hacer —concluí.

El resultado fue que sólo tres compañeros votaron por acatar la directriz de la dirección de hacer el hoyo solicitado y esperar la llegada del túnel que vendría de afuera y los diecisiete restantes votamos por la tercera alternativa. De cualquier manera, lo más importante fue que todos, honrosamente y sin chistar, acataron la decisión adoptada por el colectivo y el trabajo que significaba, lo cual no sólo fortaleció nuestro espíritu de cuerpo, sino que volvimos a entrar en la misma sintonía. Como pudimos comprobar con el paso de los meses, la decisión tomada nos permitió mantener vivo y continuar con el plan de fuga, no nos equivocamos y al túnel que vendría de afuera ¡no le rascaron ni una uña de tierra!

Además, acostumbrados como estábamos a sacar provecho hasta de las cáscaras de huevo, no todo el trabajo de ese descomunal agujero resultó una pérdida de tiempo. En principio, para desplazarnos por encima de él, le pusimos unas tablas al nivel de nuestro túnel, o

sea, como a unos 3.5 metros de profundidad y luego lo utilizamos como depósito de tierra, pero sobre todo de piedras que no podían pasar por el pepino o ducto transversal entre las celdas. También decidimos que si alguno de nosotros llegaba a morir atrapado por un derrumbe, ésa sería nuestra tumba secreta.

* * * * *

El túnel lo fuimos haciendo de unos 50 centímetros de diámetro, pero arqueado en su techo para hacerlo más resistente al distribuir la carga hacia los costados. En un diseño que, como nos explicó el Chinito Luis González, se le llamaba en arquitectura de medio punto y aunque sus medidas no eran uniformes más o menos mantenía esa forma. Como podrás imaginarte, desplazarse por el túnel no era algo agradable, apenas pasábamos arrastrándonos y rosando sus paredes, pero el regreso era aún más lento y dificultoso, pues no había espacio para girar y teníamos que regresar en reversa, empujándose sólo con los brazos. Sin embargo, lo más angustiante y problemático era que, conforme avanzábamos, se hacía cada vez más difícil respirar por la falta de oxígeno, lo que de paso hacía aún más tangible la sensación de encierro y el riesgo de morir por asfixia, atrapado por un posible derrumbe. Por cierto que tuvimos un par de ellos, en una ocasión le ocurrió al Negro Mambí y en otra al Rucio Chico, pero por fortuna sólo nos llevamos un buen susto, aunque, seguramente el que se llevaron los compañeros atrapados fue mucho mayor.

Después de escarbar los dos primeros metros de túnel, la falta de oxígeno empezó a ser cada vez más notoria y el cansancio era directamente proporcional a la falta de éste e impedía que pudiéramos mantenernos más de una hora rascando. También nos representaba crecientes dificultades la pésima visibilidad que nos daban unas linternas de mano y tener que salir en reversa. O sea, que teníamos problemas cada vez más agudos para respirar, para ver y para salir. ¡Nada más!

De nueva cuenta el ingenio, creatividad y dedicación concentrada del grupo fue puesta a prueba, sobre todo del equipo técnico. Para el problema principal que era la falta de aire, los compas hicieron un fuelle manual, como el que utilizan los herreros para avivar la brasa

de su fogón, al cual le conectamos un trozo de manguera de plástico que se utilizaba para regar el patio y que, en principio, nos permitió continuar. Sin embargo, como los vómitos, el mareo, los ronquidos y los dolores de cabeza no paraban, le pregunté al Pollo Juan Márquez, quien había estudiado cuatro años de medicina, qué se podía hacer.

—Tomarse una Dipirona y descansar respirando profundo —me respondió él.

—¿Pero alguna otra cosa que puedas hacer? —insistí.

—¿Y qué voy a hacer, weón, si es por falta de oxígeno? —sentenció él.

El problema de salud que se nos presentaba no tenía una solución médica, pues continuaríamos exponiéndonos a la falta de oxígeno, se requería una solución de ingeniería. Sin embargo, pensando en cómo paliar el desgaste físico, al enterarme que una prima de Diego Lira era dietista, le propuse a él que le pidiera una dieta especial para deportistas de alto rendimiento. El Corneta le dijo a su prima que quería ponerse en forma y hacer mucho ejercicio y ella, convencida de que Diego quería verse bonito, le armó la dieta. Paradoja divertida, pues si había alguien bruto ese era Diego, ¡al weón le importaba tres pares de cojones verse bien!, pero nos fue muy útil y ajustada lo más posible a nuestras posibilidades reales de alimentación, nos ayudó muchísimo tener una dieta más balanceada para el nivel de desgaste físico que desarrollábamos.

También, para mantener cierto grado de higiene, la ropa que utilizábamos para trabajar dentro del túnel la lavábamos cada dos o tres semanas y sólo si no estaba demasiado llena de lodo, porque no la podíamos andar trayendo a la vista estando tan sucia, pero en ese caso la enterrábamos dentro del túnel para evitar que se convirtieran en un foco de contaminación. De cualquier manera a tres compas les dio sarna, que si mal no me acuerdo fueron Daniel, Martín y el Lito.

La indispensable solución técnica a nuestro problema de oxigenación se hizo urgente al pasar los 4 metros de túnel, más o menos a 6 metros de distancia del punto de bajada, pues la fuerza de impulso de nuestro fuelle era claramente insuficiente para hacer llegar el mínimo indispensable de aire. Fue Rafael Pascual quien abrió el camino para la solución al problema, al armar un pequeño ventilador eléctrico. Rafael era otro miembro de esa especie de ópera loca de

Giros Sintornillos⁹⁷ que era nuestra extraordinaria unidad técnica, conformada, además de Rafael, por Manuel Fuenzalida, Daniel Alfaro, Jorge Martín y el Chino González, quienes, aparte de ingeniosos y preparados, eran muy buenos para hacer cosas con las manos, sobre todo Jorge, pero incluso al Cocho Daniel Alfaro le pusimos el MacGyver⁹⁸, pues el weón de un tornillo podía hacer una bomba.

Bueno, el caso es que, en esa ocasión, fue el ocurrente de Rafael quien llegó a la celda con un motorcito que le había sacado a un radio precioso que le había llevado de regalo su mamá y al que, a manera de ventilador, Rafael le había colocado unas pequeñas aspas que hizo con una lata. Lo prendí y me di cuenta que aventaba muchísimo aire.

—Mira, weón —dije mostrándoselo a Germán— esto es lo que necesitamos tener abajo.

—No digas weonadas, Gitano —me respondió—, es muchísimo más lo que necesitamos.

—Sí, pero es sólo la idea —dijo Rafael—, con un motor más grande se tendrá el suficiente oxígeno.

Entonces nos dispusimos a conseguir un motor más grande, sabíamos que en el taller en que hacían artesanía en hueso, donde trabajaba Daniel, había varios motores de lavadora que se usaban para tornejar, pulir, afilar, etcétera. Daniel habló con Humberto Vargas, el *Beto*, quien era el responsable del taller y un buen compa del Frente y sin decirle para qué lo quería le pidió uno de los motores, sugiriéndole que, para evitarse problemas, reportara que se había quemado. Humberto, sin aspavientos y sin pedir explicaciones, le dijo: «No me importa qué pueda pasar, llévate el motor».

De inmediato, a semejanza del pequeño ventilador de Rafael, los compañeros le hicieron y conectaron unas aspas para impulsar el aire y le pegaron una especie de manguera hecha a base de las bolsas de plástico que utilizábamos para empacar la artesanía y que fuimos cortando y pegando. ¡Funcionó! Sin embargo, si bien nos sirvió para hacer un par de metros más de túnel, la felicidad nos duró poco, más allá que a nuestra manguera de bolsas no se le podía tocar ni con el pétalo de una rosa a riesgo de bloquearla, conforme avanzamos se empezó a ahogar sola, se pegaban las bolsas y el aire ya no llegaba al fondo, se necesitaba mucha más presión para mantenerla abierta.

Fue entonces que otro Giro Sintornillos del equipo técnico, Jorge Martín, de pronto apareció con una solución. Llegó sonriendo, sacó de un bolso varias botellas de plástico de litro y medio que venían cortadas por la base y sin decir más ensartó las botellas una dentro de otra y me lo entregó. Me sorprendió tanto que por un momento me quedé mudo contemplando aquel tubo de plástico fabricado en mis narices, hasta que, sin salir de mi asombro, exclamé: «¡Esto es lo que necesitamos!».

Cada botella, luego de ser cortada y ensartada, nos daba 20 centímetros de longitud o sea que cada cinco botellas significaban un metro de tubería. De inmediato nos pusimos con hambre de cartonero⁹⁹ a recolectar botellas y probamos la eficiencia del tubo con el ventilador: ¡El resultado fue espectacular!

A partir de ese día mantuvimos constante, aunque discreta, la recolección de botellas y le pedimos a nuestras visitas que nos llevaran bebidas sólo en envases de esas características. Para cubrir la distancia hasta el punto al que habíamos llegado en el túnel, requeríamos cerca de 10 metros de tubo, es decir unas cincuenta botellas, pero calculamos que en total requeriríamos de unas trescientas cincuenta para cubrir los poco más de 70 metros que había que recorrer para alcanzar nuestra ansiada libertad auto otorgada. En un principio, nuestro ducto sólo arrojaba aire hasta el punto de excavación, porque eso era lo que se necesitaba entonces, pero conforme tuvimos que ser más de uno dentro del túnel para acarrear la tierra, no recuerdo quién ideó hacerle un corte a las botellas y pegarle ahí unas tapitas de envase de champú, para que, a manera de válvulas manuales, se pudieran abrir para tomar aire y luego cerrar para permitir que éste siguiera llegando hasta al final del ducto. Todas las conexiones, tanto entre botellas como las de las válvulas de aire que fuimos poniendo, las fuimos sellando con cinta adhesiva y a nuestro sistema de aire le llamamos el pulmón.

El siguiente problema que encaramos fue el de la falta de luz en el túnel, lo cual no fue muy complicado una vez que conseguimos el material y desde la cajita de registro de la alimentación de electricidad de la celda, hasta el hoyo del túnel, hicimos un canal en el techo y pared al que le colocamos el cable adentro y luego cubrimos con cemento blanco y pintamos. Si bien nos tomó varios días, quedó

muy bien disimulado e incluso le hicimos un tablero de control en la entrada del túnel. Sin embargo, como pusimos de las ampolletas¹⁰⁰ comunes, aún a pesar de ser de 25 o 40 watts como máximo, nos dimos cuenta que irradiaban mucho calor, elevando la temperatura de por sí muy alta en el túnel, pero más grave aún, quemando mucho del insuficiente oxígeno que había. Era una consecuencia terrible para el trabajo en el túnel, pero que, de manera más bien azarosa, pudimos resolver gracias a mi compañera, quien en una de sus visitas me contó que había ido a un velorio.

—Fíjate —me dijo Roxana—, que le pusieron muchas lucecitas frías al muerto.

—¿Cómo es eso? —le pregunté y ella me siguió contando los detalles del velorio, pero yo no escuchaba realmente lo que ella me contaba, sino que me quedé pensando en esas lucecitas frías que le ponen al muerto.

—¿Esas luces calientan mucho? —le pregunté de pronto.

—Creo que no... por algo la llaman luz fría —me respondió ella un poco extrañada.

—Ah... y por qué no me traes unas de esas, para leer en la noche —le dije intentando sonar casual.

Ella me llevó dos de aquellas pequeñas ampolletas, a las que se les conocía como luz fría o luz de muerto, que resultaron ser considerablemente más eficientes para nuestros propósitos ya que iluminaban igual que las otras, ¡pero eran mucho menos calientes! Acceder a las ampolletas, el cable, los soquetes y las ampolletas no fue problema, porque como no nos lo proporcionaban en la cárcel, era normal que los familiares se lo llevaran a sus presos para reparar la luz o substituir las fundidas. Además, nosotros hicimos una instalación visible en la celda para colocar ampolletas en las literas diciendo que era: «Para leer de noche sin molestar a los demás».

Sin embargo, cuando a Roxana le pedí que me llevara más ampolletas, sí le pareció muy extraño que de pronto yo requiriera más y especialmente de aquellas. Su experiencia como combatiente, sumado a que ella ya me había entrado varias cosas que también le sonaron raras, la llevaron a hacer la conexión y no se aguantó.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—¿Con qué?... —respondí intentando hacerme el tonto, pero

Roxana, que me conocía bastante bien, no dejó que me saliera por la tangente y se quedó mirándome inquisitivamente.

—Es que estamos en algo... —le dije desviando la mirada, a modo de disculpa y explicación.

Ella, como aguerrida militante que era, no preguntó más, mientras que otros compañeros también fueron consiguiendo que sus familiares les llevaran de aquellas ampolletas. Así, la instalación de luz la fuimos creciendo a todo lo largo del túnel con ampolletas de luz de muerto, espaciadas por varios metros y de acuerdo a las necesidades de iluminación, lo que de paso nos ayudó a disminuir la angustia que producía estar a oscuras al interior del túnel.

* * * * *

Con aire e iluminación, sólo nos faltaba resolver el problema de tener que salir en reversa, lo cual no requirió más imaginación que la de decidir hacer algunos espacios más grandes dentro del túnel. Así, conforme fuimos avanzando, a una distancia que varió entre 12 y 20 metros, hicimos unos espacios del doble de ancho y alto que el túnel y a los que llamamos bases. Las cuales no sólo nos permitían girar y regresar arrastrándonos de frente hacia la salida, sino que además funcionaron como espacios de transferencia de la tierra sacada en las mangas, que ahí serán colocadas por otro compañero en el carrito que construimos y el que a su vez será jalado por otro más hacia la salida, donde colocaba la tierra en las bolsas o maletas, para luego ser sacadas del hoyo. También, las bases nos fueron sirviendo para almacenar bolsas con tierra y eventualmente dejar alguna piedra un poco más grande.

La segunda base del túnel la hicimos como a doce metros de la entrada, pues ahí nos encontramos con una roca enorme que nos bloqueaba completamente el camino, pues era tan grande que parecía como si hubiéramos topado con una pared. Yo me alarmé, pero Lito con su enorme sentido práctico y paciencia, me dijo: «Compadre, hagamos de una vez aquí la base, vamos rascando a todo alrededor de la piedra, mientras que por debajo vamos abriéndole un hoyo grande para que caiga y nosotros pasemos por encima». Eso nos pusimos a hacer y si bien el espacio de la base nos permitía maniobrar

para rascarle a los lados de la piedra y hacerle el hueco por debajo, luego de más de tres semanas de estar batallando y no haber podido removerla, mi paciencia llegó a su límite. Entonces le dije a Lito: «¿Sabes qué?, volemos esa weada». Lito puso cara de que eso sería una locura, pero no lo dijo y en lugar de eso se puso a hacer cálculos conmigo, conjeturando acerca del posible efecto de una explosión. Sin aspavientos, al concluir sus cálculos y haciendo incontrovertible que debíamos seguir rascando alrededor y debajo de la piedra, Lito me dijo: «Lo más probable es que se derrumbe el túnel».

Cerca de mes y medio nos llevó quitar la maldita piedra, que resultó ser de cerca de un metro de diámetro, es decir del doble del ancho de nuestro túnel. Sin embargo, de aquel inoportuno retraso obtuvimos una extraordinaria recompensa.

—¿Qué es esto? —le pregunté de pronto a Lito mientras cavábamos juntos en el hoyo para la piedra.

—Son huesos humanos —me dijo luego de analizar una de las piezas de nuestro macabro descubrimiento y con su acostumbrada tranquilidad.

Sin darle mayor importancia, seguimos cavando hasta que unos cuantos centímetros después encontramos un verdadero tesoro. ¡Debajo del cementerio de huesos había uno de picos y palas, que estaban en buenas condiciones por la resequedad del terreno! Nuestra felicidad fue enorme, si bien ya habíamos empezado a avanzar más rápido con la mejora de nuestras herramientas, que al principio fueron sólo cuchillos, cucharas y tenedores que aplanábamos para que tuvieran mayor rigor, pues habíamos agregado una especie de barretas, una de madera, hecha con la pata de una mesa que se le quebró a un preso y que éste la botó y dos más de metal, fabricadas con las muletas de otro preso que se rompió un pie y que en cuanto las dejó de usar nos las agenciamos. Les sacábamos filo y con ellas se podía picar con más fuerza y sobre todo hacer mucha más palanca que con cualquiera de nuestras pequeñas y frágiles herramientas anteriores. También usamos unas platinas que estaban de abrazaderas en las canaletas que bajaban del techo para el agua lluvia, pues un compa encontró una suelta y la sacó, la aplanamos y al ver la utilidad después buscamos más. Finalmente, con una jarra de acero, que luego de quitarle el asa partimos a la mitad, habíamos obtenido dos pedazos

de metal en forma de media luna, a los cuales les pusimos un manguito de madera y obtuvimos las palitas con las que en ese momento estábamos rascando. Sin embargo, ahora, aunque parecía imposible, podríamos continuar nuestro trabajo ¡con auténticos picos y palas!

Felizmente, las distancias en el túnel empezaron a hacerse mucho más grandes, pero consecuentemente, también nos hizo enfrentar muy pronto otro problema, el de la comunicación con y entre quienes estuvieran en el túnel. El hombre más cercano a la entrada estaba cada vez más lejos y la distancia entre los que trabajaban se iba ampliando, por lo que en caso de alguna emergencia no podíamos avisarle con rapidez y discreción, además de que la comunicación entre ellos era también cada vez más difícil. El problema, era obvio, se iría haciendo cada vez más grave.

Nuestro equipo de la ópera loca de Giros Sintornillos se puso de inmediato a buscar una solución. De nueva cuenta recayó en una de las adquisiciones de Rafael Pascual, el niño consentido de mamá, quien le había llevado de regalo un walkman en el que él, como autista, escuchaba música con unos audífonos. A partir de ese aparato, los compas armaron un sistema circular de conexión con una salida de micrófono y otra de sonido que conectaron a unos audífonos sacados de otros walkmans, pues según nos explicaron, esos pequeños parlantes¹⁰¹ podían hacer también las veces de micrófono. Para cumplir con esa dualidad de función sólo era necesario subir o bajar un interruptor de corriente que cambiaba la polaridad. Así, si querías hablar, sólo tenías que cambiar la postura del switch colocada a un lado de cada audífono y para escuchar sólo había que regresarlo a su posición anterior. Cuando Daniel Alfaro me hizo la demostración, me quedé impactado por su sencillez y eficacia y de inmediato procedimos a hacer la instalación del cableado desde la celda hasta el final del túnel, que para entonces tenía más de 20 metros de longitud y la comunicación resultó excelente. Solamente requeríamos acostumbarnos a subir el switch para hablar y a bajarlo para escuchar. A partir de ahí colocamos audífonos con sus respectivos switches, en cada una de las bases que fuimos construyendo. Nuestro sistema de comunicación le permitía a quien estuviera de guardia en la celda, comunicarse directamente con cada uno de los que trabajaban en el túnel y viceversa, así como también entre los que estaban en el túnel.

Resultó muy práctico, ya fuera para solicitar algo desde dentro del túnel sin tener que desplazarse o avisar desde afuera cualquier cosa a cada uno de los que estaban adentro.

Una vez resuelto ese problema, tuvimos que enfrentar el del trasego de la tierra en el túnel, pues con las cada vez mayores distancias, si bien habíamos substituido el jalado en el bote de lámina por las mangas de pantalón, por ser mucho más prácticas, éstas se iban golpeando y atorando con las paredes, derramando la tierra, cuando no, de plano, se nos rompían y se tiraba toda. Fue Marcelo Osses quien sugirió que hiciéramos un carrito y pusiéramos unos rieles para que éste rodara sin problema. El carrito fue fabricado de madera hasta en sus ruedas y en el piso del túnel fuimos poniendo, lo más niveladas posibles, dos hileras paralelas de tiras de tabla de madera de unos 5 centímetros de ancho, que harían las veces de rieles sobre los que correría el carrito. Conseguir la madera no fue problema, ya que, abriendo espacios en nuestras camas de la litera, la fuimos tomando de nuestros tapancos. Sin embargo, lo que en teoría sonaba muy bien, en la práctica presentó una dificultad importante, pues al jalar el carrito, se iba de lado, se salía de los rieles y se quedaba atascado. Fue de la película *El gran escape* de donde tomamos una solución sencilla y práctica que evitaba que las ruedas se salieran de los rieles. No recuerdo quién notó que, en su costado interior, las ruedas de su carrito tenían unas pestañitas que giraban por dentro de los rieles y eso impedía que pudiera descarrilarse en cualquier dirección, similar a las ruedas del ferrocarril. Una vez hecha la sencilla corrección, nuestro carrito funcionó con mucha regularidad. ¡Gracias Steve McQueen!

* * * * *

Si mal no recuerdo, fue por entonces que nos tocó el primer temblor que nos agarró con algunos adentro del túnel. Lo cual nos pasó en un par de ocasiones más sin que en alguna hubiera accidentes que lamentar, pero lo que sí te puedo decir, pues a mí me tocó en una, es que te cagas de miedo. Te entra una angustia reconchaesumadre que se te instala y te hace pensar: «¡Se me va a caer encima!... ¡Voy a quedar sepultado!... ¡Me voy a morir asfixiado!...». Además de que,

como cortan la electricidad, te quedas totalmente a oscuras, no ves ni tu mano frente a tus ojos y te entra una paranoia de las mil putas. Estás en la boca de un lobo que se come tu cerebro y en ese momento ¡no te hace reír ni Cantinflas! Primero te quedas paralizado, pero luego entiendes que lo que deben hacer tú y los demás es salir de inmediato, porque afuera los guardias reaccionarán al estado de emergencia y hay que estar afuera de la celda.

Por fortuna, a consecuencia de los temblores en el túnel sólo cayó un poco de tierra, pero de cualquier manera, quizá más para nuestra tranquilidad psicológica, decidimos fortificarlo en aquellos tramos en que tuviéramos alguna duda acerca de su resistencia, sobre todo ahí donde el techo no estuviera bien abovedado. Lo llamamos reforzamiento y lo hicimos más o menos al viejo estilo minero con un techito de tablas apuntaladas con maderos y salvo en un lugar que fue más largo, lo hicimos en tramos pequeños, incluyendo la boca del túnel. Esa fue la última adecuación tecnológica que incorporamos.

* * * * *

Con todas las mejoras técnicas realizadas, las nuevas herramientas y la experiencia acumulada, nuestro avance se volvió sorprendente, luego de los muy difíciles primeros 12 metros de túnel, empezamos a sacar de 30 a 40 bolsas de tierra por turno. Lo cual, como cada bolsa pesaba unos 8 kilos, significaba que estábamos sacando entre 240 y 320 kilos por turno. Es decir que en una jornada diaria de trabajo sacábamos poco más o menos una tonelada de tierra, cuando antes sacábamos unos cuantos kilos. ¡El avance que antes se medía en centímetros, ahora lo medíamos en metros!

A partir de ahí fue puro cavar y cavar, sin ningún contratiempo y checando de cuando en cuando los niveles del túnel para evitar desviarnos hacia abajo o hacia arriba, utilizando la conocida técnica de los albañiles y su manguerita con agua. Sólo nos encontramos con un problema cuando llegamos debajo de los baños de las galerías 9 y 10, que al parecer tenían una fuerte fuga, pues de pronto empezó a brotarnos agua dentro del túnel. Al principio nos preocupó mucho, ya que podía reblandecer, socavar y hasta derrumbarnos el túnel, sin embargo le hicimos un sólido y extenso reforzamiento en ese lugar

y vimos que el agua se iba por la orilla del túnel a lo largo de unos 8 metros y terminaba siendo absorbida por el suelo, tramo del piso que se mantenía permanentemente enlodado, pero en las paredes el barro se iba endureciendo como si fuera una capa de cemento.

Continuamos cavando y pasamos debajo de la barda perimetral de las galerías, luego cruzamos un espacio libre de construcciones y luego otra barda, a partir de la cual empezaba la llamada tierra de fuego, que era otro espacio libre, pero de mayor tamaño. Le llamaban así por ser un espacio al que no tienen acceso los presos, pero que si alguno llegara a aparecer por ahí, sería castigado con el fuego de los fusiles o ametralladoras de los guardias. Es un espacio previo a la barda perimetral de la cárcel, muy común en las prisiones de todo el mundo y diseñado para tener una visual completamente libre de la barda perimetral desde las torres de vigilancia. Es decir, después de salir de nuestra Calle, donde estaban las galerías 7 y 8, pasamos por debajo de un patio, cruzamos las galerías 9 y 10 y luego pasamos dos callejones encerrados por tres muros. El tercero de estos, el más grande, constituía la barda perimetral de la cárcel. Nuestro túnel iba a una profundidad de 3.70 metros bajo el nivel del suelo, por lo que íbamos muy por debajo de la cimentación de todas esas construcciones, incluso del muro perimetral que suponíamos con una cimentación más profunda y temíamos que pudiera tener sensores de movimiento. Sin embargo, también la pasamos sin problema y continuamos por debajo de la calle Balmaceda hasta que topamos con la bóveda del Metro, donde decidimos hacer la cuarta base. Ahí sopesamos la posibilidad de romper e irnos por ahí, pero, aun cuando la tentación era muy grande, decidimos descartar definitivamente esa opción y continuar hasta la estación abandonada, pues salir al Metro aumentaba considerablemente el riesgo de un enfrentamiento con las fuerzas de seguridad de la dictadura. Entonces, bordeando la curvatura del techo abovedado del metro, continuamos avanzando por el relleno compuesto de arena y gravilla de la capa estabilizadora que tenía encima, que resultó un suelo menos duro que el que veníamos cavando y nos permitió avanzar más rápido, llegando antes de lo esperado a la otra acera de la calle Balmaceda.

Para circundar la bóveda del Metro tuvimos que subir bastante el nivel de profundidad que traíamos y después de pasarla continuamos

el túnel como a dos metros por debajo del nivel de la calle, pues era innecesario ir más abajo, ya que la barda que nos faltaba pasar, la de la estación de tren abandonada, era sencilla y no muy alta, como de 1.80 de altura y calculamos que su cimientado no estaría a una profundidad mayor de 60 centímetros, además de que así estaríamos más cerca de la superficie al llegar al punto de salida. De cualquier manera, como no sabíamos exactamente dónde estábamos ubicados, para precisar cuánto nos faltaba por cavar, decidimos hacer ahí la quinta y última base y perforar un pequeño agujero para poder mirar hacia afuera.

Como nuestras bases anteriores, la quinta la hicimos de aproximadamente un metro cuadrado, pero en ésta perforamos el hoyo hasta la superficie y al final tuvimos que taladrar con alambre cerca de 20 centímetros de la loza de la vereda¹⁰². Una vez terminado el hoyo, nos dispusimos a observar con un periscopio que los Giros Sintornillos construyeron para ese propósito. Lo hicieron con un tubito delgado que fabricaron con cartón enrollado, que quedó como de unos 80 centímetros de largo y no más de 1 centímetro de diámetro y al cual le colocaron, en cada uno de sus extremos y del mismo lado, un espejo. En la que sería la parte de arriba le colocaron un trozo de espejo normal, en un ángulo de 45 grados y reflejando hacia abajo y abajo, con el mismo ángulo de inclinación pero invertido y reflejando hacia arriba, le pusieron un espejo de aumento. De tal manera que al mirar el espejo de aumento de la base, se podía ver con nitidez la imagen que reflejaba el espejo de arriba y que, por ser un doble reflejo, daba una imagen derecha de los objetos. Nuestro periscopio se parecía mucho a esos espejos de exploración que utilizan los dentistas para poder mirar los dientes por detrás, pero largo y con un espejito en cada extremo.

Cuando finalmente asomé el periscopio, lo primero que vi fue a una mujer de tacón alto y minifalda y confieso que no pude quitarle la vista de encima hasta que salió de mi campo visual.

—¡Mira, Joten, mira la mina! —le dije a Eduardo Rosentreter que se encontraba conmigo.

—¡Nos vamos, weones, nos vamos! —le dije jubiloso a Eduardo y a quienes nos estaban escuchando por el woki toki.

La emoción que sentí en ese momento fue tan intensa que hasta una erección tuve, aunque seguramente en ello también influyeron las

hermosas piernas que pasaron frente a mí, lo cierto es que, más allá de mis voluptuosidades, gracias a nuestro periscopio pudimos saber que ya habíamos cruzado toda la calle y estábamos debajo de la vereda, a sólo unos cuantos metros de la barda de la vieja estación de tren.

Para saber con exactitud cuánto más debíamos escarbar, le pedimos al Indio que midiera la distancia que nos faltaba para llegar al punto que él mismo había definido para el hoyo de salida y que estaba justo entre la barda y una palmera que había ahí adentro. El criterio para esa ubicación fue que así tendríamos espacio suficiente para movernos al salir, al tiempo que la barda impediría que los guardias de las torres de la cárcel pudieran vernos. Para ello, acordamos con el Indio que en la noche tiraríamos un poco de pintura blanca por el hoyo, para que él pudiera ubicarlo y medir con precisión la distancia.

—Están empezando la vereda —me dijo el Indio con parquedad en su siguiente visita.

—¿Y cuánto falta para llegar? —pregunté.

—Quedan seis metros para salir después de la pared y antes de la palmera —me dijo él.

—¿Y cómo está ahí? —indagué.

—Libre, como te dije, lo más es que algún curaito¹⁰³ llegue ahí a dormir la siesta y no será problema ahuyentarlo —me confirmó el Indio, quien había mantenido vigilado el lugar con mucha discreción pero con regularidad.

* * * * *

A partir de ese día, como peregrinos perdidos en el desierto que divisan un oasis, cargamos con toda nuestra energía para culminar los metros que nos separaban de la libertad y con la adrenalina a todo lo que daba rascamos sin parar. En ese último trecho nos encontramos, ya dentro de los terrenos de la vieja estación de trenes, como unas catacumbas, algo extraño pero que rompimos y pasamos muy rápido, llegando finalmente al punto donde debíamos hacer el hoyo de salida, justo entre la pared y la palmera.

Si bien, en principio habíamos programado para el 14 de diciembre nuestra fuga, decidimos posponerla, pues estábamos todos tan cansados que, como caballos viejos, nos quedábamos dormidos pa-

rados, por lo que les planteé a los compañeros: «Tranquilos, días más, días menos, ya nos vamos a ir, pero además que estamos todos agotados, nos faltan varias cosas por resolver antes de irnos, tanto para el día de la fuga, pero sobre todo para cuando estemos afuera. Hagamos sólo dos turnos, evitemos trabajar en la noche y pasemos una buena navidad». Así lo hicimos y con menos presión nos dedicamos a ampliar el espacio final para tener mejor movilidad en la salida, el cual hicimos como de un metro cuadrado por 1.70 de altura y que terminamos cuando calculamos que al boquete de salida le faltaban unos treinta centímetros para llegar a la superficie.

Por cierto que acerca de la longitud de nuestro túnel, hubo muchas versiones, por ejemplo, la de la policía, que habló de un túnel de cerca de 100 metros. Sin embargo, aún cuando no puedo dar una longitud exacta, pues nunca lo medimos, estoy convencido que el túnel debió tener alrededor de 72 metros de largo. Si bien los datos que utilizo para llegar a esa cifra son aproximados, el cálculo que hago parte de sumar la distancia aproximada que había entre cada una de las cinco bases que construimos y la longitud de las mismas. La primera, la más grande, estaba a la entrada del túnel y tendría unos 2 metros de largo; la segunda quedó unos 12 metros más adelante; la tercera a unos 12 metros de la anterior; la cuarta como 16 metros después; y la quinta a unos 20 metros más allá. O sea, que, desde el inicio de la primera base hasta la última había aproximadamente 62 metros de distancia, pero a eso hay que agregarle los cerca de 10 metros que resultan de sumar el largo de casi un metro de las bases 2, 3, 4 y 5 y los 6 metros más que hicimos de ésta última a la salida del túnel, resultando que, desde la bajada en la celda hasta el punto de salida, el túnel mediría unos 72 metros de longitud.

De cualquier manera, lo cierto es que luego de 18 meses de intenso trabajo lo habíamos logrado. El túnel estaba terminado y sólo faltaba afinar algunos detalles para irnos. Como una especie de despedida de la cárcel, decidimos hacer una gran comilona para el 24 de diciembre y cada uno pidió a sus familiares y amigos que les llevaran algo. Yo le pedí colaboración a mi generoso amigo de toda la vida, el Chino Jaime, ¡quien llevó un chanco!, el cual acompañamos con ensaladas, bebidas e incluso unas cuantas botellas de vino que se metieron de contrabando.

Acordamos llamar a nuestro grupo de fuga: «Destacamento Alberto Bachelet» y a nuestra operación la denominamos: «Homenaje a los caídos por la vida y la libertad». También decidimos que la nueva fecha para la fuga sería el 31 de diciembre en la noche, con la intención de amanecer el día primero del año afuera. Entre los pendientes más importantes estaba definir quién más se fugaría, para lo cual, nosotros definimos en principio que podían ser todos los presos políticos y al menos todos los de la Calle donde estaba el túnel. Incluso precisamos quiénes debían hablar con los otros colectivos, por ejemplo, para incorporar a los Autónomos, el Negro Mambí y el Pollo Márquez irían a hablar con Manuel Ubilla y yo con Mauricio Arenas Bejas y para incluir a los miristas yo hablaría con el *Chico* Mena. En particular me importaba mucho incorporar a los miristas históricos, no sólo por el respeto, el cariño y la admiración que les tenía, sino como un merecido reconocimiento a que en su temprana, frontal y desigual batalla contra la dictadura, los miristas se habían fajado. Al final le íbamos a decir a otros compas con los que no teníamos tan buenas relaciones, como los del Lautaro, pues la idea era que nos fuéramos todos los que se pudieran.

Sin embargo, lo que asumíamos que sería lo más fácil, la relación con nuestro propio Partido, se volvió un problema realmente inesperado y muy desagradable, por lo que suspendimos todo e incluso tuvimos que aplazar de nuevo la fecha de salida. Fue una cosa tan horrenda que, aún ahora, cerca de 25 años después, me sigue dando vergüenza contarla, pues resulta que ya estando listos para irnos, en la última semana de diciembre de 1989, los jefes del Partido y del Frente en la cárcel, pusieron a discusión la jefatura del operativo.

Sabíamos que no era por iniciativa propia, más allá de que pudiera haber encontrado eco en las fibras protagónicas de algún compañero, sino que venía de más arriba, pero aún así no dábamos crédito a lo que estábamos escuchando. El Lito y el Negro los miraban con ojos asesinos y yo estaba también muy cabreado, pues nos parecía de un oportunismo y de una mezquindad inauditos que nos plantearan aquello una vez terminado el túnel y a unos días de la fecha acordada para la fuga, con el agravante que tanto Raúl Blanchet, jefe del Frente en la cárcel, como Luis Melo, miembro del Comité Central del Partido, eran parte del grupo de la fuga. A esa postura se sumó

Marquito Riquelme, quien pertenecía, junto con los dos primeros, a un pequeño grupo de cuatro compañeros a los que constantemente yo les reclamaba su actitud acrítica y obsecuente con la dirección del Partido, por asumir sin chistar cualquier disparate que viniera de ahí y a quienes el Negrito Mambí, en su estilo más directo y frente a ellos, solía llamar: «El grupo de chupa picos¹⁰⁴ de la dirección».

El argumento central que esgrimieron entonces los compañeros, fue que El Partido no me consideraba confiable políticamente y era imperativo que me substituyeran. Obviamente que se armó tremenda discusión en la que volaron insultos y cerca estuvimos de pasar a más. Recuerdo que entonces reviví, como una especie de paramnesia o *déjà vu*, aquel momento en que, unos 15 años atrás y por haber comandando un asalto, desde la dirección del Partido me dijeron que estaba suspendido de la Jota, pero que entregara el dinero recuperado al Partido. Lo cierto es que no era difícil imaginar por qué yo no era confiable para la dirección del Partido, pues no me había guardado de expresar fuertes críticas a la incapacidad de la Comisión Militar y a la parálisis política del Partido y a su vergonzante ruta de subordinación a la Concertación, a pesar de los constantes desaires y portazos en la cara que habían recibido. En particular, les había calado hondo que les hubiera dicho que: «De ser el Partido de la vanguardia del pueblo, hemos pasado a ser el Partido de la retaguardia de la Concertación». Tan fue así, que, en el marco de las discusiones del XV Congreso Nacional, celebrado en mayo de 1989 y donde se acordó rechazar una salida pactada con la dictadura, continuar con la línea de rebelión popular y elegir a Volodia Teitelboim como Secretario General, me sancionaron suspendiéndome por tres meses, argumentando que yo: «Quebrantaba la unidad del Partido...» Sanción que acepté sin chistar, a pesar de estar convencido de que debía mandarlos a la mierda y renunciar, pero como se dice en mi tierra, me comí los mocos, principalmente por no complicar la fuga con una división dentro del grupo y a petición expresa de Diego, Lito y otros compas que me plantearon apechugar y dar la pelea estando afuera, una vez que estuviéramos en la calle.

Sin embargo, como pude comprobar muy pronto, el problema mayor para la dirección no era lo que yo había opinado antes, sino que estaba en puerta una Conferencia Nacional y temían que pudie-

ra llegar con la legitimidad de la jefatura de la fuga, pues por más control jerárquico que tuvieran de muchos de los delegados, en una reunión amplia, la legitimidad carismática que significaría la fuga podría meterlos en problemas. Les preocupaba mucho que yo pretendiera abrir una Caja de Pandora, en el sentido de lo que les había dicho entonces: «Si planteamos verdad y justicia para el país, empecemos con verdad y justicia en el Partido, haciendo un balance autocrítico que responda ante el desastre de las derrotas consecutivas y la división del Partido y el Frente». Para ellos era preferible exhibir aquel oportunismo y mezquindad al descalificarme antes y sólo ante unos cuantos, que tener que lidiar con ello en un debate que los podría evidenciar más profundamente y frente a cientos de delegados.

* * * * *

Como era común en nuestra dirección partidaria, optaron por la descalificación personal para eludir el problema de fondo e hicieron uso de eufemismos al estilo de Volodia Teitelboim, como ése de: «Es un muchacho con demasiado entusiasmo...» o ése otro de: «Mete mucho ruido...». Sin embargo, era mucho más que una animadversión personal, la cual por cierto nunca sentí de parte de Don Volo. Se trataba de una decisión política que venía de la Comisión Militar y de la dirección del Partido para que la fuga fuera encabezada por alguien aquiescente y lo expresaban diciendo que: «Por lo delicado de la situación política nacional, no puede ser el loco del Gitano, nos mete mucho ruido, debe ser alguien que genere confianza...».

En mi primera reacción me defendí, hoy creo que innecesariamente, pero con mucha irritación les dije a los compañeros algo así: «Quizá estoy loco, pero siempre pongo mi pellejo por delante, no el de otros, lo que difícilmente pueden decir la mayoría de los miembros de la dirección del Partido que ustedes tan reverencialmente invocan y obedecen. Es más, si por ellos fuera, seguiríamos esperando el túnel que vendría de fuera y no estaríamos a punto de arrancarnos. Les aclaro que quién sea nuestro jefe está muy lejos de ser una preocupación para mí, pero nada más quiero decir una cosa: si el que yo deje la jefatura significa que quien quede va a parar la fuga, lo mato...». Lo que provocó sonrisas irónicas y el señalamiento de

que la evidencia de mi insensatez eran mis propias palabras. Sin embargo, el semblante les cambió cuando, en respuesta a ello, el Negro Mambí les soltó: «Yo soy directo y nomás les digo: ¡al que pare esto lo mato!...» y Lito les dijo: «¡Si estos dos fallan, yo no!».

Los ánimos se caldearon aún más, sin embargo, pensando en que lo central era la fuga y que necesitábamos de la estructura partidaria una vez afuera para no ser recapturados, tragándome el enojo, les planteé una salida: «A ver, hagamos una cosa, si el problema es que hay desconfianza política a mi persona, les propongo que como está aquí el compañero Melo que es de la dirección del Partido y está el compañero Blanchet que es jefe del Frente aquí, formemos un equipo político en donde, el jefe del Partido, el jefe del Frente y el jefe de la operación tomen decisiones en forma colectiva. No tengo problema en que el jefe de la fuga sea Germán, Lito, Mambí, el Pollo, Diego, Marco o el que sea, ya lo hemos platicado antes y para nosotros cualquiera de los que cavó su metro de libertad puede ser nuestro jefe. Eso sí, por respeto al colectivo de rodriguistas que han hecho posible esta operación y como hemos hecho antes, los compañeros deben ser informados y la decisión de quién será su jefe la tomarán ellos».

Con mi compadre Lito, por su tenaz olfato y que nos conocíamos de años y con el Negrito Mambí, con quien ya habíamos construido una sólida confianza, nos bastó con intercambiar miradas para entendernos y finalmente logramos que se aprobara la propuesta. Yo salí de la reunión enojado, pero satisfecho con lo logrado, pero ni el Negro ni el Lito salieron satisfechos de la reunión y sentí que tenían una sensación de derrota.

—Son unas mierdas —dijo el Negro.

—Estoy chato¹⁰⁵, esto es un asco —ratificó Lito.

—Pero tranquilos —les dije—, porque nos vamos y eso es lo que importa, además les dimos la vuelta y no pudieron salirse con la suya ¿Entonces cuál es el problema?

—¡Qué esos culiaos se pongan como jefes de lo que no son, weón! —dijo el Negro.

—No, weón —le dije riendo y poniéndole una mano sobre el hombro— a esta historia todavía le falta para concluirse y de cualquier manera se sabrá qué mierda hizo cada quien.

Cuando informamos a los demás compañeros de la reunión y del acuerdo al que se llegó, se produjo una reacción generalizada de indignación y de rechazo, donde el calificativo más suave que recibieron los compañeros de la dirección fue el de miserables. Diego y Martín se aceleraron mucho e incluso Diego me dijo: «¿Qué pasó, weón? Con esto venimos desde que caímos presos desde la Peni y es inadmisibile que se esté tratando ahora, a días que nos vayamos, no, no... — y refiriéndose a los demás agregó— perdonen, pero el único jefe que yo acepto es el Gitano». Entonces, sin decir más, sacó unos cuchillos y se arrancó hacia donde estaban Melo, Blanchet y Riquelme, pero logramos contenerlo.

—Tranquilo —le dije, sujetándolo de un brazo— mira...

—No, no, déjame —dijo mirando fijamente a Marco—, voy a matar al maricón ese... que tú no seas el jefe es impedir la fuga... yo no voy a poner mi pellejo bajo el mando de un weón que nunca ha comandado nada, no, yo me voy contigo y con ningún otro weón.

Luego que se calmara un poco Diego y varios más, logramos platicar con bastante serenidad y finalmente se aceptó el acuerdo de conformar la comisión política de tres integrantes que yo había propuesto, pero no se aceptó ni siquiera someter a discusión la posibilidad que el jefe del operativo fuera otro. Para ellos su jefe era yo, y nadie más tenía derecho a opinar sobre el asunto. Recuerdo que entre otros, el Cocho dijo: «El Gitano está loco, pero es el único que nos puede sacar de aquí...». Lo cual generó la aprobación incluso de Luis Melo.

* * * * *

En nuestro Estado Mayor decidimos posponer de nuevo la fecha de la fuga, ahora para el lunes 29 de enero, si bien pensamos que los problemas con la dirección se habían resuelto, aún faltaban varias cosas por zanjar, empezando por definir quién más se fugaría y por lo cual se volvió a armar otro fuerte conflicto. Nosotros habíamos acordado incorporar a todos los presos políticos que se pudiera, sin embargo, en la primera semana de enero, nos llegó la orden de la dirección nacional del Partido que no podían ser más de cien los que salieran, lo cual en principio acatamos, con-

siderando que el problema logístico en el exterior para hacernos desaparecer podía no ser fácil y dependía de ellos. Sin embargo, una semana después nos enviaron una carta en la que nos decían que siempre no y que sólo serían sesenta, listados por ellos con nombres y apellidos, pero ¡oh sorpresa!, cinco compañeros del grupo de la fuga no estaban en la lista.

Además de enojados estábamos muy tristes, pues un par de días antes nos enteramos que Santiago Montenegro, quien había estado bastante enfermo y que como medida precautoria habíamos sacado del trabajo del túnel, tenía tuberculosis y debía ser hospitalizado de inmediato. Nuestro querido jefe de contrainteligencia no podría participar en la fuga. Recuerdo con mucha emoción cuando fui a hablar con él para decirle que se quedaría fuera del operativo, pues nos iríamos a fin de ese mes y él, con absoluta serenidad, me dijo: «No, hermano, quédate tranquilo, soy el primero en querer que se haga la fuga ya, estoy jodido y es una mierda, pero me tocó la mala suerte, yo me voy al hospital y ustedes a la calle. Que se vayan será la mejor medicina que me puedan dar». Por cierto que tres días antes de la fecha acordada para la fuga, en un mensaje que le envié al hospital, le informé la fecha del día D y la hora H, pues además de que, de no haberse enfermado él estaría al tanto, era una forma de hacerle saber que nuestra confianza en él era absoluta e inquebrantable.

En la reunión en que discutimos la lista de los sesenta que envió la dirección del Partido, a Luis Melo y a Raúl Blanchet les pegué el grito en el cielo y en particular dejé muy claro que de ninguna manera permitiría que excluyeran a ninguno de los habían cavado el túnel: «¿Qué se cree la dirección, no están en condiciones de sacar a un sólo preso, pero deciden que cinco de los que lo han hecho posible no salgan?... ¿Acaso no se han dado cuenta que están tratando con rodriguistas y que nosotros jamás traicionaríamos a ningún compañero o se trata de una vulgar provocación para sabotear la fuga? ¡¿Y se dicen comunistas?! A la mierda, yo no voy a dejar a uno sólo de nuestros compañeros aquí. Perdónenme, pero no es ético lo que están haciendo. Además, si seguimos con esta indefinición no se va a ir nadie, así que, miren, nos vamos veinticuatro, todos los que estamos en la fuga

menos Santiago que se fue al hospital, o sea, los diecinueve que estamos más cinco invitados». Como Raúl Blanchet me quiso decir algo, lo interrumpí sin miramientos y continué: «¡No, discúlpennme, pero no hay nada que discutir, los diecinueve nos vamos y si quieren podemos acordar quienes serían los cinco invitados!».

Les propuse que, como regularmente habíamos hecho con los compas que habían entrado antes, la decisión acerca de a quiénes invitaríamos la tomáramos por consenso o en su caso por mayoría. Una vez acordado el mecanismo, se pusieron a consideración cinco nombres: el Gato Ricardo Hermosilla, el Vikingo Mauricio Gómez, Norberto Vargas, Alfredo Malbrich y Luis Quintana. Yo planteé que debíamos incluir a los tres primeros, que finalmente se aprobaron por consenso, pero que los dos últimos debían ser excluidos y sustituidos por otros compañeros.

Mi argumento central para no incluir a los dos últimos fue que no merecían estar en la fuga, Malbrich había acordado con la CNI darles la información que tenía a cambio de no ser torturado y Quintana había entregado a Fernando Larenas. Además de que no me parecía aceptable ponerlos al mismo nivel ético y moral de compañeros como el Gato Hermosilla o el Vikingo Gómez Royer, cuando, en contraste con los otros dos, Hermosilla había caído luego de ser herido y haber combatido heroicamente en defensa de sus compañeros y Gómez Royer se había portado estoicamente ante la tortura de la CNI. Ni tampoco al nivel de Norberto Vargas, quien además de ser un excelente compañero, nos había proporcionado el motor de lavadora que permitió la ventilación en el túnel y sin el cual difícilmente hubiéramos podido continuar. Para mí, la propuesta de la incorporación de Malbrich y Quintana sólo tenía como explicación su rastrera cercanía con la dirección del Partido.

Sin embargo, al no haber consenso acerca de su exclusión, como habíamos acordado, procedimos a la votación. La cual por desgracia perdimos por 4 votos contra 3, Luis Melo, Raúl Blanchet, Marco Riquelme y Daniel Alfaro votaron a favor de su inclusión y Lito, el Negro Mambí y yo por su exclusión, por lo que tuve que apechugar y a ambos se les incluyó entre los cinco invitados a la fuga. Por cierto que unos días después llegó otra carta

de la dirección del Partido, ahora sólo con treinta nombres, lo cual confieso que a mí ya me pareció de risa loca, pero ya no tuve que argumentar nada, pues todos los compañeros, muy indignados, decidieron directa y unánimemente mandarla a la mierda.

* * * * *

De cualquier manera, el tiempo de retraso no fue del todo perdido, porque desde que recibimos la primera carta de la dirección del Partido, decidí que debíamos garantizar por nuestros propios medios lo mínimo que requeríamos al salir, como serían el transporte y alguna documentación y dinero, pues no podíamos atenernos a que la dirección del Partido lo resolviera. Así, junto con el Lito y el Indio, acordamos que el alejamiento de la prisión lo hiciéramos en un autobús de ruta, pensando que la presencia de al menos seis autos llamaría mucho más la atención que un micro que normalmente recorriera la zona y que a partir de ahí los compañeros del Partido se encargaran de nuestra distribución y hospedaje, lo cual podía operarse desde el propio bus, haciendo paradas para irnos bajando en el orden que ellos nos definieran. Para ello y poco antes de la hora de la fuga, el Indio se encargaría de recuperar un autobús de ruta y mantendría al chofer amarrado y dentro de éste, porque era lo mejor tanto para nuestra seguridad como para la de él. Consideramos la opción de dejar al chofer amarrado y fuera de la ciudad, pero conociendo a Pinochet y sus esbirros, pensamos que podían matarlo para endilgarnos su muerte y manchar la fuga.

Mientras tanto, Marcelito Osses, Eduardo Asenjo, el Pollo Márquez y Eduardo Rosentreter se dieron a la tarea de recopilar con los compas de la fuga y algunas visitas, billeteras usadas, tarjetas, fotos de la familia, boletos del metro, boletos de micro, etcétera y armaron, agregándoles dinero, una billetera completa para cada uno. Las cuales acomodaron en una bolsita personalizada, junto con la ropa de calle que llevarían debajo de los buzos y dos pares de calcetines para cubrirse los zapatos y las manos durante su arrastre en el túnel. Sólo nos faltó el carnet de identidad, aun cuando el incansable ángel de la guardia de nuestra fuga, el indomable mapuche Hugo Nenculeo Montupil, alias el Indio, ya había conseguido quién nos los hi-

ciera, pero decidí no hacerlo porque significaba un riesgo demasiado grande darle la fotografía de cada uno de nosotros a personas en las que no teníamos confianza, sabiendo que no era difícil saber que todos éramos presos políticos. Sin contar que nos cobraba 230 dólares por cada uno, dinero que no teníamos y que para conseguirlo habría que exponer a los compañeros que colaboraban con nosotros desde afuera con otro asalto bancario.

El dinero que ya teníamos disponible venía principalmente de mi hermano Lucho, Luís Alberto Montecino, que nos ayudó muchísimo y a quien yo le había pedido que con su grupo de compas asaltaran un banco. Cuando se lo planteé le dije para qué necesitábamos el dinero y también le pedí que el día y a la hora exacta de la fuga, el 29 de enero a las 10 de la noche, pusieran un par de bombazos, uno en el Ministerio de Justicia a un costado de la Moneda y otro en los tribunales ubicados en la avenida Providencia, para que sirvieran de distractor y alejaran a la policía de las inmediaciones de la cárcel. Recuerdo con profundo cariño y aún con más emoción, cuando mi hermano me respondió: «Mira, weón, por ustedes yo doy la vida, perdóneme mi Partido, pero que se vayan a la mierda, yo voy a donde tú me digas y ten seguro que lo vamos a hacer bien...». El asalto bancario lo realizaron sin contratiempos y gracias a lo cual cada fugado tendría suficiente dinero en la bolsa para garantizar su seguridad y movilidad durante varios días.

También le había pedido dinero a mi hermana Juana, pues en ese momento no podía saber si el asalto resultaría bien y en todo caso no estaría de más.

—Necesito que me prestes plata —le dije.

—¿Cuánto necesitas? —me preguntó ella, como siempre, dispuesta y solidaria.

—Como un millón de pesos —le respondí.

—¡¿Un millón?!... ¿Y por qué tanto? —me preguntó aparentemente sorprendida.

—No, es que embaracé a una mina —le dije intentando parecer apenado.

—No te hagas el weón, has de creer que soy nueva o tonta —me dijo entre enojada y divertida.

—No, no... —balbuceé.

—¿Cuándo te vas? —me soltó.

—No sé... —le dije y luego de un silencio, mirándola a los ojos, agregué—, pero pronto...

No preguntó más y tanto mi hermanita del alma como mi hermano Raúl, que vendió su auto para el efecto, me entregaron el dinero. Con todo ello, por fin estábamos listos para irnos y todo a cuenta nuestra, pues vía un abogado que me visitó el sábado 27 de enero, dos días antes de la fecha programada para la fuga, el Partido nos hizo llegar la generosa aportación de cerca de 60 dólares por cabeza.

* * * * *

El lunes 29 de enero de 1990, nuestro Día D, era de por sí especial, pues habíamos ganado que los hijos de los presos pudieran visitar a sus padres los lunes. Era una jornada siempre linda, aunque al terminar la visita de los hijos el carcelazo pegaba muy fuerte entre los presos: su estado de ánimo decaía sensiblemente y andaban más callados que de costumbre, masticando sus nostalgias.

Como yo no recibiría visita ese lunes, me dediqué a atender que estuvieran bien resueltos todos los detalles y a tratar, inútilmente, de descansar un poco. Para mí, las horas muertas de espera siempre fueron las más difíciles en cualquier operación, por alguna razón los minutos parecen transcurrir a una velocidad menor y la tensión aumenta de forma inversamente proporcional a esa extraña lentitud del tiempo. La responsabilidad de la fuga y el intenso repaso mental de cada segmento de nuestro plan, en busca de alguna omisión que pudiera ponerlo en riesgo, me habían mantenido en vela desde el sábado y durante esos tres días eché más humo que una vieja locomotora de carbón, pues me debo haber fumado más de diez cajetillas de cigarros sin siquiera gastar en fósforos, ya que con el cigarro que me terminaba encendía el siguiente.

Sin lugar a dudas que a mi obsesivo repaso mental del plan y sus detalles, contribuyó Pinochet, porque apenas unas semanas antes, justo después de las elecciones presidenciales de diciembre, le habían preguntado por la posible salida de los presos políticos y el soberbio dictador había contestado, palabras más o palabras menos: «Ningún terrorista se me va a arrancar y menos de mis cárceles de

alta seguridad...». Hasta estuve pendiente y encima de los compas de la fuga para que no se diferenciaron mucho de ese estado de ánimo decaído que tendía a reinar los lunes al anochecer, porque obviamente ninguno estaba con el ánimo apagado, sino que, como yo, traían dosis crecientes de adrenalina avivando su energía y sus sentidos. Sabía por experiencia propia que en esas circunstancias, mantener la calma y actuar con normalidad era siempre mucho más fácil decirlo que hacerlo y que el estado de ánimo te puede delatar. No lo hicimos nada mal, pero se sentía el nerviosismo y la impaciencia de todos nosotros.

Para el momento de la fuga decidí organizar en cuatro grupos al total de compañeros: el de vanguardia, encabezado por Manuel Fuenzalida, Lito; el de centro en el que irían los cinco invitados, encabezado por Ricardo Contreras, el Negro Mambí; el de contención y retaguardia encabezado por Germán Alfaro; y por último el de mando y comunicaciones encabezado por mí. El plan incluía que a partir de las 8 de la noche empezáramos a entrar al túnel por grupos y en el orden descrito, para que a las 10 no sólo estuviéramos todos adentro sino que a esa misma hora empezáramos a salir. Eso nos permitiría ganar tiempo, aún cuando el avance individual fuera un poco más lento con todos adentro. El cálculo que hicimos fue que los cerca de 70 metros de túnel se recorrían de punta a punta en unos 15 minutos, por lo que si fuéramos entrando de uno por uno y les diéramos un minuto de distancia a cada uno para evitar congestiones en el túnel, tardaríamos cerca de 45 minutos en salir, pero estando todos adentro y empezando a salir de inmediato, calculamos que cuando más tardaríamos 20 minutos en estar todos afuera. Si todo iba bien, una vez que el Indio llegara al punto de salida con el grupo de compas que harían la contención, Lito terminaría de abrir el hoyo y nos daría luz verde para empezar a movernos, emitiendo por el woki toki la palabra clave: «Salmón». En caso contrario, que se jodió la fuga, diría: «Jurel».

Para evitar la dispersión o la también indeseada concentración de compañeros alrededor de la celda del túnel, decidí que a partir de las 7 de la noche los grupos se fueron concentrando en diversas celdas y yo fui a cada una para confirmar que estuvieran todos agru-

pados e informarles la hora en que debían estar en la celda 4, luego de trasladarse de a uno por uno. Sin embargo, entre Marcelo Osses, Lito y el Negrito Mambí habían preparado una sorpresa, la cual descubrí cuando entré a la primera celda y me encontré al grupo correspondiente formado con su jefe al frente, quien de inmediato ordenó posición de firmes y saludando militarmente, con toda solemnidad se dirigió al Negro Ricardo Contreras: «Jefe del Estado Mayor, la fuerza 101 lista y dispuesta a combatir». Entonces, con la misma marcialidad, el Negro Mambí se dirigió a mí: «Comandante, la fuerza 101 lista y dispuesta a combatir». Yo respondí con la misma solemnidad, informando que todo iba de acuerdo a lo planeado y ordenando la hora a la que debían estar concentrados en la celda del túnel. Entonces el Negro repitió la orden al jefe del grupo, quien a su vez la confirmó repitiéndola.

La ceremonia, que luego se repitió en cada grupo, se realizó con una solemnidad impresionante y en alto contraste con el lugar, nuestra vestimenta y nuestra condición de presos, que sólo hacían aún más conmovedor el momento. Solemnidad que se hacía estoica ante la intensa emotividad contenida, que amenazaba con derramarse por los ojos y arrastrar en su camino la firme marcialidad en curso. Lo cual, por cierto, sucedió reiteradamente, pues antes de terminar, todos o casi todos teníamos lágrimas en los ojos y la solemnidad se iba a la mierda en medio de una emotiva lloradera y sentidos abrazos.

Quince minutos antes de la 8 de la noche se cumplió la orden de que se colocara afuera de la celda 4 el grupo de contención dirigido por Germán Alfaro, quienes harían como si estuvieran tomando mate y platicando, pero que impedirían que alguien que no estuviera en la fuga se acercara a la puerta de la celda. Inmediatamente después se fueron metiendo a la celda los compañeros del grupo de vanguardia y a las 8 de la noche en punto entraron al túnel Lito, Rafael Pascual, el Rucio Chico y Eduardo Rosentreter, para cumplir con un par de tareas pendientes y quedarse en posición de espera al final del túnel. Sin ningún contratiempo y para evitar lo más posible que nos ensuciáramos demasiado, cubrieron con mantas los 8 metros de túnel que estaban enlodados por la fuga de agua de los baños de las galerías 9 y 10 y luego se fueron hasta el final del túnel, donde escarbaron el hoyo de salida hasta llegar a unos

pocos centímetros antes de romper la superficie, pero haciendo un pequeño hoyo por el que podían escuchar el exterior y de paso recibir un poco de aire fresco.

Una vez que Lito me informó por el woki toki que ya tenía todo listo, a las 8:30 ordené el ingreso del resto del grupo de vanguardia y luego el del grupo del centro, que era el que más me preocupaba, porque salvo el Negro Mambí que los comandaba, ninguno había entrado antes al túnel. Por fortuna, la mayoría lo soportó bastante bien, con excepción de Alfredo Malbrich, a quien le dio un ataque de pánico y se puso como loco, pero al que el Negro Mambí logró controlar con un par de enérgicas cachetadas. Luego ingresó el grupo de contención y después el mío, de manera tal que, cuando dieron las 10 de la noche, ya estaban todos acostados en el túnel viéndole las suelas de los zapatos cubiertas por unos calcetines al de enfrente, menos yo, que me esperé hasta que Lito dijera la contraseña, pues antes de meterme al túnel tenía un asunto pendiente que debía atender. Lo cual realicé menos de un minuto después de la hora programada, porque exactamente a las 10 de la noche Lito escuchó los pasos de alguien que se acercaba a la zona del hoyo y esperó tenso, pero en cuanto escuchó la voz del Indio que le decía la contraseña acordada, rompió los centímetros que faltaban para llegar a la superficie e intentó comunicar por el woki toki la palabra salmón, pero como el sistema de comunicación estaba cortado, pues alguno de los compas lo había arrancado en su arrastre, Lito dio la orden de pasar la contraseña de boca en boca y dentro del túnel se escuchó como un eco: «Salmón... salmón... salmón... salmón... salmón... ».

Al escuchar la tan anhelada contraseña, en lugar de meterme al túnel, me salí de la celda para hacer lo que había decidido desde el momento en que frenara de tajo la exasperante y nada solidaria discusión de cuántos y quiénes nos fugaríamos y le hubiera planteado a los compas, que, en cualquier caso, nosotros no podíamos ser carceleros de nuestros propios compañeros, por lo que dejaría la puerta de la celda y el hoyo del túnel abiertos. Con ello en mente me dirigí al grupo de presos que encontré más cerca.

—¿Qué pasó Gitano, cómo estás, weón? —me preguntó uno de ellos y agregé como bromeando, pero seguramente estimulado por

mi cara de alerta y la adrenalina que traía yo al mil por ciento— Te noto en malos pasos, weón...

—Sí, pero ya no me vas a ver más, weón —le dije interrumpiéndolo y dirigiéndome abrupta y directamente a la celda con toda la intención de llamar su atención hacia ahí.

Deliberadamente dejé abierta la puerta de la celda y me metí al túnel que también dejé abierto, donde me desplazé lo más rápido que pude para alcanzar a mis compañeros antes que hubieran terminado de salir.

* * * * *

Al mismo tiempo que el Lito escuchó los pasos del Indio acercarse al hoyo, en Santiago se escucharon los bombazos que Lucho, con su grupo dividido en dos, pusieron en el Ministerio de Justicia y en los tribunales, pero luego también se escuchó una balacera, pues al momento de retirarse del Ministerio, los compas tuvieron un enfrentamiento con la policía. Por fortuna, lograron salir sin bajas que lamentar y la acción de dispersión y distracción de las fuerzas policiales funcionó como esperábamos.

Cuando Lito terminó de romper la pequeña capa de tierra que lo separaba de la superficie, fue jalado por el Indio hacia afuera y se pegó a la pared, donde se sacó la ropa de encima. Uno a uno y en silencio los compañeros fueron saliendo y haciendo lo mismo, mientras un grupo de compañeros bien armados custodiaban nuestra salida. Por ser el último, me encontré con que en varias partes del túnel había mucha tierra desmoronada, sobre todo en la salida, pero estaba suficientemente bien e incluso la que había caído en el espacio final me ayudó a salir, pues yo no era precisamente el alto del grupo y la utilicé de escalón. Lo primero que vi fue la cara del Indio, quien también me jaló fuera del hoyo y de inmediato hice lo mismo que mis demás compañeros.

Entonces me quedé como pasmado contemplando el cerro de San Cristóbal y la enorme estatua de la virgen María que tiene en su cumbre más alta.

—¿Qué te pasa, weón? —me preguntó en voz muy baja el Indio.

—Mira, weón —le dije casi en un susurro y señalando el cerro—, esta noche hasta la Virgen está con nosotros.

—Estai loco — me respondió.

—Sí, pero algún día voy a ir a ver a la virgen —repliqué.

—Vámonos ya — me dijo el Indio jalándome del antebrazo.

Comandados por él, nos fuimos en fila india pegados a la pared de la estación que colindaba con la calle Balmaceda, en dirección oriente, hacia el Puente Bulnes. Luego de avanzar unos doscientos metros doblamos a la derecha y cruzamos los viejos patios de la estación, hacia el río Mapocho, donde continuamos hacia el oriente pegados a una pequeña barda que lindaba el río. Para que se entienda mejor, el hoyo de salida estaba como a unos 60 metros al oriente de donde hoy día está el local de la Fundación de Orquestas Juveniles e infantiles de Chile y recorrimos completo, de poniente a oriente, lo que hoy infelizmente se llama Parque de Los Reyes¹⁰⁶. El primer tercio del recorrido lo hicimos por su barda Sur y el resto por su barda Norte. Es decir, primero nos fuimos pegados a la barda perimetral de avenida Balmaceda por más o menos cinco calles y luego, doblando a la derecha, cruzamos el parque de Sur a Norte hasta llegar a la pequeña barda perimetral que bordeaba el río Mapocho, donde doblamos a la izquierda para seguir avanzando por dentro y pegados a esa bardita, en paralelo y en la misma dirección que antes, hasta llegar al Puente Bulnes.

Por cierto que el puente Bulnes tenía ya desde entonces un fuerte simbolismo como parte de la sangrienta historia de la dictadura, ya que, luego del Golpe de Estado, fue utilizado como paredón de fusilamiento por carabineros y ahí tuvo lugar, en octubre de 1973, una masacre en la que fueron asesinadas catorce personas, de las cuales casi la mitad eran cabros de entre 14 y 18 años y una de las chiquillas tenía 6 meses de embarazo.

Unos metros antes de salir al puente Bulnes nos detuvimos y cubiertos entre los arbustos esperamos unos minutos. Ahí, el Indio se acercó para informarme y yo le pedí un arma, la cual me pasó de inmediato.

—¿Cómo está? — le pregunté.

—Todo tranquilo, compadre — me dijo él.

—¿Y la micro? — le pregunté.

—Fue a dar la vuelta — me respondió —, tranquilo que en menos de cinco minutos está aquí.

—Muy bien —le dije guardando la pistola.

Inteligentemente, el Indio había acordado con nuestro chofer del autobús que no se quedaría esperando quieto, sino que haría un pequeño recorrido que habían definido de antemano, de manera tal que al menos cada cinco minutos pasara frente a la parada del micro donde lo abordaríamos. Por ello es que después de unos cuantos minutos de espera, salimos caminando de nuestro escondrijo y nos paramos en la calle como si estuviéramos tranquilamente esperando una micro. Estando ahí, recuerdo que Diego Lira, nuestro entrañable y combativo Corneta, se me acercó y tomándome de los pelos me jaló la cabeza hacia atrás y me dijo con efusividad: «¡Lo hicimos, weón, yo sabía, weón!». Como varios más se empezaron a acercar y parecía que la emoción de estar libres, si bien aún contenida, nos podía hacer erupción a media calle, creo que logré poner cara de culo y separándome les dije: «Ya, tranquilos, tranquilos».

En cuanto llegó nuestro autobús, nos subimos sin prisa, pero sin pausa y nos fuimos sentando mientras arrancaba rumbo a Carrascal. Recuerdo que entre los compañeros que venían en el micro, había un médico, quien, con una sonrisa encantadora difícil de olvidar, nos preguntó por nuestro estado de salud, mientras que otros se dedicaban a entregarnos un sobre que contenía un poco de dinero, una contraseña y la ubicación de dónde nos pasarían a buscar en un auto para llevarnos a la casa de algún compañero. En principio los datos del sobre eran los mismos para cada tres de nosotros y así también nos fueron indicando dónde bajarnos. A mí me tocó hacerlo con el Gato Ricardo Hermosilla y con Luis Melo.

Luego de caminar los tres un par de calles hasta el punto referido en el sobre, esperamos algunos minutos, que se me hicieron eternos, ¡pero en lugar que aparecieran los autos a recogerlos, llegaron caminando dos grupos más de compañeros fugados que se habían bajado del autobús antes y después que nosotros! Era obvio que se había cometido un error con la información en los sobres, pues, como pudimos confirmar, todos teníamos las mismas coordenadas. Los compañeros se juntaron riendo y bromeando y alguno de ellos dijo: «Lo que pasaba es que ya nos extrañábamos después de tanto tiempo de no vernos», pero más allá que me hizo gracia, al tiro decidí disolver aquel amontonamiento, ordenándoles a unos que se cruzaran a

la otra esquina y a otros que se metieran a un café que estaba casi enfrente. Serían cerca de las 10:45 de la noche y si bien estábamos a más de veinte calles de la cárcel y no parecía haberse emitido ninguna alarma de fuga, no era ninguna buena idea exhibirnos juntos. Sin embargo, casi de inmediato llegó Ariel Cantero, quien era entonces el jefe del Estado Mayor del Partido y que en un par de minutos resolvió eficazmente el entuerto.

—Su planificación como el hoyo, weón —le dije luego de saludarnos—, de lo único que se tenía que encargar el Partido y mira, puras weadas.

—Tranquilo, Gitano, que ya lo arreglo —me dijo sonriendo, al tiempo que hablaba por un radio.

Al llamado de Ariel respondieron varios autos y de inmediato nos fuimos todos. A mí me tocó como jefa del grupo que me trasladaría la Negra, compañera de los años de oro con quien había compartido varias operaciones y a la que yo quería mucho y respetaba aún más por ser una de esas compas siempre echadas pa' delante.

—Gitano ¿qué pasó, hermano? —me dijo emocionada al verme— Yo pedí buscarte a ti, tenía que ser yo... ¡Qué alegría, weón!...

Luego de abrazarnos y besarnos con mucha emoción, nos subimos a un auto que manejaba otro compañero y nos fuimos escoltados por otro carro con varios compas más. Cuando empecé a relajarme, de pronto me asaltó una imperiosa necesidad, se me metió en la cabeza que quería pasar por las narices del enemigo.

—Oye, chofer... —le dije al compa que venía manejando.

—¿Qué pasó, compañero? —me respondió.

—Pásate por la Alameda —le requerí.

—¿Cómo por la Alameda? No, no, vamos a Puente Alto —me dijo contrariado.

—Sí, pero necesito verla —insistí.

—Pero ahí está La Moneda, ahí está todo... —intervino la Negra.

—Sí —la interrumpí—, por ahí quiero pasar, tengo que saludar a Pinochet.

—Ya, pero no estoy autorizado —dijo el compa que manejaba.

—¿Autorizado?... —lo corté, soltando una carcajada— ¡Si para salirme no le pedí permiso a nadie!

—Vamos a pasar —sentenció riendo la Negra.

Llegamos a la Alameda y ante el azoro de mis compañeros y frente a La Moneda saqué la mano por la ventana y se las mostré con todos los dedos doblados menos el dedo medio que mantuve muy erguido, mientras que mentalmente me decía: «¡Pinochet, conchaetumadre, los fugados del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, te saludan!». Uno de los compas del vehículo que nos escoltaba también les mostró el dedo medio, mientras que quien nos manejaba se lamentó de no haber llevado una cámara fotográfica y dijo: «Ni porque estoy aquí me lo puedo creer y esto debería saberlo la gente. ¡Putá que estás loco, Gitano!».

Salimos de la Alameda rumbo a avenida Vicuña Mackenna y ahí doblamos hacia el Sur hasta llegar a Puente Alto, donde cerca de las 11:30 de la noche nos dejaron a Luís Melo, Ricardo Hermosilla y a mí en un lindo edificio en el que vivía una familia muy pobre y muy cariñosa. Yo estaba eufórico, pero no podía gritarlo, pues la familia que nos recibió, si bien eran compas del Partido, no sabían nada de la fuga. Les habían dicho que íbamos a una conferencia del Partido a Santiago y nosotros actuamos en consecuencia. Nos dieron de cenar, nos bañamos, platicamos un rato con el compa de la casa, que, recuerdo, dijo algo acerca de la importancia de liberar a los presos políticos porque ahí se encontraban los compañeros con más autoridad moral del Partido y nos fuimos a dormir.

La operación había sido completamente exitosa, más blanca que una paloma de la paz el día de su boda y sin que, hasta ese momento, el enemigo siquiera se hubiera percatado que nos habíamos ido y nosotros ya estábamos todos tranquilos y guardaditos en las casas dispuestas para ello. Sabía que representaría una sonora cachetada en la cara a Pinochet y en la de aquellos que nos negaban el estatuto de presos de conciencia y el derecho a la libertad inmediata, pero lo que no podía saber era qué tan sonora sería, ni que el nombre que nosotros le habíamos puesto a la fuga, «Homenaje a los caídos por la vida y la libertad», quedaría para los libros, porque a partir del día siguiente, la fuga se conoció como: «Operación Éxito».

Incluso, poco después, el juez Juan Araya, encargado por Pinochet para investigar la fuga, concluyó que no tenía duda que

era: «La fuga más espectacular vivida en Chile... por el número de evadidos y el grado de preparación y de astucia que demostraron los internos que se evadieron».

* * * * *

Desgraciadamente, el compa al que antes de meterme al túnel le dije que ya no me iba a ver, estaba tan preso de la cabeza que no se dio por enterado y no se le ocurrió ni ir a mirar, por lo que mi intención de avisarles que había una vía de escape, no se materializó. No fue sino hasta después de las 11 de la noche que varios compañeros del Partido en la cárcel, Martínez, Lara y otros, tuvieron la certeza que faltaban cerca de veinte compañeros. Entonces, poco después de las 11:30, se reunieron con más gente del Partido y hablaron con los compas del Autónomo, llegando a la conclusión que nos habíamos fugado. Se pusieron a buscar, pero les demoró cerca de una hora descubrir el hoyo y empezar a salir, si bien la entrada al túnel la descubrieron en cuanto se asomaron a la celda, se tardaron bastante más debatiendo qué hacer, pues incluso pensaron que podía ser una trampa. Por fortuna lo encontraron y decidieron que Jorge Angulo se metiera al hoyo, quien recorrió todo el túnel y aún cuando pudo haberse ido, regresó media hora después, les contó lo que había visto y les dijo que la salida estaba libre. Entonces, mientras algunos siguieron neciamente deliberando qué hacer, los más audaces sencillamente emprendieron la fuga.

Empezaron a salir como a las 12:30 y fue hasta cerca de la 2:30 de la madrugada que los guardias se percataron de que algo estaba ocurriendo, pero sólo porque algunos perros en la calle empezaron a ladrar nerviosos y llamaron la atención de los guardias, quienes alcanzaron a ver a algunos de los compas corriendo por los patios de la vieja estación. Hasta entonces sonaron la alarma. Incluso, Carlitos Pino contó que los últimos en salir recibieron disparos que venían desde las torres de la cárcel y también del cuartel de la CNI de Borgoño, por lo que corrieron y se arrojaron al río dejándose llevar por la corriente. Casi se ahogan, pero luego que lograron llegar a la orilla exhaustos fueron capturados. Jorge Martínez, que venía detrás de ellos, ya no quiso salir del túnel, porque al asomarse vio que la

policía venía disparando y peinando el lugar con linternas, por lo que se sentó a esperar en el espacio de salida dentro túnel, que fue donde lo encontraron. Luego que lo sacaron le propinaron una tremenda golpiza que le dejó innumerables marcas en el cuerpo y que la policía pretendió ocultar mintiendo en un boletín de prensa en el que afirmaron que Jorge se las había hecho solo, porque por estar gordo se había quedado atorado en la boca del túnel. Lo cual era una mentira fenomenal, el túnel tenía espacios mucho más angostos que el de la salida y él los había pasado sin problema, pero con él desquitaron cobardemente su frustración. La cual seguramente creció cuando por fin pudieron saber cuántos presos les faltaban, ya que después de los primeros 24 que nos fugamos, otros 25 compas más lograron escapar de la cárcel, por lo que en total la fuga sumó a 49 presos políticos, de los cuales 6 fueron detenidos esa misma madrugada a orillas del río, pero 43 no fueron capturados.

Nosotros nos enteramos al día siguiente, como a las 6 de la mañana, cuando el compa de la casa nos fue a despertar emocionado, pues en las noticias de Radio Cooperativa se hablaba de una espectacular fuga de 50 presos políticos de la Cárcel de Alta Seguridad de Pinochet. No tuvimos que fingir sorpresa, pues realmente no sabíamos que se hubieran fugado otros tantos compañeros y me dio mucha alegría, pero entre más lo pensaba un enojo creciente me iba invadiendo, porque era evidente que podíamos haber sacado a más compañeros. Todos mis respetos hacia los compas que se fugaron después de nosotros, pues aún cuando los tomó por sorpresa y no tenían preparado ni siquiera a dónde ir al salir, tuvieron el valor de hacerlo. Sin embargo, su arrojo también demostraba que, al menos, pudimos haber logrado que se fugaran todos los presos de esa Calle, pues el enemigo se dio cuenta cuatro y media horas después que inició nuestra fuga y eso porque los compas salieron como pudieron. Perfectamente se pudo haber organizado que fueran saliendo en grupos de 25, repitiendo cada 45 minutos el esquema nuestro y hubiéramos podido sacar en esas 4 y media horas, de forma segura y sin ningún tipo de problemas, a 150 compañeros.

A la fecha sigo convencido de que, además de la mezquindad que mostraron, los weones de la dirección del Partido nunca creyeron que lo íbamos a hacer y luego, a pesar de estar informados de

nuestro trabajo, directa y personalmente por el Indio, creyeron que no era posible fugarse de la Cárcel Pública y no nos dieron bola hasta que el Indio les dijo que estábamos listos para irnos, reaccionando tarde y mal. Creo que sería justo decir, al menos, que teníamos una dirección partidaria desorientada políticamente, que se había acostumbrado a la derrota y no tenía las energías que se requerían para encarar autocríticamente los errores cometidos y hacer frente con audacia a la nueva coyuntura política.

* * * * *

Al día siguiente de la fuga mucha gente salió a la calle a festejar, incluso en poblaciones como La Victoria, Lo Hermida, La Pincoya y varias más hubo fiestas populares. También a las puertas de la cárcel hubo concentraciones y marcharon celebrando por el Paseo Ahumada. En todos lados se escuchó el ingenioso, burlón y reivindicador grito colectivo de: «¡Con cucharas, con cuchillos se arrancaron los chiquillos!».

Por su parte, la dictadura, en voz del detestable almirante José Toribio Merino, Comandante en Jefe de la Armada y miembro de la Junta Militar desde el Golpe de Estado de 1973, de la cual era en ese momento su presidente, intentando fallidamente minimizar la dimensión de nuestra hazaña, declaró que era evidente que había gente coludida con la fuga adentro y fuera de la cárcel y con su proverbial estupidez alcoholizada, que pretendía ser mordaz, dijo: «¿Cómo es que los reos hacen un túnel de 40 metros de largo sin que nadie se dé cuenta?, porque todo el montón de tierra que tenía que salir de allá abajo, en alguna parte tuvo que quedar, entonces, no se lo comían los gallos, porque comer tierra no hace bien y hay que ver cómo hubieran dejado todo el sistema de drenaje tapado...». Pinochet, sin poder esconder su enojo, declaró que había sacado miles de militares y policías a la calle y mordiéndose la lengua dijo: «Porque son terroristas de alta peligrosidad...». Contra los cuales, además, colocó decenas de retenes policiales que revisaron meticulosamente miles de vehículos sin ningún resultado.

En el caso del futuro gobierno y de los partidos de la Concertación, en declaraciones horrendas, pero que los pintaban muy bien,

Ricardo Lagos, entonces líder del Partido por la Democracia, declaró: «Lo único que puedo decir es que es lamentable lo que ha ocurrido... Si hay algunos presos que consideran que no ha habido un proceso adecuado respecto a su juicio, es necesario arbitrar las medidas necesarias para que lo haya. Este es el compromiso de las autoridades políticas del futuro gobierno y creemos que el camino adecuado es encontrar caminos para que todos tengan un proceso justo...». Mientras que, en la misma sintonía, Patricio Aylwin declaró que se liberaría de inmediato a los presos que no estaban comprometidos en hechos de sangre y habría una revisión de los procesos del resto.

En alto contraste, el honorable José Galiano, presidente de la Agrupación de Abogados de Presos Políticos, declaró: «Dios bendiga a los fugados. Ojalá no caigan en poder de las actuales autoridades... Para mí, los delincuentes de alta peligrosidad son los que han hecho desaparecer a más de 22,500 personas y han asesinado por razones políticas a más de 10,000 chilenos». También salió un comunicado del Frente-Partido donde se reivindicaba la fuga y se daba una buena explicación de lo ocurrido, pero en el que, con una mezquindad absurda, ponían a Alfredo Malbrich como jefe del operativo. No dije nada, pero luego que salió un comunicado del pleno del Comité Central del Partido Comunista de Chile en el que saludaban la fuga de prisioneros políticos y felicitaba a su Comisión Militar por el grandioso trabajo realizado en función de los presos políticos, se me descompuso el estómago y decidí ponerles un alto, pues en su urgencia por capitalizar la fuga, recurrían al grotesco expediente de adularse a sí mismos. Recuerdo que al leerlo exclamé: «¿Qué weá es ésta? En su jodida mezquindad y oportunismo creen que auto alabándose recuperarán la confianza perdida».

Por la tarde fue a hablar conmigo un emisario de la dirección del Partido, para informarme que estaban organizando una conferencia de prensa de los fugados, que se realizaría al día siguiente en la mañana.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

—Yo creo que está bien —le respondí—, nada más que como ustedes, en el comunicado del Frente, pusieron a Malbrich como jefe del operativo exijo que se diga la verdad.

—No, mira —eludió él—, lo que pasa es que queríamos proponer que mañana tú fueras con Melo a la conferencia.

—Me parece bien —le respondí seco.

—Bueno, pero mira —dijo con tono inseguro—, eso lo va a decidir por la noche el Partido.

—¡No, no —lo interrumpí alzando la voz—, el Partido no va a decidir nada! Diles que con Melo vamos a dar la conferencia de prensa y que no tengo problema en que sea yo, Mambí, Germán o cualquiera de los que cavamos el túnel. Háganle como quieran, pero Malbrich no puede estar en la conferencia de prensa y si salen mostrando al cagón ese como nuestro jefe, lo vamos a desmentir.

Por cierto que en ese momento yo no lo sabía, pero los demás compas de la fuga, también protestaron e incluso un par de semanas después, cuando nos reunimos, varios me reclamaron por haber permitido que Malbrich apareciera como nuestro jefe y tuve que aclararles que yo estaba tan escondido y aislado como ellos y que me había sorprendido y molestado igual.

* * * * *

A la conferencia de prensa fuimos Luis Melo y yo. La verdad es que yo iba bastante nervioso, porque sabía que nada le hubiera gustado más a Pinochet que detenernos y convertir nuestro éxito en fracaso, mientras que para nosotros, que no lograra capturarnos no sólo era una segunda victoria, sino que de ello dependía que no se revirtiera la primera. Era claro que aparecer en una conferencia de prensa sería algo más que mostrarle públicamente el dedo medio a Pinochet, siendo más precisos, significaba metérselo, sin saliva, en el culo.

Cuando fueron a buscarnos, yo iba emocionado y nervioso. Sin embargo, en cuanto llegamos a la casa donde estaban concentrados los periodistas, nos recibió Alex Vojkovic, conocido públicamente como *Jorge Salas*, lo cual de entrada me tranquilizó mucho, pues sabía de su experiencia y su capacidad organizativa, ya que él había sido por varios años vocero del Frente, además de que, entendiéndome mi nerviosismo, intencionadamente contribuyó a serenarme aún más, cuando, luego de saludarnos, me dijo: «Oye Gitano, no hay ningún problema, mira, los citamos por separado y anduvimos horas dando vueltas con ellos para garantizar que ninguno trajera cola y que no supieran dónde llegaban, así que tú tranquilo, que estamos seguros».

Cada periodista había sido citado a la 6 de la mañana en un punto específico, de donde diversos grupos del Frente los habían recogido y sin que pudieran mirar a dónde iban, los trajeron por más de tres horas dando vueltas por todo Santiago, haciendo varios contrachequeos para evitar algún seguimiento. Yo me había dejado crecer el pelo en la cárcel, al igual que otros compañeros y lo que Melo hizo además con su barba, pues pensábamos que en la clandestinidad posterior a la fuga, sería bueno tener a la mano un sencillo cambio de fisonomía. Ya habían sacado fotografías de todos los fugados en la prensa, pero luego de la conferencia, con las fotos de ambos en varias primeras planas de los periódicos, ese cambio se haría imperativo.

La conferencia empezó con una intervención de Jorge, en la que nos presentó con los periodistas, más o menos de la siguiente manera: «Se encuentran con nosotros Luis Melo, miembro del Comité Central del Partido Comunista y de la jefatura de la fuga y Miguel Montecino dirigente del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y jefe de la Operación Éxito...». Luego, en medio de un ambiente de mucha formalidad, Melo y yo, con el estilo y los matices de cada quien, nos complementamos bastante bien en lo que habíamos definido como central: reivindicar todas las formas de la lucha contra la dictadura, rechazar la diferenciación que el futuro gobierno hacía entre presos de conciencia y presos de violencia y exigir la libertad de todos los presos políticos.

Él empezó diciendo con mucha emotividad: «¡Somos libres!... Nuestra fuga obedece a la necesidad de hacer conciencia sobre el caso de los presos políticos, que deben ser liberados sin exclusiones... La propuesta de la Concertación demuestra que sólo unos treinta compañeros podrían salir en libertad y no olvidemos que hay diecisiete condenados a muerte, que, como están las cosas ahora, no tienen ninguna posibilidad de salvarse... Nuestra acción es un saludo a la llegada de la democracia. Es un saludo al presidente Patricio Aylwin, porque consideramos que todos los combatientes hoy encarcelados lucharon con el pueblo para traer la democracia a Chile, democracia que aún no ha llegado y que ahora el señor Aylwin empieza a proyectar para los próximos cuatro años...».

Por mi parte, entre otras cosas, les dije: «Hace sólo algunas horas nos hemos fugado, pensamos que todo prisionero de guerra tiene

derecho a hacerlo y consideramos que todos los combatientes que están hoy encarcelados han luchado junto al pueblo para obtener la democracia en Chile. La existencia de presos políticos en Chile es injusta, porque, sin la lucha nuestra, indudablemente Patricio Aylwin no habría llegado a la Presidencia de la República. El combate contra la dictadura incluye a aquellos que han gritado contra Pinochet a viva voz, a los que han participado en huelgas y protestas y los que han tomado las armas en sus manos... somos prisioneros de guerra, Pinochet nos declaró la guerra y nosotros hicimos lo que quedaba hacer, defendernos. Ante una metralleta, decidimos rebelarnos, incluso usando las armas... Rechazamos la diferenciación entre presos políticos de conciencia y presos políticos de violencia porque nosotros, conscientemente, hemos dado la batalla contra la dictadura y por la democracia...».

Luego, a partir de preguntas de los periodistas dimos detalles del trabajo de la fuga y resolvimos la incógnita que había abierto la propia dictadura ante su incapacidad de descubrir cómo habíamos logrado deshacernos de la tierra.

—¿Qué opinan de lo que dijo el almirante Toribio Merino acerca de la fuga? —preguntó uno de los reporteros.

—El gran dilema para el señor Merino —dije en tono burlón—, es qué hicimos con la tierra. Incluso llegó a ironizar con la idea de que nos la habíamos comido. Está claro que el señor Merino no sabe nada de túneles, sólo conoce de chichas¹⁰⁷ y esas cosas. La tierra está en el techo de la misma galería.

Debo decir que los periodistas estaban fascinados y nosotros cada vez más relajados y a partir de un par de preguntas de una guapa reportera con acento español, la formalidad del encuentro terminó por desaparecer y se convirtió en una distendida charla entre amigos.

—Yo te veo a ti como si estuvieras en una fiesta —dijo ella dirigiéndose a mí.

—Pues cómo no —le respondí sonriendo—, si es una fiesta, me acabo de fugar de la cárcel de Pinochet, cuando apenas unos días atrás, el conchaesumadre dijo que ningún terrorista se le iba a arrancar y se le acaban de fugar, no uno, sino cincuenta peligrosos terroristas, el que tiene qué temer es Pinochet.

—¿No estás nervioso? —insistió con incredulidad.

—Mira —le dije divertido—, la verdad es que estoy más nervioso por tu minifalda.

Ella enrojeció visiblemente, hizo como que anotaba algo en su libreta y hasta estiró un poco su falda, pero al igual que sus colegas se rió con ganas y el periodista de La Época, en lugar de hacernos alguna otra pregunta, declaró: «Sabes qué, Miguel, ya que estamos de fiesta quiero decirte que esto es lo que le hace falta al país, esa frescura, ese espíritu de ustedes...». Entonces, el compa de la casa sacó una botella de champaña y junto con los periodistas, como si fueran compañeros festejando, hicimos un brindis «¡Por la vida y la libertad!». La emotividad del momento tuvo su punto más alto cuando la compañera dueña de la casa, hija de padre y madre desaparecidos durante la dictadura, me abrazó y se soltó a llorar de alegría, provocando que los ojos se me inundaran.

La conferencia de prensa, que había empezado a las 10 de la mañana, terminó a las 2 de la tarde y una hora después el teletipo de Televisión Nacional, la oficial y más grande empresa estatal de propaganda de Pinochet, transmitía una nota que encabezaba diciendo: «Asombrosa conferencia de prensa de presos políticos fugados...».

Recuerdo muy bien la cara del compa de la casa donde nos estábamos quedando, cuando a la mañana siguiente, luego de salir temprano, regresó con un montón de periódicos. Nomás entrar a su departamento, con sonrisa pícara me encaró mostrándome la primera plana de uno de ellos, en la que había una fotografía de Melo y yo juntos: «No vienen a la Conferencia... mira... pero yo no me explico, ustedes llegaron a las once y la fuga fue a las dos de la mañana». Entonces le contamos cómo había sido y el compañero, feliz, sacó una botella de vino y luego que brindamos con su maravillosa familia, el compa nos dijo: «Yo tengo unos fusiles» y se fue a sacarlos.

* * * * *

Un par de días después me cambiaron de casa y me llevaron a una entrevista larguísima para un libro y después a otra entrevista para la revista Análisis que era, desde mi punto de vista, la revista de izquierda más importante de Chile y uno de los pocos medios de comunicación opositores a la dictadura. Ahora yo estaría bajo el

resguardo de tres parejas, todos comunistas y de alto nivel económico: un médico y su esposa; la hermana del médico y su marido que era profesor de sociología; y un empresario y su esposa. Viví alternadamente entre la casa del médico y de su esposa, Gustavo y Patricia, que tenían dos niñas preciosas y en la casa de la hermana de él, donde también vivía su madre. Todos ellos me cuidaron y procuraron hasta la saciedad, con muchísimo cariño y una generosidad abrumadora. No sólo fueron muy espléndidos económicamente sino aún más en términos emocionales, desbordando una calidez humana que para mí fue muy reparadora. Su preocupación central, además de que yo estuviera tranquilo y bien cuidado, era que no me fueran a capturar, como me dijo varias veces Gustavo: «No nos podríamos perdonar que caigas en la cárcel por algún error nuestro, si tienes que arrancar, vete». Estaban preocupados por mí y no por ellos, cuando, si me agarraban en su casa, los jodidos iban a ser ellos, pues en Chile la fuga en sí misma no estaba penada, por lo que, siempre y cuando no hubiera violencia u algún otro delito, si te recapturaban regresabas a cumplir tu condena, pero no era el mismo caso para quienes ayudaban a otros a fugarse, ya que eso sí se consideraba delito.

La casa de Patricia y Gustavo era preciosa, muy espaciosa, nuevecita, con alberca y un jardín esplendoroso. Yo no podía dar crédito de lo que estaba viviendo, jamás había estado en una casa así. Peor aún, porque nomás al llegar, Gustavo me dijo: «Mira, es importante que sepas que con nosotros estás muy seguro, aquí no van a llegar por ti, porque no nos ubican como comunistas, sino como hijos de papá. Queremos que estés tranquilo, descansas y te repongas, vas a tener tu pieza aquí, lo mismo que en la casa de mi hermana. También es importante que sepas que en la caja fuerte hay dinero disponible para lo que necesites o por si pasa cualquier cosa». Luego de lo cual me dio la combinación de su caja fuerte.

Recuerdo que lo primero que hicieron Patricia y Gustavo fue ofrecermé algo de beber y como yo tenía mucho rato sin tomar ni un trago, me apunté a una cerveza y a partir de ahí siempre tenía disponibles cervezas Royal Guard, pues dije que esa me parecía la mejor. Muy pronto aprendí a cuidarme de no revelar algún antojo o preferencia, porque de inmediato me lo hacían realidad. Por ejemplo, si yo decía: «Mi mamá hacía un delicioso pastel de choclo¹⁰⁸» al

otro día Pati me lo servía en la comida. Al llegar me dieron unas sandalias, un traje de baño, unos lentes de sol Ray Ban, una cachucha, unas poleras¹⁰⁹, unos buzos¹¹⁰ de marca, etcétera. ¡Como si estuviera vacacionando en la costa azul! y todos los días me traían los periódicos y diversas revistas y cada que hacían una compra para ellos, me llevaban alguna camisa, pantalón, etcétera. De piojento y peligroso terrorista encarcelado, en un abrir y cerrar de ojos pasé a ser el cuico¹¹¹ de la casa, sólo me faltaba hablar como si tuviera una papa caliente en la boca y mostrar desprecio por las personas de poca plata.

Incluso empecé a dormir muy bien y mucho, hasta nueve horas seguidas, lo cual era para mí todo un récord, ya que no dormía más de cuatro. Lo asocié al cansancio acumulado por tanta tensión, hasta que, como al quinto día, el doctor me hizo una confesión.

—Oye, mi hermano — me dijo Joaquín —, no quiero que te ofendas, pero tengo que decirte que le hemos estado echando, ahí a tu comida, una pastilla para que estés más tranquilo y puedas descansar bien, no es droga ni mucho menos, es nada más un relajante, pero te voy a dar las pastillas para que si tú quieres te las tomes, un cuarto de pastilla es suficiente y si quieres también te inyecto algunas vitaminas...

—No, estoy bien, muchas gracias — le dije sonriendo al saber que había sido eso lo que me había hecho dormir tan bien.

Así estuve un par de semanas más en descanso absoluto, hasta que se me empezó a hacer insufrible el encierro. Joaquín se dio cuenta, pues tenía una sensibilidad extraordinaria y a pesar de ser sumamente respetuoso de mi espacio, siempre estaba atento a mis necesidades.

—¿Hay algo que te gustaría hacer? — me preguntó Joaquín como al vuelo y sonriendo.

—Sí, claro, ¡salir a la calle! — le dije al bote pronto.

El domingo siguiente, la misma compañera que se había hecho cargo de mi traslado del primer departamento a la casa del doctor, una guapa y culta joven, hermana del profe de sociología y con la misma profesión, me esperaba con una caravana de cuatro autos para llevarme a la playa. Yo estaba feliz, sin embargo le dije que era mucho más seguro ir en bus, porque llamaba menos la atención y en caso de tener que romper un chequeo era más fácil que en auto, pero además, como traían vehículos legales,

bastaba con que fuéramos detectados para que algún compañero terminara en la cárcel. Por eso el trayecto que hicimos hasta la playa y de regreso, lo realizamos en buses. Subimos y bajamos varias veces pagando nuestro pasaje y eso de poder volver a actuar como un ciudadano normal fue para mí fascinante. Tan fue así que cuando llegamos a la playa me volví loco y hasta bebí agua de mar, creo que fue producto de la imponente inmensidad del océano que se habría frente a mí y que, en alto contraste con el encierro, hacía irrefutable mi libertad en. Eran los primeros días de marzo y aún recuerdo que a pesar de la época fue un día fresco o mejor dicho no tan caluroso.

Pocos días después llegó el 11 marzo, fecha en que tomaría posesión el gobierno electo y mis anfitriones decidieron hacer una fiesta con comida típica y vino chileno. Me preguntaron que cómo quería celebrarlo, pero yo, con bastante indiferencia por el acontecimiento, cortésmente les dije que como ellos quisieran, pero que si ellos querían ir a la plaza a ver el acto, que no se sintieran comprometidos conmigo. Sin embargo, Pati me dijo: «No, queremos pasarlo contigo y que sea un día diferente para ti, porque tú también contribuiste a eso». Algo semejante me dijo Gustavo y luego también Jéssica y su marido. Ahí me empezó a caer el veinte: para ellos era un acontecimiento muy significativo y aun cuando también tuvieran grandes reservas respecto al significado de la llamada transición, estaban mucho más cercanos al sentir general, que la veía como un momento histórico muy importante. Esa fue mi primera percepción de que aquello estaba impactando más de lo que yo pensaba en la sociedad chilena y también en mí, aunque me resistía a reconocerlo. De ello me percaté cuando me fui emocionando al ver, por televisión, la ceremonia de asunción del nuevo gobierno, la cual empecé mirando con la clara idea de que se trataba de una mascarada que cambiaba a un mono por otro y terminé pensando que por mierdero que fuera el nuevo gobierno, era uno que los propios chilenos había escogido y que, más allá de la ignominiosa tutela que aún ejercía Pinochet, evidenciaba la derrota que éste había sufrido. La emoción que sentí llegó a su clímax cuando entonaron el himno nacional y debo confesar que hasta las lágrimas se me salieron, porque se me vinieron de

golpe un montón de imágenes del pasado, como cuando en una película hacen un flashback y de pronto interrumpen la temporalidad de la narración para mostrar un hecho anterior. Lo primero que vi fue la imagen de mi madre que murió pensando que mi hermano desaparecido estaba muerto, luego la de un montón de compas que cayeron en la lucha o fueron asesinados por la dictadura, como Víctor Díaz, el Cabezón Zamorano, el viejo Huerta, Víctor Jara, Salvador Allende, Miguel Enríquez y los compas del GAP¹¹², así como José Miguel, Tamara, Tatiana, Ignacio, Julio, Gonzalo, el Huevo, el Chele y tantos compas de la Jota y del Frente con los que combatí y que ya no estaban. En mi emoción se mezclaba también un sentimiento de culpa por poder gozar de lo que ellos ya no podían, por ser un sobreviviente de ellos y de miles más que se desangraron en las calles, en las montañas, en las fábricas, en las minas, en los barrios y en las universidades, mujeres y hombres anónimos cuya entrega y contribución habían hecho posible esa celebración.

Cuando terminó el acto, los cerca de diez comensales que mirábamos la televisión estábamos muy conmovidos y Gustavo me dijo: «Oiga compañero, queremos que usted haga un brindis». No me lo esperaba y sólo recuerdo que, levantando mi vaso de vino, les dije: «Compañeros, estoy un poco emocionado y sólo quiero decirles que brindo con esta copa de vino, como diría Silvio Rodríguez, por los muertos de nuestras legiones que han hecho posible esta felicidad...». Fue todo lo que pude decir, porque se me cortó la voz y el llanto se me desbordó, provocando que los demás también se pusieran a llorar.

Con ellos estuve, como ya te conté, casi cuatro meses, hasta que decidí irme, porque no quería abusar de su hospitalidad ni arriesgarlos más. Entonces, compañeros del Partido me pasaron a la casa de un matrimonio de ingenieros y que también eran excelentes personas, muy solidarias y cariñosas. Él trabajaba como ingeniero civil y ella era docente en la Universidad de Chile, de la cual era egresada de la carrera de ingeniería civil y donde, luego de hacer una maestría y un doctorado en estadística, había regresado a laborar. Nomás llegar me dijeron: «En este lugar hay siempre dinero y puedes tomar tanto como necesites, aquí guardamos

una pistola y todo lo que tenemos está a tu entera disposición». También su casa era muy grande y tenía una pequeña casita a un costado, que habían preparado para recibirme.

* * * * *

Poco antes de cambiarme de domicilio, intenté asistir a la Conferencia del Partido que se realizó en Santiago, pero me encontré con que me habían vetado. Los cobardes argumentaron que se trataba de un problema de seguridad mía, lo cual era claro que era un asunto muy menor, por lo que le pedí a dos compas que averiguaran dónde se celebraría, pues mi intención era llegar a pesar de no estar invitado. No pude averiguarlo ni tampoco asistir. Yo quería abrir la discusión con la idea de salir del ensimismamiento burocrático y el encajonamiento en políticas de cuarta en que estábamos metidos, lo cual reclamaba una profunda autocrítica al menos del último periodo, durante el cual el Partido había estado dando bandazos y tomando decisiones que nos desperfilaban una y otra vez. Por señalar sólo algunas de ellas te diré las que consideraba más significativas: 1) Se intentó copar burocráticamente la dirección del Frente con el objeto de detener la lucha armada, lo cual produjo la división con los compas del Autónomo, mientras que la vía armada se mantenía en el discurso. 2) Si la lucha armada ya no se consideraba viable, así debió haberse planteado y propuesto una estrategia para retomar la iniciativa política que pusiera en el centro las demandas populares, así como lograr la reinserción política de los miles de compañeros que eran parte de ella. 3) Diagnosticaron que el plebiscito sería un nuevo fraude de Pinochet para continuar a la cabeza de la dictadura, por lo que se dijo que participar sería perder el tiempo y legitimar la maniobra, pero más tarde llamaron a votar en él. 4) Cuando el plebiscito resultó contrario a Pinochet, hicieron cómo si ese fuera el resultado esperado, pero, pasmados ante el nuevo escenario, olvidaron a su enorme base social y sus demandas y pegándose a la cola de los partidos de la Concertación, que los excluía y estigmatizaba, llamaron a votar por Aylwin en las elecciones presidenciales. 5) Siendo la organización con mayor número de desaparecidos y presos políticos, no plantearon una política ni líneas de acción para

encarar ese problema y, peor aún, contuvieron la movilización social que demandaba su presentación y su libertad.

Habría que agregar, además, algo que quizá fue y es de lo más grotesco y que para entonces ya era una ridiculez, pero que pinta muy bien la hipocresía de nuestra dirección partidaria de entonces. Me refiero a su postura pública de que el Frente era una especie de aliado político del Partido, ¡cuando todo el mundo sabía que el Frente era el brazo armado del Partido y sobre todo el enemigo! La negativa a reconocer que el Frente fue creado por decisión partidaria y que vivió articulado a éste, pero sobre todo que centenares de comunistas chilenos perdieron sus vidas siguiendo el lineamiento del Partido de integrarse al Frente para dar el combate armado, es, por decir lo menos, vergonzosa. Postura que por cierto se ha mantenido hasta hoy y que ni Guillermo Teillier, quien fuera por muchos años jefe militar del Partido y actualmente es su Presidente¹¹³, nos ha podido decir por qué. Confieso que además de resultarme inaceptable por falsa, injusta e indigna, no logro entender por qué el Partido Comunista de Chile niega su propia historia y reniega de una de las más audaces y dignas páginas escritas por sus militantes.

Por último, aún cuando sea de menor jerarquía que todo lo anterior, me parece también muy ilustrativo que mientras la dirección del Partido se auto condecoraba públicamente con la medalla de la fuga, nos excluía del debate interno y pretendía silenciarnos.

* * * * *

A pesar del intento de aislarme, para entonces yo ya había empezado a salir y contactar a algunos compañeros de la fuga, sobre todo porque comenzaron a llegarme comentarios de que muchos de los compas fugados, todos abandonados a su suerte, se andaban salvando solos. Además de que, ante la falta de perspectivas políticas, algunos compañeros estaban cobrando venganza personal contra sus torturadores, como se decía en la cárcel: «Andaban cobrando la plata que tenían en el banco». Incluso en una reunión de compañeros del Frente-Partido y de la dirección militar del Partido a la que asistí, unos compas le sacaron las pistolas a los de la dirección militar e imposible olvidar que Diego Lira, siempre echado para adelante y

con su muy directa y aguda manera de describir las situaciones, ahí les dijo a los de la dirección: «Ustedes no son más que militares de Atari, que desde su casa dirigen una guerra que no existe...». Recuerdo también, que en ese trance, un weón de la dirección militar del Partido me dijo: «Oye, controla a tu gente», a lo que le respondí indignado: «¿Por qué no te vas a webiar a los pacos?, ¿no te das cuenta que yo estoy fugado, escondido y no tengo ninguna capacidad de dirigir nada?».

Luego de eso, con varios de los compañeros fugados hicimos un balance de lo que estaba pasando y éstos me encararon exigiéndome tomar un rol más activo: «Asume tu lugar, weón, a estos del Partido no les creemos nada y esto está pa' la cagá...». Había un descontento enorme y una desconfianza profunda hacia la dirección del Partido, por lo que nos propusimos reagruparnos y encauzar políticamente toda aquella energía, empezando por organizar un seminario militar, el cual finalmente se acordó con la dirección del Partido y al que asistieron unos quinientos compañeros. El seminario fue todo un éxito por su capacidad de convocatoria y porque a diferencia de la Conferencia Nacional, no pudieron contener la avalancha de críticas. Asistimos casi todos los fugados y claro, sucedió lo que temía la dirección. Fue impresionante ver cómo, a pesar de que la dirección militar presidía el evento, los asistentes los ignoraban olímpicamente y buscaban a los rodriguistas fugados. Fue una muestra muy clara y emotiva de reconocimiento, pero también evidenciaba la poca autoridad política y moral que tenían los de la dirección, quienes no sólo salieron muy vapuleados, sino que, como la presión fue tan fuerte, para amainar el temporal tuvieron que ponerme como encargado de operaciones militares del Partido.

Si bien el evento zarandeo mucho a la Comisión Militar y a la dirección del Partido, ellos ya habían nombrando en la Conferencia una jefatura militar con weones con muy poca legitimidad y experiencia y decidido disolver el Frente-Partido, creando una llamada «fuerza propia» y algo bastante inmaterial llamado Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez, que sería una nueva organización pública. Nosotros nos habíamos opuesto sin éxito, pues nos parecía que era terminar definitivamente y sin la evaluación necesaria con la política militar, pero de cualquier manera, más allá de la reticencia

de muchos delegados, la decisión se impuso. Sin embargo, luego del seminario, en muchos compañeros quedó la idea de que había ganado la posición de quiénes sí habían luchado y que serían los que iban a dirigir la cuestión militar, porque ésta se había materializado en los nombramientos de varios de los fugados: Raúl Blanchet en la dirección militar del Partido; Marco Riquelme en la dirección del recién creado Movimiento Patriótico; el Chino González en la jefatura de la llamada fuerza propia; y yo como jefe de operaciones militares del Partido.

* * * * *

Yo acepté el cargo para no defraudar aquella avalancha de inconformidad y pensando en contribuir a una rearticulación que impulsara real y activamente la resolución de la llamada política de Verdad y Justicia acordada por el Partido. Sin embargo, tal y como pude comprobar muy pronto, intuía que el puesto no tendría ninguna articulación política partidaria y que yo sería una especie de general sin tropa. Por ello fue que reuní a varios de los compañeros que andaban cobrando por su cuenta agravios pendientes, así como a casi todos los fugados y les planteé dejar el cobro individual e impulsar dos operaciones concretas: Liberar a todos los presos políticos y ajusticiar a Pinochet. Los compañeros estuvieron de acuerdo y definimos una estructura paralela al Partido, es decir, que era clandestina dentro de nuestra ya clandestina participación partidaria y empezamos por definir un plan de fuga de presos políticos y los recursos mínimos que requeriríamos.

Con eso en mente realizamos una serie de asaltos bancarios que nos permitieron dar el primer el paso, pues con la plata recuperada montamos una empresa comercializadora de papel y artículos de oficina, cuyo objetivo era la de ser nuestro manto para cubrir el trabajo de excavación de un túnel que haríamos tanto hacia la Cárcel de Mujeres ubicada en la calle de Santo Domingo, entre las calles de Amunátegui y Teatinos, como a la Cárcel Pública de Santiago, de donde nos habíamos fugado nosotros, ubicada sobre la avenida Mackenna y entre las mismas calles que la Cárcel de Mujeres.

La empresa comercializadora quedó ubicada sobre la calle Rosas, como a unas cinco calles de la Cárcel de Mujeres y como a tres

de la Cárcel Pública, más o menos a unos 500 metros de la primera y a unos 200 metros de la segunda. No pudimos adquirir un local ubicado en una esquina, que era lo que nosotros queríamos, pero rentamos un pasaje con tres locales, en los que habilitamos una oficina en el segundo piso y abajo ubicamos una papelería con dos bodegas al fondo. Nos tardamos como cinco meses en levantarla, pero al terminar teníamos un gerente que sabía del negocio y unos cuatro compañeros trabajando en la empresa, registrados legalmente, con seguridad social y por supuesto que todos eran compañeros de confianza que habían sido del Frente. Los compas hicieron tan bien su trabajo que muy rápidamente la empresa fue auto financiable.

También montamos una empresa constructora que obtuvo contratos de obra con el gobierno y con particulares, que era dirigida por una compañera arquitecta y contaba con un galpón de muy buen tamaño en Puente Alto, donde teníamos muchísima infraestructura de construcción y del que estaba a cargo el indomable Diego Lira. Con esa fachada, no sólo teníamos una cobertura legal perfectamente comprobable y un lugar para hacer la excavación, sino que además, las empresas nos permitían deshacernos de los desechos de la excavación sin problema y acceder a cualquier tipo de herramientas para hacer el túnel. Por si fuera poco, también nos proporcionaban una infraestructura adicional extraordinaria, contábamos con locales, autos, furgones y hasta celulares, que para nosotros eran todo un lujo y una herramienta de comunicación portentosa. Calculo que entre las dos empresas habría una inversión cercana al medio millón de dólares.

En uno de los almacenes de la distribuidora hicimos el hoyo del túnel, quedando perfectamente enmascarado, incluso con triple tapa en tres niveles diferentes y cubierto el primero de ellos con la misma baldosa que el resto de la bodega ¡y no sonaba hueco! En verdad que nos resultaba sencillo, pues si habíamos podido auto liberarnos rascando con tenedores y perforando con alambres, ahora, con todos los medios que teníamos a nuestro alcance ¡puta que hacíamos maravillas! Por si fuera poco, conformamos un grupo envidiablemente compacto, con mucha experiencia y determinación, que ya habrás imaginado quiénes eran los jefes técnicos: obviamente los siempre consistentes Manuel Fuenzalida y Daniel Alfaro y por supuesto que

el jefe del Estado Mayor era el Indio, Hugo Nenculeo. Avanzábamos a una velocidad pasmosa, aún cuando lo hacíamos sin prisas y en horas de trabajo, cubriendo el ruido del trabajo en el túnel con música ambiental. El material extraído era sacado en cajas, en dos furgonetas y siempre junto con entregas de pedidos. Así, si se tenían que llevar diez cajas de papelería, iban otras diez llenas de tierra. El túnel se inició a cinco metros de profundidad y su trazo se diseñó para ser como una “T”, pues saldría de la empresa en línea recta y luego tendría dos brazos, uno a la Cárcel Pública y otro a la Cárcel de Mujeres.

Por mi parte, por haber sido nombrado jefe de operaciones del Partido, pero sobre todo por haber tenido una importante exposición en la prensa y ser identificado como el jefe de la fuga, trataba de ir al lugar lo menos posible, por lo que, cuando fui a revisar el trabajo que habían hecho los compañeros con las tapas del túnel, en verdad que me quedé mudo de asombro por el extraordinario trabajo y ver todo aquello funcionando eficazmente con total normalidad.

* * * * *

Debe haber sido por el mes de mayo que mi compadre *Lito*, a quien le tenía expresamente prohibido ir a Concepción, me contó que no sólo había ido sino que había hecho un compromiso que me involucraba.

—Compadrito —me dijo Lito haciéndome saber que le habían importado tres pares de cojones mis órdenes—, yo sé que me va a regañar, pero bueno, la verdad es que fui a Concepción este fin de semana...

—¡Conchetumare!, pero si te dije que no...

—Sí, compadre —continuó él tranquilo—, ya sabía que me ibas a retar, pero debo decírtelo, va a haber una fiesta el fin de semana en Conce y... ¿te digo la verdad?

—¿Qué? —pregunté tontamente.

—¡Me comprometí a que te iba a llevar, weón! —me dijo Lito sonriendo emocionado.

—¡Chucha, weón! —le respondí serio—, comprométete tú, pero no me comprometas a mí, porque además que no es prudente, tengo muchas cosas que hacer.

—No, compadre —dijo él poniendo cara triste—, no me hagas eso, ¿te acuerdas de Juan Zuchel, no?

—¡Claro! —dije con alegría.

—Me encontré con él —dijo Lito buscando engatusarme— y resulta que están organizando una fiesta para nosotros, con mucha protección y quieren que vayamos, tú sabes cómo son los compas de allá, weón, van a hacer un curanto¹¹⁴ gigante y un compa ya puso la lancha para ir a buscar cholgas y locos¹¹⁵.

—Está bien —le dije, tragándome el anzuelo enterito—, pero que sean compas del Frente y no más de cien, yo llego el sábado y me regreso el domingo.

Así, como decía El Padrino de Mario Puzo, me hizo una oferta que no pude resistir y decidí pasar el fin de semana en Concepción. Lo hice aún sabiendo que no era prudente ni tampoco correcto, pues, como ya lo habíamos platicado antes, debíamos evitar caer en la autocomplacencia de una heroicidad ramplona. Sin embargo, pudo más la expectativa de reencontrarme con viejos y queridos compañeros en un espacio relajado, la suculenta comida anunciada y el estúpido ego de saberse homenajeados.

Al día siguiente me buscó el Indio y me preguntó sobre la fiesta en Concepción. Pensé que me iba a decir que seguramente yo no era tan weón como para ir, pero para mi sorpresa no fue así.

—¿Puedo ir? —me preguntó el Indio.

—Sí, claro, vámonos juntos —le dije—, llevémonos dos subametralladoras y un par de pistolas y granadas.

Nos quedamos de encontrar el sábado por la mañana a la salida de Santiago y en un furgón recorrimos los pocos más de 530 kilómetros de carretera que nos separaban de Concepción. Llegamos al lugar de la fiesta empezando la tarde, ubicado en medio de una parcela muy extensa y donde había unos galpones enormes con bastante gente. Nos estacionamos y llegó de inmediato un compa que corrió la puerta de la furgoneta, por donde yo salí.

—Jefe de seguridad de la fiesta —me dijo el *Negro*, un compa que había sido del Frente en Concepción.

—¿Qué pasó Negrito?, esto es de locos —le dije preocupado viendo aquel gentío.

—Usted no se preocupe —me dijo el Negro descubriendo un

carretón de esos que se usaban para comprar fierro viejo por las calles y dejando ver dos fusiles M16—, ustedes tranquilos que vienen a gozar. Mira, Peti y Mario están acá, Juan y el Flaco allá, todo está fríamente calculado, así que no se preocupen.

Sin embargo, al acercarnos pude ver que los galpones estaban llenos de mesas y había mucha más gente de la que había percibido. Parecía como si en Concepción se hubieran despoblado el Partido, el Frente, el MIR y hasta del Partido Socialista para asistir a aquella fiesta popular, pues había más de quinientas personas. Al momento que entramos juntos el Indio, Marcelo, el Negro Mambí, el Lito y yo, detuvieron la música y por el sonido anunciaron con vanidad chauvinista: «Viene entrando la jefatura del Frente, hijos de Concepción, orgullo nuestro...». Aquello se convirtió en un despelote total y si de por sí era imposible que no fuera del conocimiento de los servicios de inteligencia, quienes con toda seguridad tendrían varios agentes ahí, la poca seguridad que había se fue definitivamente a la mierda. Sin embargo, la enorme alegría de ver a tantos y tan queridos compañeros, fue mayor que la precaución que debíamos tener en nuestra calidad de fugados. Además de que me sentía muy alagado por el recibimiento masivo, ¡cuando nosotros habíamos hablado mucho de rechazar la heroización y la autocomplacencia! y por si fuera poco, también sentía el orgullo contagiado de ser hijo de Concepción, ¡cuando ese tipo de chauvinismos locales, siempre me parecieron de un regionalismo ramplón!

De cualquier manera estoy convencido que ese día abracé y besé a más personas que en todo lo que llevaba de vida y pasé una tarde maravillosa, pues como cereza en el pastel, llegaron mi compañera, nuestra hija Tania, quien tenía cinco añitos e Ivo Ignacio, nuestro hijo recién nacido en marzo y a quien habíamos concebido dentro de la cárcel. Entre los cientos de personas que abracé estaba un compañero de la universidad, que me contó que luego de estudiar administración de empresas hizo biología marina y ahora se encontraba trabajando como capitán de un barco pesquero y quien se hizo cargo de que en nuestra mesa no faltara nada. Me preguntó qué se me antojaba tomar y como se me ocurrió decirle que un whisky, el loco se fue a comprar unas tres botellas y a su regreso declaró: «Esta mesa no va a tener pobreza». Luego me presentó al dueño del barco, quien

sin más nos invitó para el día siguiente a su casa, diciéndome: «Hermano, yo soy del Partido, mañana los espero a las 10 de la mañana en mi casa, en San Vicente, tengo las mejores cholgas que se han comido en su vida y también locos, piures y almejas, todo fresco, recién sacado del mar».

Poco antes de las 12 de la noche le dije al Indio que era hora de irnos. Era obvio que habíamos arriesgado mucho más de la cuenta, que aquello estaba cerca de terminar en una borrachera masiva y que si llegaba la policía íbamos a caer todos. Les dije también al Lito, al Negro Mambí y a Marcelo y este último propuso irnos todos a su casa, pues nadie, salvo mi compañera y yo, sabía de su ubicación. El Lito decidió quedarse en la fiesta y acordamos vernos a la mañana siguiente en la casa del compa del barco. Ahí llegamos todos los fugados que habíamos ido a la fiesta y unos cuantos compas más y estuvimos todo el día comiendo mariscos y disfrutando de un delicioso vino pipeño de la región. Fue entonces que me enteré que el Partido en Concepción había aprovechado la fiesta para hacerse de recursos, pues habían vendido las entradas y logrado sacar una buena cantidad de plata. De lo cual, por cierto, también se enteraron un par de ladronzuelos, que, como a las 3 de la mañana, se metieron a la fiesta con la intención de llevarse el dinero, pero fueron sorprendidos, empistolados y entregados a la policía. Comenté molesto que no había necesidad de haberlos entregado a la policía, pero la respuesta de Lito me sorprendió aún más.

—Es que ya estaba ahí —dijo de lo más tranquilo Lito—, el dueño del lugar es tira...

—¡Lito, conchaetumadre —le dije molesto—, dónde nos llevas, weón!

—No —respondió él riendo—, tranquilo, weón, es el marido de Guila, que es encargada del Partido aquí y él ya ha colaborado antes con nosotros.

Por cierto que en los días posteriores y como una nueva llamada de atención a nuestra frivolidad, en la prensa fueron publicados comentarios atribuidos a gente del Partido que afirmaban que Miguel Montecino y los fugados se habían quedado para matar a Pinochet. Aún cuando no estaba desarrollado ningún plan al respecto, nos puso en alerta, pues significaba ponernos el dedo y construir la jus-

tificación y el estímulo para que alguna de las bandas paramilitares, militares o policiales de Pinochet nos diera cinco tiros por la espalda. Lo cierto era que el jefe militar del regional sur del Partido en Santiago, era uno de los fugados; el del regional de la cordillera, otro fugado; el del regional del centro, también un fugado; el del regional de Talca, también; y el de Concepción, igual. O sea, que aún sin saber quién era el jefe de operaciones militares del Partido ni qué nos proponíamos, no era difícil imaginar a dónde conducían los hilos, ni tampoco que no éramos de los que se quedaban cruzados de brazos. Luego de platicarlo muy seriamente con los compañeros, decidimos extremar medidas de seguridad, empezando por sacar del país a los compas fugados que no fueran imprescindibles en la operación de liberación de los presos políticos. No sólo porque vendrían por nosotros, sino porque consideramos que seguir operando militarmente en las nuevas condiciones políticas se haría cada vez menos viable.

No fue fácil convencerlos de irse del país e incluso algunos decidieron quedarse a pesar de estar todo dispuesto para su salida. Sin embargo logramos que en las semanas siguientes, al menos, salieran de Chile el Lito Manuel Fuenzalida, Jorge Martín, Rafael Pascual y Eduardo Rosentreter. Lo cual se logró, sobre todo, gracias a la solidaridad de comunistas españoles que nos enviaron una cantidad importante de dinero por medio de Jorge Martín y que fue distribuida entre todos los compañeros, aunque justo es decir que el Partido también ayudó para los gastos de viaje.

* * * * *

Fue en esa época que me ocurrió una situación muy curiosa al asistir a una pequeña fiesta organizada por una señora del Partido Socialista, quien reunió a una treintena de políticos, actores y artistas de orientación centroizquierda y a la que incluso llegaron algunos funcionarios del gobierno. Asistí en calidad de acompañante de una de las invitadas, que era una mujer bastante respetada en el medio artístico, pero lo hice con un aspecto muy distinto al de las fotografías que habían sacado en los periódicos, pues me había pelado ampliándome la frente y me había dejado un pequeño bigote, por lo que, al parecer, nadie me reconoció. Sin embargo, ya sentados en

una enorme mesa y empezando a cenar, de pronto, el tipo que nos quedó enfrente, un actor de televisión medianamente conocido, se dirigió a nosotros.

—Adivinen con quién me voy a reunir el domingo.

—¿Con quién? —le preguntó cortésmente mi acompañante.

—Con los fugados —respondió emocionado.

—¿En serio? —le correspondió ella de nuevo.

—Sí, acabo de ver a Miguel Montecino y él me va reunir con ellos.

Por poco escupo la sopa, al tiempo que la compañera me dio un fuerte pellizco en la pierna, pero, como lo primero que pensé es que me había reconocido y me estaba embromando o echando una indirecta, decidí mirarlo a la cara. Sin embargo, el tipo ni siquiera me miraba a mí y con descarado cinismo agregaba que si alguien quería cooperar con algo de plata era bienvenido, ya que pensaba llevarles unas empanaditas y unos buenos vinitos a los fugados.

—Oye —le preguntó otro de los comensales—, ¿y cómo es Montecino?

—No, Miguel es un weón muy simpático —dijo con gran naturalidad—, tal y como lo oyeron en la entrevista en la radio así es en persona, muy relajado, un weón con mucha frescura.

Como yo me sentía cada vez más incómodo y los pellizcos de la compañera no cejaban, decidí ir al baño, en donde, al salir, ella me estaba esperando.

—¿Es verdad que ese weón te conoce? —me preguntó en voz baja.

—Claro que no —le dije entre molesto y divertido—, ¿no ves que estoy frente a él y ni me mira? Es pura farsa ese weón, yo no sé si lo hace por sacar dinero o por fanfarrón.

—¡No puede ser! —me dijo ella enojada.

—¿Y quién es ese weón? —le pregunté.

—Él dice que es socialista y sé que es actor, pero no sé mucho más —me respondió.

Pensé que el tipo aquel era la muestra típica de cómo hay personas a las que les encanta hacer como que hacen y pretender ser lo que no son, sin darse cuenta que están haciendo el más absoluto ridículo y que desgraciadamente es mucho más común de lo que uno quisiera, además de que en muchos casos dicha simulación oculta otras agendas aún más torcidas, pero en cualquier caso muestra la

mediocridad y la pequeñez de quien necesita agrandarse inventando weadas a los ojos de los demás.

Cuando regresamos a la mesa, la cena se había convertido en una reunión para ver cómo colaboraban con los fugados y yo le dije a la compañera que debíamos irnos. Con bastante discreción nos retiramos, pero al salir de la casa lo primero que vi es que había policías por todos lados. Pensé que me habían descubierto y de inmediato, jalando a la compañera, me volví a meter a la casa.

—Oye —le dijo ella muy enojada a la dueña—, está lleno de policías, ¿cómo es que hay policías por todos lados?

—Aaah, no te preocupes —le respondió la dueña con mucha tranquilidad— son escoltas de algunos invitados.

—¿Les pueden decir que nos acompañen al carro de nosotros? —le pregunté tratando de imitar su tranquilidad.

Ella habló con uno de sus invitados y este salió con nosotros y le dijo a un par de tiras: «Acompañen a los amigos nuestros que se van a su auto». Salimos cruzando como entre quince tiras y escoltados por dos de ellos caminamos una calle hasta nuestro carro. Ella arrancó y un par de minutos después, presa de una incontrolable ataque de risa, tuvo que detener el auto y cuando pudo controlarse un poco me dijo: «Es increíble, weón, te fugas de la cárcel de Pinochet y luego te escolta la policía... y un estúpido hablando de ti y diciendo que te conocía y tú estabas frente a él...». La verdad es que, aún cuando no me había hecho ninguna gracia todo aquello, no tuve más remedio que reconocer lo cómico de la situación y reírme también.

* * * * *

Mientras tanto, nosotros continuábamos con el trabajo de perforación del primer tramo del túnel, que para entonces tenía 17 metros de longitud y nos aprestábamos a hacer una pequeña rotonda de donde partirían los túneles hacia las dos cárceles. También estaba terminado el estudio de la situación operativa de la Cárcel de Mujeres y de su distribución física, ya que la de la Cárcel Pública nos la conocíamos a detalle. Con la salida de Lito, Daniel Alfaro quedó de responsable técnico y con él analizamos cuánto dinero nos faltaba para terminar los túneles, incluyendo la logística de la fuga y las

acciones de distracción, así como montar, desde ya, una pequeña clínica con quirófano, pues sabíamos que todavía nos faltaban por realizar varias recuperaciones económicas, es decir asaltos a mano armada, donde el riesgo de enfrentamientos estaba siempre presente, más allá que siempre buscáramos minimizarlo.

Contábamos con suficientes compañeros dispuestos y con experiencia, porque en la medida que el Partido iba desmovilizando unidades del Frente, nosotros los fuimos invitando a incorporarse a nuestra estructura paralela. Tampoco el armamento era problema, pues muchos de ellos e incluso aquellos que decidían ya no participar militarmente, nos entregaban a nosotros las armas que tenían bajo su custodia, diciendo palabras más o menos: «Esos weones del Partido se las van a entregar a los milicos...».

Sin embargo, calculamos que requeríamos una cantidad cercana a los 200 mil dólares para hacer todo aquello, por lo que decidimos realizar una serie de asaltos bancarios simultáneos. En los primeros que habíamos hecho yo había participado directamente, pero en los que siguieron lo hice sólo coordinando las operaciones. Entonces ejecutamos un doble y un triple asalto bancario, que significó coordinar a 20 compañeros, pero que, a diferencia de las operaciones que hacíamos antes de caer presos, las condiciones logísticas eran mucho mejores, contábamos con radios, teléfonos celulares y una infraestructura legal que nos permitía prepararnos y accionar con mucha menor dificultad que antes. De cualquier manera, como siempre, nuestra arma fundamental era el factor sorpresa, que además nos permitía realizar operaciones limpias. Entrábamos a los bancos con pelucas, bigotes o barbas postizas y algún tipo de sombrero; como ciegos con bastón o disfrazados de enfermeras, doctores, mineros, etcétera y en cuanto llegábamos al lado de los policías los encañonábamos y hacíamos el asalto sin problema. Lo más que llegamos a tardarnos fue minuto y medio, aunque regularmente lo hacíamos en menos.

Así, conseguimos cerca de la mitad de lo que necesitábamos, pero en uno de los asaltos cayó preso mi hermano Luís Alberto Montecino, Lucho, que nos había ayudado mucho en la fuga y a quien lastimaron severamente para que hablara, pero como no lograron sacarle nada, lo pasaron a la fiscalía militar. Cuando mi hermana Juana fue a indagar sobre su caso, le plantearon que si Lucho me delataba

o yo me entregaba, él podría salir en libertad o de lo contrario, le dijeron: «Se la va a comer toda...» Mi hermana los mandó a la mierda y les respondió: «Ni mi hermano ni yo sabemos dónde está Miguel, lo pueden torturar por meses y no van a sacar nada, lo último que supimos es que se fue al extranjero, cómo, cuándo y dónde, no tengo idea, entonces qué mierda quieren ustedes...»

Ante las denuncias de su tortura y de la ilegalidad flagrante de que siendo acusado de cometer un delito del fuero común y siendo él un civil, lo hubieran entregado a la fiscalía militar, el gobierno determinó pasarlo a un juzgado civil. Ahí, al maltratado Lucho, el juez le dijo que aún cuando fuera culpable, la tortura ejercida en su contra echaba por los suelos cualquier proceso legal, pero que, además, él no le creía nada a la fiscalía militar. Así, dos días después, el juez ordenó su libertad y mi hermano se fue a su casa, pero los tiras fueron por él y lo volvieron a detener y a maltratar, volvió a resistir y a salir, pero lo volvieron a detener y volvió a salir, hasta que por fin el weón se fue a esconder al Sur del país para que lo dejaran tranquilo.

Mientras tanto, nosotros hicimos un par de asaltos a unas casas de cambio, donde logramos obtener cerca de 100 mil dólares más y seguimos trabajando en el túnel. El dinero se nos iba como agua, porque además de los gastos para montar la clínica, continuar con el túnel y preparar los siguientes asaltos, agrandamos la estructura muchísimo. Rentamos varias casas, tanto para las operaciones en curso como para los futuros fugados y compramos varios autos y más equipos de comunicación. Entonces nos pasaron el dato del día en que llegaba a los bancos la plata para pagar la nómina de los jubilados y los profesores, por lo que era posible recuperar, en una sola operación, los cerca de cincuenta mil dólares que nos faltaban. Decidí que lo mejor era hacer eso y así, en una operación simultánea a dos bancos, culminar con las recuperaciones económicas que veníamos haciendo, pues con ello resolveríamos todas las necesidades económicas de la fuga. Habíamos hecho todos los asaltos de manera limpia, es decir sin heridos ni muertos que lamentar y salvo el caso de mi hermano, también sin detenidos y así debíamos continuar, aún cuando nos tardáramos un par de meses en la preparación de esa última operación. Hicimos entrenamiento en la montaña, simulacros de seguimiento y contrachequeos, revisamos hasta la náusea el plan

operativo de los asaltos y obsesivamente revisé personalmente cada una de las casas de seguridad, así como cada uno los vehículos recuperados que se ocuparían, a los cuales, al menos, había que cambiarles la patente y llenarles el tanque de gasolina.

El último auto robado, por uno de los grupos operativos bajo nuestro mando, fue un Toyota nuevito que se le pasó a mi compadre Yuri, para que guardara en la casa donde se estaba quedando y en la que vivía una pareja del Partido Socialista. Lo llamé por la mañana y le dije que tuviera el auto listo, lavadito, con la matrícula cambiada y con tanque lleno, porque al día siguiente operaríamos. Sin embargo, cuando por la tarde, en mi necesidad de ir a verificar personalmente cada detalle, fui a revisar que efectivamente estuviera listo el auto, me llevé una enorme sorpresa. Resulta que el marido de la señora donde vivía Yuri se había sentido cornudo y movido por los celos había ido a la policía unos días antes a denunciar que en su casa estaba albergado un amigo de su mujer que a él le parecía muy sospechoso y que suponía podía ser uno de los fugados de la Cárcel Pública. Así, poco después que hablé por teléfono con Yuri esa mañana, llegó la policía a la casa, encontraron el auto robado, que resultó ser de un oficial de la Fuerza Aérea, detuvieron a Yuri Vargas y montaron un operativo en los alrededores esperando que cayera alguien más.

El que por voluntarista y obsesivo cayó en el cerco fui yo. Iba acompañado de Cecilia, una compañera con la que había acordado, en caso de cualquier problema, decir que éramos hermanos y que yo era el profesor de matemáticas Alejandro Vargas Cornejo, pues yo usaba la documentación original de él, quien era realmente su hermano y un prestigiado profesor universitario y del Instituto Nacional. Ese día, 18 de diciembre de 1990, apenas pasaban de las 7 de la noche y no habíamos aún llegado a la casa, cuando nos dispararon, no a dar sino para detenernos y de inmediato una marabunta de carabineros nos cayó encima y nos separaron. Sin embargo, confiando en que mi chapa era muy buena los encaré enojado.

—¿Qué pasa, qué pasa? ¿Están locos, cómo disparan así? —les grité.

—Identifíquese —me dijo el coronel que comandaba el operativo, luego que me metieron a una furgoneta.

—Esto es un atropello, vayan a detener delincuentes, yo soy profesor de Estado y ella es mi hermana —le dije al tiempo que sacaba

mi identificación y una tarjeta de presentación con los datos del profesor— Mire, este soy yo.

—Disculpe profesor, pero debo corroborar, ahí espere... —me dijo el coronel, mientras que con mis documentos en la mano llamaba por radio— Central, por favor, datos de Alejandro Vargas Cornejo.

La respuesta, para mi tranquilidad, llegó por la misma vía unos tres minutos después: «Alejandro Vargas Cornejo profesor de matemáticas, trabaja en el Instituto Nacional...».

* * * * *

El coronel empezó a disculparse conmigo, pero justo llegó el segundo de éste y le dijo: «La mujer dice que es su novio, aquí hay algo raro jefe ¿no es mejor verificar huellas?». El coronel estaba dubitativo, pero su segundo insistió y con la anuencia del coronel me tomó las huellas digitales con una especie de escáner. «Esto se jodió —pensé—, va de nuevo, prepárate para las caricias que vienen y luego la cárcel...». Pasaron como 20 minutos hasta que se escuchó que se acercaba un helicóptero, mientras que por el radio del coronel una voz alterada gritaba: «Emergencia, emergencia, atención, atención, las huellas pertenecen al terrorista Miguel Armando Montecino Montecino, jefe de la fuga de presos y del atentado al General ¡Sáquenlo, es del Frente Manuel Rodríguez! ¡Sáquenlo, sáquenlo!...»

Entonces me tiraron al piso de la furgoneta y dos tipos se arrojaron sobre mí. Salieron rajados, pero el chofer iba tan nervioso que casi choca un par de veces, mientras que a mí me taparon los ojos. Me trajeron dando vueltas un buen rato, trayecto durante el cual, para no aburrirse, me metieron una pistola en la boca y amenazaron con matarme. Luego me llevaron a un lugar donde me hicieron un simulacro de fusilamiento, tontera que ya me sabía y que en verdad ni me inmutó. Un par de horas más tarde, me trasladaron a un cuartel secreto de Carabineros que tenían en la parte de atrás de la Tercera Comisaría de Santiago, entre Agustinas y San Martín, a tres calles de La Moneda.

Ya estando ahí y como a las 10 de la noche, entró un tipo mostrándome un celular y me preguntó que de quién era. Le dije que mío y él replicó diciendo: «Te llaman, contesta».

—¿Aló? —dije en cuanto el tipo me puso el celular cerca de la oreja.
—¿Dónde estás, weón? —escuché decir a la voz del Cocho Daniel Alfaro— Te estamos esperando, quedamos de juntarnos a las ocho y media y no llegaste...

Me quitaron el teléfono y uno de los pacos le dijo a Daniel:

—Sí, por qué no nos juntamos... Sí, habla Miguel...

—Nos vemos donde nos juntamos siempre— se escuchó que dijo la voz del Indio antes de colgar:

Yo estaba seguro que en cuanto el tipo les había dicho que era Miguel, los compas se habían dado cuenta que no era yo, pues nunca utilizaba mi verdadero nombre y mi chapa entonces era *Ignacio*. Como los pacos también sabían que usábamos nombres de chapa, me cagaron a golpes exigiendo que se los revelara: «Ya, larga la pepa, dinos tu chapa y quiénes son esos que te llamaron», pero yo solamente les decía: «Son amigos...».

El Indio y el Cocho Daniel sí se habían dado cuenta que no era yo, pero una hora más tarde volvieron a llamar para tratar de averiguar qué pasaba y su insistencia hizo que a mí me entrara la duda. Entonces les dije a mis captores que aceptaba concertar una cita con ellos y antes de ponerme el teléfono uno me dijo: «Saluda y luego dile que te vas a juntar con ellos en la plaza Ñuñoa». Casi suelto una carcajada, pues esa Plaza se había vuelto punto de encuentro de la intelectualidad y la juventud de izquierda, por lo cual estaba vedada para nosotros. De cualquier manera no quise arriesgarme, saludé al Cocho y él, al reconocer mi voz, me preguntó que qué pasaba, entonces le dije: «Mira, junémonos en... ¡Me agarraron preso, weón!...». El tipo que sostenía el teléfono, a pesar de tener el dedo sobre el botón que silenciaba la salida de la voz, no alcanzó a apretarlo y mi grito salió completo. Satisfecho, encogí el cuerpo sabiendo lo que se me venía.

* * * * *

Fueron 8 días que estuve en manos de la flamante Dirección de Inteligencia Policial de Carabineros, conocida como DIPOL-CAR, durante los cuales me hicieron todo tipo de lindezas. Luego de los simulacros de ejecución, me dieron golpizas constantes con diversos objetos, siempre amarrado y tapado de los ojos y a veces

además colgado. También me aplicaron el submarino¹¹⁶, el submarino seco¹¹⁷, electricidad en el ano, el pene, los pezones y la lengua, generalmente amarrado a una parrilla o cama de tubos metálicos, donde además disfrutaban dándome sorpresivamente golpes en los ojos con la culata de algún fusil. ¡Me hicieron cuanta mierda y me sacaron la chucha!

No sé si me fue peor en democracia con los pacos, que durante la dictadura con los carniceros de la CNI. Difícil decir quiénes fueron más canallas, pero eso sí, ambos mostraron la misma cobardía y crueldad en el incumplimiento de sus propias leyes y el mismo cinismo para pretender limpiar la sangre de sus víctimas con discursos que ensalzaban el respeto a los derechos humanos. Tal y como se acostumbraba con Pinochet durante la dictadura, pero ahora en democracia y con Aylwin a la cabeza del gobierno.

Durante esos días pude comprobar, muy concretamente, cómo se hermanaban en la transición democrática el viejo y el nuevo gobierno en la canalla actividad de buscar quebrar voluntades a través del tormento físico y la degradación moral. Desfilaron ante mí dos personajes insignia del trabajo gubernamental de Inteligencia y de sus métodos para obtener información. El primero de ellos llegó a hablar conmigo al segundo o tercer día de mi captura y era el jefe de Inteligencia de carabineros, el general Sergio Lutjens Ciangarotti, nombrado por el gobierno electo como cabeza de la recién creada, en mayo de 1990, DIPOLCAR. Un diligente asesino de la dictadura involucrado en el Caso Degollados y directamente implicado en el asesinato de Tamara y José Miguel, pues al momento de su captura él era el jefe de la Tercera Zona de Carabineros Rancagua-Linares. El general Lutjens decidió visitarme en las mazmorras, porque a cada uno de sus interrogadores, que aparecían entre sesiones de golpes y electricidad, yo les preguntaba qué grado tenían y luego los mandaba a buscar a su jefe.

— Soy capitán — me dijo uno de los interrogadores.

— A ti no te voy a contestar nada — le dije tajante.

— ¿Quién te crees?, weón — me respondió.

— Nadie en especial — le dije displicente —, pero tú eres apenas un capitán, contigo no voy a hablar, anda a buscar a tu comandante, al general culiao ese que tienes por jefe.

Cuando llegó el general Lutjens yo estaba con los ojos tapados, tal y como me habían mantenido hasta entonces y como me mantuvieron después de su visita.

—¿Cómo estás? —me preguntó en tono cordial Lutjens, como si estuviéramos saludándonos en una comida familiar.

—Yo muy bien —le dije en el mismo tono— ¿Y cómo están los torturadores y asesinos de Pinochet, que degüellan profesionales y matan guerrilleros detenidos, cómo está tu cobarde jefe¹¹⁸?

—¿Por qué eres tan ofensivo, weón? —me respondió Lutjens.

—Porque soy tu víctima —le dije— y sé que estoy en el cuartel secreto de carabineros, weón. ¿Y tú quién eres?

—Soy el general —respondió Lutjens.

—¡Ah!, un valiente general sin nombre —le dije con sorna.

—Sáqueme la venda —ordenó el general picado en su orgullo y una vez que pude verle la cara, agregó—. Tú pediste hablar conmigo ¿qué quieres?

—Un cigarro —dije.

—¿Qué quieres? —insistió Lutjens con impaciencia, luego de darme un cigarro y encendérmelo.

—Sólo quiero que me liberes, weón —respondí—, soy un luchador social y en eso estoy, no voy a hablar ni mierda ni voy a entregar a nadie y tú lo sabes muy bien, ya llevó como tres días acá y convéncete de una cosa, no voy a entregar nada por más que me maltraten.

—Tu vida depende de lo que me digas —me dijo en un tono plano Lutjens.

—Quizá pudiéramos hablar, weón —dije disfrutando de una profunda bocanada de humo y soltándola despacio—, pero sabes qué, yo soy comandante guerrillero y tú eres un weón que se hizo general degollando profesores, torturando mujeres y asesinando jefes revolucionarios indefensos, por lo que tú tampoco estás a mi altura.

—Ya me habían dicho, pero puta que eres ofensivo, weón —me dijo el general, para luego preguntarme— ¿Por qué te robaste el carro?

—Tú sabes que yo no me lo robé —le dije mirando mi cigarro.

—Tú eres jefe del Frente —afirmó el general.

—Si así fuera —le dije burlonamente— no andaría yo robándome un auto, ¿no, crees?... Mira, no lo soy, pero sí soy rodriguista y con mucho orgullo.

—Mira, Miguel —me dijo Lutjens señalando hacia una pantalla grande de televisión que había en una de las paredes y donde empezaron a pasar imágenes tomadas por cámaras de banco durante diversos asaltos—, ustedes han hecho 17 asaltos a bancos y el Lautaro ha hecho 20, pero esos son puros weones... mira, este lo hizo el Lautaro, tardaron 5 minutos, le pegaron unos balazos a una niña y se llevaron 600 mil pesos, no tienen ni idea... pero éste lo hicieron ustedes ¿sí o no?

—No —le dije secamente.

—Este eres tú, Miguel, mira, mira, ¡ese eres tú! —dijo el general señalando a un tipo en la pantalla.

—Ese no es mi pelo y a ese weón ni se le ve la cara —le dije.

—Mira —me dijo como en confianza—, en este asalto tardaron 50 segundos, no quedó un balazo en el banco y se llevaron 20 millones de pesos, esos fueron ustedes. Es la vieja escuela del Frente y es la que tú traes desde hace años. No me vas a decir que no son ustedes... —esperando una respuesta que nunca llegó, hizo una pausa y luego en tono cordial me preguntó— ¿Cómo quieres que te digamos, Miguel o el comandante qué?

—Miguel, comandante o combatiente, para nosotros es lo mismo —le respondí.

—Dinos dónde viviste este último tiempo —volvió a la carga el general.

—En hoteles —le dije displicentemente.

—¿En hoteles?... no puede ser que un año viviste en hoteles —me dijo él, aparentando sorpresa.

—Mira que sí —le dije.

—No te creemos —reviró Lutjens.

—Qué pena me da por ustedes, weón —respondí socarronamente y mirándolo a los ojos—, pero tu gente me ha sacado la chucha, me han dado con todo, pero sabes qué, tus procedimientos no sirven para una mierda.

—Bueno, vamos a ver de aquí a unos quince días —dijo el general molesto y dando por terminada la entrevista.

En cuanto el general Lutjens se fue luego de su fallido interrogatorio, inició una nueva sesión en la máquina, durante la cual se centraron en preguntarme dónde había estado viviendo desde la fuga,

por lo que, entre descarga y descarga de electricidad sobre mi cuerpo, una y otra vez insistían: «¿Dónde viviste conchaetumadre?...». Por supuesto que seguí diciendo que en hoteles, mientras que el recuerdo de los compañeros que me habían escondido y cuidado con tanto esmero y cariño en sus casas, me ayudaba a resistir.

Luego pasaron otros interrogadores, entre los que estoy seguro estuvo un grandísimo hijo de puta del Partido Socialista, Marcelo Schilling, quien entonces era secretario del Consejo Coordinador de Seguridad Pública, creado en abril de 1990 y del que luego, en 1992, sería su director. Dicha instancia, conocida como La Oficina, era algo así como la Gestapo de Aylwin coordinada con la Gestapo de Pinochet. Por cierto que el cobarde de Schilling nunca quiso darme la cara y siempre me mantuvo con la venda puesta, pero desde que empezó a hablarme, para mí fue evidente la diferencia con los anteriores interrogadores por su forma de expresarse, pues el weón hablaba como académico. Me interrogó por no sé cuánto tiempo y lo mandé a la mierda consistentemente.

—¿Quién eres tú? —le pregunté.

—Soy del servicio de inteligencia de la policía —respondió él.

—No, weón —le dije altivo—, tú no eres del servicio de inteligencia, tú eres un chivato de cuarta y yo no hablo con sapos.

De cualquier manera, el cobarde de Schilling me hizo un montón de preguntas que olímpicamente ignoré e incluso cuando, queriéndose hacerse el bueno conmigo, me acercó un vaso con leche, se lo boté, desdibujándole el papel de policía bueno que pretendía representar. De cualquier manera, la tortura continuó en cuanto él se retiró frustrado y con las manos vacías.

No tengo clara la intención con que lo hicieron ni puedo decir exactamente cuál de esos días ocurrió, pero en uno de los momentos en que pararon la tortura, llevaron a Yuri donde me tenían a mí. Fue entonces que él me informó que habían detenido a su mujer y a su hijo y me preocupé mucho, pues los chanchos solían torturar a los seres queridos de los detenidos frente a ellos, para forzar a que éstos les dieran información y como Yuri era nuestro jefe de logística, sabía dónde estaban muchas de las casas de seguridad, autos y armamento. Le dije que me inculpara a mí por lo del robo del auto y dijera que yo era su jefe, pero él ya había aceptado que el auto nos lo

habíamos robado él y yo, lo cual era mentira, pero le había dado un respiro, además de que no tenía la menor importancia. Yuri aguantó, navegó como un simple ayudista y no les dijo nada, a pesar de las torturas y la constante amenaza, que no se cumplió, de lastimar a su mujer y a su hijo.

También me enteré, pero eso gracias a mis torturadores, que mis compas habían hecho el asalto, eso ocurrió al segundo día de mi cautiverio, cuando me estaban dando con todo y de pronto se detuvieron, salieron corriendo como si se hubiera activado una alarma de incendio y me dejaron solo. Regresaron unas tres horas después y me trasladaron a otra celda, donde me dejaron tranquilo un rato y luego volvieron para darme otra vez con todo.

—¿Qué iban a hacer ustedes?! — me gritó uno de ellos — ¡Conchaetumadre, tú tenías planificado asaltos a bancos!

—No —dije yo.

—No te hagas el weón, asaltaron un banco — me dijo el mismo tipo dándome la ubicación del banco.

—Putá, vayan a ver quién fue, yo estoy preso, weón —le dije con sorna y sabiendo que los compas habían hecho parte de la operación que teníamos diseñada y que yo recibí como un mensaje de su parte de absoluta confianza en mi silencio.

—Sabemos que son ustedes, terrorista de mierda — me dijo gritando —, se demoraron un minuto y se llevaron cerca de siete millones¹¹⁹, además andaban con fusiles M16, es tu gente y me vas a decir quiénes eran.

—Vete a la mierda, cómo quieres que sepa yo algo si me tienen aquí amarrado y con los ojos tapados. En verdad que ustedes son más weones de lo que pensaba —le dije sabiendo que, tal como ocurrió, me volverían a someter a intensas sesiones de electricidad a discreción y por todos lados, para que les diera los nombres de los compañeros.

Los pacos no estaban equivocados y efectivamente habían sido los compas quienes realizaron ese asalto. El grupo operativo dispuesto para la operación se acuarteló la noche del 18 de diciembre y a la madrugada siguiente se dio la salida escalonada a los diferentes integrantes del comando, con la salvedad de que al no tener noticias de mí y no contar con el segundo auto, el Indio decidió dar la orden

de asaltar un sólo banco. La operación se realizó con éxito, salieron sin problemas y sin lesionados de ningún lado.

También supe que, como al quinto o sexto día de mi captura, en respuesta a mi desaparición los compas les pegaron unos bombazos a los pacos. Eso porque me dieron con todo para que les dijera quiénes habían sido, lo cual, si bien yo podía sospechar, no podía saber, pues ciertamente que no estaba en nuestros planes previos. Mi respuesta fue: «¿No te has enterado que llevo como una semana aquí adentro? Tendrías que saberlo tú, weón, tú estás afuera y eres policía ¿También me vas preguntar quién se culeó a tu mujer ayer, weón?».

* * * * *

Mientras tanto, aunque de eso me enteré después, mi compañera y mis hermanos Juana, Rosa y Ramón se movilizaron intensamente para exigir mi presentación con vida, denunciando que había sido detenido y secuestrado por carabineros. Incluso Roxana y mis hermanas, con la incansable y siempre solidaria Liliana Castillo, presidenta de la Agrupación de Familiares de Presos Políticos, junto con 30 mujeres más se plantaron frente a la Dirección de Inteligencia Policial de Carabineros, DIPOLCAR y armaron un quilombo en La Moneda. Sus movilizaciones obligaron a que el Ministerio del Interior del gobierno de Aylwin, por intermedio del Subsecretario Belisario Velasco, quien fuera creador de La Oficina y responsable directo de mi secuestro, las recibiera y tuviera que reconocer que yo estaba detenido en la policía. Liliana, como siempre, echada para delante, lo encaró diciéndole: «Sí, pero preséntelo, no está en ninguna comisaría, lo tienen en algún cuartel secreto».

Sin lugar a dudas que también influyó muchísimo que los compas que habían salido para Europa se movilizaran intensamente. La respuesta que lograron fue impresionante, sobre todo vía Madame Danielle Mitterrand, quien siempre luchó por la defensa de los derechos humanos y fue una de las más activas defensoras nuestras. Ella ya me había enviado, antes de caer en las manos de Carabineros, una invitación para que me fuera a Francia y por su intermedio se logró que su esposo, el entonces presidente francés François Mitterrand, hablara con el presidente Aylwin expresándole su preocupación por

mi situación y luego también lo hicieran el español, Felipe González y el italiano Bettino Craxi, quienes, por cierto que nunca fueron de mi agrado, pero se portaron bien con mi caso. De cualquier manera, la aceptación de mi detención por parte del gobierno tuvo una gran difusión en la prensa, no sólo porque se habían negado previamente a reconocer mi captura, sino porque, dijeron: «Cayó el jefe de la fuga... Detenido jefe del Frente...».

De todo eso me enteré después, pero entonces sospeché que algo estaba pasando, porque de pronto se detuvo la tortura y cuando, luego de diez o doce horas sin tocarme, me llevaron a bañarme, tuve la certeza que aquello había llegado a su fin. Como a las 11 de la mañana del 26 de diciembre me sacaron y junto con Yuri nos llevaron a una pieza en donde nos hicieron esperar con los ojos tapados, pero en cuanto tuve oportunidad intercambié con él unas palabras para saber en qué situación estábamos.

—¿Yuyo, estás ahí? —pregunté para estar seguro que Yuri estaba junto a mí.

—Sí, compadre ¿qué pasó? —me respondió.

—¿Estás bien? —volví a preguntar.

—Sí, ¿y tú? —me reviró él.

—Bien ¿Dijiste nada más lo del auto? —le pregunté en voz muy baja.

—Sí, nomás eso, tranquilo —me dijo.

Ahí, el coronel que nos custodiaba, cuya voz reconocí como la de uno de los interrogadores durante la tortura, nos informó que nos iban a pasar a la Fiscalía Militar.

—Ah, ¿y de qué me acusas? —le respondí.

—De todos los asaltos que hiciste —me dijo el coronel.

—Estás reweón, yo no hice ningún asalto —le dije riendo.

—No, si ya sé que lo vas a negar todo —me dijo con sorna.

—Obvio que sí —le dije en el mismo tono—, porque ustedes no pudieron sacarnos nada, en verdad que no sirven pa' ninguna wea.

Entonces me percaté que en una habitación contigua se escuchaba mucho bullicio y de nuevo en voz baja me dirigí a Yuri.

—Oye —le dije—, cuidado porque nos van a meter a una conferencia de prensa. Ni una palabra a esos weones.

—Está bueno —me dijo él muy tranquilo.

—No quiero —le dije— una cara lastimera ¿eh?

—Sí, no hay lío, weón —dijo él.

—Una actitud digna —le insistí.

—De acuerdo, hermano —respondió Yuri con mucho aplomo.

Un rato después nos quitaron las vendas de los ojos y nos pasaron a un salón donde había un montón de periodistas y decenas de cámaras fotográficas y de televisión. Ahí, un general de comunicación social de Carabineros presentó a cuatro detenidos, que incluía a Cecilia Vargas que fue detenida conmigo, al dueño de la casa donde detuvieron a Yuri y a nosotros dos. A los dos primeros los presentó como colaboradores de terroristas y con nosotros se explayó en calificativos y acusaciones, hablando de decenas de asaltos y asesinatos y de mí agregó que se creía que era el actual jefe del Frente.

Nosotros íbamos con las manos esposadas y los pies engrillados, pero nos plantamos mirando con la cara bien levantada y en silencio, mientras las decenas de cámaras disparaban sus luces sobre nosotros. Sin embargo, escuchando la ignominiosa perorata del imbécil general aquel, decidí, contrario a lo platicado con Yuri, que debía decir algo y justo antes que terminara, lo interrumpí con la mayor potencia de voz que me fue posible: «Señores periodistas, nosotros somos luchadores sociales, este general nos llama terroristas y asesinos cuando los que asesinaron, los que degollaron, los que quemaron a jóvenes vivos y los que llenaron de sangre este país, son ellos. Ellos son los terroristas, ellos son los asesinos y torturadores, miren, todavía le corre la sangre mientras lee su comunicado...».

El silencio que se hizo mientras hablé fue impresionante, pero en cuanto terminé los periodistas se vinieron hacia mí en tumulto, soltando decenas de preguntas y armando un verdadero quilombo en la sala. Yo aproveché para denunciar que llevábamos 8 días secuestrados, durante los cuales nos habían torturado a placer y que no reconocíamos ninguno de los delitos imputados, pues ni siquiera habíamos sido comunicados oficialmente de qué se nos acusaba. Los pacos habían perdido totalmente el control de la conferencia de prensa y el teatro que habían pretendido armar se había ido literalmente a la mierda. Fue entonces que nos tomaron la foto que fue la imagen principal de las múltiples notas que salieron en los periódicos vespertinos, donde aparecíamos sonriendo y mostrando el puño

izquierdo a la altura del pecho, pues las esposas no nos permitían alzarlo más. Por cierto que nuestra sonrisa fue producto de que Yuri, luego de que un periodista le informara que habían liberado a su mujer y a su hijo, estaba muy relajado y en ese momento me dijo: «Oiga compadre, usted ya parece Raúl Matas¹²⁰ dando las noticias». Nuestra sonrisa no fue premeditada, sin embargo muchísimas personas lo interpretaron como que nos estábamos riendo de nuestros captores. Incluso meses después, ya en la cárcel, un compa me dijo: «Cuando vi la foto esa, me dije, el Gitano estará muy preso, pero se las volvió a hacer».

Los periodistas demandaron y consiguieron que nos quitaran los grilletes y las esposas, pero en cuanto nos sacaron de la sala, escuché al general que había dado la conferencia decirle al coronel de los carabineros que nos escoltaban: «Te los encargo». Entonces le dije a Yuri: «Prepárate, porque nos va dar con todo». Nos llevaron a un galpón y el coronel ordenó ponernos de nuevo las cadenas con los grilletes y las esposas, pero como yo sabía que una vez sujetos nos darían la paliza de nuestras vidas, haciéndome para atrás le dije a Yuri: «Hay que defenderse, sino...». Aún no acababa de decirlo, cuando mi compadre ya estaba tirando y recibiendo golpes, zafarrancho al que me sumé con singular alegría aún sabiendo el resultado, pues ellos eran como 20 gorilas de las fuerzas especiales de Carabineros, mientras que nosotros sólo éramos dos weones charros y bastante disminuidos físicamente. No exagero al decir que fue una batalla campal, donde dimos una buena cantidad de golpes y recibimos una golpiza fenomenal, pero en la que ellos, habiendo recibido varios buenos golpes y en su casa, terminaron sumamente enojados y frustrados, porque una vez presentados a la prensa no podían matarnos a patadas. Yuri y yo quedamos muy golpeados pero más que satisfechos, pues les infringimos dos derrotas consecutivas: les tiramos el teatro de su conferencia de prensa y no pudieron castigarnos a su acostumbrada y cobarde manera de dar sin recibir.

De cualquier forma, a Yuri y a mí nos acusaron de no sé cuántos asaltos y hasta de un falso secuestro y a los demás, a los llamados colaboradores de los terroristas, los soltaron en menos de un mes. Yo lo negué todo y me negué también a firmarles mi declaración que no llegaba ni a media página e hice una denuncia penal en el juzgado

20 de Santiago contra el presidente Aylwin y el Ministro del Interior, donde los acusé de ser los responsables de mi secuestro y de las torturas sufridas desde mi captura por agentes policiales.

* * * * *

Debo decirte que después de dos pasadas por la máquina y sus innumerables sesiones, estoy convencido que la tortura se puede sobrellevar, aún cuando es insoportable físicamente. Tu cuerpo se quiebra, el dolor lo agota, además de que no te dejan dormir, el dolor se vuelve insoportable hasta el punto que el cuerpo se desconecta y pierdes el sentido. Resistir el dolor, producido con intensidad, pero sobre todo con constante repetición, es imposible para el cuerpo, por eso, cuando hablo de sobrellevar la tortura, no me refiero a aguantar físicamente, sino a la posibilidad y capacidad de no quebrarse psicológicamente. En mi caso, sabiendo por la experiencia anterior que la batalla física está perdida y que no controlas tu cuerpo en ningún sentido, me concentré en ganarles la batalla moral. He llegado a la conclusión que a mí me ayudó mucho la estatura moral que yo me arrogaba por sobre mis torturadores, a partir que mi causa era muy superior a la de ellos y que como individuos ninguno se podía comparar conmigo. Ellos eran verdugos anónimos, cobardes y crueles que defendían intereses mezquinos y viles, y yo era un luchador social, un guerrillero rodriguista. Asumí que la denigración a la que me sometían era sólo su propia denigración, no la mía, pues yo estaba a su merced y no era responsable de ella. Sostener la dignidad de mi causa, encarnada en mi capacidad de resistir y no rendirme, fue lo que me sostuvo psicológicamente, es decir, fue lo que me permitió no vencerme mentalmente, aunque mi cuerpo estuviera quebrado. Esa batalla me impulsaba a mantener el estado de alerta y a buscar con todas mis fuerzas recobrar la claridad mental cada que recuperaba el sentido. Lo cual, por cierto, es lo más difícil y a veces casi imposible, porque la confusión mental que te producen el dolor, la inconsciencia y la falta de sueño es abrumadora y de repente no puedes discernir si algo lo soñaste, lo pensaste, te lo preguntaron o lo dijiste. La certeza absoluta que no has entregado nada ni a nadie es posterior, una vez que termina el

tormento, pero mientras tanto, yo siempre asumía que no había delatado nada. Lo cual, por cierto, era reforzado por mis torturadores, quienes, con sus golpes repentinos y rabiosos, me proporcionaban evidencia constante de ello al mostrar su frustración por no poder arrancarme la información que requerían. Yo sabía, por la experiencia anterior, que físicamente no puedes resistir, estás completamente a su merced, amarrado, desnudo y vendado, pero que mentalmente, en una batalla esencialmente moral e ideológica, puedes derrotarlos. La victoria, si la logras, es inconmensurable, en su terreno y en sus ventajosas condiciones impusiste tu superioridad moral y los venciste en el combate más desigual que puede afrontar un combatiente, logrando mantener a salvo a tus compañeros. Al final te duele todo menos la autoestima, en mi caso me jodieron la columna y los ojos, pero no el espíritu, no les entregué nada y mantuve mi convicción de lucha.

* * * * *

Luego de la golpiza nos pasaron a la Penitenciaría de Santiago, donde permanecemos, igual que la primera vez, incomunicados, si bien ahora decían que era en castigo por la fuga. Aunque fue un aislamiento sui géneris, pues me visitó una extraña caterva de abogados a quienes yo no conocía, pero que me llevaban cigarros y me pedían autógrafos, mientras que el único abogado que hizo algo por mi caso fue Hugo Pavez quien colaboraba con la Agrupación de Familiares y Presos Políticos.

Nos tuvieron así cerca de un mes, hasta que por la presión social motivada por la abierta violación del Código de Procedimiento Penal, decidieron levantarnos el castigo. Nos sacaron del aislamiento y nos mandaron a la Calle 4, en celdas separadas y con los presos comunes. Sin embargo, si pensaban que ahí la pasaríamos mal, se equivocaron de punto a punto, porque los presos comunes nos recibieron como héroes y durante los cerca de tres meses que permanecemos con ellos fuimos cobijados por una solidaridad abrumadora, en verdad que nos cuidaron con un empeño conmovedor. Incluso nos presentaban con desbordado orgullo con sus visitas y nos pedían sacarnos fotos con todos ellos.

Luego nos cambiaron a la Calle 5, donde estaban agrupados cerca de 30 presos políticos, unos 20 del Lautaro y otros 10 del Frente Autónomo con quienes tuvimos una estancia muy cordial. Tanto que impulsamos juntos una organización que nos representara como presos políticos y resulté electo como su presidente, a pesar de haber candidatos de las otras organizaciones y que sólo Yuri y yo veníamos del mismo referente político.

Una vez constituida nuestra organización, solicité audiencia con el Alcaide de la Penitenciaría, quien me recibió diciéndome que conmigo sí hablaba, pero no en mi calidad de representante de los presos políticos, sino personalmente. El tonto me dijo: «A usted sí lo recibo, los otros son terroristas». Como le dije que personalmente no me interesaba hablar con él y me dispuse a retirarme, entonces agregó: «Bueno, dígame qué quiere». Entonces negociamos el agrupamiento de varios presos políticos más y la mejora de algunas de las condiciones físicas en las que nos encontrábamos.

Por su parte la dirección del Partido me buscó para que les entregara el dinero, las empresas y pusiera bajo sus órdenes la estructura paralela que habíamos organizado, pero como me negué, empezaron a difundir un rumor: «Hay fundadas sospechas de malos manejos de dinero por parte del Gitano...». Me comuniqué con el Indio y con Daniel, quienes junto conmigo conformaban el Estado Mayor de nuestra organización paralela y les planteé mi desacuerdo con las intenciones de la dirección del Partido y que debíamos continuar con el plan de fuga, pues aún permanecían 300 combatientes presos. Sin embargo, muy presionados por la dirección e incluso con algunas dudas hacia mí, el Indio y el Cocho decidieron suspender el plan de fuga y poner todo bajo las órdenes del Partido. Entonces les comuniqué dónde había otras armas y autos que estaban bajo mi custodia y a partir de ahí no quise saber más y me negué a que me dieran absolutamente nada. Ellos sellaron el hoyo, que debe seguir ahí y no supe ni sé, qué fue lo que pasó con nuestras empresas.

Como tres meses después de nuestro traslado a la Calle 5, me llevaron a hablar con un alto funcionario del Ministerio de Justicia, que, si mal no recuerdo, se apellidaba Contador, quien empezó ofreciéndome una botella de vino, diciendo que era un obsequio

personal del presidente Aylwin, pero que debíamos tomárnosla ahí, porque no estaba permitido introducirla en la Calle del penal. Luego de eso el funcionario aquel pasó a pedirme que le bajara al perfil de mi presencia en los medios de comunicación y terminó pidiéndome que me callara y dejara en paz mi denuncia contra el presidente, ofreciendo, a cambio, que éste ordenaría mi traslado a la Cárcel Pública. Lo mandé a la mierda, pero de cualquier manera unos días después a Yuri y a mí nos trasladaron a la Cárcel Pública y ahí nos encontramos con el Vikingo Mauricio Gómez y con el Cocho Daniel Alfaro, que ya también habían caído presos. Éste último había decidido salir del país al poco tiempo de mi detención, pero fue capturado en la frontera con Argentina. A nuestra llegada ocurrió un fenómeno muy curioso, pues, mientras que en general, los compañeros del Partido y del Frente nos hicieron el vacío, enojados con nosotros por no haberlos incluido en la fuga, los compas del MIR y del Frente Autónomo nos cobijaron. Incluso recuerdo muy bien que el Chico Mena y el Negro Castro del MIR, salieron en nuestra defensa y el primero de ellos les dijo: «Vivos los que se fueron, weones los que nos quedamos...».

Hicimos algunas tallas, como por ejemplo que nos poníamos de acuerdo los 4 que nos habíamos fugado por el túnel y nos encerrábamos a tomar mate en una celda, esperando a ver qué pasaba. Lo gracioso era que los demás presos políticos nos comenzaban a echar de menos y se ponían a buscarnos por todos lados, hacían correr la voz y a la hora toda la cárcel nos estaba buscando, incluyendo a los pacos. ¡Pensaban que nos habíamos fugado o que todos estábamos trabajando en un nuevo túnel! Cuando nos encontraban, a las horas, la risa era generalizada, a pesar que nos hacíamos los tontos.

Los pacos nos vigilaban y controlaban constantemente y como para esas fechas, a más de un año de nuestra fuga, la cantidad de presos políticos era bastante menor, cada preso tenía su celda. Así, a las 8 de la mañana, todos los días pasaba un paco que golpeaba la puerta y me gritaba: «¡Montecino, Montecino!», y como normalmente a esa hora yo estaba leyendo en silencio, lo ignoraba, pero ante la insistencia del gendarme finalmente le respondía: «¿Qué querí, paco conchaetumadre?», a lo que el tipo me respondía: «¡Ah!, estás ahí, quería saber si te habías fugado».

Poco después me volvió a visitar el mismo funcionario del Ministerio de Justicia e insistió en su planteamiento, pero ahora agregó: «Ya no hagas nada y te vas...». Le respondí que de ninguna manera yo aceptaría salir sabiendo que me sacarían por la visibilidad que tenía, mientras que quienes no la tenían se quedarían presos. Entonces, el tipo me contó que cuando el presidente Aylwin supo de nuestra fuga de la Cárcel Pública, se encontraba charlando con Bernardo Leighton¹²¹ y que a éste le había dicho: «Cincuenta problemas menos». Lo cual, según él expresaba la voluntad política del presidente Aylwin de sacar a todos los presos políticos, pero que nuestro caso era el más difícil con los militares, precisamente por nuestra visibilidad. Es decir, que sacándonos a nosotros sería mucho más fácil sacar a los demás y que ésa era la intención del gobierno. La única condición para obtener nuestra libertad era que aceptáramos irnos del país. Le respondí que antes de tomar ninguna decisión, tenía que platicarlo con mis compañeros.

En ese ínterin, una mañana me sacaron para hacerme una revisión médica y con un despliegue impúdico, apabullante y prepotente, en el hospital me llevaron a la oficina del director, quien luego de sacar a todos los policías de su despacho, me ofreció galletas y café. Sin embargo, lo más emotivo ocurrió mientras me trasladaban dentro del hospital, donde, a pesar de ir rodeado de policías armados hasta los dientes y disfrazados de Robocop, decenas de enfermeras, médicos, visitantes y pacientes trataron de acercarse para saludarme, al tiempo yo los saludaba alzando sólo un poco las manos, pues llevaba las esposas encadenadas a los pies. Pero lo más impresionante fue que, ante la reacción nerviosa de mis guardianes, quienes los rechazaron y maltrataron con absurda violencia, emitieron gritos potentes y generalizados que se escucharon por todo el hospital: «¡Viva el Frente!...¡Liberar, liberar a los presos por luchar!...». Sus voces me recordaron que tan hondo había calado la gesta rodriguista y cuánto cariño aún despertaba en nuestro pueblo, haciendo sentirme profundamente orgulloso de ser parte él.

Cuando poco después me volví a reunir con el funcionario enviado por Aylwin, éste me informó que podía optar por irme

a Italia, España, Francia o Finlandia, pues el presidente había recibido cartas de esos países ofreciendo recibirnos. Le comenté que en principio la respuesta era positiva y que en todo caso sería a Francia, pero que antes de salir del país necesitaba un tiempo para compartir con mi familia y con mi padre. Al tipo le dije: «Me iré por no sé cuántos años y él se va a morir antes que pueda regresar, yo me iría sólo si puedo estar con él un tiempo antes de salir». El enviado del presidente me respondió que no había ningún problema.

A partir de ahí todo fue vertiginoso, llevaron mi caso a la Corte de Apelaciones de Santiago, donde me anularon todos los procesos previos a 1990, dejando abierto un caso posterior a esa fecha, el del falso secuestro al militar dueño del auto robado que le habían encontrado a Yuri. Robo en el cual no participamos ninguno de los dos, aunque aceptamos su autoría, ¡pero el secuestro nunca existió!, pues al tipo ese, los compas lo redujeron y lo dejaron ahí, llevándose sólo su auto. Sin embargo, manteniendo ese fraudulento proceso judicial abierto en mi contra, por si no me iba del país o por si se me ocurría regresar, ordenaron mi libertad bajo fianza.

Por cierto que en la Corte de Apelaciones, el ministro Carlos Cerda Fernández tuvo un gesto muy amable hacia mí cuando me llevaron a su despacho para formalizar mi liberación condicionada, primero exigió que me quitaran las cadenas, luego sacó a todos los robocops de su despacho y por último me dijo que me tenían una pequeña sorpresa. Entonces me pasó a una sala donde estaban sus colaboradores esperándonos y me bridaron algo de comer y beber. En esta pequeña recepción, el ministro dijo unas palabras muy lindas sobre la lucha del Frente y sus combatientes.

Salí de prisión en la primera semana de agosto de 1991 y poco a poco empezaron a soltar a otros combatientes, quienes en un número importante fueron dejando el país en condiciones semejantes a las mías, es decir, con procesos judiciales abiertos para evitar su regreso. No sé si lo mismo ocurrió con los demás, pero en mi caso, al no haber una extradición formal por parte del gobierno, era problema mío juntar la plata para el pasaje aéreo, por lo que pude ir alargando el tiempo de mi salida. Me quedé casi un año, más allá de que al principio no tenía el dinero necesario

y luego me hice el tonto argumentando que aún no había juntado la plata para irme. Así, sin urgencia alguna, pude estar con mi padre y despedirme de él, yo sabía que no volvería a verlo, pues mi viejo tenía entonces 86 años.

* * * * *

Finalmente, con 32 años de edad a cuestas, salí para Francia en mayo de 1992, donde meses después logré juntar el dinero suficiente para el pasaje de mi compañera y de nuestros hijos, con quienes viví cerca de dos años en ese país, pero que luego de nuestra separación y mi posterior partida a tierras mexicanas, se quedaron a vivir ahí.

Al subirme al avión que me sacó de Chile, mientras miraba por la ventana con una nostalgia infinita, pensando en los compañeros caídos en esa desigual lucha por la libertad, la democracia y la justicia que habíamos librado, aún resonaban en mi cabeza las palabras de Cerda Fernández, pronunciadas en aquel salón de la Corte de Apelaciones y que... al igual que ahora que te lo cuento... me emocionaron hasta las lágrimas cuando, refiriéndose a los combatientes del Frente, el juez sentenció: «Ellos son los verdaderos héroes de Chile, los que se desangraron por todos nosotros... ».



En Coronel, 1963. Junto a sus padres y abuelos, José Armando Montecino y Regina Rosales Chavarría. Abajo Miguel, Emilia Montecino, su prima y Luis Alberto Montecino Sandoval, su hermano.



Raúl Pellegrin Friedman "Comandante José Miguel". En Nicaragua en 1982.



Oficiales chilenos en Nicaragua, 1982. Atrás, el segundo de izquierda a derecha, Juan Waldemar Henríquez Araya "Arturo". En segunda fila, de izquierda a derecha, el primero, Roberto Nordenflicht Farías "el Huevo". En primera fila, de izquierda a derecha, el segundo, José Joaquín Valenzuela Levi "Chele".



Instrucción de combatientes del FPMR, en la cordillera del valle central de Chile en 1984. En la foto aparece Miguel Montecino.

En la ex Penitenciaría de Santiago, 1986. De izquierda a derecha Miguel Montecino, Renato Millas, Marcelo Osses, abajo Claudio Salinas.



Presos políticos en la Cárcel Pública, diciembre de 1989. De izquierda a derecha Francisco Peña, Marco Riquelme, Emilio Rodríguez y Luis González.

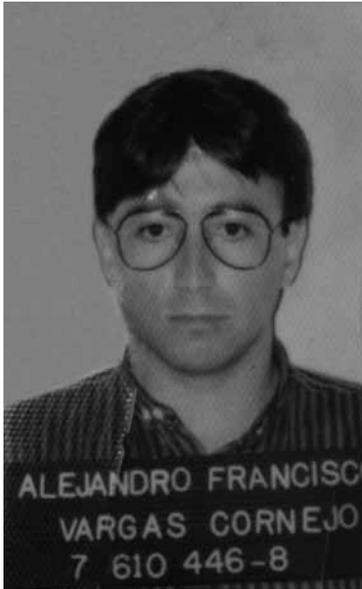


*Junto a Yuri Vargas
en la ex Peniten-
ciaría de Santiago,
1991.*

*En la ex Pe-
nitenciaria de
Santiago, 1991.*



*Salida del túnel
de la Fuga.
Enero 1990.*



Miguel Montecino, Santiago, después de la fuga en 1990. Caracterizado como el profesor Alejandro Vargas.



Miguel Montecino y Alex Vojkovic quien fuera Jorge Salas, vocero del FPMP. En conferencia de prensa clandestina, marzo de 1990.

Endnotes

- 1 *Se refiere a su abuelo materno, quien fue su padre de crianza, de igual modo que a su abuela la referirá como su madre y a sus tíos y tías como sus hermanos y hermanas.*
- 2 *Idioma mapuche, mapudungun significa, literalmente: el hablar de la tierra.*
- 3 *En 1960 el dólar tenía un precio fijo de 1.05 pesos chilenos, de acuerdo a las estadísticas del Banco Central de Chile.*
- 4 *Expresión que se utiliza como muletilla para referirse a las personas en general o, de acuerdo al tono y contexto utilizado, como ofensa que califica a alguien de tonto o estúpido.*
- 5 *Tira de cuero o vaqueta de unos 70 centímetros de largo que tiene una argolla de bronce en la punta y se utiliza para atizar a los caballos.*
- 6 *Material estéril petrificado que acompaña al carbón en la mina y que es separado del carbón.*
- 7 *Receptáculo que cuenta con una llegada de agua.*
- 8 *En las listas electorales se encontraban: en el número 1: Jorge Alessandri (Partido Nacional); en el 2: Radomiro Tomic (Democracia Cristiana); y en el 3: Salvador Allende (Unidad Popular).*
- 9 *Central Intelligence Agency. La Agencia Central de Inteligencia es un órgano de espionaje del gobierno norteamericano que primordialmente opera fuera de sus fronteras y de cuya actuación se han documentado, desde su creación, en 1947, múltiples violaciones al derecho internacional y a los derechos humanos en todo el mundo. Incluyendo desde la planeación y ejecución de cuantiosos asesinatos, torturas, Golpes de Estado y derrocamientos de gobiernos, hasta la dirección, entrenamiento y financiamiento de organizaciones terroristas, paramilitares y de narcotraficantes.*
- 10 *Tonto o estúpido, apócope de gilipollas.*
- 11 *Muletilla para referirse a una cosa o algo.*
- 12 *Cabras o cabros: para referirse en general a jóvenes o niños.*
- 13 *Noviazgo.*
- 14 *Ropa.*
- 15 *Apócope de Concepción.*
- 16 *Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), organización político militar chilena de inspiración guevarista fundada en los años sesenta.*
- 17 *Que los golpearon mucho, también la palabra tiene otros usos, como «ándate a la chucha», que te vayas, dicho agresivamente.*

- 18 *Situación comprometida o jodida.*
- 19 *Cogidos.*
- 20 *Destrozado, hecho mierda.*
- 21 *Una gamba equivale a cien pesos chilenos.*
- 22 *Alcohol.*
- 23 *La Central Nacional de Informaciones (CNI) sustituyó, en 1977, a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA). Ambas, brutales policías secretas de la dictadura.*
- 24 *Bien, adecuado, bonito.*
- 25 *Loco.*
- 26 *Ebrios, borrachos.*
- 27 *Metida de pata, estupidez, que deviene del personaje del cómic Condorito.*
- 28 *Escondite construido principalmente para ocultar documentos, dinero, armas o explosivos.*
- 29 *Considerado como uno de los principales próceres de la independencia chilena, llamado erróneamente “padre de la patria” y quien una vez derrotadas las fuerzas españolas fue nombrado Director Supremo de la Nación.*
- 30 *Palabra aimara que significa oscuridad, en Chile se refiere a la espesa niebla que sube desde el mar en las tardes de invierno.*
- 31 *Un año después de su muerte, en Valparaíso, apareció el cadáver de un humilde y alcoholizado carpintero, Juan Alegría Mundaca, quien supuestamente, antes de suicidarse, había dejado una nota atribuyéndose el asesinato de Tucapel Jiménez. Sin embargo, en la autopsia del carpintero se dictaminó que el hombre tenía cercenados los tendones de ambas muñecas, por lo que era imposible que él mismo se hubiera infringido dicho daño, podría haberse cortado una de las manos, pero no las dos. Quedaba claro que lo habían ejecutado y que intentaban encubrir el asesinato de Tucapel Jiménez. En octubre del año 2000, Carlos Herrera, quien entonces fuera mayor del ejército, confesó la autoría material del asesinato de Tucapel Jiménez, así como que la orden de matarlo la recibió del general brigadier Víctor Pinto Pérez y del teniente coronel Francisco Ferrer Lima, sus superiores en la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE) y que, una vez consumado el asesinato, el general Ramsés Álvarez Sgolía, director de la DINE, lo había felicitado personalmente por el cumplimiento de dicha misión.*
- 32 *En 1979 la dictadura pinochetista fijó el tipo de cambio en 39 pesos chilenos por dólar, manteniéndolo así hasta mediados de 1982, año que detonó la crisis financiera. En junio de 1982 devaluaron, llegando a 46 pesos por dólar y para diciembre de 1983 un dólar equivalía a 87 pesos. En 1981 la dictadura intervino 5 bancos y 4 sociedades financieras, en 1982 tuvo que intervenir 5 bancos más. Para financiar los bancos expropiados que la dictadura consideró viables, se inició la venta de empresas estatales entre las que destacan la Compañía de Teléfonos de Chile (CTC) y la distribuidora de electricidad CHILECTRA.*

- 33 *Gordos, barrigones.*
- 34 *Borracho*
- 35 *Al acecho, alerta, en vigilia.*
- 36 *Calavera, muerte.*
- 37 *Culo.*
- 38 *José Miguel Carrera fue el primer jefe militar de la lucha por la independencia chilena de España.*
- 39 *Novatada o rito de iniciación a los alumnos de primer ingreso a la universidad, a quienes nombran mechones porque les cortan el cabello, al cual le dicen mechás.*
- 40 *Así titularon en Chile una serie de TV gringa (The A Team) de un grupo de excombatientes de Vietnam, ahora invencibles, que desde fuera de la ley luchaban por la justicia.*
- 41 *Así titularon en Chile una serie de TV gringa (Garrison's Gorillas), de un grupo de soldados norteamericanos que, conformados en un comando especial encabezado por el teniente Garrison, combatían a los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Todos sus miembros eran delincuentes esperando corte marcial, pero que permutaron su juicio a cambio de ser parte de dicho comando.*
- 42 *Expresión tomada del francés que indica que un automóvil se averió y no puede seguir andando.*
- 43 *Sapo se le dice al delator, de ahí el verbo sapear, acción de delatar.*
- 44 *Ratis deriva de invertir por sílabas el apelativo tira y ponerlo en plural, que se usa para referirse a la policía de investigaciones que viste de civil. Juego con las palabras que es muy común en Chile y Argentina.*
- 45 *Tonto.*
- 46 *Placa, matrícula o chapa.*
- 47 *Fábricas y Maestranzas del Ejército (FAMAE).*
- 48 *Fracción del Partido Socialista liderada por Clodomiro Almeyda.*
- 49 *Líder mapuche, conocido como El Toqui Lautaro, un aguerrido jefe de la resistencia a la conquista, quien con estrategias novedosas infringió duros golpes a los españoles. Dirigiendo a los mapuches destruyó dos veces la capital Santiago y capturó y ejecutó al conquistador Pedro de Valdivia. Su nombre se pronuncia correctamente como Leftaru.*
- 50 *Jorobado. Expresión que puede leerse como "me tienen aburrido".*
- 51 *Bromear.*

- 52 *Volodia Teitelboim recibió el Premio Nacional de Literatura de Chile en el año 2002.*
- 53 *Frente Patriótico Manuel Rodríguez-Autónomo, sector del Frente que se separó del Partido Comunista en 1987.*
- 54 *El senador Kennedy fue el autor de la llamada Enmienda Kennedy, mediante la cual, en julio de 1976, como represalia al asesinato en Washington de Orlando Letelier, el Congreso norteamericano bloqueó parte de la ayuda militar a la dictadura.*
- 55 *Elías Laferte (1886-1961) activo y rebelde trabajador del salitre que sobrevivió a la masacre de la Escuela Santamaría de Iquique en 1907, participó muy activamente en la construcción de la primera central obrera chilena, la combativa Federación Obrera de Chile (FOCH), de la cual llegó a ser Secretario Ejecutivo en 1926, por todo lo cual estuvo preso en varias ocasiones e incluso en una de ellas, en 1929, junto con varios de sus compañeros, fue desterrado y abandonado a su suerte en la Isla de Pascua. Militó en el Partido Comunista de Chile desde su fundación en 1912, del cual años más tarde fue su presidente, su candidato presidencial en tres ocasiones y senador de la República, además de ser uno de los creadores de las Juventudes Comunistas (la Jota). Elías Laferte escribió un importante testimonio biográfico titulado: *Vida de un Comunista.**
- 56 *Forma popular de referirse al Frente Patriótico Manuel Rodríguez.*
- 57 *Molusco bivalvo de la misma familia que el mejillón, al que se parece mucho pero es de mayor tamaño (Aulacomya Ater).*
- 58 *Marisco colorado y muy sabroso (Pyura chilensis).*
- 59 *Al asumir Salvador Allende la presidencia, Orlando Letelier fue nombrado embajador de Chile en EEUU y más tarde fue designado Ministro de Relaciones Exteriores, luego Ministro del Interior y Ministro de Defensa, cargo este último que ocupaba al momento del Golpe de Estado. Exiliado en Estados Unidos, fue asesinado en Washington, el 21 de septiembre de 1976, mientras iba en un auto junto con su asistente Ronnie Moffit y el esposo de ésta, quien fue el único que se salvó milagrosamente cuando una bomba colocada en el chasis del carro fue activada a control remoto. Los asesinos eran miembros de la DINA entrenados por el MOSAD en un curso especial de kidom acordado con el general Manuel Contreras.*
- 60 *Contreras reiteró su declaración en una entrevista televisada en 2010, cuando se le cuestionó acerca del asesinato de Carlos Prats, exministro de Defensa de Allende, y de su esposa Sofía Cuthbert: «Al general Prats lo mandó matar la CIA». Prats y su esposa fueron ejecutados en Buenos Aires el 30 de septiembre de 1974, exactamente igual que dos años después Letelier y su asistente: con una bomba colocada en el chasis de su auto y activada a control remoto.*
- 61 *Decreto Ley de Amnistía N 2.191 del 19 de abril de 1978.*
- 62 *Peligroso*
- 63 *En Chile, tener cueva, significa tener suerte.*

- 64 *En Chile, la educación básica está dividida en dos etapas: 8 años de primaria (de 6 a 13 años de edad aproximadamente); y 4 años de enseñanza media, que incluye lo que en otros países de América Latina está dividido entre secundaria y bachillerato o preparatoria (de 14 a 17 años de edad aproximadamente). Este segundo nivel se imparte en los llamados Liceos, que pueden ser de carácter preparatorio para entrar a la universidad o técnico laboral, de carácter terminal para que los jóvenes no continúen sus estudios y se inserten al mercado laboral como obreros o empleados. En total son doce años de escolaridad, mismo lapso que en algunos países de América Latina se encuentra dividido en primaria, secundaria y bachillerato.*
- 65 *Primero como Concertación de Partidos por el NO y luego como Concertación de Partidos por la Democracia.*
- 66 *La operación fue conocida como Operación Príncipe. El secuestro del entonces subdirector de la Fábrica de Armas y Maestranza del Ejército (FAMAE) se realizó el 1º de septiembre y luego de 92 días de cautiverio y el cumplimiento parcial de las demandas, entre las que se encontraba la difusión de varios comunicados del FPMR-Autónomo y la distribución de varias toneladas alimentos en poblaciones pobres de Santiago, el coronel Carreño fue liberado en Sao Paulo el 3 de diciembre.*
- 67 *Método de tortura utilizado durante la dictadura militar en Brasil y de ahí su nombre.*
- 68 *El diminutivo ironiza el significado de pulento: superior, digno de admiración.*
- 69 *Luis Arriagada fue sindicado por varios rodriguistas como delator, entre ellos por Mauricio Hernández Norambuena, Mauricio Arenas Bejas, Hugo Nenculeo, Juan Carlos Cancino y Franyo Zapatta quien asegura haberlo visto durante la tortura. Fue ajusticiado en 1989 acusado de delatar la ubicación de Raúl Pellegrin y Cecilia Magni quienes fueron torturados y asesinados por Carabineros.*
- 70 *Rubio, güero.*
- 71 *Expresión despectiva para referirse a una persona de origen amerindio o mestiza con rasgos indígenas.*
- 72 *Suéter.*
- 73 *En este contexto, chorito, se refiere a que es gallo, es decir, que no se intimida.*
- 74 *Pene.*
- 75 *Masturbarse.*
- 76 *Aguardiente que se hace a partir de dejar fermentar alguna fruta, normalmente uva o manzana.*
- 77 *San Nicolás, Papá Noel o Santa Claus.*
- 78 *Compañía productora de videojuegos.*

- 79 *De acuerdo con varios artículos transitorios de la Constitución impuesta en 1980, Augusto Pinochet debía dejar el cargo de Presidente de la República el 11 de marzo de 1989, pero no habría de inmediato elecciones sino que, primero, la Junta Militar propondría un candidato a presidente que sería sometido a plebiscito y que en caso de ser ratificado se quedaría otros ocho años en el cargo, pero de lo contrario se convocaría a elecciones. Como el candidato de la Junta resultó ser el mismo Pinochet (propuesto el 30 de agosto), lo que el plebiscito preguntaría (el 5 de octubre), era SÍ o No a la permanencia de Pinochet en la presidencia.*
- 80 *Fue en ese ínterin que Alianza Democrática cambió de nombre por el de Concertación de Partidos por el No, que luego daría paso a la llamada Concertación de Partidos Políticos.*
- 81 *Pantalón deportivo o pants.*
- 82 *Mazo o maceta.*
- 83 *Canero se refiere a preso, viene de la palabra «cana» que en Chile significa cárcel.*
- 84 *Pequeños mazos o macetas.*
- 85 *Así se les conoce a los soldados nepaleses que pelearon en el ejército inglés en las Malvinas y a quienes se les identifica por su gran arrojo y bravura, así como por ser temibles y sanguinarios.*
- 86 *Nombre del barco que para el efecto gestionó Pablo Neruda y que rescató a poco más de dos mil republicanos españoles.*
- 87 *Rubio, güero.*
- 88 *Que no es atractiva, fea.*
- 89 *Pasada de kilos, panzona.*
- 90 *Robar.*
- 91 *Desnuda.*
- 92 *El título original fue Escape from Alcatraz (1979), una cinta norteamericana que narra la fuga de tres presos de esa isla-cárcel en San Francisco, Cal.*
- 93 *El título original fue The Great Escape (1963), una cinta norteamericana que narra la fuga de 76 soldados de un campo de prisioneros de guerra alemán, por medio de un largo túnel construido por ellos durante la Segunda Guerra Mundial.*
- 94 *Conteo de presos.*
- 95 *Antipático o pesado.*
- 96 *Masturbarse.*
- 97 *Giro Sintornillos, también conocido como Ciro Peraloca, personaje de los cómics de Walt Disney que encarna a un inventor de Patolandia.*

- 98 *Nombre de una serie de televisión estadounidense y de su personaje central, protagonizado por Richard Dean Anderson, en la que un agente secreto gringo siempre logra salir de problemas, gracias a su capacidad de improvisar todo tipo de artefactos y mecanismos, utilizando sólo lo que tiene a la mano y sin más herramienta que su inseparable navaja suiza.*
- 99 *Persona que vive en la informalidad de recolectar y reciclar basura, principalmente plásticos, vidrios, papel, cartón y metales, también conocido en otros países como pepenador, buzo, excavador, minador o hurgador.*
- 100 *Focos o bombillas.*
- 101 *Altavoz, bocina, baffle o corneta.*
- 102 *Banqueta o acera.*
- 103 *Borrachito, teporocho, ebrio consuetudinario en situación de calle.*
- 104 *Pene.*
- 105 *Muy enojado, encabronado, arrecho, emputado, berraco o caliente.*
- 106 *El parque fue bautizado así “en honor a los reyes de España”, quienes, en el marco del aniversario de los 500 años del “descubrimiento de América”, en 1992, visitaron Chile y lo inauguraron.*
- 107 *Bebidas alcohólicas no destiladas, generalmente caseras y de muy bajo costo, que se elaboran a partir de la fermentación de uva, manzana u otras frutas.*
- 108 *Plato típico chileno, elaborado con una pasta horneada de granos tiernos de maíz (choclo).*
- 109 *Playeras o camisetas.*
- 110 *Ropa deportiva.*
- 111 *Junior, hijo de papi, pirruris, pijo, cheto, pipis, gomelo, pelucón, sifirino, etc.*
- 112 *El Grupo de Amigos del Presidente (GAP) fue el nombre con el que se conoció a la guardia personal de Salvador Allende, conformada primero por jóvenes del MIR y luego del Partido Socialista.*
- 113 *Desde su fundación en 1922 y hasta 2002, el puesto de Secretario General designaba al máximo dirigente del Partido Comunista de Chile, sin embargo, a partir de 2002 le cambiaron la denominación por la de Presidente.*
- 114 *Guiso típico del sur de Chile, hecho a base de mariscos, pescados, carne y vegetales, cocido con piedras calientes dentro de un hoyo que se cubre con hojas de pangue o nalca. La palabra deviene del mapudungun (idioma mapuche), curantu: cura (piedra) tum (cocer).*
- 115 *Molusco muy apreciado y exclusivo de las costas de Chile y Perú, donde es conocido como Chanque. Si bien son especies distintas, se parece a lo que en otros países se conoce como abulón.*

- 116 *Tormento que consiste en meter la cabeza de la víctima en una tina o recipiente en agua con orines y excremento, manteniéndola sumergida hasta casi morir de asfixia.*
- 117 *Tormento que consiste en colocar una bolsa en la cabeza de la víctima atándola al cuello para generar asfixia.*
- 118 *Le refiere al general Rodolfo Stange, quien fuera subdirector de Carabineros al momento del asesinato por degollamiento de tres profesionistas, conocido como Caso Degollados, luego de lo cual fue ascendido, en 1985, a Director General de Carabineros y miembro de la Junta Militar hasta 1990. Ocupó la Dirección General de Carabineros los últimos cinco años de la dictadura militar y fue ratificado en el puesto por el gobierno electo, donde permaneció otros cinco años hasta que pasó a retiro en 1995.*
- 119 *El tipo de cambio promedio en 1990 fue de 1 dólar americano por 300 pesos chilenos.*
- 120 *Se refiere a un famoso locutor de radio, animador de televisión y lector de noticias chileno, que luego de más de una década de trabajar en España, regresó a Chile durante la dictadura, siendo el locutor principal del noticiero 60 minutos de la televisora estatal, Televisión Nacional de Chile. Siendo un consistente adulador de Pinochet y fiel reproductor del discurso oficial, fue conocido en el medio como El Maestro.*
- 121 *Bernardo Leighton uno de los dirigentes históricos de la Democracia Cristiana que se opuso al Golpe de Estado en 1973 y quien sufriera en 1975, en Roma y junto a su esposa Anita Fresno, un atentado perpetrado por un agente la DINA enviado por Pinochet para asesinarlo y que los dejó gravemente heridos y dañados de por vida.*